JACQUELINE WINSPEAR

ENTRE LOS OLVIDADOS

Una investigación de
MAISIE DOBBS



MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
1. Londres, 24 de diciembre de 1931
2
26 de diciembre de 1931
3
4
27 de diciembre de 1931
5
6
28 de diciembre de 1931
7
8 29 de diciembre de 1931
9
10
11. 30 de diciembre de 1931
12
13
31 de diciembre de 1931
14
15
16
17. 1 de enero de 1932
18. 3 de enero de 1932
4 de enero de 1932
19. 5 de enero de 1932

6 de enero de 1932
6-24 de enero de 1932
25 de enero de 1932
Agradecimientos
Créditos
Notas

Dedicado a mis maravillosos ahijados: Charlotte Sweet McEwan, Charlotte Pye, Greg Belpomme y Alexandra Jones

«Persigue tus sueños de juventud».

FRIEDRICH VON SCHILLER (1759-1805)

«—Pero yo no quiero estar entre locos… —comentó la niña.
—¡Ah! Pero eso no puedes evitarlo —le dijo el Gato—: aquí
estamos todos locos. Yo estoy loco. Y tú también.
—¿Y cómo sabe que estoy loca? —preguntó Alicia.
—Tienes que estarlo a la fuerza —le contestó el Gato—, de lo
contrario, no estarías aquí».

LEWIS CARROLL
Alicia en el país de las maravillas
Ediciones Cátedra, 2009
Traducción: Ramón Buckley

«Hace poco, la muerte era ese desconocido cruel,
ese visitante que llega sin hacer ruido… hoy es como tener
al perro rabioso dentro de la casa. Comemos y bebemos

junto a los muertos, dormimos entre los moribundos,
reímos y cantamos rodeados de cadáveres».

GEORGE DUHAMEL, médico francés que combatió
en la batalla de Verdún durante la Gran Guerra.

1

Londres, 24 de diciembre de 1931

Maisie Dobbs, psicóloga e investigadora, levantó la pluma para estampar su nombre al final del informe en el que su ayudante, Billy Beale, y ella habían trabajado hasta tarde, la víspera, para poder terminarlo. Aunque era un caso bastante sencillo —un joven que había usado fraudulentamente el nombre de su honrado tío para obtener todo tipo de productos y servicios, y un hombre decidido a meter en vereda a su sobrino sin necesidad de avisar a la policía—, Maisie consideraba que ya era hora de que Billy se implicara más en la redacción de un documento importante como ese y participara más activamente en la reunión final con los clientes. Sabía que su ayudante tenía muchas ganas de emigrar a Canadá, ganas de alejar a su familia de la profunda depresión que se respiraba en Londres y del desconsuelo en el que los había sumido la muerte de su hija pequeña, Lizzie, hacía ya casi un año. Para encontrar un trabajo decente en un país nuevo tendría que ganar seguridad en sí mismo y en su trabajo, y teniendo en cuenta que ya había estado informándose en su nombre sin decirle nada, Maisie sabía que una mayor destreza en la comunicación oral y escrita sería un factor clave para alcanzar el éxito. Lo importante era que el informe estaba

listo para entregar al cliente antes de que comenzaran las fiestas navideñas.

—Las once en punto, Billy. Justo a tiempo, ¿eh? —Maisie tapó la pluma y entregó el informe a su ayudante, que lo metió en un sobre y lo cerró con el cordón—. En cuanto termines la reunión, puedes irte y pasar el resto del día con Doreen y los niños. Te vendrá bien estar en casa el día de Nochebuena.

—Es usted muy generosa, señorita —dijo Billy sonriendo mientras iba a por los abrigos, colgados detrás de la puerta.

Maisie metió sus cosas en el maletín y sacó una caja de madera naranja de debajo de su mesa.

—Pero tendrás que pasar por aquí antes.

—¿Qué es eso, señorita? —preguntó él sonrojado, acercándose.

—Un regalo de Navidad para cada uno de tus hijos y otro para Doreen y para ti. —Abrió el cajón y sacó un sobre—. Y esto es para ti. Tuvimos un verano complicado, pero después mejoraron las cosas y al final no nos ha ido mal, y parece que vamos a empezar el año con bastante trabajo, así que aquí tienes tu paga extra. Te la has ganado.

Billy se puso aún más rojo.

—Es muy generoso por su parte, señorita. Le estoy muy agradecido. Seguro que esto anima a Doreen.

Maisie sonrió a su vez. No le hacía falta preguntarle por su mujer, pues conocía de sobra la profunda melancolía que sufría. Hubo un momento, hacia finales de verano, en el que las semanas de trabajo recogiendo lúpulo en Kent le habían devuelto el color a las mejillas y había engordado un poco, no se le veía tan chupada. Pero de nuevo en Londres, cuidar de sus hijos y trabajar haciendo arreglos de

costura no habían conseguido levantarle el ánimo. Ella anhelaba tener en los brazos el cuerpo blanquito y suave de su niña.

Maisie miró el reloj de la repisa de la chimenea.

—Será mejor que salgamos ya.

Se pusieron el abrigo y el sombrero para protegerse del viento gélido que aullaba al dar la vuelta en la esquina y azotaba la plaza cuando la cruzaron en dirección a Charlotte Street. Esquivaron una carreta tirada por un caballo y cruzaron a toda prisa hacia la otra acera de la calle para sortear a un coche que se acercaba en dirección opuesta. Había mucho ajetreo. La gente caminaba deprisa, bajando la cabeza para protegerse del viento, algunos con paquetes debajo del brazo y otros, simplemente, con ganas de llegar a casa lo antes posible. Maisie se fijó en un hombre a lo lejos —no sabría decir si era joven o mayor— que estaba sentado en la acera con la espalda apoyada en la fachada de una tienda. Pese a los metros que los separaban, vio el abatimiento que lo envolvía, la pesadumbre, los hombros caídos, una pierna estirada; lo que obligaba a los viandantes a rodearlo. El pelo húmedo se le pegaba a la cara, vestía ropa vieja y arrugada, y observaba a la gente pasar con los ojos enrojecidos y llenos de tristeza. Alguien se detuvo a hablar con un policía y lo señaló. Le inquietó el aire lúgubre del hombre, pero buscó unas monedas mientras se acercaban.

—Pobre hombre, en la calle en plena Navidad —dijo Billy negando con la cabeza, y también él se metió la mano en el abrigo buscando dinero suelto.

—Se ve que está demasiado exhausto para llegar a un comedor social o a un albergue. Tal vez esto le ayude —dijo Maisie preparando el dinero para dárselo.

Avanzaron unos pasos más en dirección a él y, de pronto, Maisie ahogó una exclamación y sintió como si se moviera a cámara lenta, como si estuviera en un sueño en el que la gente hablaba, pero no oía lo que decían. Vio que el hombre se movía, se metía la mano en el bolsillo interior del gabán raído, y aunque quería ofrecerle ayuda, estaba atrapada en un vacío de sonidos apagados y movimientos forzados. Vio que Billy fruncía el ceño y movía los labios, pero no podía hacerle comprender lo que había visto. Luego, la sensación, que había durado uno o dos segundos nada más, se esfumó. Maisie miró al hombre, a unos quince metros de ellos, y otra vez a Billy.

—Billy, date la vuelta y regresa por donde hemos venido.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Se encuentra bien? ¿Qué quiere decir?

Maisie le empujó el hombro para apartarlo con la sensación de caminar por el fango.

—Date la vuelta, Billy, vete.

Y como era su jefa y había aprendido a no dudar jamás de ella, Billy dio media vuelta y regresó a Fitzroy Square. Giró la cabeza con el ceño fruncido y vio que le tendía la mano con cautela al hombre, como queriendo calmar a un perro dispuesto a morder. Habrían pasado unos cuatro minutos desde que esquivaron la carreta, y en ese momento se encontraba…

La explosión impactó de lleno contra el trajín propio de la víspera de Navidad y en los segundos que sobrevinieron se hizo el silencio. Tan solo una grieta en la pared de los sonidos cotidianos y luego nada. Billy, que había luchado en el frente durante la Gran Guerra, conocía ese sonido, esa pausa. Era como si la tierra hubiera reventado y hubieran regresado a otro día, un día en el que la lluvia,

el viento y los remolinos de hojas se convirtieron en un infierno sangriento.

—Señorita, señorita.

Billy se levantó del suelo adoquinado y regresó tambaleándose hacia donde se habían separado. El silencio se transformó en un abismo estridente donde los silbatos de la policía chiflaban, el humo y el polvo llenaban el aire y las salpicaduras de sangre subían por la pared de ladrillo reventada y los cristales hechos añicos que un momento antes formaban el escaparate de la tienda ante la que un hombre pedía limosna.

—¡Maisie Dobbs! Maisie… Señorita… —llamaba Billy entre sollozos avanzando a trompicones—. ¡Señorita! —gritó de nuevo.

—¡Eh, amigo! ¿Buscas a esta mujer?

Un vendedor de fruta estaba de rodillas junto a Maisie en medio de la calzada y le sostenía la cabeza con una mano, mientras le limpiaba la sangre del rostro con el pañuelo que se había quitado del cuello. Billy echó a correr hacia ella.

—Señorita… Señorita…

—No soy médico, pero creo que es una mujer con suerte. Ha salido volando hasta aquí. *Pa* mí que se ha *llevao* un buen golpe en el coco.

Maisie tosió y expulsó saliva mezclada con polvo.

—Ay, Billy, pensé que podría impedírselo. Pensé que me daría tiempo. Si hubiéramos llegado un poco antes, si hubiéramos…

—No se preocupe, señorita. Lo primero es asegurarnos de que está usted bien y después ya veremos.

Maisie negó con la cabeza y trató de incorporarse mientras se apartaba el pelo de los ojos.

—Creo que estoy bien. Solo he salido despedida. —Entornó los ojos y observó el jaleo que se había montado en la calle—. Tenemos que ayudar, Billy. Yo puedo ayudar a esas personas. —Intentó levantarse, pero se cayó de nuevo.

La ayudaron a ponerse en pie entre Billy y el frutero.

—Con cuidado, cielo, con cuidado —dijo el hombre, que miró a Billy con el ceño fruncido—. ¿Qué ha querido decir con que intentó impedírselo? ¿Sabía que había un *chalao* que estaba a punto de quitarse la vida y llevarnos a los demás con él?

Billy negó con la cabeza.

—No lo sabía, no. Esta mujer es mi jefa. Íbamos a ver a un cliente. Solo que…

—¿Solo que qué, amigo? ¿Solo que qué? Mira todo esto, esto es un jodido desastre, hay gente herida, ¿no lo ves? ¿Sabía ella que iba a pasar esto? Porque si lo sabía, ahora mismo voy a ese poli de ahí.

Billy rodeó los hombros de Maisie y echó a andar entre los cascotes, alejándose de los gritos de los heridos causados por un hombre que se había quitado la vida de la forma más horrible. Echó la vista atrás y miró a los ojos al frutero que lo estaba interrogando.

—No lo supo hasta que no vio al tipo. Lo supo cuando lo vio.

Maisie se dejó llevar por Billy, que aún volvió la cabeza una última vez hacia el otro hombre.

—No sé cómo, pero lo sabe. ¿Me entiendes? —dijo tratando de contener las lágrimas—. Y gracias por ayudarla, amigo. —La voz se le quebró—. Gracias por ayudarla.

—Pasa por aquí y que se siente —les ofreció una mujer a la puerta de una tienda un poco más adelante.

—Gracias, muchas gracias. —Billy acompañó a Maisie hacia una silla en el interior de la tienda y se volvió hacia la tendera—: Será mejor que vaya a ver si puedo hacer algo.

La mujer asintió con la cabeza.

—Di a todos que vengan. Estoy hirviendo agua para el té. Es horrible en lo que se está convirtiendo el mundo.

Poco después la tienda estaba llena de gente, mientras las ambulancias se llevaban a los heridos más graves al hospital. Maisie se quedó allí sentada con una taza en las manos, sintiendo cómo la relajante bebida se iba enfriando, repasando la escena en su cabeza una y otra vez. Billy y ella habían cruzado la calle detrás de la carreta y el caballo y habían subido de un salto a la acera para que no los atropellara el vehículo que llegaba en el otro sentido. Iban hablando, fijándose en el ajetreo, la gente entrando y saliendo de los comercios, que ese día cerraban más temprano. Entonces vio al hombre de la pierna extendida en la acera, como si estuviera lisiado. Como tantas otras veces, se metió la mano en el bolso para ofrecer algo de dinero a alguien que tenía menos. Notó el tacto frío de las monedas en los dedos, vio al policía cruzar la calle y miró de nuevo al hombre: el aire lúgubre que lo envolvía pareció expandirse hasta casi tocarla, hasta un punto en que no podía oír ni moverse con su velocidad habitual.

Bebió un sorbo del té ya tibio. En ese momento lo había sabido. Había comprendido que el hombre iba a quitarse la vida. Pero pensó que tendría una pistola, o veneno tal vez. Se vio extendiendo la mano en un intento de apaciguar la mente herida del hombre, y

después nada. Nada excepto un intenso dolor en la nuca y una voz a lo lejos: «Maisie Dobbs… Señorita». Una voz aterrada, una voz que se acercaba a ella.

—¿Señorita Dobbs?

Maisie dio un respingo y faltó muy poco para que se le cayera la taza.

—Discúlpeme, no quería asustarla, su ayudante me ha dicho que estaba usted aquí.

El inspector Richard Stratton la miró y a continuación observó la escena. La propietaria había sacado las sillas que tenía y estaban todas ocupadas. Stratton se arrodilló.

—Estaba de guardia en la comisaría cuando tuvo lugar el suceso, de modo que me han avisado con rapidez. Por casualidad he visto al señor Beale y me ha dicho que ha sido usted testigo de cómo un hombre se quitaba la vida. —Hizo una pausa como tratando de evaluar el estado de ánimo de Maisie—. ¿Se encuentra bien para responder a unas cuestiones? —preguntó con una suavidad que no solía emplear cuando hablaba con ella. Sus interacciones eran bastante acaloradas a veces, por no decir otra cosa.

Maisie asintió con la cabeza, consciente de que no había dicho ni una palabra desde la explosión. Se aclaró la garganta antes de contestar.

—Sí, por supuesto, inspector. Solo estoy un poco aturdida. Me he llevado un buen golpe, creo que he estado inconsciente unos minutos.

—Ah, la ha encontrado. —El inspector y Maisie miraron hacia la puerta de la tienda por la que entraba Billy—. Le he traído el maletín, señorita. Todos los documentos están dentro.

Maisie asintió con la cabeza.

—Gracias, Billy.

Al mirarlo, vio la preocupación en el rostro de su ayudante, y también cierta determinación. Pese a que habían pasado más de trece años, la guerra seguía afectándole en el aspecto emocional, y aunque el dolor de las heridas se había atenuado, no había remitido por completo. Seguro que lo sucedido lo había removido por dentro, como cuando se quitaba uno el vendaje de un corte reseco y la herida volvía a abrirse.

—Tengo el coche fuera. Puedo llevarlos a la oficina y hablar allí. —Stratton se levantó, tendió el brazo a Maisie para que se apoyara en él y la acompañó hasta la puerta—. Sé que este no es el mejor momento para usted, pero es el mejor momento para nosotros. Me gustaría que hablásemos en cuanto lleguemos a su edificio, para que no se le olvide nada.

Maisie de detuvo y lo miró.

—Olvidar nunca me ha preocupado, inspector. Recordar es lo que me hace vacilar.

Habían establecido un cordón policial alrededor de la zona de la explosión y, aunque ya no resonaban los gritos de dolor, la gente se había reunido a mirar mientras la policía entraba y salía de los establecimientos de la zona, anotando nombres y ayudando a aquellos que se habían visto atrapados en mitad de aquella tragedia

mientras hacían recados antes de Navidad. Maisie no quería volver a mirar la calle, pero al ver a la gente hablando de lo sucedido imaginó a aquellas personas volviendo a casa y diciendo: «No vais a creer lo que he visto» o «¿Habéis oído lo del chiflado ese de la bomba en Charlotte Street? Pues resulta…». Y se preguntó si podría volver a pasar por aquella calle sin sentir que salía despedida del suelo.

El inspector Richard Stratton y el sargento Caldwell se sentaron cada uno en una silla delante del escritorio de Maisie. Billy había servido ya el té en tres tazas y estaba llenando una cuarta más grande, de metal esmaltado, a la que puso extra de azúcar y le dio vueltas antes de dejarla en la mesa al lado de su jefa.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Maisie asintió con la cabeza y se aferró a la taza, igual que en la tienda un rato antes, como queriendo absorber hasta la última gota de calor.

—Tenga cuidado, no vaya a quemarse, señorita, está caliente.

—Claro, no te preocupes.

Maisie dejó la taza sobre una carpeta de papel manila que tenía delante. Al separar las manos, Billy se fijó en las manchas rojas que le habían salido en la piel que había estado en contacto con el metal caliente; ella ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó el inspector inclinándose hacia delante, con el ceño fruncido, para dejar la taza y el platillo sobre la mesa, sin dejar de mirar a Maisie. Los dos se habían conocido tres años atrás cuando ella trasladó a la policía un caso en el que había trabajado. El policía, viudo y con un hijo pequeño, había abrigado en

algún momento esperanzas de mantener una relación amorosa con ella, pero Maisie, que no era tan hábil en el tema de las relaciones personales como en el ámbito profesional, había cortado de raíz todo acercamiento. Su relación en esos momentos era solo laboral, aunque, desde fuera, a Billy no se le escapaba que Richard Stratton sentía un afecto especial por ella; pese a que era evidente que su jefa lo llevaba al borde de la exasperación a veces, entre otras cosas porque su instinto detectivesco era mucho más afilado que el de él. De una forma o de otra, ambos se respetaban, y ella confiaba en él.

Maisie alargó la mano y se tocó la cabeza, unos cinco centímetros por encima del hueso occipital.

—Me ha salido un buen chichón —dijo bajando los dedos hacia la cicatriz que le había dejado, en el cuero cabelludo, la herida sufrida cuando era enfermera durante la guerra. La cicatriz era un recordatorio constante del bombardeo que la había herido y había terminado arrebatándole la vida a Simon Lynch, el médico al que amaba—. Al menos no se me han abierto las heridas de guerra —añadió negando con la cabeza, consciente de lo irónico de sus palabras.

—¿Seguro que se encuentra bien para responder? —preguntó el inspector con más suavidad.

Caldwell puso los ojos en blanco.

—Creo que es necesario seguir con la investigación, señor.

Stratton iba a decir algo cuando Maisie se levantó.

—Sí, por supuesto, el señor Caldwell tiene razón, hay que seguir con la investigación.

Billy estudió su libreta sin poder evitar la sonrisilla que le asomó a los labios. Sabía que su jefa y Caldwell no se podían ni ver, y que el

hecho de que lo llamara «señor» en vez de «sargento» ponía de manifiesto que, aunque hubiera perdido el conocimiento por un momento, desde luego no estaba fuera de combate.

—Empezaré por el principio —dijo Maisie, comenzando a caminar de un lado a otro con los ojos cerrados mientras hacía memoria de lo sucedido esa mañana, desde que le puso el capuchón a la pluma hasta el momento de la explosión que había hecho pedazos el cuerpo de aquel hombre y herido a varios transeúntes.

—Entonces, la bomba…

—Una bomba Mills —le corrigió Billy, interrumpiendo distraídamente mientras la observaba caminar hasta la ventana y volver, pues el ritmo pausado y repetitivo de sus pasos la ayudaba a concentrarse.

—¿Una bomba Mills? —dijo Stratton mirándolo. Maisie se detuvo.

—¿Qué? —dijo Billy mirándolos, primero a uno y luego al otro.

—Ha dicho una bomba Mills. ¿Está seguro de que era una bomba Mills? —preguntó Caldwell, chupando la punta de grafito de su afilado lápiz para seguir tomando notas.

—Escuche, amigo, fui zapador en la guerra. ¿Qué quiere decir con que si estoy seguro? Si disparase ahora mismo una salva con una docena de rifles distintos, podría identificar cada uno. Pues claro que sé que era una bomba Mills, unos cacharros muy peligrosos. Vi a unos cuantos compañeros salir volando por los aires al tirar de la anilla. La bomba Mills no es ni más ni menos que una granada.

Stratton levantó la mano.

—Caldwell, creo que podemos fiarnos de la palabra del señor Beale. —Y volviéndose hacia este continuó—: E imagino que no le resultaría complicado a un civil hacerse con uno de esos proyectiles.

—Imagina bien. Hay quien se dedica a viajar hasta Francia en busca de *souvenirs* de la guerra para traérselos a Inglaterra. Seguro que sales a dar un paseo por uno de esos campos franceses y vuelves con una cesta llena. Y la gente que desea algo con toda el alma encuentra la manera de conseguirlo, ¿no le parece?

—Y ese hombre no siempre fue un civil —añadió Maisie, sentándose de nuevo—. A menos que tuviera un accidente en una fábrica, ese hombre fue soldado. Estuve bastante cerca de él como para calcular su edad, unos treinta y cinco o treinta y seis, y llevaba la pierna izquierda sujeta con una férula, de modo que la gente tenía que rodearlo, porque no podía doblarla hacia dentro. Y puede que le hubieran amputado la derecha.

—Si no era así, desde luego ahora sí —dijo Caldwell, riéndose con suficiencia al oír el comentario de Maisie.

—Si no tiene más preguntas, inspector, creo que me voy a casa. Salgo hacia Kent esta noche y me vendría bien descansar un rato antes de coger el coche.

Stratton se levantó seguido por Caldwell, que miró a Maisie, y esta le devolvió una mirada de puro hielo.

—Faltaría más, señorita Dobbs —dijo Stratton—. Me gustaría hablar más detenidamente sobre el asunto, saber la impresión que le produjo el hombre. Y, como es natural, tendremos que interrogar a otros testigos. Aunque parece que no fue usted la persona que más cerca estuvo del hombre, sí es la que más cosas recuerda de él.

—Jamás lo olvidaré, inspector. El hombre estaba desesperado y me aventuraría a decir que no tenía a nadie ni nada por lo que vivir; y en esta época del año es cuando uno más necesita sentir que no está solo.

El inspector se aclaró la garganta.

—Sin duda.

Estrechó la mano a los dos y les deseó unas felices fiestas.

Seguidamente, Maisie le tendió la mano a Caldwell y dijo con una sonrisa:

—Y feliz Navidad para usted también, señor Caldwell. Maisie y Billy observaron desde la ventana cómo los dos hombres se subían al Invicta. El chófer cerró la puerta del asiento trasero y, a continuación, volvió a su asiento. Maniobró para salir hacia Charlotte Street y, una vez allí, puso la sirena y pisó el acelerador en dirección al lugar de la explosión. No habían pasado ni dos horas desde que Maisie había visto a un hombre activar la granada que llevaba dentro del raído y sucio gabán militar.

Al volverse hacia su ayudante, Maisie vio al hombre que había dentro del joven. ¿Cuántos años tendría? Probablemente, solo unos pocos más que ella; treinta y alguno diría, treinta y siete tal vez. Había momentos en los que el Billy que trabajaba con ella seguía siendo un muchacho, un chaval de los bajos fondos del East End, con el pelo trigueño revuelto y la sonrisa dispuesta para conseguir lo que se propusiera. Y luego había otros momentos en los que el peso de la vida que llevaba a cuestas, la tez cenicienta, el pelo apagado y la cojera, herencia de una herida de guerra, se volvían difíciles de manejar. Maisie sabía que cuando estaba en uno de esos momentos, Billy vagaba por las calles de noche, asediado por los recuerdos de la guerra, y se le echaba encima el sufrimiento de la familia. Los acontecimientos del día le habían reabierto las heridas, igual que a ella. Y en vez del cariño y el consuelo de su familia, Billy encontraría

un motivo más de preocupación por su mujer, sus hijos y su futuro. Y Maisie no podía hacer mucho más por ellos.

—¿Por qué no te vas a casa, Billy? —Metió la mano en el monedero y sacó un billete—. Compra unas flores para Doreen y unos caramelos para los niños por el camino. Es Nochebuena y tenéis que cuidar los unos de los otros.

—No hace falta, señorita. Ya me ha dado paga extra, es más que suficiente.

—Entonces considéralo un extra de peligrosidad. Vamos, acéptalo y vete.

—¿Seguro que estará usted bien?

—Ya me encuentro mucho mejor, no te preocupes. Y estaré aún mejor cuando vaya a Chelstone. Mi padre me espera con la chimenea encendida y una buena cena, el mejor remedio que conozco.

—Y que lo diga, señorita. —Se puso el abrigo y la gorra y se despidió con la mano—: ¡Feliz Navidad!

Nada más oír cerrarse el portal del edificio, cuando Billy salió a la desapacible tarde, Maisie fue al cuarto de baño del pasillo sujetándose en la pared. Se agarró el estómago al notar que las náuseas le subían a la boca y supo que su malestar no se debía solo al tremendo dolor de cabeza y al hecho de haber visto a un hombre quitarse la vida, sino que también le preocupaba la sensación de que la vigilaban. Era como si alguien le hubiera tocado entre las escápulas, una presión fría directa sobre la piel. Y la sensación seguía allí al volver al despacho, como si esos gélidos dedos la acompañaran adonde fuera.

Se sentó delante de su escritorio, cogió el teléfono negro y llamó a su padre. Esperaba que contestara, ya que Frankie Dobbs seguía mirando con suspicacia el aparato que su hija había hecho instalar en su casa dos años atrás. El hombre se acercaba al aparato, lo miraba y ladeaba la cabeza con recelo, evaluando las consecuencias de responder. Y pasados unos segundos levantaba el auricular y, manteniéndolo a unos buenos cinco centímetros de la oreja, decía con toda la autoridad que podía: «Chelstone tres, cinco, dos, dos… ¿Eres tú, Maisie?». Y siempre era ella, obviamente, ya que nadie más lo llamaba.

—¿Eres tú, Maisie?

—Claro que soy yo, papá.

—Imagino que no tardarás mucho en venir. El estofado está en el fuego y el árbol espera para que lo decoremos juntos.

—Papá, lo siento, pero voy a ir mañana. Saldré temprano y llegaré a desayunar.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien, cariño?

Maisie carraspeó antes de responder.

—Tengo la garganta un poco irritada. No creo que sea nada, pero también me duele la cabeza y hay mucha gente enferma por todas partes. Seguro que mañana me encuentro bien.

—Te echaré de menos.

Su padre levantaba mucho la voz cuando hablaba por teléfono, daba igual lo que dijera, como si tuviera que gritar para que sus palabras llegaran hasta Londres. En vez de una conversación cariñosa, parecía que la estuviera regañando.

—Y yo a ti, papá. Mañana nos vemos.

Maisie se quedó descansando un rato más sentada junto a la estufa y abrió las salidas del gas para entrar en calor. Tomó de nuevo el teléfono, esa vez para llamar al cliente con quien se suponía que iban a reunirse Billy y ella esa mañana, y se tomó otro descanso esperando a ver si se le pasaba el mareo y se sentía capaz de ir caminando hasta Tottenham Court Road y tomar un taxi. Cuando ya estaba cogiendo el abrigo y el sombrero, sonó el timbre del portal. Recogió sus pertenencias, y ya se disponía a apagar las luces cuando se dio cuenta de que, entre unas cosas y otras, Billy se había olvidado los regalos para su familia en la oficina. Apagó la estufa, puso el maletín encima de los regalos y apagó las luces. Cerró con llave la puerta del despacho, apoyándose la caja en la cadera, y bajó con cuidado las escaleras hasta el portal.

—Pensé que lo mismo seguía usted aquí —dijo Richard Stratton quitándose el sombrero cuando Maisie abrió la puerta de la entrada del edificio.

Maisie se dio la vuelta para subir de nuevo.

—¿Tiene más preguntas? ¿Tan pronto?

El inspector cogió la caja y negó con la cabeza.

—Ah, no, no es eso. Bueno, sí que tengo más preguntas, pero no he venido por eso. Me pareció que no tenía usted buen aspecto. Ha debido de sufrir una conmoción cerebral. He dejado a Caldwell en Charlotte Street y he vuelto. Vamos, mi chófer la llevará a casa, pero antes pasaremos por el hospital para que le echen un vistazo a su cabeza.

—Creo que hace tiempo que quiere que le echen un vistazo a mi cabeza, ¿eh, inspector? —dijo ella, asintiendo.

Él le abrió la puerta del coche y esperó a que entrara.

—El golpe no ha sido muy fuerte porque veo que sigue bromeando, señorita Dobbs.

Cuando el coche se puso en marcha, Maisie se dio la vuelta y observó la plaza por la luna trasera hasta que el dolor de cabeza se le hizo insoportable y se giró de nuevo.

—¿Se le ha olvidado algo?

—No, nada, no es nada.

Nada aparte de la sensación entre las escápulas que la perseguía desde esa mañana. La percepción de que alguien la había visto tratando de ayudar a ese pobre hombre, que los había visto mirarse a los ojos un segundo antes de que este tirase de la anilla de la granada. Y sentía que ese alguien seguía observándola en ese preciso momento.

> Estúpido, estúpido, estúpido. ¡Será necio! Tendría que haberlo imaginado, debería haberme dado cuenta de que se encontraba al borde del precipicio. Jamás pensé que ese idiota se quitaría la vida. Cretino. Tendría que haber esperado. ¿Acaso no le dije que debíamos esperar el momento propicio? ¿No le dije una y otra vez que teníamos que dominar la ira hasta que nos hicieran caso, hasta que ocurriera lo que yo sabía que nos permitiría dar a conocer nuestra situación? El único que lo sabe ahora es el gorrión. Una criaturilla gris e insignificante que viene cada día buscando las migas. Él lo sabe. Él me escucha, espera a que le cuente mi plan. Y menudo plan. Ya verás como entonces sí que me hacen caso. Se van a enterar. Lo he llamado Croucher. Croucher, el gorrioncillo; siempre ahí, con su canto repetitivo y su eterna sonrisa. Hoy tengo mucho que contarle.

El hombre cerró su diario y dejó encima el lápiz. Escribía siempre con lápiz, al que sacaba punta todos los días por la mañana y por la noche con un cuchillo afilado, porque el sonido que hacía la mina

gastada y la madera de alrededor contra el papel vitela, arañándolo por no estar bien afilada, le producía dentera y le entraban escalofríos. Era lo que pasaba con los sonidos. Los sonidos se te metían en el cuerpo, reptaban por debajo de la piel. Los cascos de los caballos sobre los adoquines, el chirrido de las ruedas de los carros por falta de engrasado, el crujido y el ruido seco que hacía el chico de los periódicos al doblar el *Daily Sketch*. Por eso siempre escribía con lápiz de mina blanda, pero larga y bien afilada, para no oír sus palabras formándose en la página.

2

Ante la recomendación de ir a casa a descansar, y consciente de que sería una imprudencia coger el coche y conducir varias horas después de que le confirmaran que había sufrido una conmoción cerebral, Maisie se lo pensó mejor y decidió tomar el tren a Kent esa misma tarde, puesto que no había servicio hacia Chelstone el día de Navidad. Le daría una sorpresa a su padre, que no la esperaba hasta la mañana siguiente. Pero antes quería asegurarse de que los hijos de Billy tuvieran sus regalos, de modo que, al llegar a su piso, cargó la caja en el coche y cruzó Londres, con cuidado, en dirección a Shoreditch. Había humedad y la ciudad estaba envuelta en esa implacable luz gris que hacía difícil decir «Feliz Navidad». En las zonas más pobres de la ciudad, los comedores sociales habían tenido mucho trabajo sirviendo comida a esas personas para quienes las fiestas no eran más que un recordatorio de lo que era pasar penurias. Y, aun así, en las ventanas de algunas casas se veía la llama dorada de las velas rojas, mientras sus moradores trataban de animarse por ser la época que era.

Detuvo el coche delante de la casa y no le sorprendió ver que tenían un árbol de Navidad con velas y cadenetas de papel alrededor del marco de la ventana. Las siluetas que se recortaban en el salón sugerían que estaban todos juntos decorando el árbol. Según se

acercaba a la puerta con los regalos, oyó una voz procedente del salón y se preguntó si sería mejor que no hubiera ido.

—No toquéis los regalos. Son para Lizzie. Los he comprado especialmente para una niña pequeña, así que no se os ocurra tocar las cosas de vuestra hermana.

A continuación, oyó un llanto infantil. Maisie supuso que sería Bobby, el más pequeño de los chicos. Iba a dar media vuelta cuando oyó que Billy, el mayor, le gritaba a su padre:

—El coche de la señorita Dobbs está fuera. ¡Corre, Bobby, vamos a ver!

Y antes de que pudiera dejar la caja de los regalos en el escalón de la entrada y volver al coche, abrieron la puerta.

—Pero, señorita, ¿por qué se ha molestado? Y encima sabiendo que no se encuentra bien.

Billy estaba en el umbral sin chaqueta, se había quitado el cuello desmontable de la camisa y la corbata y se la había remangado.

—¿Son para nosotros? —preguntó Billy hijo con los ojos brillantes al ver los paquetes envueltos en papel de regalo.

—Sí, son para vosotros, Billy; para tu hermano y para ti. ¡Feliz Navidad!

—Entre a tomar un té con nosotros antes de irse, señorita.

—No, no, seguro que estáis ocupados con…

—Nada de eso. Es lo mínimo después de venir a traer regalos para los niños —dijo Billy, haciéndose a un lado para dejarla entrar. Seguidamente, abrió la puerta del salón—. Doreen, ha venido la señorita Dobbs.

Maisie trató de ocultar el horror que le produjo ver a Doreen Beale de pie junto al árbol, apretando contra el pecho un corderito de

trapo deshilachado. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, lo que acentuaba la piel cetrina del rostro tan chupado que parecía que los pómulos sobresalían justo debajo de los ojos. La rebeca de lana que llevaba tenía los puños sucios y se le veían manchas de comida reseca en el delantero del vestido. Aunque Billy y su mujer estaban trabajando mucho para ahorrar y poder comprar el pasaje a Canadá con la esperanza de comenzar allí una nueva vida, eran personas orgullosas, y Doreen era especialmente meticulosa en lo referente a que su familia llevara siempre la ropa limpia y bien planchada, sin importar que fuera vieja o cuántas personas la hubieran utilizado antes.

—Me alegro de verte, Doreen —dijo Maisie acercándose a ella para ponerle la mano en el brazo—. ¿Qué tal te encuentras?

Doreen miró la mano de Maisie como si no comprendiera quién era esa mujer o por qué le pesaba tanto el brazo. De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas y la miró con una sonrisa esperanzada.

—¿Ha traído un regalo para mi niñita? Le encantan las muñecas y su corderito, ¿sabe? ¿Le ha traído algo?

Maisie buscó con la mirada a Billy, que estaba dejando los regalos debajo del árbol. Se acercó a su mujer, la rodeó con el brazo y la llevó con cariño a la cocina.

—Vamos a preparar el té para la señorita Dobbs, ¿quieres, Doreen? Nos tomaremos una taza todos juntos delante del árbol.

—Como tú digas, Billy. El té me sentará bien.

Al ratito, Billy regresó al salón. Al verlo sin la chaqueta, que siempre vestía para ir a trabajar, Maisie se dio cuenta de que él también había adelgazado.

—Disculpe, señorita, Doreen no está muy allá. Será por la emoción de sacar el árbol. Y, como bien sabe, pronto hará un año que perdimos a nuestra pequeña Lizzie. Según parece, un aniversario puede hacer que te pongas así.

Maisie quería hacerle muchas preguntas, quería saber cómo podía ayudar, pero estaban en Navidad y sabía que Billy quería que sus hijos y su mujer estuvieran relajados y pasar un día tranquilo.

—Será mejor que me vaya, Billy. Tengo que ir a Kent, pero voy a ir en tren, no quiero conducir con este chichón en la cabeza.

—Ay, señorita, y ha cogido el coche para venir hasta aquí. —Se volvió hacia sus hijos, que los miraban en silencio, y Maisie se dio cuenta de que eran totalmente conscientes de la delicada situación de su madre—. ¿Qué se le dice a la señorita Dobbs?

Los dos le dieron las gracias a dúo y Maisie les dijo que podían sentarse unos minutos en el asiento del conductor de su MG, pero que después tenía que irse. Cuando ya se alejaba, Maisie se giró y vio a Billy de pie en el umbral, uno de sus hijos abrazado a él, mientras que el otro le daba la mano. Los niños se despidieron y después entraron los tres juntos en la casa.

26 de diciembre de 1931

Maisie y su padre pasaron un día de Navidad tranquilo junto al fuego, charlando y leyendo; con la perra de este, una especie de lebrel que respondía al nombre de *Chuquel*, sentada a sus pies. Parecía que el animal había cambiado de idea por un tiempo sobre a quién le debía lealtad. Celebraron el día de fiesta con un suculento capón al horno con su guarnición y disfrutaron de un corto paseo por el campo blanco de escarcha. La duración la determinó la edad de su padre y que ella aún acusaba los efectos del golpe, que, aunque se habían suavizado bastante, seguía notando que se mareada cuando estaba mucho tiempo de pie.

Había planeado tomarse libre el día veintiséis para terminar de recuperarse y disfrutar de la compañía de su padre, y regresar a Londres el veintisiete a primera hora de la mañana. Había llegado el veinticuatro, ya tarde, a la estación de Chelstone, donde la había recogido el chófer de la familia enviado por lady Rowan, para quien trabajaba su padre, feliz al enterarse de que Maisie iba a pasar la Navidad allí. La mujer sentía un afecto especial por ella, además de haber contribuido notablemente a su ascenso social desde una posición baja, como miembro del servicio de la mansión, hasta convertirse en la profesional que era en la actualidad. Por su parte, para Frankie Dobbs, la llegada de su hija había sido un alivio y

estaba feliz de poder decorar el árbol con ella y colocar los regalos debajo, como cuando era pequeña.

Maisie se despertó al día siguiente, festivo en el país, y cogió el reloj de la mesilla. Eran las seis de la mañana. Su padre ya se había levantado y andaba zascandileando en la cocina, hablando con la perra mientras preparaba el desayuno. Por una vez, Maisie no se levantó, aunque le encantaba charlar con su padre en la cálida y confortable cocina, sentada a la mesa delante de la estufa de hierro, que generaba calor suficiente para alimentar la locomotora de un tren. Por las mañanas, siempre había disfrutado mucho de ese ratito al calor de la estufa, mientras el fuerte té reposaba en la tetera y el chisporroteo del beicon y los huevos le hacía la boca agua. Pero ese día lo único que quería era escuchar los sonidos de la mañana: el canto de un solitario pájaro fuera de la casa, pese al frío invernal, y el viento que sacudía los cristales. Cerró los ojos y debió de quedarse dormida de nuevo, porque la despertó el agudo timbre del teléfono. Oyó quejarse a su padre, oyó sus pasos a lo largo del tramo de baldosas rojas que separaba la cocina de la sala de estar, y oyó que el teléfono seguía sonando mientras su padre intentaba imaginar quién podría ser.

Al final levantó el auricular y, sin recitar el número de la casa, gritó:

—¿Qué quiere?

Después guardó silencio. Maisie se incorporó y esperó.

—Pues no está bien, inspector. Tiene la garganta un poco irritada y no se encuentra como siempre, ¿sabe? —Nuevo silencio—. Muy bien, de acuerdo, espere aquí, voy a buscarla.

Maisie se levantó de un salto y cogió la bata de lana que tenía colgada detrás de la puerta.

—Ya voy, papá.

Bajó corriendo las escaleras y entró en la sala de estar, sonrió a su padre y le quitó el teléfono de la mano.

—Soy Maisie Dobbs.

—Señorita Dobbs, soy Richard Stratton. Perdone que la moleste.

—¿Cómo me ha localizado? —Pausa—. Qué pregunta más absurda, inspector. ¿Qué puedo hacer por usted en un día festivo?

—Tenemos entre manos un asunto de cierta urgencia. Me gustaría que viniera a Scotland Yard lo antes posible.

—Pues pensaba regresar a Londres en tren mañana. Al final decidí no conducir. —Miró a su alrededor para ver si su padre estaba escuchando y se puso de espaldas a la cocina—. Y gracias por no decir nada sobre el incidente del otro día a mi padre. No quiero que se preocupe.

—No hay de qué. Comprendo la situación. Sobre lo otro, ¿podría regresar hoy? Puedo mandarle un coche a recogerla a las ocho.

—Sí que es urgente.

—No se lo pediría si la situación no fuera tan grave. Tenemos que utilizar todos los medios a nuestro alcance y, en este caso, creo que usted es nuestra mejor baza, señorita Dobbs.

—Estaré preparada a las ocho.

—Se lo agradezco. La pondré al tanto de todo en el viaje de vuelta.

—Hasta dentro de un rato.

Maisie frunció el ceño al caer en la cuenta de que el inspector iba a ir personalmente a buscarla. Dejó el auricular en la horquilla y se

dirigió a la cocina. *Chuquel* se levantó de su sitio junto a la estufa y se acercó a saludarla, acariciándole la mano con el hocico húmedo.

—Lo siento, papá, pero tengo que volver a Londres.

—Me lo estaba imaginando. Esos tipos de Scotland Yard no llaman por teléfono tan temprano en un día de fiesta si no es por algo grave. —Guardó silencio mientras levantaba la sartén del fogón y servía los huevos y el beicon en un plato—. Yo ya he desayunado, pero tú no vas a irte deprisa y corriendo con el estómago vacío, así que ya estás comiendo. Por lo menos podemos aprovechar este rato hasta que te vayas.

Maisie se sentó en la mesa y empezó a comer mientras su padre servía el té, le ponía una taza delante y se sentaba frente a ella.

—¿Sabes? No echo nada de menos Londres —le dijo, negando con la cabeza y encogiéndose de hombros—. Pensé que lo haría cuando me vine a vivir a Chelstone en la guerra, pero aparte de añorar un poco el mercado; ya sabes, las bromas, la camaradería; no echo en falta la ciudad. Ni un poquito siquiera. La última vez que fui a verte la encontré cambiada, demasiado para mi gusto. Menuda escandalera. Cuando era pequeño, siempre había ruido, pero no como ahora, con tanto coche y tanto camión, y los carros tirados por caballos intentando hacerse un hueco en la calzada. Y qué me dices de esas cajas registradoras de las tiendas que pitan cuando hacen la suma total, y esas máquinas de escribir de fondo cuando vas al banco. No hay quien se concentre con tanto ruido. Y ahora no hay más que desempleo. Antes siempre había gente que tenía demasiado; claro, siempre ha sido así. Pero ahora me parece que se ha vuelto un lugar… inhumano, diría yo.

Maisie dejó de comer y lo miró. En momentos como ese, su padre siempre la sorprendía. Solía empezar esa clase de discursos diciendo: «Solo soy un tipo normal y corriente, pero…», y era en esas ocasiones cuando menos normal y corriente le parecía.

—Sí, es un lugar inhumano para muchas personas, papá. Y lo más irónico de todo es que esa situación hace, en muchos casos, que negocios como el mío prosperen.

Frankie asintió con la cabeza.

—Eso es lo que me preocupa. Y que haya inspectores de policía que sepan dónde encontrarte y que te llamen por teléfono a primera hora de la mañana un día de fiesta. Un mundo inhumano, lo que yo decía.

Maisie cambió de tema, aunque sabía que su padre se había dado cuenta de su maniobra de distracción. Él le siguió la corriente y charlaron de nimiedades, de los líos sin importancia que había en Chelstone Manor; de lo que fuera menos de que en un rato un inspector de policía de Scotland Yard se llevaría a su querida hija para ocuparse de algún desafortunado suceso ocurrido en un lugar inhumano.

—La situación es la siguiente —dijo Stratton girándose hacia ella, mientras el chófer conducía por los estrechos caminos rurales que llevaban hasta Tonbridge, donde tomarían la carretera hacia Londres —: El ministro de Interior ha recibido amenazas y lo ha puesto en conocimiento de Scotland Yard. Yo soy uno de los tres policías de rango superior al cargo de la investigación. Y dado que la amenaza está relacionada con homicidios, me llamaron de inmediato.

—¿Qué clase de amenaza?

—Ahí está la cosa, que no se ha concretado aún, solo tenemos la consecuencia. Han enviado una carta al ministerio, después la verá usted misma: papel vitela sin membrete ni matasellos ni huellas ni ninguna marca característica. Podría haberla escrito cualquiera, aunque un experto en caligrafía la está examinando, como podrá imaginar.

—Pero contiene algún tipo de exigencia, ¿no es así?

—Sí. El hombre, o la mujer, reclama al gobierno que alivie de inmediato el sufrimiento de todas las personas desempleadas, empezando por tomar medidas para ayudar a aquellos que sirvieron al país durante la guerra. Despotrica sobre lo que todos ellos hicieron por el país y la situación en que se ven ahora, y amenaza con que si no se hace nada en las próximas cuarenta y ocho horas, que se cumplen mañana por la mañana, demostrará de lo que es capaz. Debemos tener en cuenta la posibilidad de un atentado contra la vida del ministro de Interior, el primer ministro o alguna otra personalidad importante.

—¿Y qué hay de la posibilidad de que todo sea un engaño o que se trate de alguien que se siente menospreciado y solo busca desahogarse?

—Como ya sabe, señorita Dobbs, algunos de esos que se sienten menospreciados pueden ser peligrosos. Si no, piense en la cuestión irlandesa, los fascistas, los sindicatos. Hay muchos agujeros en los que podría ocultarse este roedor en particular.

—Sí, claro. —Maisie guardó silencio y miró por la ventanilla, reflexionando sobre el resumen que el inspector acababa de hacerle. Entonces, se volvió hacia él—: Tengo que preguntárselo, sobre todo

porque estoy en un coche de vuelta a Londres, cuando podría estar pasando el día con mi padre. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? Tienen a varios investigadores trabajando en el caso. ¿Qué puedo hacer yo?

—Se me ocurren varias formas en las que puede ayudar, señorita Dobbs, y pienso en esas habilidades suyas que podrían convertirla en un valioso miembro del grupo. Ya es usted conocida en Scotland Yard, de eso no hay duda, y su colaboración en la formación de las mujeres investigadoras del cuerpo no ha pasado inadvertida. Pero el hecho es que… —vaciló un segundo como buscando las palabras con cuidado— se *requiere* su presencia porque quienquiera que esté tras las amenazas la ha mencionado expresamente en la carta: «Si duda de que digo la verdad, pregúntele a la señorita Dobbs». Así lo dice. De modo que, le guste o no, está usted metida en el caso. Y, lamentablemente, lo primero que tendrá que hacer será someterse a un interrogatorio.

—Entonces esa es la razón por la que ha venido: llevarme a Scotland Yard para que me interroguen. Soy sospechosa. Ojalá hubiera sido usted sincero conmigo desde el principio —dijo ella negando con la cabeza.

—No es eso, señorita Dobbs —contestó él, tomando aire—. Por un lado, la conocemos, conocemos su reputación. Pero al mismo tiempo tenemos que asegurarnos de que está usted de nuestro lado antes de continuar, sobre todo teniendo en cuenta que podría estar implicada de algún modo. —Calló un momento antes de continuar—. Y hay otra cosa más: el caso lo lleva la Rama Especial de Scotland Yard.

—Tendría que haberlo imaginado. ¿Y usted tiene algo que ver con esa Rama Especial?

Stratton se giró y la miró de frente.

—Digamos que es la dirección en la que me estoy moviendo. El inspector jefe Robert MacFarlane está al mando de la investigación. Y es muy probable que pase a trabajar para él en Semana Santa; es decir, dejaría el Departamento de Homicidios para formar parte de la Rama Especial, pero esa información es confidencial de momento.

—Enhorabuena, inspector Stratton —dijo ella, limpiando la condensación del cristal para observar el paisaje cubierto de escarcha—. Háble me más de MacFarlane. La reputación del «Gran Robbie» lo precede. Maurice Blanche trabajó con él y vino a darnos una charla cuando estudiaba en el Departamento de Medicina Legal de Edimburgo. —Sonrió y se encogió de hombros—. Si le digo la verdad, me cayó bien. Me dio la sensación de que una sabía a qué atenerse con él. Aunque voy a serle sincera, me pareció que era el típico seductor.

Stratton se rio por lo bajo.

—Ya lo creo, y seguro que lo es más desde que su mujer le dejó hace un par de años. Pero no cabe duda de que uno sabe siempre a qué atenerse con Robbie, desde luego. Es un hombre justo, dice lo que piensa y da libertad a sus hombres para hacer su trabajo. Aunque también le digo que espera que uno se exprima al máximo en el caso.

—Estoy deseando hablar con él de nuevo. Me pregunto si se acordará de mí.

—Se acuerda, señorita Dobbs. Esa es otra de las razones por la que la hemos llamado a horas tan intempestivas y en un día de

fiesta.

La primera vez que Maisie fue a la sede de Scotland Yard, en Embankment, fue cuando aún trabajaba como ayudante de Maurice Blanche. El edificio de ladrillo le había parecido intimidante con sus chimeneas sinuosas, sus gabletes y sus atalayas en cada esquina. En los años transcurridos desde entonces, había aprendido a entrar en el cuartel general de la policía metropolitana de Londres sin ponerse nerviosa. Sin embargo, esa mañana Stratton la condujo hasta una espartana sala en la parte que ocupaba la Rama Especial, donde esperó a que el inspector informara a los demás agentes implicados en la investigación de que ya estaban allí. No tardó en oír un vozarrón por el pasillo, pero cuando Robert MacFarlane entró en la sala con Stratton, usó un timbre de voz más bajo, con un poco de acento escocés que no se correspondía con su rango y la situación. Maisie se levantó de la silla y le tendió la mano.

—Gracias por venir, señorita Dobbs. —El inspector jefe le estrechó la mano y le indicó con un gesto de la cabeza que se sentara—. Siéntese, por favor, siéntese. Confío en que su repentina partida no haya disgustado mucho a su padre.

—Entiende la naturaleza de mi trabajo.

—Bien, me alegro de que uno de nosotros lo haga —comentó, sentándose detrás de un escritorio de madera que parecía demasiado pequeño para un hombre de su altura.

Porque MacFarlane pasaba del metro ochenta de estatura y, en opinión de Maisie, tenía la corpulencia de un estibador. Rondaba los cincuenta y cinco años y se movía con rapidez y precisión. Una calva

dejaba a la vista la cicatriz de la bala que le había pasado de refilón en la guerra —se hizo famoso por limpiarse la sangre mientras soltaba una sarta de improperios al enemigo por agujerearle la boina de su uniforme— y llevaba el pelo gris acerado, muy corto y peinado con una pizca de fijador.

—Stratton, vaya a buscar a Darby, por favor.

Poco después estaban los cuatro sentados en la salita: Maisie, MacFarlane, Stratton y Colm Darby, que ya trabajaba con MacFarlane antes de la guerra, y siguió con él al volver del frente. Darby le sacaría cinco años a su superior, lo más probable. Maisie sabía que era un experto en analizar las marcas personales que dejaba un delincuente tras cometer un acto criminal. Se decía que se le daba bastante bien obtener información a partir de la caligrafía de una persona. Llevaba con MacFarlane desde los tiempos en los que la función principal del departamento se centraba en conseguir información y asegurar la protección del país frente a actos de extremismo a los que todo el mundo se refería como «el problema irlandés». En los últimos tiempos, la función de la Rama Especial se había ampliado, y parecía que Colm Darby no tenía intención de jubilarse. Tras presentar a Maisie, MacFarlane apoyó los brazos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Señorita Dobbs, voy a prescindir del protocolo, porque puedo hacerlo y porque creo que no tenemos tiempo que perder. —Suspiró y la miró a los ojos—. Conozco a Maurice Blanche, he trabajado con él varias veces, y a usted la recuerdo de Edimburgo. Blanche la mandó allí, según tengo entendido.

—Así es, como parte de mi preparación para trabajar con él. Fui su ayudante.

MacFarlane miró la carpeta de papel manila que tenía delante, pasó varias páginas con anotaciones y luego la cerró para mirarla a los ojos de nuevo.

—Bien, empecemos. Descríbame con sus propias palabras lo que ocurrió la mañana del día veinticuatro.

Maisie tomó aire y, tal como había hecho con Stratton en el coche, contó al inspector jefe que se acercó al hombre de Charlotte Street y vio cómo se quitaba la vida con una granada.

—No tuvo que ser agradable, seguro.

—He visto bastantes cosas desagradables en mi vida, inspector jefe.

—No me cabe duda, señorita Dobbs. Y ninguno de los aquí presentes queremos seguir viendo ese tipo de cosas, aunque imagino que es una esperanza vana. —Se detuvo para aclararse la garganta y continuó—: ¿Puede explicar por qué un hombre capaz de formular amenazas veladas que constituyen un peligro para la seguridad del país conoce el nombre de una joven como usted?

Aquello le molestó, pero no perdió la calma, consciente de que el policía quería provocarla, y de que ella habría empleado la misma táctica. Se inclinó hacia delante, imitando la posición del jefe. Darby miró a Stratton enarcando una ceja.

—Inspector jefe, si le soy totalmente sincera, no tengo la menor idea de por qué mencionó mi nombre en esa carta. Sin embargo, la forma en que está llevando este interrogatorio sobre la tragedia que presencié el día de Nochebuena indica que considera que hay una relación entre los dos acontecimientos, y yo también me veo inclinada a creerlo. —Se volvió hacia Stratton y Darby para incluirlos en la conversación—. Fui la persona que pasó más cerca de la

víctima sin sufrir daños físicos graves, y sí, considero que ese hombre es una víctima. De modo que si este tenía un cómplice y estaba cerca cuando sucedió, yo lo habría visto. Si los dos casos están relacionados, la persona que escribió la carta podría ser ese mismo individuo, y tal vez utilizó mi nombre buscando algún tipo de ventaja para llevar a cabo lo que quiera que haya planeado. Aunque también podría ser una distracción.

MacFarlane se reclinó en su silla y Maisie lo imitó. El policía sonrió.

—¡Igual que ese jodido Blanche! Me muevo, usted se mueve, hago tal cosa, usted lo hace también. Es como si lo siguieran a uno. —Negó con la cabeza—. Escuche, señorita Dobbs, sé que usted no tiene nada que ver con ese majadero, de verdad, pero tal vez haya tenido algún tipo de contacto, por breve que haya sido, o que lo haya visto, o también es posible que él esté interesado en usted. —Se pasó la mano por la frente—. Sé que esto puede ser obra de un payaso con ganas de gastarnos una broma, pero me da en la nariz que ese muchacho va en serio, que pretende hacer lo que dice. Entonces, podemos sentarnos a esperar a ver qué pasa o podemos empezar a buscar. Yo soy más de actuar, y por eso le hemos pedido que venga. Está implicada en este caso le guste o no, señorita Dobbs, y prefiero tenerla cerca y que trabaje para mí a que ande por ahí haciendo alguna otra cosa.

—Yo estoy acostumbrada a trabajar sola, inspector jefe.

—Pues tendrá que desacostumbrarse. En primer lugar, deje que la ponga al corriente de lo que hacemos en la Rama Especial. Aunque estoy seguro de que algo sabe. Pero si va a estar bajo mi mando, quiero que empecemos con buen pie. Así que voy a darle una lección, y seré breve. La Rama Especial forma parte, técnicamente,

del Departamento de Investigación Criminal, pero como tal vez haya oído, nos gusta hacer nuestro trabajo a nuestra manera. Basta con decir que solo respondemos cuando quien pregunta lleva mucha plata en las hombreras o en la gorra. Nuestro trabajo habitual conlleva la protección de la realeza, los ministros y exministros, así como dignatarios extranjeros. Controlamos también el flujo de personas que llegan al país. Somos los responsables de investigar actos de terrorismo y anarquía, lo que significa que hay mucha gente a la que vigilar. Antes de continuar, he de añadir, sobre todo porque veo que esto puede ser un problema, que a veces nuestro camino se cruza con el del MI5, por razones obvias. Intentamos llevarnos bien y ellos nos necesitan, especialmente porque tenemos potestad para realizar arrestos. Hale, ya puedo quitarme el birrete y ponerme a trabajar. ¿Alguna pregunta?

—No, señor.

—Bien. Volvamos al caso. Echemos un vistazo a la información que hemos reunido: datos. Quiero acción y quiero que me traigan, pero ya, al hombre que ha escrito esta carta. Y, señorita Dobbs, quiero que informe a diario al inspector Stratton de lo que descubra.

Maisie asintió con la cabeza.

—En ese caso, inspector jefe, antes de ver la carta, tal vez podamos discutir mis condiciones. Me refiero a las condiciones económicas.

—No puedo decir que sea música para los oídos de un escocés —contestó el hombre con una sonrisa burlona.

—Por eso no quiero dejarlo para luego, inspector jefe.

—Inspector Darby, ¿qué opina del trazo descendente del lápiz aquí, donde el autor de la carta expone sus exigencias? Parece grueso, casi laborioso.

Y sin tocar el papel, Maisie señaló con el índice a lo que se refería.

—Sí, yo también me he fijado. Deliberado, ¿no cree?

—Como lo haría un niño pequeño, no en la presentación, sino en la ejecución; como si la persona que escribiera la carta moviera la mano muy despacio para no hacerlo mal.

Cerró los ojos y movió la mano hacia delante y hacia atrás sobre el tablero de la mesa, como si tuviera una pluma en la mano. Los tres hombres se miraron.

MacFarlane tuvo que esforzarse para no alzar la voz mientras Maisie pensaba.

—Stratton, sé que no es el chico del té, pero asómese y dígales que no estamos en el desierto y que tenemos la boca seca. —Y dicho lo cual se giró hacia Maisie, que abrió los ojos y retomó la palabra.

—Creo que esta persona tiene problemas de concentración y destreza. ¿No le parece? —preguntó a Darby.

El inspector asintió con la cabeza en señal de conformidad.

—Yo también. ¿Y qué piensa de esto? —Le entregó una lupa y señaló dos puntos en el papel. Stratton regresó y se sentó a la mesa junto a Maisie.

—Esto es humedad. Diría que de saliva —contestó ella levantando la vista y volviendo a bajarla—. Sí, es saliva. La persona que haya escrito la carta estaba tan concentrada en lo que quería decir que tenía la boca abierta y se le cayeron unas gotas de saliva sobre el papel.

—¿Y eso qué nos dice? ¿Que estamos ante una persona que babea y tiene una ortografía perfecta? —dijo MacFarlane empezando a impacientarse.

La puerta volvió a abrirse y un joven vestido de civil entró con cuatro tazas de té sobre una bandeja de madera. La depositó sobre la mesa y se marchó.

—Nos dice que esa persona tiene problemas de control muscular y le cuesta concentrarse. Nos dice que tiene algún tipo de discapacidad.

—Eso si es que tiene usted razón.

—Sí, eso si el inspector Darby y yo tenemos razón.

Se produjo un silencio en la sala. Stratton tomó dos tazas y le puso una delante a Maisie, a quien empezaba a dolerle la cabeza. Dio las gracias al inspector y se tocó el chichón.

—¿Está usted bien?

—Sí, es solo un recordatorio.

MacFarlane alargó el brazo para coger su taza y Darby hizo lo mismo.

—Pues qué bien —dijo el escocés—. Hay miles de… ¿cómo ha dicho usted?, ah, sí, discapacitados en todo Londres y tenemos que dar con uno de ellos. Como buscar una aguja en un pajar —dijo arrastrando la silla para levantarse y comenzó a caminar de un lado para otro.

—¿Han identificado ya al hombre muerto? —preguntó Maisie.

—Está resultando complicado, como podrá imaginar —respondió Stratton negando con la cabeza.

Maisie miró a los tres hombres de uno en uno y después consultó la hora en el reloj que había sobre la puerta. MacFarlane siguió la

dirección de su mirada.

—Sí, tenemos que darnos prisa. Señorita Dobbs, un coche irá a buscarla a su oficina esta tarde a las cuatro, y nos reuniremos aquí de nuevo para poner en común los avances o, Dios no lo quiera, la falta de ellos. Mientras tanto, dejaré que trabaje como ha dicho usted que le viene mejor: sola. Pero esté preparada a las cuatro, o alguien del departamento se le pegará como una sombra de la mañana a la noche hasta que cerremos el caso. Las cuarenta y ocho horas de gracia que nos ha dado quienquiera que haya escrito esta carta se cumplirán mañana a las seis de la mañana, más o menos. Si no lo hemos trincado para entonces, sabremos si se trata de un bromista. Y con un poco de suerte, habremos identificado para entonces al otro chalado de Charlotte Street. —Le tendió la mano—: Hasta la tarde, señorita Dobbs.

—Hasta la tarde.

—Y no lo olvide: todo lo que haga para este caso es competencia de la Rama Especial.

—Entendido, inspector jefe.

MacFarlane asintió con la cabeza y volvió a coger la carta.

Stratton acompañó a Maisie al coche policial que la esperaba fuera.

—Tal vez sea un poco díscolo, pero es muy bueno en su trabajo.

—Ya lo sé. Maurice me habló de él. Y espero que no me hayan hecho venir solo porque mi nombre aparece en esa carta, sino porque hayan acudido antes a Maurice.

—Blanche nos dijo que contactáramos con usted, que es su sucesora a todos los efectos. Le dijo al Gran Robbie que se fiara de

su instinto.

—¿Y lo hace?

—Se fía de Blanche, así que sí, considérese digna de su confianza.

—Debe de ser porque su interrogatorio ha sido suave, por no decir otra cosa.

Cuando ya estaban al lado del coche, Maisie se giró hacia el inspector y le tendió la mano.

—Tengo muchas ganas de trabajar de nuevo con usted, inspector.

—Lo mismo digo, señorita Dobbs. Pero tenemos que darnos prisa.

—Lo sé. Yo ya he empezado —dijo, entrando en el Invicta—. Hasta las cuatro.

> «Kikirikí, estoy aquí —decía el gallo Colibrí—. No puedo detenerme, perdonad, tengo prisa, soy un río de fuerza, si me detengo moriré ahogado en mi propio remanso».

El lápiz empezaba ya a arañar el papel, así que el hombre se dirigió a la cocina arrastrando los pies, cogió un cuchillo del cajón y se puso a afilarlo. Las virutas de madera cayeron sobre la mancha marrón que se había formado allí donde el grifo del agua fría, el único que había en la habitación, goteaba día y noche. Hizo una mueca al oírlo. Comprobó la mina con la yema del dedo, como si estuviera afinando un instrumento de cuerda, y regresó a la mesa, arrastrando los pies otra vez, para retomar la escritura.

> No lo saben, no se enteran de nada, ese ha sido siempre el problema con los mandamases. Pero yo me acuerdo, ya lo creo que me acuerdo. Estuvo muy bien lo de mandarnos aquellos relojes para que todos tuviéramos la misma hora, ni un segundo más; para que todos, miles de hombres, nos lanzáramos al ataque saliendo de las trincheras a la vez y…

Levantó la mano del lápiz y sofocó un gemido cuando los recuerdos se abalanzaron sobre él, en una oleada de imágenes, sucediéndose a gran velocidad en su mente: la sonrisa torcida de la muerte en un cadáver uniformado, el grito silencioso de un hombre con quien poco antes había estado riéndose. Y el implacable estruendo de la batalla, reverberando dentro de su cráneo en la soledad de su habitación, envolviéndolo con la violencia de la guerra. Soltó el lápiz y se apretó los ojos con las manos, como si con rozar el suave abultamiento de los globos oculares pudiera sacarse las imágenes de la cabeza y soportar el dolor. Como si pensara que así se quedaría tranquilo.

Pasado un rato, los fantasmas regresaron al rincón de su mente en el que guardaban silencio, exánimes, y entonces releyó lo escrito, cogió el lápiz y empezó de nuevo.

> Pero ¿de qué sirve saber la hora cuando eso es lo único que está bien? El tiempo y sus consecuencias, el tiempo y sus consecuencias. Croucher sabía del tiempo y sus consecuencias. Pobre Croucher. Pobrecillo Croucher.

El hombre dejó el lápiz entre las páginas de su cuaderno de piel y sujetó la tapa con una cuerda para que el lápiz no se le perdiera o hiciera ruido al caer al suelo. Se levantó y se acercó despacio a un armario, de donde sacó una caja grande con garrafas, tubos y mangueras de goma. En otra caja tenía una serie de botellas llenas de líquido y latas de varios tamaños, todas etiquetadas con cuidado a lápiz. Si Darby hubiera observado aquellas etiquetas con su lupa,

habría visto el papel descolorido allí donde había caído la saliva de la boca abierta del hombre.

Dejó las dos cajas en la mesa y empezó a meter un tubo en una de las garrafas. A un observador cualquiera le habría recordado a la historia del Doctor Jekyll y Mr. Hyde y tal vez se hubiera preocupado. Tras terminar la preparación de lo que parecía un experimento, el hombre soltó la cuerda que cerraba el diario encuadernado en piel, lo abrió y cogió el lápiz.

> Había algo que sabía hacer bien, pero fue hace tiempo. Hacía bien algo que podía resultar útil. Pero ya no quieren saber nada. Tendré que enseñárselo. Trabajo y afán, trabajo y afán.

3

Maisie metió la llave en la cerradura y abrió el portal de la mansión de Fitzroy Square, en cuya primera planta se encontraba su despacho de una sola habitación. Cerró la puerta y subió con cierta fatiga, pero se detuvo al oír voces procedentes del despacho. En un primer momento se preocupó, pero tras las voces oyó la reverberación de la risa cantarina de un niño y la voz de un muchacho que decía: «¿A que no nos pillas a Bobby y a mí, papá?». Se preguntó qué hacía Billy en el trabajo. Aparte de que era fiesta, normalmente trabajaban hasta mediodía los sábados, a menos que el caso requiriese su atención las veinticuatro horas. Y encima estaba con sus hijos.

—Hola, Billy. Hola, Billy hijo y Bobby —dijo Maisie sonriendo al llegar al despacho mientras se quitaba el sombrero y la bufanda, pero no el abrigo—. Hace frío aquí, Billy. ¿Por qué no has encendido la estufa? A ver si van a resfriarse los niños.

Billy, que estaba en el suelo jugando con sus hijos, se levantó sonrojado.

—Jugad con vuestros juguetes mientras yo hablo con la señorita Dobbs. ¿Qué se le dice por los regalos que os ha hecho?

Los dos niños se levantaron y respondieron a dúo:

—Gracias, señorita Dobbs.

A lo que el mayor, Billy, añadió:

—¡Me gusta mucho mi camión de bomberos!

Maisie les revolvió el pelo trigueño y les dijo que jugaran donde se terminaba la alfombra y empezaba la madera.

—Ahí rodará mejor tu camión de bomberos. —Y volviéndose hacia Billy padre añadió—: Vamos a tomarnos un té mientras me cuentas lo que está pasando; si quieres.

Billy le explicó que Doreen se había encerrado aún más en sí misma conforme se iban acercando las fiestas y, aunque nunca podían permitirse una Navidad fastuosa, siempre intentaban reunir el dinero suficiente para un pollo asado y comprar regalos a los niños. Ese año, Doreen no parecía tener interés en nada más que en reunir bajo el árbol un montón de regalos para Lizzie, juguetes que Billy trataba de retirar para que los niños no se disgustaran.

—A veces no es más que una sombra, señorita. Este verano pensé que había mejorado un poco, que empezaba a superarlo. Yo también echo de menos a nuestra pequeña Lizzie, entiéndame, pero tenemos otros dos hijos estupendos que necesitan a su madre. Muchas noches al llegar a casa me la encuentro sentada con la mirada perdida, la estufa apagada y la prenda que está cosiendo a medio hacer. Tengo que convencerla para que se ponga en marcha otra vez, ayudarla a levantarse y mostrarle cómo hacer esto o aquello. Algunos días parece estar perfectamente y, de repente, vuelve a caer. Tampoco come mucho y yo siempre me ocupo de que haya comida en la mesa. Puede que no vivamos a cuerpo de rey, hay gente a nuestro alrededor que se las arregla en unas condiciones terribles, rodeados de ratas que llegan desde el río y están por todas partes, pero nosotros siempre hemos tenido la casa curiosa y

mandamos a los niños limpios al colegio. Ahora vivimos tratando de evitar que caiga al fondo de un agujero negro.

—Ay, Billy, cuánto lo siento.

—Pensé que no vendría hasta el lunes y no teníamos ningún otro sitio adónde ir, pero quería que Doreen estuviera un rato tranquila y que descansara. Y, sinceramente, también quería sacar a los niños de la casa para alejarlos un poco de todo. Quería llevarlos al Museo de Ciencias Naturales a ver la galería para niños que acaban de abrir, ¿sabe?, con esas maquinitas para que los niños vean cómo funciona una locomotora de vapor y lo que ocurre en el interior de una mina, cosas de ese tipo, pero los museos de Exhibition Road están cerrados hoy. Entonces me he acordado de la oficina y, después de pasear un rato viendo escaparates, los he traído a jugar un poco antes de volver a Shoreditch.

—No pasa nada, Billy. Los niños y tú podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis. —Guardó silencio un momento—. ¿La ha visto el médico? ¿O la enfermera?

—Pues fue cuando perdimos a Lizzie, pero ahora cuesta mucho hacerla salir de casa.

—A lo mejor necesita algún reconstituyente, algún remedio que le suba el ánimo. Y tiene que comer bien.

—Le he comprado un reconstituyente. Y, en cuanto a la comida, como le digo, come como un pajarito; y no es que Doreen haya estado gorda nunca. —Se frotó la frente de un lado a otro—. Se lo digo en serio, señorita, a veces me asusta, me recuerda a cuando regresé de la guerra, me recuerda a los hombres que vi en el hospital, ya sabe, esos que se suponía que no debíamos ver antes de que se los llevaran a otro hospital especial en la ambulancia

negra. A veces tiene esa mirada, como si estuviera contemplando el océano. —Calló de nuevo—. Y cuando la veo así, pienso en el tipo ese del otro día. Él también tenía esa mirada, la de quien mira a lo lejos como si no hubiera nadie más a su alrededor.

—Creo que tiene que ir otra vez al médico, Billy. Está pasándolo mal y debería verla alguien.

—Tengo el dinero de la paga extra. Pensaba guardarlo para el pasaje a Canadá, pero lo destinaré a que Doreen se recupere.

—No te demores, Billy.

—De acuerdo, señorita. —Billy miró a sus hijos, jugando con sus camiones imitando el ruido del motor, y de nuevo miró a su jefa—. No pensé que fuera a venir hoy, señorita. ¿No se suponía que iba a quedarse con su padre hasta mañana?

—Así era, pero el inspector Stratton ha ido a buscarme. Y esto que voy a decirte es confidencial: la Rama Especial está metida en el asunto.

Billy silbó por lo bajo.

—Si están metidos es que el asunto es serio. El ministro de Interior ha recibido amenazas y mi nombre aparecía en la carta. Además, es probable que las amenazas tengan algo que ver con la granada con la que se suicidó el hombre del otro día.

—No puedo quitármelo de la cabeza. Al principio me asusté. Por un momento pensé que estaba otra vez allí. Pero tengo que pensar en Doreen y en los chicos, así que no puedo recaer, ¿no le parece?

—No puedes, desde luego —contestó ella, pensando en aquel día, dos años atrás, en el que fue Billy quien se dejó arrastrar hacia el abismo por culpa del dolor que le producían sus heridas de guerra—. Me han pedido que colabore un tiempo con ellos en un caso, de

modo que tú tendrás que ocuparte de nuestros clientes. Yo tengo que reunirme con Stratton todos los días, aunque tú y yo podemos vernos aquí a primera hora para ir avanzando.

—Como usted diga, señorita.

—Y sobre el hombre del otro día, los dos creemos que era soldado, que sufría alguna lesión en las piernas. Es muy posible que sufriera también algún tipo de neurosis de guerra.

—Yo diría que sí.

—Entonces, ¿quién era ese hombre? No parece que la policía haya avanzado en su identificación y me gustaría tener un nombre lo antes posible. Si sabemos quién es, podremos averiguar a quién conoce y, con suerte, llegar al responsable de las amenazas.

—¿Qué quiere hacer? El hombre, digo.

—No lo sé, no lo ha especificado. Pero dijo que daba cuarenta y ocho horas para que se cumplieran sus peticiones, lo que significa que tenemos muy poco tiempo para encontrar en todo Londres a una persona muy enfadada o muy descontenta que podría estar mentalmente desequilibrada.

—Eso no reduce mucho el campo de búsqueda.

—Lo sé. A veces me pregunto si hay alguien cuerdo.

Una pelea entre los hermanos interrumpió su conversación.

—Haya paz. ¿Qué pasa? —preguntó Billy, agarrando a cada uno de sus dos hijos de un brazo—. Sois hermanos, no tenéis que pelearos, así es como empiezan las guerras, peleando por una bobada.

Los niños empezaron a echarse las culpas el uno al otro, pero Billy puso orden rápidamente y los hermanos hicieron las paces estrechándose la mano como hombrecitos.

—Será mejor que nos vayamos, señorita. Cuando queramos llegar a casa les habrá entrado hambre.

Maisie lo ayudó a ponerles el abrigo, la bufanda y las manoplas en las manitas que no tardarían en sentir el frío. Cuando estaba poniéndole el gorro de lana al pequeño Billy, se fijó en que Billy padre sacaba el pañuelo y le limpiaba la boca a Bobby.

Billy vio que lo estaba mirando y se encogió de hombros.

—Espero que se le pase pronto. Tiene casi cinco años y lleva babeando desde que volvimos de recoger el lúpulo este verano. Creo que está así por su madre. Antes los abrazaba a todas horas, pero ahora ya no lo hace. El niño va corriendo hacia ella, pero Doreen lo aparta de un empujón, igual que a su hermano —dijo Billy mientras sus hijos recogían sus juguetes—. Intento compensar la falta abrazándolo yo, pero no estoy en casa cuando llegan del colegio. Lo veo sentado con las manos en la boca y antes de que te des cuenta se ha babeado toda la chaqueta.

Maisie se quedó pensativa.

—Lo mejor por el momento es no decirle nada sobre el asunto. Sécalo bien para que no se le corte la piel con el frío. Es bueno que estés presente cuando Doreen no puede, pero piensa que es una prueba más de que tiene que ver a un profesional lo antes posible.

Billy suspiró.

—Nos vamos. Hasta el lunes por la mañana, señorita.

Maisie se despidió de ellos y se acercó a la ventana. Los vio cruzar la plaza, cada niño cogido de una mano de su padre, dando saltitos a su lado. Aunque era consciente de que el tiempo pasaba y la fecha límite señalada por el hombre en la carta se acercaba aún más, comprendía que Billy necesitaba hablar de su mujer y de la amenaza

que su estado mental suponía para el bienestar de la familia. Pero ahora tenía que ponerse a pensar. Se apartó de la ventana y acercó la silla a la estufa.

Sentada con la vista puesta en las salidas de gas se quedó pensando en el pequeño Bobby y la ansiedad que le provocaba ver a su madre encerrándose en sí misma. Quería ayudarlos en todo lo que pudiera, pero sabía que no podía olvidar la relación jefa-empleado que tenía con Billy, por lo que debía encontrar el equilibrio para no herir su orgullo. Volvió de nuevo a la respuesta física del niño a su sufrimiento emocional. Era evidente que no podía sacar demasiadas conclusiones de un hecho aislado y fortuito, pero no pudo evitar acordarse de sí misma tras recuperarse de sus heridas durante la guerra. En cuanto se encontró bien, sintió la necesidad de volver al trabajo de enfermera y, como consecuencia de las heridas sufridas por su amado en el mismo ataque, decidió trabajar en una institución de seguridad cuidando a hombres con un grave deterioro mental a causa de la guerra.

Y allí sentada contemplando las puntiagudas llamas candentes del gas vio de nuevo los cuerpos retorcidos, la reacción muscular, no a la herida física, sino al sufrimiento mental. Vio los ojos en blanco y las miradas perdidas, el sollozo constante, la pérdida de reflejos. Había hombres que lloraban, hombres que no podían comer, hombres que se autolesionaban buscando sentir físicamente las heridas que sufrían en la mente, hombres que se sentaban frente a la pared y se golpeaban la cabeza contra la dura superficie una y otra vez con la boca abierta y babeando, como queriendo expresar el infierno cavernoso al que se asomaban desde que se despertaban

por la mañana hasta que los sedantes los dejaban inconscientes al caer la noche.

Maisie se levantó y cruzó la oficina hasta un mueble de estrechos cajones como los de las farmacias. Abrió uno y empezó a pasar fichas hasta dar con la que buscaba. Golpeándose la palma con esta, se dirigió al teléfono que tenía sobre la mesa y marcó uno de los números que aparecían en la ficha. Se quedó mirándola hasta que le cogieron el teléfono. Habría que estar muy cerca de ella para oírla susurrar:

—Contesta, por favor, contesta, por favor, contesta, por favor…

Dio un respingo cuando el receptor respondió.

—Sí, hola. No estará trabajando el doctor Anthony Lawrence por casualidad, ¿verdad? ¿Sí? ¿Y podría hablar con él, por favor?

Maisie esperó a que fueran a buscar al médico, haciendo pasar entre los dedos el cordón del teléfono durante los segundos de espera.

—Doctor Lawrence.

—Me alegro de poder hablar con usted, doctor Lawrence, teniendo en cuenta que es fiesta. No sé si se acordará de mí. Me llamo Maisie Dobbs, trabajé como enfermera en el Hospital Clifton, pabellón Roble, en 1918, y luego como enfermera al cargo del pabellón Ceniza.

—Es usted la que volvió a Cambridge. Recibió una herida muy fea en la cabeza, si no recuerdo mal.

—Así es.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Dobbs?

—Es complicado explicarlo por teléfono, pero me corre bastante prisa y es confidencial. ¿Podría dedicarme veinte minutos de su

tiempo más tarde? ¿A la una y media le iría bien?

—Tengo que salir hacia las dos, así que está bien. ¿Cree que podría venir un poco antes? A la una, por ejemplo.

—Sí, gracias, doctor Lawrence. Estoy impaciente por verlo a la una.

—Igualmente, señorita Dobbs.

Maisie sonrió para sí mientras dejaba el auricular sobre la horquilla. Había algo que Anthony Lawrence y Robert MacFarlane tenían en común: eran hombres sinceros y directos, entregados a su profesión. Pero en el caso del primero, en la actualidad considerado un experto en el tratamiento de los traumas psicológicos, había observado personalmente su compasión cuando ambos trabajaban en Clifton. Lo había visto plantarse ante las autoridades del departamento encargado de las pensiones, en el que intentaban hacer pasar por mentirosos a hombres con daños mentales, y también lo había visto pasar horas con un paciente intentando ver si conseguía que pronunciara su nombre en voz alta. No tenía mucha fe en que la reunión le permitiese hacer un gran avance, pero si una conversación con el doctor Lawrence la ayudaba a abrirse paso en aquel caso sin aparente salida sería tiempo bien invertido.

Maisie llegó al Hospital Princess Victoria a las doce y media, y se dirigió al mostrador de la entrada. Tras verificar su nombre, un celador cogió un abultado manojo de llaves que llevaba colgado de una anilla metálica del tamaño de una pulsera, y le pidió que lo siguiera. El hospital donde el doctor Lawrence trabajaba era muy similar al resto de edificios institucionales construidos en el apogeo

del reinado de la reina Victoria, con un auge de las construcciones de ladrillo que ponían de manifiesto la prosperidad industrial y comercial que disfrutaba su Imperio, y constituía un legado para su gente. La barandilla de madera de la escalera estaba reluciente, igual que los apliques y el resto de accesorios decorativos de metal, y el aire olía a la cera con aroma a lavanda con la que acababan de pulir los suelos de camino hacia los despachos de los médicos. Maisie se preguntó si Sheila Kennedy, la enfermera jefe casi legendaria, seguiría allí. Desde luego, el orden que se apreciaba dejaba claro que seguía al mando. Aunque ese orden contradecía el nombre coloquial que la gente daba al hospital: «el cubo de la basura». Construido en sus inicios como manicomio, lo habían cedido para tratar casos de soldados que sufrieron neurastenia y otros tipos de neurosis durante la guerra, lo mismo que ocurrió con el Clifton. Aunque muchos de aquellos pacientes habían recibido el alta con el tiempo, pocas semanas después de ingresar el hospital seguía más o menos lleno. Y en los últimos años habían apreciado un aumento de ingresos de pacientes aquejados de angustia originada de su incapacidad para manejar los hechos, corrientes y extraordinarios, del día a día, y no tanto de batallas en suelo extranjero.

En vez de las puertas dobles abatibles, normales en los hospitales para los enfermos con dolencias físicas, se encontraban con puertas que el celador abría con llave y volvía a cerrar a su paso. No tardaron en llegar a la escalera de caracol que daba al otro lado del edificio, las paredes de alrededor pintadas de color crema con una banda de azulejos de color marrón y crema en la base. La escalera desembocaba en un pasillo con despachos a ambos lados, con su

correspondiente puerta de roble macizo. En aquella parte del edificio no había el mismo nivel de seguridad, pese a lo cual el celador no se separó de ella en ningún momento. Al llegar al despacho del doctor Lawrence, el hombre llamó con los nudillos y abrió cuando oyó su vozarrón.

—La señorita Dobbs, señor.

—Ah, sí. Yo mismo la acompañaré a la salida cuando me vaya.

—Muy bien, señor, pero tendrá que firmar el registro de salidas.

—No se preocupe, me aseguraré de que pase por la oficina.

El celador se hizo a un lado para dejarla entrar y, llevándose la mano a la frente a modo de saludo marcial, cerró la puerta y regresó por el pasillo.

Maisie le estrechó la mano al médico. Llevaba el pelo peinado con raya en el medio como cuando era más joven, aunque tenía canas, en vez del pelo negro azabache que Maisie recordaba de la época del Clifton. Llevaba el bigote algo más largo que antes y se fijó en que se aplicaba cera en las puntas, lo que le daba un aspecto un poco arrogante, aunque no recordaba que él lo fuera. Usaba gafas redondas de montura metálica y en su piel se apreciaban las arrugas y los pliegues de alguien que dedicaba muchas noches a trabajar en vez de a dormir, lo que indicaba que era una persona que se preocupaba y tenía interés en lo que hacía. Llevaba el cuello de la camisa cerrado y la corbata bien apretada, casi hasta la nuez, y todavía llevaba puesta la bata blanca, lo que indicaba que acababa de terminar la ronda de visitas.

—Tome asiento, por favor, señorita Dobbs —la invitó, señalando la sencilla silla de madera.

—Ha sido muy amable al recibirme, doctor Lawrence. Y más aún habiéndole avisado con tan poca antelación.

—No hay ningún problema. Encantado de ayudar, si puedo. Era usted muy buena enfermera, señorita Dobbs. Siempre pensé que podría haber entrado en la facultad de Medicina. Parece que las mujeres van incorporándose a todos los ámbitos, ¿verdad? Supongo que es un caso de «a la fuerza ahorcan» con tanta mujer soltera como hay. Puedo asegurarle que no son tantas las enfermeras que nos dejan para casarse, porque ¡no hay hombres suficientes!

Sonrió mientras se sentaba detrás del escritorio.

Maisie se fijó en que había dos cojines planos y gastados en el asiento y pensó que probablemente los habría llevado el propio doctor para crear un ambiente más confortable.

—¿Y a qué se ha dedicado desde que volvió a Cambridge?

Maisie miró a su alrededor fijándose en todos los detalles mientras describía el trabajo que había realizado en los últimos doce años. El despacho estaba limpio y ordenado, los libros clasificados por materias y bastante ordenados en general. Era algo que siempre le había gustado del doctor Lawrence, el sentido del orden. Siempre contaba los instrumentos antes y después de cada intervención y redactaba notas legibles tras las consultas con los pacientes, aprovechando que tenía la información fresca. Pero habían pasado diez años de aquello. Mientras hablaba, Maisie se percató de que el hombre alineaba inconscientemente el montón de papeles y expedientes que tenía sobre la mesa, de manera que quedara a una distancia exacta del borde, no más de cinco centímetros. Alargó el brazo y puso en fila las plumas y los lapiceros, y después sacó un pañuelo limpio del bolsillo y lo pasó por el tablero de madera.

—De modo que cuando el doctor Blanche se jubiló, tomé el mando del negocio y me instalé por mi cuenta. Ahora tengo mi oficina en Fitzroy Square.

—Mmm, impresionante, señorita Dobbs, impresionante de verdad —dijo él, levantando la cabeza mientras se guardaba el pañuelo en el bolsillo. Sacó a continuación el reloj del chaleco, consultó la hora y se lo volvió a guardar—. Aunque no nos gusta nada perder a una buena enfermera. —Carraspeó y añadió—: Y dígame, ¿qué puedo hacer por usted? Dijo que era urgente.

—Exacto. Y confidencial.

—Por supuesto. Estamos acostumbrados a guardar la confidencialidad, como bien sabe, no lo olvide.

Maisie suspiró.

—El hecho es que no tengo preguntas específicas, pero necesito encontrar una línea de investigación en un caso muy grave. Baste con decir que estoy trabajando un tiempo con Scotland Yard en un asunto bastante delicado.

—Continúe.

—¿Ha leído la noticia del hombre que se suicidó en Charlotte Street el pasado día veinticuatro?

—Sí, por supuesto. Un asunto muy feo. Es un milagro que no se llevara a alguna otra persona por delante. Aunque según la prensa hubo heridos.

—Por suerte, nada grave. Aunque, como ambos sabemos, presenciar algo así deja secuelas mentales para siempre.

El médico pasó los dedos por el borde de la montaña de expedientes, asintiendo con la cabeza.

—Ya lo creo. Entiendo que el suicidio tiene alguna relación con el caso en el que está trabajando.

—Claro, es una posibilidad; aunque no está confirmada. Creo que el hombre combatió en la guerra. Me encontraba en Charlotte Street cuando ocurrió y pasé lo bastante cerca de él como para fijarme en que sufría una lesión permanente de algún tipo en una pierna, algo que le impedía doblar la rodilla, y la otra se la habían amputado o la tenía doblada hacia atrás. Yo me inclinaría por la amputación. Los restos confirmarían dicha conclusión. Y si bien no pude hablar con él, porque de haber estado más cerca ahora mismo no estaría aquí, observé en este un movimiento de la cabeza y las manos que podrían indicar neurosis de guerra.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—Doctor Lawrence, son muchos los hombres que han vivido encerrados en instituciones desde que terminó la guerra y siguen sufriendo las consecuencias de la neurosis de guerra. Y muchos más los que han recibido el alta en los últimos años, quizá para que se ocupen de ellos sus familiares o para que terminen viviendo en distintos tipos de alojamiento. Nuestro hombre podría ser uno de ellos.

El médico suspiró y se frotó el mentón.

—Señorita Dobbs, la realidad sobre el tratamiento que se dispensa en este país a sus soldados aquejados de neurosis de guerra es terrible, y presenta un obstáculo de considerables proporciones a alguien como usted, que trata de descubrir la identidad del hombre fallecido, porque imagino que será de vital importancia. —Suspiró de nuevo, cogió la pluma y volvió a dejarla en la mesa, asegurándose de que todos sus artículos de escritura estaban paralelos—. Se

diagnosticó neurosis de guerra a setenta y cinco mil u ochenta mil hombres al terminar el conflicto. Algunos fueron fácilmente identificados, verificados y licenciados para que volvieran a Inglaterra a recibir tratamiento. —La miró con unos ojos de color pizarra que le recordaron al cielo un día de mucho frío—. A mi juicio, y tenga en cuenta que las autoridades podrían llamarme a capítulo por decir algo así, por lo que le pido que medite detenidamente sobre esta conversación, el número de hombres víctimas de la neurosis de guerra se acerca más a cientos de miles. Y podría decirse que nadie, ni hombre —la miró a los ojos— ni mujer, regresó de Flandes con la mente intacta.

—Lo sé.

—Ya sé que lo sabe. Sin embargo, me pregunto si estará al tanto de las presiones que recibimos los médicos durante y después de la guerra. —No esperó a que contestara, sino que continuó—. No solo nos presionaban para declarar a los soldados aptos para el servicio en cuanto se les curaban las heridas físicas, sino que, en todos los casos, exceptuando los más evidentes, y lo sé por propia experiencia, los altos mandos militares denegaban nuestras instrucciones de enviar a un hombre a una institución de seguridad para recibir cuidados adicionales, hombre al que tachaban de vago o falta de fibra moral. Y con las mismas, los enviaban de nuevo al campo de batalla, con la mente prácticamente deshecha. —Se encogió de hombros—. Había otra razón que no hay que olvidar: las pensiones. Si un hombre sufre heridas físicas en el campo de batalla, recibe una pequeña pensión. Con el aumento de hombres con trastornos mentales a causa de la guerra, tener que pagar unas pensiones que no podían permitirse inquietaba cada vez más al

gobierno, de manera que se les daba el alta a la menor oportunidad porque en muchos casos no había sangre ni heridas ni cicatrices físicas. Señorita Dobbs, por si aún no se ha dado cuenta, está buscando una aguja en un pajar. Aunque repasara los historiales de todos los pacientes que han sufrido neurastenia, neurosis de guerra, melancolía e histeria, no sería más que la punta del iceberg.

—Es usted muy franco, doctor Lawrence.

—Por cada hombre ingresado que jamás verá el exterior de estas cuatro paredes, hay cinco, seis o siete ahí fuera —dijo señalando la ventana— encerrados en una cárcel mental. Intentan encontrar trabajo, intentan vivir un día como pueden. Quizá algunos tengan familia e hijos, pero el tiempo pasa, y un día el hijo se pone a llorar de una manera determinada y te encuentras al hombre encogido en un rincón o, peor aún, haciéndole daño a alguien. Y otros se paran e inspiran con profundidad cada día mientras trabajan, viven, comen, respiran, aferrándose a todo eso que forma su vida para que nadie sepa jamás que están tan rotos por dentro como en algún momento lo estuvo su cuerpo.

—Siento haber…

El médico levantó una mano para interrumpirla.

—No, por favor. Ha venido a hacerme un par de preguntas y se ha encontrado con algo con lo que no contaba. —Cogió una carpeta con cuidado para no descolocar el resto del montón, y se puso a dar golpecitos en la tapa superior—. Tengo aquí una serie de cartas de los de arriba con instrucciones de rebajar el número de soldados que seguimos teniendo ingresados. Me ordenan devolverlos a la dura realidad de Londres en pleno invierno y sin perspectivas de trabajo o de contar con algún tipo de ayuda. ¿Adónde irán? ¿Quién se ocupará

de ellos? Esa es la batalla a la que me enfrento en estos momentos. Todo el mundo quiere olvidarse de la guerra.

Maisie asintió con la cabeza.

—Doctor Lawrence, ha sido usted muy amable al dedicarme su tiempo. Me gustaría hacerle un par de preguntas más, si puede ser. ¿Hay algún tipo de comportamiento común entre los hombres que reciben el alta? ¿Se quedan cerca del hospital? ¿O prefieren alejarse? —Inspiró antes de continuar—. Verá, voy a contarle algo para que se haga una idea más precisa de la situación, y ahora me toca a mí recordarle que esto debe ser confidencial: un miembro de alto rango dentro del gobierno ha recibido amenazas. En estos momentos, hay personas buscando la manera de cumplir, hasta donde sea posible, las exigencias de ese sujeto para aplacarlo y darnos más tiempo. Mi tarea es la de encontrar a esa persona. Yo también me he dicho que es como buscar una aguja en un pajar. Sé por mi experiencia en zona de guerra y mi trabajo en Clifton lo arduo de dicha tarea. Pero he de seguir y encontrar una pista cuanto antes. De modo que, y sé que me estoy agarrando a un clavo ardiendo, si me arriesgo a decir que el hombre que se quitó la vida el día de Nochebuena recibió el alta de una institución médica en los últimos dos años, ¿cómo podría dar con él?

El médico dejó la carpeta sobre el montón, perfectamente alineada con el resto.

—Podría empezar por el Departamento de Pensiones, pero le aviso que esa puerta está cerrada a cal y canto. Intentaré conseguirle un permiso para que pueda estudiar los historiales de antiguos pacientes que guardamos aquí. Cuando una persona abandona una institución, ya sea un hospital o una cárcel, a veces siente la

necesidad de conservar algún tipo de relación con ese lugar. Hay quien consigue un alojamiento desde el que se ven las chimeneas del hospital y hay quien sigue viniendo como paciente externo a hacerse pruebas o para recibir medicación. Los hay que solo quieren saber que siguen estando cerca del nido, aunque fuera el lugar más horrible del mundo. Pero solo es mi opinión. Es posible que mis colegas opinen de otra forma.

Maisie cogió los guantes y la bufanda.

—Gracias, doctor. —Consultó la hora en el reloj de la pared—. Tengo que irme. —Sacó una tarjeta del maletín y la dejó en la mesa delante del médico, que había echado el sillón hacia atrás para levantarse—. Avíseme en cuanto le den permiso para que venga a estudiar los historiales, por favor. Odio tener que decirlo, pero conseguir el permiso voluntariamente sería mucho mejor que tener que pedir una orden. Estoy segura de que la enfermera jefe preferiría caminar sobre ascuas a dejar que ocurra tal cosa en su hospital.

El médico se rio.

—Estamos en contacto. Le acompaño a la salida.

Bajaron las escaleras charlando sobre el pasado, sobre las mejoras que se habían llevado a cabo en el Hospital Clifton después de que ella se marchara y sobre los hijos de los médicos, que ya eran mayores. Cuando llegaron a la planta inferior, el doctor fue abriendo las puertas y volvió a echar la llave después de pasar. No tardaron en llegar a la entrada.

—Ya estamos —dijo el doctor Lawrence al llegar a la conserjería y llamó a la puerta con los nudillos—. No dude en avisarme si necesita alguna otra cosa, señorita Dobbs.

Maisie le estrechó la mano y se volvió hacia el celador que acababa de abrir la puerta.

—¿Va a volver más tarde, doctor Lawrence? —preguntó el hombre mientras sacaba el registro para que Maisie firmara.

—Sí, luego vuelvo —respondió el médico—. Ocúpese de que la señorita Dobbs no tenga que esperar mucho rato un taxi. Es usted muy amable, Croucher.

—Desde luego, doctor Lawrence. Me aseguraré de que se ponga en camino cuanto antes —contestó el hombre, que se giró a Maisie y le sonrió.

4

El hombre abrió los ojos y esperó un momento mientras el sueño se difuminaba, un poco como las olas se alejan de la orilla y vuelven, se alejan y vuelven. Y es que a veces era entonces, durante los primeros segundos nada más despertar, cuando sentía que le entraba el pánico y que el miedo lo paralizaba; porque en ocasiones se metía en la cama, no porque fuera de noche y, por tanto, hora de descansar, sino porque estar despierto, aunque fuera de día, se le hacía insoportable. Tenía frío siempre, y aunque la habitación estaba seca, sentía la ropa húmeda y los pies congelados. Se echó la manta por encima del abrigo y cerró los ojos mientras pegaba y despegaba los labios tratando de aliviar la tensión de la mandíbula y volver a quedarse dormido y escapar de la pesadilla de estar despierto, que siempre parecía peor que las que lo acosaban cuando dormía. A veces se despertaba conteniendo el aliento, porque no era capaz de recordar por qué se encontraba inmerso en aquella melancolía, por qué sentía esa pena y le dolía todo el cuerpo. Y de pronto comenzaban a proyectarse las imágenes en su mente otra vez y los ruidos lo atormentaban de tal forma que se agarraba la cabeza como si quisiera arrancársela. En momentos como ese habría agradecido estar muerto con tal de ser libre.

Recuperó la consciencia una vez más, se frotó el mentón rasposo de la barba incipiente y se apretó los ojos cansados y hundidos con los dedos. Se giró sobre un lado para ver el reloj de la repisa de la chimenea. Era casi la hora. Se incorporó y, una vez reunidas las fuerzas que necesitaba, bajó las piernas a un lado de la estrecha cama de hierro, se levantó y alcanzó el bastón. Vaciló un momento y pareció que iba a caerse en la cama de nuevo, pero se recuperó y se acercó arrastrando los pies hacia la radio que tenía en la mesa. La encendió. Primero las señales horarias y después las noticias.

Escuchó con la cabeza ladeada, pegado al aparato. Nada. No dijeron nada de él. Ninguna noticia que indicara que habían escuchado sus peticiones. Ningún anuncio sorpresa sobre comunicados procedentes del ministerio, ni una palabra sobre reuniones extraordinarias en plenas fiestas navideñas para considerar las dificultades a las que se enfrentaban aquellos que lo habían dado todo por su país, ni una mención sobre el sufrimiento de los que no tenían nada. Sentía la garganta seca, como cuando lo invadía la sed al despertar después de un sueño en pleno día, de modo que fue cojeando hasta la estufa, levantó el hervidor para comprobar si había agua suficiente y lo colocó sobre el fogón y encendió una cerilla. «Era de esperar», dijo retirándose un poco, mientras pensaba en las sustancias que había manipulado un poco antes, procurando ser tan hábil como lo había sido en el pasado para no cometer ningún error. Había limpiado el laboratorio, aunque no fuera especialmente adecuado, por supuesto, pero todas las precauciones eran pocas. Había que hacer bien las cosas y en su trabajo él las hacía como era debido. Cumplía las normas.

Esperó a que el agua rompiera a hervir y vertió el líquido abrasador en el montón de hojas húmedas y lacias que había en la tetera que se había hecho por la mañana. Con la infusión desabrida pero caliente en la mano, se sentó en la mesa y se acercó el diario. Bebió un sorbo, dejó la taza desportillada a un lado y abrió el cuaderno por una página en blanco.

No me han hecho ni caso. No me toman en serio. Pensé que la tal Dobbs me creería si hablaban con ella. Vi a la policía ir a su casa, así que sé que tienen la carta.

Se detuvo un momento y retomó la escritura.
Mostró interés. Eso es lo único que llevo pidiendo todos estos años, que la gente muestre interés, y que sus actos muestren que se preocupan. Se me ocurrió que la mujer no esperó a que fuera otra persona la que se acercara a Ian. No lo ignoró. Se dirigió hacia él sin mirar en otra dirección. Me di cuenta. Me he fijado en que la gente no mira a los Ians de este mundo, sino que vuelven la cabeza hacia otro lado.

Se detuvo de nuevo. Se frotó el pecho con la mano y tomó aire varias veces, no con profundidad, porque el aire tan frío le quemaría los pulmones y se pondría a toser. Y como empezara a toser, no pararía y terminaría echando sangre. Aplacó las arcadas, se serenó y retomó la escritura.

Estúpido muchacho. Debería haberme hecho caso, no habría tenido que esperar mucho más, no ahora que los tengo donde quería. «Grita "¡devastación!" y suelta los perros de la guerra». Sí, suelta a esas pobres bestias a las que nadie quiere.

Maisie pagó al taxista y cruzó la plaza a toda prisa, justo cuando el Invicta de Stratton paraba en la puerta de su oficina.

—¡Caray, por los pelos!

Habría querido estar un rato a solas para reflexionar sobre lo que había dado de sí la reunión con el doctor Lawrence antes de volver a Scotland Yard a reunirse de nuevo con MacFarlane.

—¿Lista? —preguntó Stratton al verla acercarse al coche.

—Sí y no. Me habría gustado tener un poco más de tiempo antes de volver para poner en común lo que he estado haciendo hoy.

—Estoy de acuerdo, pero seamos realistas: ahora sabemos con seguridad de qué lado está.

Maisie puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

—Empiezo a cansarme de esa insinuación por el mero hecho de que mencionaran mi nombre en esa dichosa carta. MacFarlane me ha interrogado y ha indicado que confía en mí. Ya les he dicho que creo que tendrían que tomar en serio las amenazas, de modo que me gustaría mucho que usted y Colm Darby, o cualquiera con las mismas, dejaran de meterse conmigo. Sabe a la perfección de qué lado estoy.

La intensidad de la reacción de Maisie tomó a Stratton por sorpresa.

—Discúlpeme si la he ofendido, señorita Dobbs. Lo he dicho para aligerar el ambiente, teniendo en cuenta la gravedad de la situación en la que nos encontramos. No sé usted, pero yo no he avanzado casi nada hoy.

—He tenido días mejores —reconoció Maisie suspirando—. Lamento haberme puesto a la defensiva. Dicho lo cual, creo que he encontrado una pista prometedora. Es posible que el hombre que se

suicidó fuera un soldado que padecía cierto grado de neurosis de guerra.

Stratton negó con la cabeza.

—No puedo creer que no hayamos sido capaces de poner nombre a ese sujeto, que no lo hayamos identificado. Hemos hablado con los comerciantes, con los residentes, y nadie lo conoce. Dicen que no era de la zona.

—Conocido solo por Dios —dijo Maisie con un susurro, viendo otra vez al hombre.

—¿Cómo dice?

—Perdone, inspector. He dicho «Conocido solo por Dios». Es lo que pone en las nuevas lápidas de los soldados no identificados que fueron enterrados en Francia: «Soldado de la Gran Guerra, conocido solo por Dios».

—Pues será mejor que encontremos algo pronto o MacFarlane se va a poner hecho una furia.

—Ya me lo imagino.

—¡Oh, por el amor de Dios! Pensé que tendríamos algo para discutir a estas alturas. Dos días y seguimos sin conocer la identidad de ese pobre desgraciado.

A MacFarlane le dio igual que hubiera una mujer presente y golpeó la mesa con la mano derecha para reafirmar sus palabras.

Maisie no se inmutó siquiera, pero Stratton movió la silla de un modo que ponía de manifiesto su incomodidad. «Ya puede ir acostumbrándose a esto si pretende formar parte del grupo de MacFarlane en primavera», pensó ella.

—¿Tiene algún inconveniente en ponerme al día sobre sus actividades, señorita Dobbs?

—Por supuesto que no, inspector jefe MacFarlane.

El policía elevó una ceja al ver que Maisie se levantaba y sacaba del maletín un rollo de papel blanco y varias chinchetas. Lo desenrolló y lo sujetó a la pared con estas.

—Si buscara decorador habría llamado a uno, señorita Dobbs.

—Le ruego que tenga un poco de paciencia. —Sacó también del maletín unas pinturas de cera y se quedó con una mientras dejaba las demás en la mesa, y continuó dirigiéndose a los tres hombres—. Mi ayudante y yo utilizamos un pliego grande de papel en blanco para llevar un registro escrito de la evolución de cada caso. Nos proporciona un mapa visual de los progresos, por decirlo de alguna manera, y jamás descartamos un pensamiento, idea o corazonada por absurda o insignificante que pueda parecer. Lo anotamos todo a medida que avanzamos en el caso y ha demostrado ser una herramienta muy útil para identificar relaciones, pistas y posibilidades que no habrían sido visibles tomando notas linealmente en un cuaderno, según el método habitual.

—Aquí preferimos los hechos.

—Puede parecer contradictorio, pero no me parece que tengamos tiempo para fijarnos solo en hechos. Tenemos que ampliar el foco, a corto plazo al menos.

El policía se mostró conforme.

—Continúe ampliando el foco, señorita Dobbs.

Maisie guardó silencio un momento para mirar a los tres hombres uno por uno. Si iba a trabajar en grupo en vez de sola, tendría que

asegurarse de que la escucharan con atención. No le importaba que la vigilaran.

—Siguiendo la suposición de que el hombre que se suicidó en Charlotte Street era un soldado que sufrió heridas graves…

—¿Graves? —preguntó MacFarlane—. Es obvio que fue andando hasta el lugar en el que murió. ¿Podemos suponer que eran graves?

—Señor, tal como creemos, al hombre le amputaron una pierna y era muy probable que cojeara de la otra. Aparte de eso, también pudo haber estado expuesto al cloro o al gas mostaza. Por no hablar del trauma de la guerra. Yo diría que todas esas heridas entran en la consideración de «graves». Añadiría también que, al estar acostumbrados a ver hombres que sufrieron durante la guerra, nos hemos vuelto inmunes de alguna manera a la difícil situación que atraviesan. Como ahora sabemos, en contra de la creencia de los oficiales superiores, se necesita más que aire puro y una semana en el campo para que un hombre se cure por completo antes de enviarlo nuevamente al campo de batalla o, en este caso, a enfrentarse con la sociedad y el día a día.

—Entendido. Continúe, señorita Dobbs.

—Gracias —dijo ella comenzando a escribir—. Por lo que llamé al doctor Anthony Lawrence, uno de los mayores expertos del país en el cuidado de aquellos que evidencian una inestabilidad mental suficiente que justifique su hospitalización.

—¿Es una forma suave de decir que tienen que estar «encerrados»?

—Tras haber sido enfermera en un hospital de seguridad para pacientes con problemas mentales y haber cuidado a hombres con neurosis de guerra, intento mantener un nivel de respeto, inspector

jefe. Pero sí, están encerrados. Requieren un grado de supervisión que no pueden tener en casa, si es que tienen una casa a la que ir. Y volviendo a mi reunión con el doctor Lawrence, mi intención era saber más cosas sobre las costumbres de aquellos que han recibido el alta. En resumen, quería saber si había algo en el hombre de Charlotte Street o en el autor de la carta que indicara que hubiera recibido el alta hace poco y se sintiera a la deriva, por así decirlo. Confieso que ha sido dar palos de ciego, pero tenía que empezar por alguna parte.

—Todos vamos dando palos de ciego —dijo el inspector, cogiendo una cera roja de la mesa para darle vueltas entre los dedos como si fuera una batuta—. Y el suyo es tan bueno como cualquier otro. ¿Ha averiguado algo?

Maisie negó con la cabeza.

—Bien poco, si le digo la verdad. El doctor Lawrence insistió en que el número de hombres afectados por problemas psicológicos es mucho mayor de lo que indican las cifras oficiales. Además, la regresión tras recibir el alta podría darse en cualquier momento: un mes, un año, cinco años.

—¿Por dónde va a seguir ahora?

—No estoy segura. Sin embargo, agradecería poder informarle de mis avances de un modo menos rígido. Volver esta tarde me ha robado un tiempo precioso. Mi plan de trabajo no está fijado de manera inamovible. ¿Podría llamar por teléfono al inspector Stratton a una hora concreta del día?

El jefe miró a sus hombres.

—¿Richard? ¿Colm?

Los dos aceptaron la sugerencia asintiendo con la cabeza.

—Muy bien, señorita Dobbs.

Maisie les dio las gracias y volvió a sentarse. Al menos había conseguido esquivar la cuestión de por dónde iba a continuar investigando, aunque sabía que MacFarlane podría volver a sacar el tema. Pero entretanto, ella prefería no desvelar sus movimientos. Puede que formara parte del equipo, pero también sabía que avanzaba más cuando trabajaba sola siguiendo sus propias normas.

Stratton fue el siguiente. Tomó una cera negra y se volvió hacia el papel de la pared.

—Me siento como un profesor junto a la pizarra.

—No me tiente —dijo el inspector jefe con una amplia sonrisa y le indicó con un gesto que continuara.

—Seré muy claro: hemos continuado interrogando a los tenderos de Charlotte Street hasta Oxford Street, aunque nos ha entorpecido el hecho de que las tiendas estuvieran cerradas hoy, lo que nos ha obligado a localizar a los propietarios. Confiamos en poder desandar los movimientos del hombre. Como es natural, tenemos que considerar la posibilidad de que no haya ninguna relación entre estos dos hechos, en cuyo caso lo único que tendremos en un momento u otro será el nombre del hombre fallecido.

—¿Alguna otra cosa?

—Hemos localizado a una mujer que trabaja en Bourne y Hollingsworth que dice que vio bajar del autobús treinta y seis a un hombre cuya descripción encaja con la del fallecido. La mujer viene desde Camberwell y dice que siempre se sienta cerca de la puerta y no recuerda haberlo visto subir al autobús, por lo que tuvo que hacerlo en las paradas entre Lewisham y Camberwell. Dispondremos hombres en todas las paradas de la ruta el lunes, a la hora que

coincide con el horario de la mujer. Interrogaremos a todos los viajeros a ver si alguno recuerda haberlo visto el día veinticuatro.

Maisie carraspeó y habló directamente a MacFarlane.

—El hombre que envió la carta espera una respuesta mañana a primera hora de la mañana. Parece que se nos ha olvidado que la amenaza sigue vigente. ¿El ministerio va a hacer algún anuncio por la radio, tal vez para aplacar los ánimos de ese hombre, o vamos a esperar a ver si habla en serio?

—Lamento decir que, dado que no hemos hecho grandes progresos, señorita Dobbs, en estos momentos estamos a la espera.

—No creo que tengamos que esperar mucho.

—Ya, opino como usted, aunque espero estar equivocado —dijo MacFarlane con un suspiro y se volvió al inspector Stratton—. Que acompañen a la señorita Dobbs a casa, Stratton. Y queden mañana a una hora para poner en común sus progresos. Sé que es domingo, pero no veo que las amenazas de la carta estén empujando al primer ministro a hacer algún tipo de oferta a ese hombre, de manera que seguiremos con el caso pase lo que pase. Por cierto, el primer ministro ha interrumpido las vacaciones navideñas con su familia y ha regresado ya de Chequers. —Y dirigiéndose a Maisie añadió—: No descarte la posibilidad de que tengamos que reunirnos con carácter de urgencia en cualquier momento a lo largo de los próximos dos días. Mientras tanto, trabajará usted sola, pero para nosotros.

Maisie le extendió la mano.

—Estamos en contacto, inspector jefe.

Stratton la acompañó a casa en su Invicta. Cuando el vehículo se detuvo a unos metros de la entrada del bloque de pisos de Pimlico, Maisie se volvió hacia él.

—Puedo ir sola desde aquí, inspector.

—¿Está segura?

—La puerta principal está siguiendo por ese camino, así que puede esperar aquí para asegurarse de que entro sin que me aborde nadie por el camino.

—Es lo que voy a hacer —contestó él abriendo la puerta y saliendo del vehículo para tenderle la mano y ayudarla a salir—. Y no se olvide de su equipaje —añadió metiendo el cuerpo en el coche.

—Gracias, inspector —dijo ella tomando la maleta de cuero marrón—. ¿Me permite sugerir que lo llame a su despacho en Scotland Yard mañana? Pero no podrá ser antes de las seis de la tarde.

—¿Y a qué hora debería enviar a la caballería si veo que no recibo noticias suyas?

—Me pondré en contacto con usted hacia las ocho, inspector. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto. ¿Puedo preguntar cuál será su próximo movimiento?

Maisie ya había empezado a caminar en dirección al moderno edificio con las puertas de cristal.

—Si le soy sincera, aún no lo sé con seguridad. Pero sí sé que habrá investigación y también especulación.

—Mis hombres y yo dedicaremos el día de mañana a llamar a todas las puertas entre Lewisham y Camberwell. La llamaré si averiguamos algo.

Maisie se despidió de él con la mano, desde el vestíbulo, antes de meterse en su piso. Los radiadores estaban encendidos, aunque al mínimo, y seguía saliéndole vaho al respirar. Estaba cansada y solo quería acostarse, así que fue con la maleta al dormitorio, sin quitarse el abrigo siquiera, y luego a la cocina a hervir agua para la bolsa de agua caliente.

Se metió en la cama y se tapó hasta la nariz, pero en vez de dormirse deprisa como esperaba, se quedó despierta escuchando los sonidos nocturnos. Las sirenas de niebla en el río, un coche a lo lejos. Era una noche tranquila. Estaban a veintiséis de diciembre. Pronto terminaría el año y empezaría 1932. Y mientras se iba quedando dormida, se preguntó si el día amanecería con alguna novedad. ¿Otra carta, tal vez? ¿O comprobarían que la amenaza no era tal y ahí terminaría su colaboración con MacFarlane y la Rama Especial? Le recorrió un escalofrío, a pesar de que tenía cerca la bolsa de agua caliente, y tuvo la inconfundible sensación de que les esperaban noticias al día siguiente, y no buenas precisamente.

27 de diciembre de 1931

Billy estaba en su mesa cuando Maisie llegó al despacho a la mañana siguiente. Le sorprendió verlo allí y no pudo evitar fijarse en que parecía aún más agotado que el día anterior.

—¿Qué haces aquí, Billy? Es domingo. No hace falta que sacrifiques tu domingo solo porque yo esté trabajando en un caso urgente.

—Pensé que le vendría bien que le echara una mano, y entre unas cosas y otras… —Metió unos documentos en una carpeta y se encogió de hombros.

Maisie decidió que era mejor no insistir y sospechó que la situación en casa había empeorado aún más. Comenzó a hablar del caso mientras se quitaba el abrigo, el sombrero y los guantes.

—¿Te acuerdas del vendedor que me ayudó el otro día en la calle, Billy?

—Lo reconocería entre un millón, si es a lo que se refiere. No sé cómo se llama, estaba demasiado preocupado por usted, señorita; pero creo que sé cómo dar con él, si quiere.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero. Puede que viera al hombre antes de que se matara, hasta es posible que lo conociera o que sepa algo de él por lo menos.

—Ahora que lo pienso, cuando volví a buscar su maletín, no recuerdo haberlo visto por allí. La policía urgía a la gente a seguir con lo suyo y él dijo no sé qué de llevarse a su caballo, que era una yegua buena y fuerte, pero no quería tentar a la suerte porque, aunque no había salido corriendo cuando la bomba estalló, estaba nerviosa y podía hacerlo de un momento a otro.

—¿Crees que habrá alguien en el mercado esta mañana? Ya sé que es domingo, pero a veces hay alguien, un conserje o un vigilante, alguien que pudiera conocer al hombre que buscamos —dijo, sentándose a la mesa.

—Haremos una cosa. Me acercaré hasta allí a echar un vistazo. Como usted dice, lo mismo hay un conserje o, incluso, un policía haciendo su ronda que puede poner nombre a la cara; ya sabe a lo que me refiero.

Billy se giró para coger el abrigo de detrás de la puerta sin dejar de hablar.

—Creo que estaré de vuelta sobre las doce y seguiré con el asunto Barker. ¿Estará usted aquí?

—Probablemente no. Tengo la clara sensación de que voy a tener que ir a hablar con MacFarlane; es el tipo de la Rama Especial que te conté. Pero, mientras tanto, creo que estudiaré las posibilidades, a ver si se me ocurre alguien que pudiera haber enviado la carta.

—¿Y cómo va a hacerlo?

—Elaborando un perfil del tipo de persona que haría algo así, si es que habla en serio. Verás, Billy, hemos establecido un vínculo con el suicida de Charlotte Street.

—¿Cómo, señorita? ¿Qué les hace pensar que ambas cosas están relacionadas?

—Buena pregunta, Billy, y la respuesta tiene que ver conmigo. Mi nombre se menciona en la carta. Y el hecho de que nada más pasar yo junto al hombre que se quitó la vida, de una forma tan visible como para llamar la atención, nos ha ayudado a atar los cabos.

—Tiene sentido —dijo Billy, enrollándose la bufanda al cuello—. ¿Y qué clase de persona cree que es?

—Que haya hecho una amenaza indica el nivel de su desencanto con la vida. También ha llamado la atención hacia la difícil situación que viven los exsoldados y quiere que las autoridades hagan algo al respecto. Sabemos que son muchos los hombres que siguen sufriendo a causa de heridas de guerra en un momento en el que no es fácil encontrar trabajo, ni siquiera para los que están sanos física y mentalmente, pero no todo el mundo llegaría al extremo de proferir amenazas.

—Eso se ve en las calles, señorita, hombres que van cojeando de una oficina de empleo a otra a ver si consiguen algún trabajo, pero creo que la mayoría se limitan a llorar sus desgracias a sus colegas o sus mujeres, o se meten en alguna de esas asociaciones, ya sabe, para intentar cambiar las cosas.

—Pero hablamos de alguien que lleva años sufriendo hasta llegar a un punto en que ha decidido actuar. Está claro que podría llevar tiempo acumulando ira en su interior, pero voy a jugármela y asumir, al menos por ahora, que el hombre que buscamos es alguien que o bien no cuenta con el apoyo de una familia o ha recibido el alta en el hospital en los últimos dos años. Sinceramente, si es lo primero, la tarea es casi imposible, pero si es lo segundo, podría al menos conseguir unos cuantos nombres.

—Siguen siendo muchas las personas que hay en esa situación.

—Reduciré la búsqueda a Londres. La información proporcionada por el doctor Lawrence indica que hay motivos suficientes para pensar que un hombre permanezca en los alrededores del hospital, a menos que tenga un hogar al que ir en otra zona. —Calló un momento y se entretuvo en poner y quitar el capuchón a la pluma mientras decidía lo que iba a hacer el resto del día—. Lo cierto, Billy, es que si ese hombre cumple sus amenazas, si insiste en «hagan lo que digo o aténganse a las consecuencias», nos facilitaría más información sobre la que trabajar. Y he decidido dejar para más tarde el que haya mencionado mi nombre. ¿Por qué? ¿De qué me conoce?

—¿Cree que podría suponer un peligro para usted? Porque en ese caso…

Maisie miró a Billy, que se levantó y se puso delante de la mesa de su jefa como vacilando entre dejarla trabajar sola o quedarse con ella. Maisie se reclinó en su asiento.

—No quise decir nada, pero el día del suicidio de aquel hombre, cuando abandonamos Charlotte Street con el inspector Stratton, tuve la sensación indiscutible de que me observaban.

Billy se inclinó sobre la mesa.

—Y yo no quise decir nada tampoco, señorita, pero no dejaba de mirar hacia atrás porque había algo que me daba mala espina. Lo atribuí al ruido, a que me había recordado a cuando estuve allí, en la guerra, pero fue algo muy extraño, eso seguro.

—Tengo que contemplar la posibilidad de que nos siguieran hasta la plaza y de que me estén siguiendo desde entonces. Y hay algo más.

—¿Qué, señorita?

—Se sabe que las personas en esa situación, capaces de lanzar amenazas y de llevarlas a cabo, desean ser vistos, desean ser capturados. Quieren que los pillen porque saben que es la forma de que los escuchen. Tiene que ver con el tema de la atención.

—Otro que se oculta a plena vista no, por favor. Me parece que ya hemos tenido suficiente, ¿no le parece, señorita?

—No sé si se esconde a plena vista, pero es posible que se encuentre más cerca de lo que pensamos. Mientras tanto, voy a preparar una plantilla y comprobar si soy capaz de rellenarla con unos cuantos nombres.

—Y yo me voy al mercado.

—Mira y escucha bien todo, ¿de acuerdo?

Maisie siguió trabajando cuando Billy se marchó. No le había preguntado por Doreen a propósito. Si le preguntaba todos los días, podría dar la impresión de inmiscuirse demasiado en los asuntos de la familia. Aunque conocía bien a los Beale y sentía un gran afecto por ellos, en ese caso concreto el orgullo de Billy suponía un obstáculo para mostrarse receptivos a su ayuda. Sentía que, a su manera, Billy consideraba que ya había hecho suficiente por ellos. Aun así, estaba preocupada, en particular por la melancolía de Doreen, pues era consciente de cómo estaba afectando a sus hijos. Maisie sabía demasiado bien que el camino del duelo no seguía unas pautas y que se recorría a solas, aunque toda la familia llorase la pérdida.

A las once y media sonó el teléfono, pero Billy empezó a hablar sin darle tiempo a contestar siquiera.

—Señorita, no sé si será importante, me refiero a que no creo que la policía esté al tanto, pero a mí me ha parecido raro.

—Cuéntame, Billy.

—Estaba charlando con un conocido que trabaja aquí, en el mercado. Hablando de golpes de suerte. Parece que discutió con la mujer y vino al mercado para estar solo un rato, y por eso he podido hablar con él. El caso es que su hijo se saca un dinerillo extra trabajando en el refugio de animales de Battersea. Resulta que cuando ha ido a darles de comer esta mañana se ha encontrado con seis perros muertos en una sección. Dice que nunca había visto algo así: les salía por la boca una cosa blanca como clara de huevo batida y tenían los ojos fuera de las órbitas. Han muerto asfixiados y atragantándose con su propia sangre. Una imagen horrible, pobre muchacho.

—¿Sabes si ha ocurrido algo más desde entonces?

—Según parece, el veterinario ha ido a examinar los cadáveres para ver si era algo contagioso. Pero ¿sabe de qué me acordé cuando me lo contó?

Maisie sintió un escalofrío.

—Sé lo que vas a decir, Billy: cloro.

—Sabía que lo adivinaría. Lo ha visto, ¿verdad? El cloro.

—No te muevas de ahí. Te recojo en el metro de Covent Garden en veinte minutos. Iremos directamente al refugio de Battersea a ver si podemos hablar con alguien. Quiero averiguar si es posible entrar cuando el refugio está cerrado o si abre los festivos. Es posible que estuviera abierto. Parece que siempre hay más animales en las calles en esta época del año.

—Si es lo que pienso, sería terrible, ¿no cree? No lo digo solo por los perros, sino porque significa que hay alguien por ahí capaz de hacer algo así. La próxima vez podría hacerlo con una persona, ¿no?

—Lo sé.

—Y otra cosa, señorita.

—Dime.

—El vendedor ambulante se llama Bert Shorter. He averiguado el nombre en el pub al que va a beber, bajando por Old Kent Road.

—Buen trabajo. Salgo para allá. Nos vemos en el metro, en el lado de Long Acre.

5

—¿Señorita Dobbs y señor Beale?

Donde se llevaban a cabo intervenciones quirúrgicas olía a desinfectante y lejía, y el veterinario cerró la puerta tras de sí, secándose las manos con una toalla.

—Sí, gracias por atendernos, señor Hodges —dijo Maisie.

—No se me ocurre qué interés puede tener para ustedes la muerte de seis perros —dijo el veterinario, al tiempo que echaba la toalla en un cesto situado junto a la puerta.

Maisie dio un paso hacia él.

—Según hemos sabido, los animales mostraban síntomas inusuales que habrían tenido lugar antes de la muerte. Y, en confianza, teniendo en cuenta a lo que me dedico, el asunto despertó mi interés desde un punto de vista profesional, ya me entiende, como le he dicho a su secretaria. He visto esos síntomas antes y tenía curiosidad.

—Es interesante porque yo también los he visto antes. Estuve en el Cuerpo Veterinario del Ejército durante la guerra y una de las cosas más terribles que vi fue el efecto que tenían los gases tóxicos, tanto en hombres como en animales. En lo que se refiere a enfermedades caninas, no me imagino qué enfermedad o virus podría replicar esos síntomas usando cloro.

—Entonces es eso lo que ha visto: pulmones hinchados, fluido, saliva albuminosa y quemaduras graves.

—Eso es.

—¿Me permite ver a uno de los perros, señor Hodges?

—Bueno, no es lo habitual, pero… —vaciló un momento mientras se frotaba el mentón—. De acuerdo. Tengo entendido que acaba de hacer usted una buena contribución a nuestra causa, así que no creo que haya problema en que la deje entrar.

—Yo me quedo aquí fuera si no le importa, señorita.

—No te preocupes, Billy —dijo ella, y dirigiéndose al veterinario añadió—: Cuando quiera.

El chucho con mezcla de spaniel estaba sobre la fría superficie metálica de la mesa de operaciones con el pecho abierto y las vísceras a la vista. La cabeza le caía hacia un lado y, formando costra sobre los labios abrasados, se veía una sustancia espumosa. El veterinario llamó la atención de Maisie señalando los pulmones con el escalpelo.

—No sé lo familiarizada que está usted con la fisiología de un perro, pero los pulmones de este están hinchados, el tamaño que presentan cuadruplica el normal, aumento debido a la intensa presión de los fluidos en respuesta a la inflación y las ampollas. El animal trataba desesperadamente de respirar. Y mire aquí —dijo, indicando el punto en el que la incisión se extendía hasta la base de la garganta—, las ampollas le cierran la tráquea.

—Es lo mismo que les ocurría a los soldados —dijo ella, levantando la vista—. Fui enfermera en Francia durante la guerra. He visto suficientes casos de intoxicación por inhalación de gas, se lo aseguro.

—Ya me lo imagino —contestó el veterinario dejando el escalpelo. A continuación, se puso los guantes y levantó la cabeza del perro con una mano, mientras le sacaba la lengua con la otra—. Y aquí tiene más ampollas, con espuma y pus. —Apoyó la cabeza del perro con sumo cuidado sobre la mesa, le acarició una oreja y se dirigió al fregadero, se quitó los guantes y se lavó las manos con abundante jabón espumoso insistiendo en todos los rincones—. Ojalá supiera quién lo hizo. Nunca había visto nada igual, no solemos encontrarnos este tipo de cosas aquí, y eso que recibimos muchos animales en pésimas condiciones. No, esto es algo totalmente diferente.

—Soy consciente de que la pregunta que voy a hacerle podría resultarle preocupante, y por eso he querido asegurarme de contar con su confidencialidad. ¿Podría hacer pruebas que confirmen la exposición al gas?

—Si le soy sincero, en cierto sentido no me hace falta. Lo que estoy haciendo ahora mismo es buscar pruebas que indiquen que no la hubo, porque le aseguro que lo primero que pensé fue: «¡Madre de Dios, los han gaseado!». Pero cuando recuperé la calma, me puse a buscar otras causas, porque no se me ocurre motivo alguno por el que alguien gasearía a una pobre criatura inocente. Y me pregunto cómo lograría entrar aquí. —El hombre suspiró—. Pero lo cierto es que sí sé que esto lo ha provocado el cloro. Y sí, puedo hacer pruebas que corroboren mis sospechas, aunque estoy seguro del resultado.

Maisie asintió con la cabeza.

—Pero tiene usted razón, debe confirmarlo antes de extraer una conclusión.

—¿Y quién haría algo así? ¿Quién perdería la cabeza hasta el punto de castigar a un animal de esta manera, y con un arma de guerra tan horrorosa como esta? Se supone que los perros y los gatos encuentran un refugio aquí, y confiamos en que terminen encontrando un buen hogar. —El señor Hodges se quedó pensativo un momento mientras observaba al animal abierto—. Es muy triste que se reclute a tantos perros para uso militar. Muchos de estos sirvieron durante la guerra, ¿sabe? Los usaban para llevar mensajes y botiquines de primeros auxilios, para patrullar y, en general, para mantener alta la moral de los hombres. Me gustaría echar el guante al responsable.

Maisie lo miró, la expresión de dolor se hacía evidente en las arrugas que le rodeaban los ojos, y le puso la mano en el brazo.

—No se preocupe, yo lo haré en su nombre. Encontraré a quien lo hizo. Lo mejor que puede hacer ahora mismo es intentar que las muertes de estos animales no se filtren y seguir con sus pruebas. Espero que no le importe que le pida, por el momento, que se invente alguna enfermedad que pudiera presentar los mismos síntomas.

—Por supuesto, lo entiendo. Debería llamar a la policía —dijo el veterinario cubriendo con una sábana el cadáver del spaniel.

—Ya me ocupo yo de informarles, señor Hodges. Normalmente trabajo sola, pero en este caso colaboro con Scotland Yard. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita—. Le dejo mi tarjeta. Puede llamarme a este número si tiene alguna observación que pudiera resultar interesante, y si no estoy en el despacho, puede enviarme una nota o un telegrama a mi dirección. Y, por

favor, recuerde que esto debe quedar en la más estricta confidencialidad.

Hodges la miró una vez más mientras daba golpecitos con la tarjeta en el borde de la mesa.

—Si un hombre es capaz de hacerle algo así a un perro, podría hacérselo también a un ser humano, ¿verdad? ¿Es eso lo que le preocupa?

—Espero que no llegue a tanto. Scotland Yard ha encargado el caso a sus mejores detectives, y no me cabe duda de que se pondrán en contacto con usted en cuanto les haga llegar mi informe. —Maisie dio media vuelta para marcharse—. No hable de esto con nadie, señor Hodges. Bastante inhumano puede ser Londres cuando las cosas van bien; no queremos que lo sea aún más.

—No se preocupe, no diré ni una palabra.

—Qué lugar más apestoso —dijo Billy cuando abandonaron el refugio.

—Su labor es encomiable y hacen todo lo que pueden.

—He de decir que me lo he preguntado muchas veces, ¿sabe? Me refiero a que habiendo tanta gente en este país que no tiene para comer y aquí tienes a estos cuidando de perros y gatos.

Avanzaron por la calle hacia el coche de Maisie, protegidos del frío con sus abrigos de invierno, sus gorros y sus bufandas.

—Puede parecer que es así, estoy de acuerdo.

Maisie iba a seguir, pero se contuvo. Quería decir que en el acto de cuidar de los animales y mostrar respeto por todo tipo de vida, sobre todo habiendo tanta necesidad, se apreciaba una dignidad y

un respeto por uno mismo que con frecuencia peligraba en tiempos convulsos. Pero sabía que no era el momento de expresar su opinión, y menos aún ante un hombre que cruzaba a pie los barrios bajos de Londres para ir a trabajar cada día y que pasaba por un momento especialmente difícil. Se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que hace pensar que es más probable que las personas que se preocupan por los animales se compadezcan de otros seres humanos. Algo así.

—Ya, lo cual no dice mucho de quien sea que haya matado a esos perros, ¿no?

—No sé lo que dice, Billy, si te digo la verdad.

—Me refiero a que sé que usted siempre dice que dentro de un criminal hay una víctima, pero a veces me cuesta creerlo, ¿sabe?

Maisie asintió con la cabeza.

—Yo solo me he cruzado con personas realmente perversas en dos ocasiones, cuando trabajaba con el doctor Blanche. Y hay algo en sus ojos, algo que parece que los acompaña desde el nacimiento, una especie de enfermedad incapacitante, y no algo producido por las experiencias vividas.

—Eso que dice da escalofríos, señorita.

—Debería dárnoslos a todos. Me atrevería a decir que no hay forma de vencer esa clase de maldad.

—¿Y qué me dice de esos otros que hacen cosas horribles? ¿Es que esos no son perversos? ¿Qué los llevó a ser así?

Maisie se encogió de hombros y calló un momento.

—Es diferente en cada caso, pero si vas a la raíz del asunto, me atrevería a decir que tiene que ver con el cariño y el cuidado. Las personas que no se sienten queridas, no se sienten aceptadas. En

muchos casos son, sencillamente, invisibles. Pero es solo mi opinión, no tiene por qué ser así. —Dio unos cuantos saltitos sobre el sitio—. Vamos, ¡me estoy quedando helada!

Maisie dejó a Billy en el metro de Covent Garden, de nuevo con instrucciones de localizar a Bert Shorter, y quedaron en el despacho más tarde. Mientras tanto, ella tenía intención de regresar a Fitzroy Square a llamar a Stratton, y si él no estaba, pediría que le pasaran con MacFarlane. También pensaba llamar a Maurice Blanche. Sí, quería hablar con él porque necesitaba que le abrieran las puertas de un organismo cerrado a cal y canto. No se le ocurría cómo un civil podría conseguir cloro o adquirir las habilidades para manipular una sustancia como esa; solo un lugar del que había oído hablar mucho, pero que no había visitado personalmente: Mulberry Point, los laboratorios de pruebas de armas químicas del ejército, cerca del pueblo de Little Mulberry en Berkshire.

—¿Maurice?

—¡Maisie! Qué alegría oírte. Lamento que no pudieras quedarte más tiempo en Chelstone para venir a verme. Tu padre me ha contado que nuestros amigos de Scotland Yard vinieron a buscarte ayer por la mañana bien temprano.

—Así es. Parece que han pasado semanas desde el día de Navidad. Iré a verte la próxima vez, te lo prometo.

—Te tomo la palabra. Pero me da la impresión de que no me llamas para charlar por no habernos visto en las fiestas. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Tienes algún contacto en Mulberry Point, Maurice?

Se produjo un silencio momentáneo en la línea.

—Lo que hacen ahí es secreto, Maisie. Y teniendo en cuenta eso, me preocupa que necesites hablar con alguien de los laboratorios.

—Es urgente, Maurice. Persigo a alguien que es, a decir verdad, demasiado inestable. Además, tiene acceso a algunas de las armas más escalofriantes.

—¿Existe riesgo para los ciudadanos?

—Sinceramente, creo que sí, aunque aún no puedo evaluar el alcance del peligro.

Maisie sabía que si estuviera con Maurice lo vería coger la pipa y vaciar la cazoleta dando unos golpecitos en la jamba de la chimenea desde su sillón favorito. Después colocaría la pipa sobre las rodillas y alargaría la otra mano hacia el soporte de las pipas para coger la bolsa del tabaco. Siguió hablando, aunque, como bien sabía ella, estaba rellenando la cazoleta para encenderla en cuanto colgara el teléfono.

—Menudo dilema. En ese caso, deberías llamar a la Universidad de Oxford y hablar con el profesor John Gale. Es químico y físico. También tiene relación, creo que es la palabra más adecuada, con Mulberry Point, y no dirá nada sobre vuestra conversación. Estuvo con las Brigadas Especiales durante la guerra. —Carraspeó un momento antes de continuar—. Tras los primeros ataques con cloro por parte de los alemanes, los militares saquearon las universidades en busca de ingenieros y físicos. Se llevaron a las mentes más brillantes y sus trabajos con el fin, no solo de dar con el antídoto, sino de desarrollar sus propias armas. Gran Bretaña iba muy a la zaga del enemigo en lo que a investigación se refería en aquella época. John, somos viejos amigos, tiene vínculos con la empresa

química Imperial Chemical Industries. Como sabes, se fundó hace cinco o seis años como consecuencia, hasta cierto punto, de la experiencia con el uso de químicos obtenida en el campo de batalla.

—Gracias, Maurice. ¿Puedo nombrarte para presentarme al profesor Gale?

—Yo mismo lo telefonearé en cuanto terminemos de hablar para avisarle.

—Gracias otra vez.

—Una cosa más, ten cuidado. Si ese hombre, quienquiera que sea, posee el conocimiento suficiente para manipular gases, puede ir más allá. Toma todas las precauciones necesarias cuando estés cerca de los sospechosos y de todos los lugares por los que haya pasado el hombre que persigues. Cúbrete las manos y los brazos en todo momento, ponte mascarilla, como si estuvieras otra vez en el quirófano, Maisie.

—No te preocupes, Maurice. Recuerdo muy bien todas las precauciones que debíamos tomar. Tendré cuidado.

—¡MacFarlane!

La voz que respondió al otro lado de la línea fue brusca y Maisie se imaginó al inspector jefe cogiendo el teléfono a toda prisa mientras vociferaba órdenes a algún subordinado.

—Soy Maisie Dobbs.

—Ah, señorita Dobbs —dijo él, suavizando el tono—. ¿Tiene algo para mí?

—Creo que algo importante, inspector jefe, y no he logrado dar con el inspector Stratton.

—Dispare.

Maisie describió lo que había averiguado siguiendo la pista del contacto de Billy y su visita al refugio de animales de Battersea. Le contó la discusión que había mantenido con el doctor Hodges y sus propias observaciones al ver el cadáver del perro.

—¿Y no hay ninguna otra cosa que explique la muerte de esos perros?

—El doctor Hodges está haciéndoles pruebas, pero está convencido de que ha sido un ataque con cloro o algo similar. Formó parte del Cuerpo Veterinario en Francia, de modo que sabe de lo que habla porque ha sido testigo. Igual que yo durante el tiempo que trabajé como enfermera. Aunque, como es obvio, no soy ninguna experta en cómo es el cuerpo de un perro por dentro.

—Conque no es ninguna experta, ¿eh?

Aunque Maisie negó con la cabeza ante el tono sarcástico, notó que hablaba en broma, un tono guasón empleado tal vez para suavizar la tensión.

—Y le ha ordenado a Hodges que no hable de esto con nadie.

—Le he pedido que se invente alguna enfermedad propia de los perros que presente síntomas parecidos.

—Bien. Voy para allá ahora mismo. No iré con todo el cuerpo de policía, solo un sargento y yo. ¿Podría venir por aquí hacia las seis?

Maisie consultó la hora en el reloj de la repisa de la chimenea.

—Sí, pero antes tengo que hacer unas cuantas llamadas. He conseguido el nombre de alguien que podría darme más información sobre cómo se obtuvieron los productos químicos. También podría ayudarnos a identificar al tipo de persona que buscamos.

—Buscamos a un cabrón despiadado, Maisie.

Maisie se quedó sorprendida. ¿Estaba poniéndola a prueba con ese lenguaje y esos modales, tratando de ver si podía ser «uno de los chicos», capaz de trabajar con la Rama Especial? Más aún, ¿habría sido así de directo con Maurice, que exigía, y también recibía, el máximo respeto de Scotland Yard?

Suspiró. Si contestaba protegiendo su opinión, se arriesgaba a que la vieran como alguien sensible, pero tampoco podía dejarlo pasar sin decir nada al respecto.

—¿Sabe? Me doy perfecta cuenta de la crueldad que supone asesinar a seres inocentes, pero creo que prefiero no hacer juicios sobre este criminal por el momento. No quiero apresurarme a sacar conclusiones y que eso me impida ver el camino correcto cuando lo tenga delante.

—Bien dicho, pero no olvide que podríamos estar enfrentándonos a los irlandeses, los fascistas (no me fío nada de ese Mosley y sus secuaces) o incluso podría tratarse de sindicalistas bolcheviques infiltrados tentando a la suerte. Llámelo como quiera, el caso es que lo tenemos aquí delante, y junto con las bandas, no hay nadie en los grupos de desafectos que no vendiera a su propia madre en nombre de la causa. Hasta las seis.

Y puso fin a la conversación sin despedirse siquiera, dejando a Maisie mirando atónita el auricular.

—Que tenga un buen día usted también, inspector jefe —dijo al tono continuo que salía del teléfono antes de echarse hacia delante y hundir la barra de la horquilla unos segundos para cortar la línea. Luego volvió a levantar la mano y marcó el número del profesor que le había dado Maurice.

—¿Profesor Gale? Me llamo Maisie Dobbs. ¿No me diga? Lamento molestarlo un domingo, pero quería preguntarle si podría ir a verlo a Oxford mañana. ¿Me dedicaría una hora de su tiempo? ¿A las once? Perfecto. Hasta entonces. Gracias, profesor.

Maisie no quería tratar ningún aspecto de su trabajo con John Gale en una línea de teléfono no segura. Sabía que las operadoras solían escuchar las conversaciones y se avisaban entre sí cuando se encontraban con una «jugosa», a la que todas se conectaban para escuchar. Estaba segura de que Maurice contaba con una línea segura, es decir, que las llamadas a su número se desviaban a través de una central telefónica especial del gobierno. Y las líneas de Scotland Yard, sobre todo las del departamento de MacFarlane, contaban con el mismo nivel de seguridad. Pero la conversación con un profesor de Oxford no sería segura, y lo último que necesitaban era provocar confusión entre la gente por culpa del pánico. Ya había visto el terror que podía causar una epidemia de miedo.

Maisie oyó el ruido seco del portal al cerrarse y las pisadas irregulares de Billy subiendo la escalera.

—Buenas tardes, señorita.

—¿Has encontrado a Bert Shorter?

—He averiguado dónde encontrarlo, pero no estaba. Me quedé un rato por la zona, pero no apareció, así que decidí volver.

Maisie miró a su ayudante mientras se quitaba el abrigo, se sentaba en su mesa y comenzaba a revisar expedientes y la lista de tareas diaria. Se mordió el labio por dentro un momento, valorando

si sacar el tema del estado de Doreen, y al final decidió que ese era un momento tan bueno como cualquier otro.

—¿Cómo está Doreen, Billy? ¿Va a ir al médico?

Billy suspiró y negó con la cabeza.

—Tengo que confesarle una cosa, señorita. —Apoyó los codos en la mesa, pero no fue capaz de mirarla—. Fue al médico al principio, ya sabe, le contó lo que le pasaba y las cosas que hacía. Eso fue un par de meses después de que Lizzie nos dejara. Yo veía que le costaba y pensé que teníamos que hacer algo.

—Pero, Billy, ¿lleváis pasándolo mal todo este tiempo?

—La cosa no fue tan mala las semanas que estuvimos en Kent, pero, como ya le he dicho, nada más volver empeoró de nuevo. Y la culpa es mía, así se lo digo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Maisie, arrastrando una silla para sentarse delante de la mesa de Billy.

—Mire lo que ha tenido que soportar conmigo. Primero porque me pasé años sin dormir apenas, saliendo a la calle en plena noche porque no me gustaba lo que veía cada vez que cerraba los ojos. Después, lo recordará usted, porque empecé a tomar el polvo blanco ese para calmar los dolores. No sé en qué estaba pensando, de verdad que no lo sé.

—No puedes culparte. Muchos hombres y muchas familias pasan por lo mismo.

—Pero luego murió Lizzie, y esa fue la gota que colmó el vaso, como ya le conté. Así que rompí la hucha con los ahorros de Canadá para que fuera al médico y ahora… —Apretó los labios, decidido a no venirse abajo.

—¿Ahora qué? ¿Qué ha pasado?

—No quería decirle nada porque no quería que se preocupara.

—Billy.

—Una ambulancia ha venido a casa esta mañana —dijo sujetándose la cabeza con las manos y la voz se le rompió—. La cosa se puso muy fea anoche. Se me ocurrió prepararle una taza de leche caliente para ver si eso la ayudaba a dormir. —Respiraba como si hubiera estado corriendo y se agarraba el pecho—. Tenía el cazo en el fuego, la leche estaba a punto de hervir, y cuando me giré para preguntarle si quería azúcar me la encontré ahí parada, sujetando el filo del cuchillo grande de la cocina sobre la muñeca de la otra mano. De verdad le digo que estaba a punto de abrirse las venas, y casi me corto yo tratando de impedírselo. —Se detuvo y apretó los labios unos segundos, como tratando de contener las lágrimas—. Llamé a los vecinos y les grité que fueran a buscar al médico. No dije lo que ocurría, claro, pero no son tontos. Lo saben. El caso es que vino el médico, echó un vistazo a lo que había ocurrido y dijo que no tenía más remedio que internarla, sobre todo porque había que pensar en los niños. Le puso una inyección de algo para dormirla y dijo que si seguía tratando de hacerse daño podría hacérselo también a ellos. Así que está internada. Se la han llevado a Wychett Hill, cerca de Epsom. Se la han llevado a la puñetera casa de locos.

—Ay, Billy, las cosas en casa tenían que estar mucho peor de lo que me contabas.

—Se han puesto feas, señorita. Y encima está ese pronto suyo.

—¿Y los niños?

—Ayer cuando llegamos a casa los mandé a dormir con mi madre para darle un respiro a Doreen. La Navidad es siempre una época

especial y ya sabe cómo se ponen los críos. Siguen allí. Y sin Doreen la casa está muy silenciosa, por eso he venido a trabajar. Luego iré a buscarlos a casa de su abuela. —Suspiró mientras negaba con la cabeza—. Una parte de mí cree que allí le darán la ayuda que necesita y que no tardará en volver a casa, pero otra parte quiere ir ahora mismo a ese sitio y traérsela. Además…

—¿Además qué?

La voz se le quebró al responder.

—Una parte de mí se siente aliviado. Así no tendré que preocuparme por ella, preguntándome si habrá dado de comer a los niños o si los habrá mandado a la cama sin cenar. Y hay otra cosa.

—¿Qué?

—Tiene que ponerse bien, porque si no se recupera —dijo, dándose unos golpecitos en la sien— no podremos irnos a Canadá.

Maisie se recostó en la silla.

—Dios mío, claro.

—¿Sabe? A veces pienso que nos ha tocado aguantar más desgracias de las que nos merecemos, pero luego veo a lo que tienen que hacer frente otros a mi alrededor… sin trabajo, quejándose de dolores por las heridas que sufrieron en la guerra, sin pensiones y sin poder alimentar a sus hijos, eso si no han perdido uno o dos por el camino.

Maisie se levantó y se dirigió a la ventana.

—¿Y dices que se la han llevado a Wychett Hill? ¿Por qué no al Clifton, donde trabajaba yo, o al Princess Victoria? El Clifton está más cerca, más fácil para ti para ir a verla, y mucho mejor para Doreen.

—El médico dijo no sé qué de quién podría hacerse cargo de ella y de la gravedad de su estado. —Se encogió de hombros—. A ver, yo no sé qué diferencia hay. Para mí todos son manicomios.

—No todos los centros son iguales —explicó ella—. En un principio, el Clifton se diseñó con un aspecto más amable que el de los manicomios de antes. Los pabellones son más luminosos y cuentan con salas donde los pacientes pueden jugar o leer. Tienen también un ala para los pacientes externos, por lo que imagino que, si la hubieran llevado allí, tras recibir el tratamiento inicial, podrían darle el alta y que solo tuviera que ir para las revisiones periódicas. Es un hospital mucho más moderno, nada que ver con los antiguos manicomios. Aparte, es un hospital universitario donde se emplean métodos nuevos, además de que está en Camberwell, no en mitad del campo, con la dificultad de acceso que ello supone. Los pacientes no se sienten aislados, lejos de la civilización y de todo lo que conocen.

—Pues está en Wychett Hill y no puedo remediarlo —dijo él, negando con la cabeza—. No puedo hacer nada, tengo las manos atadas. No podía pensar con claridad con todo el follón que se montó cuando metieron a Doreen en la ambulancia. Aún no me creo lo que ha pasado.

—Conozco a alguien en el Clifton que podría ayudarnos —dijo Maisie acercándose al archivador. Abrió un cajón y comenzó a pasar las fichas—. De hecho, tendría que ir a hacerle una visita por el caso este en el que estoy trabajando. Voy a llamarla a ver qué se puede hacer. —Y, con las mismas, fue a su mesa y levantó el teléfono—. Y también hablaré con Maurice. A lo mejor puede mover algún hilo.

—Me siento fatal, señorita. Aquí estoy otra vez con un problema y es usted quien lo soluciona.

—Todos tenemos problemas a veces —respondió ella, haciéndole un gesto con el dedo para indicarle que habían respondido a su llamada. Al informarla de que la doctora Elsbeth Masters no estaba, pidió que la pasaran con su secretaria para decirle que volvería a llamarla más tarde.

Dejó el teléfono en la horquilla y se sentó frente a su ayudante.

—Vete a casa, Billy, pasa la tarde con tus hijos. Ya irás a ver a Bert Shorter mañana. Vamos a ver si podemos trasladar a Doreen al Clifton. Y dentro de nada se pondrá bien y estaréis todos juntos.

A Billy se le iluminó la cara y le dio las gracias de nuevo. Cogió el abrigo y el sombrero y se despidió con la mano antes de salir.

En cuanto oyó que se cerraba el portal, Maisie se frotó los ojos y se pellizcó el puente de la nariz para suavizar la tensión. Seguía doliéndole el chichón y tenía que hacer un montón de cosas antes de su reunión en Scotland Yard. Pero lo más importante en ese momento era sacar a Doreen Beale de una institución donde trataban a los pacientes con métodos anticuados. Métodos que, ocultos bajo una fachada de bondad, podían matar o hacer enloquecer a una persona casi cuerda.

> El tiempo no se detiene, no se detiene y no espera a nadie. Otra carta para el señor ministro de Interior. Y otra para el primer ministro, señor Menganito y señor Fulanito. A lo mejor le envío una al señor Robert Lewis MacFarlane, y puede que también a la señorita Dobbs. O puede que no. Otro conejo que se mete en la madriguera, otro ratón en el bote, otro pájaro que se desploma. ¿Querrán escuchar ahora? ¿Querrán oír mi voz? ¿Nuestras voces? Voces, voces, voces. No soy un hombre solo, no, soy una legión. ¿Se acordarán de nosotros y de lo que nos deben?

El hombre hizo una pausa y ladeó la cabeza con atención. Miró a su alrededor y se fijó en la silueta que bajaba los escalones en dirección a su puerta.

«Tengo prisa, soy un río de fuerza…» Croucher.

6

Nada más llegar a Scotland Yard, condujeron a Maisie al despacho de Robert MacFarlane. El inspector estaba hablando por teléfono cuando entró, pero le indicó con la mano que tomara asiento. Maisie miró a su alrededor mientras él terminaba de hablar y se fijó en que todo estaba más ordenado de lo que hubiera imaginado, con las carpetas y los papeles en un montón y un secante limpio en el escritorio. Las fotografías enmarcadas de las paredes daban cuenta de toda una carrera en la Policía, desde los comienzos como joven agente uniformado hasta el puesto de oficial al mando de un departamento importante. En el centro de la galería una sencilla fotografía de MacFarlane con el uniforme de un regimiento escocés daba fe del servicio prestado durante la guerra.

—Beaumont Hamel, 30 de junio de 1916.

Maisie se volvió hacia el inspector. Había terminado de hablar por teléfono y estaba inclinado sobre la mesa anotando algo en un papel, que guardó en una carpeta y se giró para mirar la fotografía.

—La víspera del peor día de mi vida.

—Ya lo imagino.

—Y en todos los años que llevo en el cuerpo, los únicos a los que de verdad me gustaría pillar es a los hombres que pensaron que era

una buena idea atacar al enemigo a lo largo de veintisiete kilómetros en el valle del Somme.

Maisie asintió con la cabeza.

—Habla de hombres intocables, inspector.

—Lo sé, muchacha, lo sé. Pero no por ello dejo de pensarlo. Creo que hay más maleantes en Westminster que merodeando por Mile End Road, pero que quede entre nosotros, ¿eh?

—Yo no he oído nada.

—Stratton y Darby deben de estar al llegar, pero me pareció buena idea charlar un poco con usted sobre lo de Battersea. Jamás pensé que pudiera interesarme el asesinato de unos perros.

—Puede que sea solo el principio.

—De algo muy feo, si le digo la verdad. —La miró durante unos segundos sin mover un solo músculo y al final apretó los labios antes de continuar—. Stratton ya no está seguro de que el sujeto que buscamos tenga algo que ver con el tipo que se quitó la vida en Charlotte Street. Cree que podría ser una pista falsa.

—No sé si recordará —nada más decirlo Maisie se preguntó si no habría elegido mal las palabras, porque daba la impresión de que el inspector jefe nunca olvidaba nada— que la conexión con lo sucedido la víspera de Navidad es que mi nombre se mencionaba en la carta.

El hombre suspiró, lo que demostraba cierto grado de exasperación, no por ella, sino por el progreso del caso.

—Sí, y puede que eso nos haya distraído en cierto modo. ¿Se le ha ocurrido pensar en ello? —Y sin esperar a que le contestara continuó —. Estoy familiarizado con su trabajo, señorita Dobbs, y con algunos de los casos públicos de los que se ha encargado, y no me extraña

que sea usted conocida, mucho en realidad, tanto dentro del mundo del hampa como entre gente del estilo de los simpatizantes de Osward Mosley, dados los contactos sociales que tiene usted.

—Permítame señalar que yo no conozco a Mosley.

—Pero conoce a gente que sí. Lo han visto en casa de los señores Partridge, por ejemplo, y se sabe que empezó a soltar toda esa palabrería suya para todo aquel que quisiera escuchar durante una cena que tuvo lugar allí, y creo que estaba usted presente.

—Conozco a la señora Partridge desde los diecisiete años. Trabajó incansablemente conduciendo ambulancias durante la guerra y no me gusta que se ensucie su nombre porque cierto hombre haya estado bajo su techo. Para dejar las cosas claras, es cierto que hubo una cena. No es cierto que Mosley estuviera invitado, pero apareció a la hora del aperitivo, previo a la cena, con otras personas que querían que los Partridge lo conocieran. No se quedó. No tienen ningún interés en él, porque no lo han invitado a su casa después de aquel día. Y, por último, yo llegué tarde porque estaba trabajando, de modo que, cuando me presenté en su casa, Mosley ya se había marchado, por lo que no coincidimos. No lo conozco mucho mejor que usted, inspector jefe.

—Puede que yo conozca muy bien a Tom Mosley.

—Si lo conoce como «Tom» en vez de como «Oswald» es muy probable que así sea. Entonces, ¿por qué sospecha de mí por una relación que no existe siquiera?

MacFarlane negó con la cabeza.

—No he hablado con ese hombre en mi vida, pero sé dónde está, a quién ve, qué hace y quién trabaja para él. Estoy al corriente

también de sus mujeres. Pero tiene razón, no tengo ningún motivo para sospechar que tenga usted algo que ver con sus simpatizantes.

—Entonces, ¿por qué me pregunta?

—Porque tengo que hacerlo, porque aún no sé a qué nos enfrentamos. Tenemos una carta donde la mencionan, y al no cumplir las exigencias que se plantean en ella (porque el gobierno hace las cosas a su ritmo y no piensa mover un dedo en las fiestas navideñas) han matado a seis perros. Y tiene que ser importante cuando la Rama Especial entra en acción para detener las atrocidades contra todas las criaturas, grandes y pequeñas. Yo preferiría dejar el asunto a la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, pero el hecho de que utilizaran cloro para matar a esos animales me da escalofríos, se lo aseguro. A saber qué será lo siguiente.

Como si hubiera alguien fuera esperando la señal para actuar, dieron dos breves golpecitos en la puerta.

—¡Adelante!

—Un mensaje para usted, señor —dijo un joven agente vestido de paisano, pasándole una nota. El inspector la leyó y frunció el ceño.

—Voy a necesitar el coche, Bridges, dese prisa. —Se levantó y fue a por el abrigo que tenía colgado en el perchero, hablándole a Maisie de camino—. Espero que no tuviera planeado ir a bailar esta noche, señorita Dobbs. Tenemos trabajo.

—¿Otra carta?

—Así es, otra carta. Y como Colm Darby ha salido a hablar con algunos contactos, y Stratton anda en alguna parte que desde luego no es aquí, ¿por qué no me acompaña?

—¿Adónde vamos?

—Al 10 de Downing Street.

—¿Cómo? ¡Esta sí que es buena!

—El primer ministro nunca ha sido muy bueno si tenemos en cuenta el desastre en el que está sumido el país y esa chapuza de gobierno de unidad nacional suyo.

Maisie cogió el maletín, se protegió bien el cuello con la bufanda y sacó los guantes del bolsillo del abrigo mientras MacFarlane le abría la puerta.

—Estoy segura de que él también habla maravillas de usted, inspector.

Una única lámpara iluminaba la puerta principal del número 10 de Downing Street cuando el coche de policía se detuvo en la acera. El chófer uniformado y un hombre con ropa de civil bajaron primero y les abrieron la puerta al inspector y a Maisie, tras comprobar que todo estaba en orden en la calle; le hicieron un gesto con la cabeza al agente de policía que hacía guardia en la puerta, en sustitución del vigilante nocturno habitual por ser Navidad. La puerta se abrió cuando llegaron al umbral y los invitaron a pasar.

—Inspector jefe MacFarlane y… —El secretario personal del primer ministro miró a Maisie y después al inspector.

—Señorita Dobbs, psicóloga e investigadora. Está colaborando con nosotros en este caso. Yo le he pedido que me acompañe.

—Muy bien. Síganme, por favor. El primer ministro está ya en la sala del gabinete con el presidente de la Cámara de los Comunes, el señor Baldwin, y el ministro de Pensiones, el señor Tryon. Nos

acompañan también Gerald Urquhart, del MI5, y el comisario general de la Policía.

—Sí, ya lo sé. Ha sido él quien me ha ordenado venir.

—Muy bien, ya estamos.

Aunque estaba acostumbrada a reunirse con clientes importantes, Maisie sintió que se le aceleraba el pulso y le temblaban las manos. Pero justo antes de entrar en la sala, cerró los ojos unos segundos y se imaginó en el jardín de su padre en Chelstone. Años atrás, cuando era pequeña, su mentor, Maurice Blanche, la había llevado a conocer a su amigo, y antes de eso profesor suyo, Basil Khan, que la instruyó en el área de la meditación. Con Khan aprendió que, calmando el torrente de pensamientos cotidianos que llenaban la mente, uno podía alcanzar niveles de conocimiento accesibles; aquellos a quienes no asustaba el verdadero silencio. Y había sido Khan quien le había enseñado que, en situaciones en las que la mente se desestabilizaba por miedo o agotamiento, lo único que había que hacer era imaginar un lugar en el que uno se sentía en paz. Por eso Maisie pensó en el jardín de su padre, en su acogedora sonrisa y en sus brazos abiertos para ella. Y se calmó.

Apenas se había fijado en lo que la rodeaba mientras los escoltaban hasta la sala del gabinete, pero sí pudo mirar a su alrededor mientras hacían las presentaciones. A su llegada al cargo en 1924, Ramsay MacDonald se había quedado horrorizado ante lo que para él era una evidente falta tanto de librerías como de obras de arte en la residencia oficial del primer ministro en Downing Street. La situación había cambiado porque la chimenea estaba flanqueada por estanterías llenas de libros y anaqueles con mapas, para que pudieran acceder fácilmente a ellos y consultarlos cuando

discutían asuntos internacionales. En el caso que los atañía, todos los presentes estaban bastante familiarizados con la geografía londinense.

Una vez más, MacFarlane presentó a Maisie, que estrechó la mano con firmeza a cada uno de los presentes. Pensó que el primer ministro se parecía bastante a las fotografías que había visto en la prensa y comprendió que su aspecto físico inspirase todo tipo de caricaturas. El pelo canoso se le ondulaba hacia fuera en el lado izquierdo, donde llevaba la raya, porque, según parecía, el adusto escocés prefería no utilizar fijador. Tenía unos ojos pequeños medio ocultos tras unas gafas redondas y se le formaban unas profundas arrugas entre las cejas. Llevaba un bigote ancho y abundante, y dejaba patente su excentricidad a la hora de elegir la ropa: cuello ópera con corbata negra, chaqueta larga más propia de los salones de la época eduardiana y reloj de bolsillo con una larga leontina. Sujetaba entre los dientes una pipa casi apagada. A pesar de ello, Maisie lo admiraba, porque no era ningún secreto que el primer ministro británico, el primero del Partido Laborista, era el hijo ilegítimo de una criada y desde joven se había hecho responsable de continuar con su propia educación tras abandonar el colegio a los doce años.

Ramsay MacDonald se giró y tomó asiento en su lugar acostumbrado, delante de la chimenea. El secretario indicó a los demás que se sentaran.

—Bien, hoy he recibido una carta, igual que el señor Baldwin y el señor Tryon, cartas idénticas, donde se nos dice que Londres conocerá un terror nunca visto si no se satisfacen ciertas exigencias. —El secretario colocó las cartas en la mesa delante de Urquhart,

MacFarlane, el comisario general Robinson y Maisie. Haciendo caso omiso del protocolo, Maisie no esperó, sino que fue la primera en tomar la carta que le había sido enviada al primer ministro. Si MacFarlane la había llevado allí, ella tenía toda la intención de hacer su trabajo.

MacFarlane la miró y, aunque no podría asegurarlo, Maisie creyó ver que le guiñaba el ojo.

—¿Qué le parece, señorita Dobbs? —preguntó.

Maisie carraspeó un momento y se dirigió al primer ministro.

—La caligrafía dice mucho de una persona, lo cual nos ayuda a hacernos una imagen de la que ha escrito esta carta, el lugar donde podría vivir y las costumbres que tiene. Nos permite limitar el área de búsqueda. A primera vista, la caligrafía muestra muchas de las características que ya apreciamos el inspector Darby y yo en la primera carta, la que recibió el ministro de Interior. —Y mirando a Robinson añadió—: Viendo que el contenido de las tres cartas es idéntico, ¿le parece acertado que la lea en voz alta, señor?

El comisario se aclaró la garganta antes de responder.

—Por supuesto, continúe, señorita Dobbs —dijo, al tiempo que lanzaba una mirada fulminante a MacFarlane.

Maisie se levantó para que todos pudieran escucharla bien, confiando en que nadie notara el temblor en la voz.

> Para qué escuchar, ¿verdad? Decidieron sentarse sobre el gordo trasero, al calor del fuego navideño, con el estómago bien lleno de pavo y pudin, e ignorar mis advertencias.

Maisie levantó la vista un segundo para ver cómo caían las palabras escritas entre los presentes y, seguidamente, carraspeó y

continuó leyendo.

> Y mientras ustedes comían y bebían, mucha gente no tenía nada. Hay personas en las calles, entre ellas hombres que dieron sus piernas, sus brazos y su mente por ustedes. Y ahora mírense, los que pensaban que yo no era nada, que no era nadie. ¿Piensan lo mismo ahora? ¿Piensa hacer algo, Excmo. Sr. primer ministro? ¿O usted, Sr. ministro de Pensiones? ¿Y qué me dice de usted, señor Baldwin? ¿Van a pelear entre ustedes a ver quién tiene el poder? Creo que saben lo que puedo hacer, el poder que tengo en mis manos. ¿O acaso no merecen su atención las vidas de esos animales? No permitiré que aquellos que ya han sufrido bastante sigan sufriendo, pero ustedes saben lo que quiero y lo que puedo hacer. Puedo desatar el mismísimo infierno si no hacen lo que les pido. Quiero que todos los hombres que sirvieron en la guerra reciban una pensión completa de la que puedan vivir, estén heridos o no. Empezaremos por ahí, excelentísimos señores. Empezaremos por ahí. Espero que entren en razón y no dejen pasar un día más.

Maisie dejó la carta sobre la mesa y se sentó tras alisarse la falda. Se alegró de haber elegido esa mañana el elegante traje burdeos en vez de un conjunto más viejo.

—Gracias, señorita Dobbs —dijo el primer ministro; y miró al comisario, a Urquhart y, por último, a MacFarlane—. ¿Hasta qué punto les parecen serias estas amenazas, señores? ¿Suponen un peligro para la población londinense? ¿Cuándo podré ver a ese hombre entre rejas y qué precauciones tomarán entre tanto? —Miró la hora y, a continuación, a su secretario.

—Cinco minutos, primer ministro.

El comisario carraspeó antes de hablar.

—El inspector jefe MacFarlane me ha informado de que el riesgo es medio, que le diremos algo en un plazo de veinticuatro horas y que incrementaremos el número de agentes en las calles.

Maisie enarcó las cejas.

—¿Puedo decir algo? —preguntó el señor Baldwin, inclinándose hacia delante. Sus modales eran más relajados que los del primer ministro y su voz poseía mayor resonancia—. Gracias por el resumen de sus planes, comisario, pero me gustaría preguntar al inspector jefe —miró a MacFarlane— a qué se refiere con riesgo medio y si es factible conseguir algo en veinticuatro horas. Estamos acostumbrados a mirar siempre hacia atrás, pero ¿voy a necesitar un protector para el cuello?

—Señor, «riesgo medio» significa que no creemos que vaya a arrasar la ciudad de aquí a medianoche. Sin embargo, ya sabemos que este hombre tiene los medios para hacer bastante daño si quiere. Partiendo de la base de que debemos de estar ante una capacidad de nivel de aficionado, el daño (y vamos a dejarlo claro, estamos hablando de armas químicas) se limitaría a cuatrocientos metros aproximadamente. Y eso si no hace viento el día que decida soltar sus cócteles en un área más extensa que el refugio de animales de Battersea. —MacFarlane tosió para aclararse la garganta, hizo una pausa breve y miró a Baldwin primero y después al primer ministro—. Y en cuanto al plazo de veinticuatro horas, yo diría que es factible. Estamos comprobando cómo están las cosas con los irlandeses y los fascistas, y contemplamos la posibilidad de que sea un sindicalista bolchevique descontento, o varios. También estamos siguiendo a algunos delincuentes que han sido puestos en libertad hace poco. Y tampoco podemos pasar por alto la posibilidad de que se trate de un lunático.

Maisie notó sequedad en la base de la lengua y se cubrió la boca para toser. Se preguntaba si lo intimidante de las circunstancias

afectaría a la voz del hablante, porque lo cierto era que las personas allí reunidas no dejaban de carraspear y toser cada vez que tomaban la palabra.

—Si me lo permiten… —Era consciente de que todos se volvieron para mirarla y por un segundo sintió como si el tiempo no avanzara, porque le pareció que las cabezas se movían muy despacio y solo oía el retumbar de su corazón en los oídos. Inspiró profundamente antes de seguir—. Mientras hablábamos he tenido oportunidad de echar un vistazo a las cartas, y es obvio que requieren un estudio mucho más detallado. Sin embargo, la forma de las letras sugiere que ese hombre está más desesperado que hace dos días. Creo que sufre algún tipo de dolor y su caligrafía deja ver que tiene frío, mucho frío. Las privaciones físicas acentuarán sus emociones, por lo que yo diría que estamos pendientes de un hilo en cuanto a las amenazas.

Los hombres se miraron mientras el primer ministro le daba las gracias por la explicación resumida de la situación, tras lo cual se levantó y se dirigió a todos los presentes.

—Espero un informe en veinticuatro horas. Quiero saber que la ciudad no corre peligro, que no hay riesgo de que ataquen a mi gabinete. Hagan lo que tengan que hacer, comisario.

Maisie y el resto se levantaron cuando el primer ministro salió de la sala, seguido por Baldwin y Tryon.

—Señores. —El secretario, junto a la puerta, les indicó el camino y luego se volvió para conducirlos hacia la salida.

Maisie recogió las cartas de la mesa y se las iba a entregar a MacFarlane cuando Urquhart se echó sobre la mesa tratando de hacerse con ellas.

—Yo me ocupo, si no le importa. El MI5 gana a los chicos de la Policía.

—Pero seguro que…

—No se las dé, señorita Dobbs, que no se pasen de listos estos de Inteligencia, ¿no le parece? —dijo MacFarlane.

—Oye, Robbie.

—Creo que será mejor que nos demos prisa. Yo por lo menos no quiero quedarme aquí a pasar la noche. ¿Por qué no se lleva usted una carta para poder hacer las pruebas que considere oportunas, señor Urquhart? —dijo Maisie, entregándole la primera, mientras que guardaba las otras dos en su maletín; y acto seguido se dirigió a paso rápido hacia la puerta delantera, que abrió el secretario. MacFarlane y Urquhart la siguieron.

La puerta se cerró tras ellos con un golpe seco y los tres pisaron la acera al mismo tiempo, mientras que Robinson, sentado ya en su coche, bajaba la ventanilla del asiento del copiloto.

—Nos vemos en la central, MacFarlane. En cuanto llegue. —Y subió de nuevo el cristal. El vehículo se puso en marcha y se alejó.

—¿Necesitas que te lleven, Gerry?

—Te lo agradezco mucho, Robbie.

El coche del inspector jefe se acercó. Urquhart abrió la puerta y alargó el brazo para sujetar a Maisie, mientras esta ponía el pie en el estribo para subir al vehículo. MacFarlane se sentó junto a ella y Urquhart bajó el asiento plegable que había enfrente de ellos dos.

—Me ha sorprendido que hayas venido con la señorita Dobbs, Robbie. Me figuro que por eso tiene el jefe tanta prisa por verte.

—No pienso responder, amigo, y menos aún en presencia de la señorita, que resulta que es el miembro más valioso de mi equipo.

—Pero no pertenece al cuerpo, ¿no es así?

—Ya vale, Gerry.

Maisie se inclinó hacia delante para decir algo, pero se lo pensó mejor y optó por recostarse de nuevo en el asiento. Como había sugerido MacFarlane, los desacuerdos entre la Rama Especial y el MI5 eran inevitables a veces, ya que ambos grupos se movían en la misma área de trabajo con frecuencia, y lo último que quería ella era inmiscuirse en sus asuntos. No acababa de entender por qué MacFarlane la había llevado a Downing Street para asistir a una de esas reuniones en las que podían rodar cabezas. Estaba claro que el gobierno jamás cedería a un chantaje. Pero ella había visto la caligrafía, las manchas en el papel, y sabía que no iba a dormir bien esa noche. Había mucho que hacer y tenía que ir a Oxford por la mañana.

28 de diciembre de 1931

Le sorprendió lo bien que había dormido, teniendo en cuenta que había llegado a casa tarde tras lo que resultó ser una acalorada reunión con Stratton, Darby y MacFarlane. Los cuatro se habían reunido al poco de que el inspector jefe regresara a su despacho. Ella sabía que los superiores del inspector le habían parado los pies y no tenía ninguna duda de que le habían pedido explicaciones por haberla llevado a la reunión con el primer ministro. Era algo que también ella quería preguntarle, aunque lo haría en el momento oportuno. Lo que estaba claro era que las próximas veinticuatro horas iban a ser una carrera contrarreloj.

Las seis y veinte de la mañana. Hora de salir. Había humedad en el ambiente y la niebla mezclada con los humos de la ciudad era tan densa que se alegró de ir en tren. Tomó la línea circular en dirección a Paddington y subió del andén subterráneo hacia el bullicioso vestíbulo de la estación de tren, por la que centenares de viajeros iban y venían o esperaban frotándose las manos para entrar en calor mientras esperaban a que anunciaran las salidas. Maisie compró su billete de tercera clase y se dirigió al andén, con el maletín en la mano izquierda, mientras se giraba para cerrar el bolso colgado al hombro.

Observó el andén mientras mostraba su billete al jefe de estación y le pareció ver al doctor Anthony Lawrence en el andén vecino. Volvió a mirar —todos los caballeros que esperan el tren se parecen en cierto modo—, pero un tren se detuvo en el andén en el que esperaba el hombre.

Maisie se acercó entonces al jefe de estación.

—Dese prisa, señorita, no se puede hacer esperar a la gente.

—Lo siento, pero ¿podría decirme adónde se dirige ese tren?

—¿El que acaba de llegar a la vía seis?

—Sí.

El jefe miró el reloj.

—Es el de y veinte con dirección a Penzance.

—Gracias.

El tren con destino a Oxford entró resoplando en la estación, expulsando vapor por los laterales a medida que la locomotora reducía la velocidad, hasta detenerse delante del parachoques. Maisie se sentó al lado de la ventana, cerca del radiador, y se preparó para su viaje. Al poco estaba tan concentrada en sus cosas que no se dio ni cuenta de que el vagón se había llenado de pasajeros, ni del silbato del jefe de estación ni del pesado balanceo del tren a medida que salían de la estación. Se preguntó adónde podría ir el doctor en un día laborable. Sabía que el tren de Penzance hacía parada en las estaciones de Berkshire y Wiltshire, y después atravesaba la parte occidental de Inglaterra de camino a Cornualles. Sabía también que había hospitales psiquiátricos en varios lugares a lo largo de la ruta, en pleno campo, donde podían mantener a los hombres lejos del ruido y el trajín de los pueblos, las ciudades y otros núcleos urbanos. Pero, aunque ese hombre fuera el

doctor Lawrence, lo que hiciera no tenía nada que ver con ella. ¿O sí?

El portero de St. Edmund Hall acompañó a Maisie por el pasillo del edificio medieval de la universidad hasta el despacho de John Gale, llamó y le anunció que tenía visita antes de dejarla entrar.

—Señorita Dobbs. Muy puntual, como a mí me gusta. No soporto a la gente que llega tarde, me desconcentra, sobre todo cuando tengo clase en una hora. Adelante, venga a sentarse junto al fuego.

John Gale medía casi un metro ochenta y cinco y era más bien delgado; parecía que la toga le colgaba de los hombros. El pelo canoso y peinado hacia atrás era más largo de lo que dictaba la moda, lo que la llevó a pensar que no se acordaba de ir a cortarse el pelo hasta que lo tenía tan largo que empezaba a irritársele la piel a la altura del cuello de la prenda.

Maisie le tendió la mano y se sentó donde le indicaba, en la descalzadora baja tapizada de terciopelo rojo junto al fuego, que no estaría de más avivar un poco. Como si le hubiera leído la mente, el profesor se arrodilló delante de este y comenzó a accionar el fuelle para levantar llama a las ascuas, a las que añadió un poco más de carbón del cubo. Accionó un par de veces más el fuelle y después se levantó y se sentó frente a ella.

—Así está mejor, enseguida tendremos una buena lumbre. Pierdo la noción del tiempo, ya ve, estoy trabajando en una publicación sobre física para la semana que viene, y luego me pregunto que por qué tengo frío. El caso es que Maurice me ha dicho que quería

hablar conmigo sobre algo relacionado con el trabajo que realicé durante la guerra.

—Así es. Quiero que me hable de los gases que se utilizaron en la guerra. Yo estuve allí como enfermera, de modo que conozco los efectos de algunos, como el cloro, el fosgeno y, por supuesto, el gas mostaza, pero quiero entender cómo respondió el gobierno en un primer momento ante los ataques. Tengo entendido que trabajó en Mulberry Point y me preguntaba si podría aclarármelo.

—No estoy seguro de que deba hablar de ello, sinceramente. Y ha pasado mucho tiempo desde que estuve trabajando allí a jornada completa.

—Pero siguen llevándose a cabo investigaciones en Mulberry Point, ¿no es así?

—Sí, por supuesto. Sin embargo, ahora los laboratorios están más organizados. En mi época trabajábamos todos a destajo a ver quién descubría algo. Había que encontrar antídotos en un primer momento y… Será mejor que empiece por el principio.

—Sí, por favor.

Entonces llamaron a la puerta y el portero entró con la bandeja del té y un plato de galletas. Gale le dio las gracias y Maisie se ofreció a servirlo mientras él seguía hablando.

—Los primeros ataques con cloro fueron como una colleja para el ejército, los pilló completamente por sorpresa. Tuvieron que moverse, y deprisa, pese a las dificultades, para proteger a los soldados y para buscar un antídoto. Las lesiones producidas por el gas eran terribles, ya lo sabrá. El cloro fue el comienzo. Cuando nos quisimos dar cuenta, los militares entraron en todas las universidades del país buscando a los mejores físicos, químicos,

biólogos e ingenieros. La realidad es que reclutaron investigadores por doquier.

—Y usted fue uno de ellos.

—Sí. Todavía estaba dando clase, porque tengo los pies totalmente planos, de modo que me rechazaron en el servicio militar. Pero en aquella ocasión no, porque me querían para llevar a cabo una tarea distinta. —El profesor contempló el fuego mientras mojaba una galleta en el té y mordía el borde cuando estaba a punto de caer en el líquido—. Me reclutaron para formar parte de un grupo especial que iban a enviar directamente a Francia. Estábamos con los médicos examinando a los pacientes, recogíamos muestras de piel, hacíamos cultivos y qué sé yo qué más. Algunos de nosotros regresamos a casa, a nuestros laboratorios, en cuanto pudimos. El ejército se llevó a los mejores alumnos y para los que se quedaron ese fue el campo de investigación. Se trabajaba a la buena de Dios, si le digo la verdad.

Maisie observaba al profesor mientras hablaba, la mirada fija en una ascua que había salido rodando del hogar hasta chocar con el salvachispas. No cogió las tenazas para recogerla, sino que se quedó mirando fijamente el resplandor que desprendía.

—Jamás había visto nada igual. Habían ocupado el casino de Le Touquet y llevaban allí a los afectados por el gas. Costaba creer que, tan solo un año antes, aquellas ruletas habían dado vueltas rodeadas de hombres y mujeres que reían, jugaban al *blackjack* y al póquer, y apostaban. En ese momento, daban igual las apuestas posibles, podía pasar cualquier cosa, pero lo único que se oía era el angustioso sonido de los gritos de dolor de aquellos hombres que morían a causa de las heridas, con los pulmones llenos de gas y de

un líquido espumoso de color blanco que parecía clara de huevo. Tiene gracia, porque tengo entendido que hubo un tiempo en el que aquel lugar recibió el nombre de Pabellón del Placer o algo así.

—¿Qué hacía usted allí? ¿En qué consistía su trabajo?

Gale negó con la cabeza como queriendo apartar los recuerdos y la miró.

—Yo no soy médico, pero me dedicaba a recoger muestras con los otros científicos, como ya le he dicho, y también interrogaba a los que podían hablar. Necesitábamos saber lo que veían, lo que olían, cuáles habían sido los primeros síntomas que habían sentido. —Suspiró y dejó la taza con su platillo encima de la bandeja—. Era el tipo de cosa que se suponía que no tenía que ocurrir. La Declaración de la Haya de 1899 estipulaba con claridad que no había que utilizar gases tóxicos en tiempo de guerra, y allí nos tenías a todos buscando a ciegas una solución, y el mejor consejo que se nos ocurría para aquellos hombres era que se taparan la cara con trapos mojados de orina en caso de ataque con cloro.

Maisie miró la hora y siguió preguntando.

—¿Fue así como terminó trabajando para el Campo Experimental del Departamento de Guerra en Mulberry Point?

—Sí, así fue. El gobierno compró mil doscientas hectáreas de terreno, levantó una valla alrededor y unos barracones, y nos metió en ellos. Contábamos con una cámara de gas, laboratorios y otras instalaciones. Y, entre usted y yo, todos los que trabajábamos allí, desde el personal de limpieza y los bedeles hasta los científicos y los militares, tuvimos algo que ver con aquellos experimentos. Si había que hacer pruebas en seres humanos, llamabas a algún bedel o te sometías tú mismo a la prueba. El trabajo tenía que hacerse, no

había tiempo que perder. Y por extraño que parezca, aun teniendo que ocuparse del recuento de los muertos y los desaparecidos diarios para que apareciera en los periódicos, la prensa se enteró de que habíamos empleado animales en nuestros experimentos y se armó un escándalo. Aquello no nos detuvo y, aunque no sabíamos con certeza el efecto que podía tener un antídoto en un ser humano habiéndolo probado solo con un perro, queríamos probar antes con el animal por si acaso.

—¿Y trabajaba también con armas?

—No se puede tener lo uno sin lo otro.

Maisie se quedó pensando.

—Profesor Gale, ¿hasta qué punto le resultaría sencillo el manejo de un gas a un aficionado?

—Depende de la sustancia. El riesgo aumenta con los efectos del gas y con el grado de volatilidad. Sin embargo, en líneas generales, yo diría que sería muy muy difícil. Y con un gas como el mostaza sería una locura pensarlo siquiera. El mero hecho de estar cerca de un muerto en un ataque con ese gas puede hacer que te salgan ampollas supurantes de arriba abajo en un abrir y cerrar de ojos. De hecho, estoy seguro de que usted también tendría que tomar precauciones frente a esas heridas secundarias cuando estuvo en la guerra.

—Sí, me acuerdo —confirmó Maisie asintiendo con la cabeza—. Entiendo que sigue usted trabajando en los laboratorios de Mulberry Point, y aunque sé que su trabajo estará sometido a grandes medidas de seguridad, se me acaba de ocurrir que a lo mejor podría decirme cuántas personas cree usted que llevaron a cabo esos

trabajos durante la guerra. ¿Decenas? ¿Cientos? Y si son muchos los que siguen en Mulberry Point de los que empezaron en 1918.

—Para empezar, yo sigo, pero no de forma continuada, y algunos de los miembros del equipo original también siguen allí. Pero les pasa como a mí, que no es nuestro trabajo principal, no sé si me explico. Y respondiendo a su pregunta, los militares hicieron batidas por las universidades; hablamos de Oxford, Cambridge, Bristol, Durham, Birmingham, Londres, Edimburgo, Glasgow, absolutamente todas las instituciones de educación superior e investigación. Algunos alumnos ni siquiera sabían que su trabajo consistía en desarrollar armas que iban a emplearse en la guerra, pero eran los mejores, los más brillantes. Algunos fueron reclutados allí mismo para incorporarse a las Brigadas Especiales y encabezar los ataques químicos de nuestro país en suelo francés y belga. Así que sí, éramos muchos, pero a estas alturas estarán todos desperdigados por distintas zonas.

Maisie miró el reloj de nuevo.

—Ya le he robado mucho tiempo, profesor Gale, y me parece que su clase empieza dentro de diez minutos.

El hombre consultó la hora en su reloj de bolsillo.

—Menos mal que me lo ha recordado, gracias. Tengo que irme. El tiempo no se detiene y no espera a nadie, ¿verdad?

Maisie sonrió y le extendió la mano.

—Muchas gracias por ayudarme con mis pesquisas.

—No entiendo bien el motivo de tales pesquisas —dijo el hombre frunciendo el ceño—, pero confío en mi viejo amigo Maurice.

—Y hace bien en confiar en él. Adiós, profesor Gale.

Y tras estrecharle la mano, Maisie se puso los guantes mientras esperaba a que el hombre le abriera la puerta, le dio de nuevo las gracias y salió del despacho.

Croucher ha venido a verme. Me ha traído manzanas. Me ha dicho que la fruta me sentaría bien. Me ha traído también sopa, pan, algo de fiambre y un paquete de té. Y cerillas. Se ha sentado a charlar un poco, me ha hecho reír. Croucher es así, siempre lo ha sido. Consigue que te rías para tus adentros. El gorrión me ha recordado a Croucher, tan animado, tan menudo, tan diligente. Sí, Croucher cuida de mí. Salió a por un saco de carbón y me encendió el fuego para que entrara en calor, un rato al menos. Una pizca de esto, una pizca de aquello, una pizca de carbón, solo una pizca para un hombre que no es más que eso, una pizca de hombre. Sí, Croucher es amable. Pero ya se ha ido y yo tengo que seguir. No han dicho nada en la radio, así que parece que voy a tener que cumplir mi palabra.

El hombre dejó el lápiz en el centro del diario, lo cerró y lo ajustó con la cuerda para que no se le cayera. Dejó el cuaderno a un lado y despejó la mesa. Luego se dirigió al armario arrastrando los pies, abrió la puerta y con las dos manos sacó un acuario vacío, de gran tamaño. Lo depositó encima de la mesa y volvió a buscar la tapa metálica que había fabricado para que encajara como un guante, bien ajustada y hermética, y después fue hacia el otro extremo del piso. Se paró a toser, una tos flemática que lo obligó a golpearse el pecho tratando de suavizar la congestión, y permaneció inmóvil unos segundos antes de abrir una puerta astillada que conducía al diminuto jardín trasero. Una vez fuera, se dirigió a un lateral y escupió la sustancia amarilla y sanguinolenta que le subía de los pulmones, y luego fue lentamente por el sendero hasta una construcción con forma de jaula hecha con una especie de malla.

Dentro había distintas aves. Abrió una puerta y, al meter la mano, los gorriones, herrerillos, petirrojos, palomas y estorninos se dispersaron por el interior entre chillidos. El sonido hizo que esbozara una mueca. Agarró una red que tenía apoyada en un lado de la jaula y un saco viejo y fue pescando a los pájaros uno por uno. Se acabaron los chillidos furiosos, las agresiones de los ejemplares más dominantes a los que consideraban más débiles, no se oía nada más que el roce amortiguado que producía el movimiento de las aves dentro del saco. Las depositó con cuidado dentro del acuario de cristal y lo cubrió con la tapa hermética. Tenía que ser cuidadoso, más incluso que la última vez. No podía permitirse un solo error.

7

Era media tarde cuando Maisie llegó a su despacho. Billy ya estaba esperándola.

—¿Sabemos algo más, Billy? —preguntó mientras se quitaba la bufanda y la colgaba encima del abrigo detrás de la puerta. Se dirigió a la mesa y sacó un taco de fichas en las que había tomado apuntes durante el viaje de vuelta desde Oxford—. ¿Has conseguido dar con Bert Shorter?

Las patas de la silla rascaron el suelo al salir de la zona cubierta por la alfombra cuando Billy se levantó y se acercó a la mesa de Maisie con la libreta en la mano.

—Sí, y resulta que el señor Shorter había visto antes al tipo de Charlotte Street, que solía estar en Soho Square. Me ha dicho que se sentaba en el parque, que nunca se quitaba la gorra, y que la gente que pasaba a su lado le daba unas monedas. También me ha dicho que un día se paró a hablar con él, que lo hirieron en la guerra. Perdió una pierna y la que le quedaba no estaba mucho mejor. Shorter dice que puede que recibiera una pequeña pensión, pero que le parecía que no tenía vida.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—Esa es la cosa. Me ha dicho que él se presentó, pero que no se enteró muy bien del nombre del tipo. Cree que podría ser algo como

Ian. Me ha dicho que estaba muy mal de los pulmones y que cada cierto tiempo desaparecía de su puesto habitual durante un mes o así. Pensó que lo mismo se lo habían llevado a la costa, ya sabe, como hicieron conmigo cuando tuve aquella obstrucción en el pecho.

—Entonces debe de ser conocido, debe de tener relación con algún médico o algún hospital, a lo mejor lo tratan como paciente externo en alguno. —Se frotó la frente—. Me pregunto si les extrañará su ausencia si es un paciente regular. ¿Sabía Bert Shorter dónde vivía?

—Recuerde que Bert solo estaba haciendo suposiciones, no tiene por qué ser cierto, pero me ha dicho que debía de ser de la zona, que debía de vivir por el Soho, hay muchas casas de huéspedes por allí. Es probable que cobrara una pensión, pero apuesto a que no era muy alta. Y por lo que parece no podía trabajar, aunque hubiera encontrado empleo.

—De manera que tenemos a un hombre que puede que se llamara Ian y que viviera en el Soho, lisiado a causa de las heridas de guerra. ¿Te ha dicho alguna otra cosa ese Bert Shorter?

—Me ha dicho que lo que le llamó la atención fue que siempre iba con un libro. Siempre estaba leyendo.

—¿Lo vio con alguien alguna vez?

Billy asintió con la cabeza y se chupó la yema del dedo para pasar las hojas de la libreta.

—Lo vio con otro hombre una vez. Un tipo pequeño, bien vestido, pero no uno de esos ricachones encopetados, sino más bien en el sentido de que iba limpio, muy correcto, con la ropa bien planchada. Como esos porteros de hotel de Hyde Park cuando terminan su turno y salen por la puerta de atrás. El tipo estaba hablando con él,

nada fuera de lo corriente, pero Bert me dijo que se fue cuando pasó junto a ellos con su carro e Ian, o como quiera que se llame, lo saludó con la mano.

—Repasemos los datos una vez más. Hablamos de un hombre que puede que se llamara Ian y viviera en el Soho, o en algún punto entre Old Compton Street y Soho Square. «Ian» había sufrido daños en las piernas y el sistema respiratorio, y le gustaba leer. Si cobraba pensión, no le llegaría para comprar libros, lo que significa que debía sacarlos de la biblioteca. Y si te acuerdas, hay testigos que afirman haberlo visto en el autobús treinta y seis procedente de Lewisham. Me atrevería a decir que esa pequeña información nos ha desviado cuando intentábamos reducir el área de búsqueda de ese hombre y su dirección.

Maisie se giró para mirar el reloj de la pared.

—¿Cuántas bibliotecas que presten libros hay en el Soho, Billy? El Soho abarca casi toda la calle de Charing Cross Road, de modo que, si no nos hemos equivocado en nuestras suposiciones, es posible que tuviera algún contacto entre los libreros.

—Creo que sé dónde hay dos bibliotecas que prestan libros.

—Muy bien, tú ve por ahí. Descríbeles a «Ian» a ver qué puedes averiguar. Yo iré a las librerías de Charing Cross Road. Nos vemos en la cafetería de Tottenham Court Road, ya sabes cuál te digo, esa en la que nunca dicen «me permite» antes de retirarte la taza para limpiar la mesa, hacia las cinco y media, ¿te parece?

Billy asintió con la cabeza.

—Hasta luego, señorita.

Maisie bajó por Charing Cross Road deteniéndose en todas las librerías de la calle. Entraba y entablaba conversación con el dueño o el dependiente y luego preguntaba por un libro que le había recomendado su amigo Ian, que no se encontraba muy bien últimamente. En W & G. Foyle, Ltd., Maisie consultó los catálogos más recientes y se entretuvo unos minutos con el catálogo de Radiación Solar y Cultura Corporal, en el que se veía la foto de una máquina de remo por cuarenta y nueve chelines y seis peniques, cantidad que le pareció un robo a mano armada, pero se encogió de hombros y siguió a lo suyo, preguntando en todas las secciones antes de abandonar la tienda.

Continuó bajando la calle, y ya estaba a punto de perder toda esperanza en su plan —llevaba tanto rato preguntando que le parecía que ya lo sabía casi todo sobre el negocio de las librerías de viejo— cuando abrió la puerta de Tinsley e Hijos. Era un establecimiento con poca luz y bastante caótico, con montañas de libros que cubrían todas las superficies y todos los escalones de la escalera de caracol del fondo. Un hombre de unos cuarenta y cinco años limpiaba las estanterías subido a una escalera.

—¿Está echando un vistazo o necesita ayuda con algún tema en particular?

—Me gustaría echar un vistazo, muchas gracias. Un amigo me ha recomendado esta librería.

El hombre siguió limpiando el polvo, hablando mientras lo hacía.

—Nos alegra que la gente nos recomiende. ¿Cómo se llama su amigo?

—Ian.

—¿Ian? —El hombre dejó la limpieza y empezó a bajar—. ¿Conoce usted a Ian? ¿Herido en la guerra, sin una pierna y un poco cojo de la otra?

Maisie asintió con la cabeza y bajó los ojos.

—He venido para rendirle homenaje.

—¿Rendirle homenaje? ¿Le ha pasado algo? No he vuelto a verlo desde antes de Navidad y es uno de nuestros clientes habituales.

—Ha muerto, señor…

—Tinsley, soy el dueño. —Le ofreció una silla y sacó otra para él, cerca de la estufa panzuda, que ocupaba el lugar de honor en el centro de la tienda—. ¿Cómo ha sido?

—Me temo que se quitó la vida.

—Es una lástima, qué terrible —dijo negando con la cabeza—. No puedo decirle que me sorprenda, sufría mucho. Mentalmente también, creo yo. Y leer lo ayudaba, se evadía de la vida diaria, como les pasa a muchos otros.

—Sí, eso creo yo también —dijo Maisie, quitándose los guantes al empezar a entrar en calor—. Y amaba esta librería, eso seguro.

—Hacía lo que podía por él. Sabía que no podía permitirse muchos lujos y era un lector voraz. Le prestaba libros a cambio de que me ordenara un poco las estanterías y cosas así. —Se echó hacia atrás para alcanzar el libro de cuentas—. Mire, aquí puede ver todos los libros que leyó solo en noviembre.

Maisie cogió el libro de cuentas encuadernado en piel que le tendía el librero y leyó la página: Ian. Casi no entendía bien el apellido, pero le pareció que ponía Jennings. Dirección: Apartamento 15a, Wellington Street, Kennington. Estaba cerca de la ruta del treinta y seis, pero yendo por Kennington Park Road.

—¿Se apellidaba Jennings?

El librero se sacó las gafas del bolsillo del jersey de punto.

—He de admitir que nunca he mirado el nombre. Me fiaba de él, la verdad, y no se me ocurría comprobar los libros. Déjeme ver. Sí, estaba al día. Me devolvió a principios de diciembre el último libro que le presté. Y por eso me sorprendía que no hubiera vuelto, porque no me lo imagino sin un libro, aunque estoy seguro de que hacía uso también de las bibliotecas. Según esto, un libro le duraba dos días más o menos.

Maisie leía mientras pasaba el dedo por la página.

—Hasta diciembre, que solo leyó dos libros.

—Sí, casi no lo vi en todo el mes, por eso estaba preocupado. Se me ocurrió pasar por su casa, pero luego se me antojó que era algo presuntuoso por mi parte y diciembre es un mes de mucho trabajo —dijo, cogiendo el libro de cuentas y poniéndolo en la mesa.

—¿Recuerda que le dijera algo en noviembre que justificara su ausencia?

El hombre se quitó las gafas y volvió a guardárselas en el bolsillo.

—Creo recordar que dijo que se había encontrado con un antiguo colega y habían retomado la amistad.

—Llevo un tiempo fuera de la ciudad y lo he visto poco. Me pregunto quién podría ser ese colega.

—Nunca me dijo su nombre y tampoco recuerdo con exactitud lo que me dijo de él. Pensé que volvería por aquí cuando quisiera algún libro o que haría alguna cosilla en la librería y seguiríamos igual que siempre. Le gustaba hablar de literatura y yo agradecía la compañía. Esto está muy tranquilo a veces.

En ese momento, la campanilla de la puerta anunció la llegada de un cliente y el hombre se levantó. Maisie le dio las gracias y, antes de que pudiera decir nada más, salió de la tienda en dirección a Tottenham Court Road.

—¡Señorita, creo que lo he encontrado! —Billy estaba ya en la cafetería y saludó a Maisie con la mano cuando esta entró.

—¿Ian Jennings? —susurró ella inclinándose sobre él.

—Apartamento 15a, Wellington Street, Kennington —añadió Billy, y a continuación se levantó para ir a pedir dos tés—. Y yo que me creía tan listo. He conseguido los datos en la biblioteca circulante de Boots, era un cliente habitual. Sacaba uno o dos libros a la semana.

—Y leía un libro cada dos días en una librería de Charing Cross.

—Caray, sí que tenía que ser inteligente.

Maisie asintió con la cabeza.

—Lo era. Me muero de ganas de tomarme un té, Billy.

Para no llegar tarde, Maisie fue corriendo desde la estación de metro hasta la central de Scotland Yard para su reunión, y se dio de bruces con Stratton al entrar.

—Calma, despacio, si uno entra corriendo en este sitio termina en las celdas por menos de nada.

—Disculpe, llego un poco tarde y no quería despertar la ira de MacFarlane.

—Dudo que pudiera hacer tal cosa, señorita Dobbs. Según Darby, usted no hace mal nada a ojos de Robbie MacFarlane.

—¿Qué cuernos quiere decir con eso? —preguntó Maisie, deteniéndose.

Stratton giró la muñeca para mirar la hora.

—Pero a mí no me tiene en la misma consideración. Así que vamos o llegaremos tarde.

Se dirigieron hacia el despacho del inspector jefe, donde encontraron a Darby escribiendo algo en un papel.

—Darby —lo saludó Stratton con un gesto de la cabeza al entrar.

—Stratton, señorita Dobbs. ¿Algún avance?

Maisie iba a contestar cuando la puerta se abrió con tanto ímpetu que golpeó la pared con un golpe seco y entró MacFarlane. La expresión de su rostro le recordó a un cielo de tormenta, sombría y amenazadora, y las arrugas de las comisuras de los ojos delataban la presión por encontrar a un hombre que había demostrado que podía matar y que estaba dispuesto a ello con tal de hacerse oír.

—¡Stratton! ¿Qué tiene para mí?

—Me temo que los soplones que tenemos dentro del partido de Mosley no han encontrado mucho, señor, aunque sí tenemos pruebas que apoyan la existencia de un grupo interno que podría estar tramando algo.

—¿Pueden infiltrarse más?

—Entiendo que todo es cuestión de dinero. Ah, y según parece, están organizando una reunión en el salón de actos de la iglesia de Kilburn para atraer adeptos. Ese círculo interno estará presente y, por lo que veo, constituyen una rama más combativa del partido.

—Mmm. —MacFarlane cogió un cortaplumas de la serie de plumas y lápices que tenía en la mesa, abrió la hoja, la cerró de nuevo y

volvió a abrirla. Después la cerró con brusquedad, dejó el cortaplumas en la mesa y miró a Darby—. ¿Colm? ¿Algo?

—Está todo tranquilo, jefe, eso seguro. Tengo mis informantes, pero al IRA le está costando reagruparse. La única pista que puede valernos es que parece que están reclutando hombres que no andan bien de la azotea, hombres que acaban de salir de alguna institución, por ejemplo. Hacen que sientan que forman parte de la organización y a cambio les piden lealtad para, finalmente, encargarles el trabajo sucio. En un principio, la teoría es que alguien que no está bien de la cabeza es fácil de controlar y no tiene los mismos escrúpulos a la hora de matar que alguien que está cuerdo.

Aquella explicación perturbó a Maisie. No se le había ocurrido que alguien estuviera utilizando a personas con algún trastorno mental para obligarles a matar.

—Y en cuanto a los que se acercan a los sindicatos —continuó Darby volviéndose hacia Stratton—, hay un grupo dentro del Partido Rojo británico, bolcheviques de verdad, que podrían estar dispuestos a elevar las exigencias. También les digo que esa gente no oculta lo que son. Ya tengo a alguien ocupándose del tema.

MacFarlane abrió y cerró el cortaplumas de nuevo mientras miraba a Maisie, instándola a informar de sus avances.

—Y yo he averiguado la identidad del hombre que se suicidó en Nochebuena. He descubierto el nombre justo antes de venir hacia aquí. —Maisie era consciente del interés que había provocado en los tres hombres—. Mi ayudante pasará por su apartamento antes de irse a casa. Si descubre algo importante, me llamará a mi despacho. Imagino que tendremos noticias dentro de poco.

—¿Nombre? —preguntó el jefe levantando la vista.

—Ian Jennings. O ese es el nombre que le dio a un librero del que se hizo amigo y también en una biblioteca de préstamo en el Soho. Era un ávido lector. Según los que lo conocían, perdió una pierna por debajo de la rodilla durante la guerra y tenía dañada la otra por heridas de metralla. Según parece, presentaba síntomas asociados a la intoxicación con gas.

Se levantó de la silla y la arrastró por el suelo, y tras sacar varias ceras de colores del maletín, se acercó al mapa del caso, que seguía pinchado en la pared. MacFarlane se reclinó en su asiento mientras ella anotaba y unía con flechas rojas las pruebas existentes, y añadía un signo de interrogación sobre una figura de palo junto a la que escribió «hombre gas».

—Ian Jennings pasó mucho tiempo en este mes con un amigo, alguien que podría ser un antiguo colega. ¿Podría tratarse del hombre que ha mandado las cartas? ¿O tal vez alguien relacionado con el grupo de Mosley o con los irlandeses o con los sindicalistas? —Miró a Darby. —Estoy de acuerdo con usted. Creo que podemos reducir la vigilancia de estos últimos, aunque seguiremos en contacto con los informantes. —Y mirando esta vez a Stratton añadió —: Es posible que Jennings fuera reclutado por los fascistas. Su retórica calaría en un hombre que vivía en los márgenes, eso desde luego.

El timbre del teléfono la interrumpió.

—¡MacFarlane! —vociferó el jefe volcando su acento escocés, normalmente moderado, sobre la operadora. Y después le tendió el teléfono a Maisie—. Su hombre.

—¿Billy? —dijo Maisie.

—Señorita, acabo de salir de Kennington.

—Bien. ¿Has descubierto algo?

—El casero vive en el mismo edificio, una casa vieja dividida en seis habitaciones de alquiler. Un poco lúgubre. Con acercar la taza a las paredes la llenas de agua en un minuto para hacerte un té. —Tosió—. Hay una niebla muy densa esta noche, señorita. —Volvió a toser y Maisie oyó que se golpeaba el pecho—. El caso es que he hablado con el casero, le he dado un par de chelines y me ha dejado subir a la habitación. Dice que estaba pensando en entrar él también, pero que aún faltaban unos días para el día de pago, y aunque llevaba sin ver a Jennings desde antes de Navidad, ¿cómo iba a saber si había estado entrando y saliendo? No sé cómo se las arreglaba el pobre hombre para subir por esas escaleras, de verdad se lo digo, aunque solo fuera un tramo. —Billy tosió una vez más—. Me ha abierto la puerta y nos hemos quedado los dos mirando porque nadie diría que la habitación estaba ocupada. Limpia como una patena; aparte del moho, claro. Había quitado las sábanas y doblado las mantas, y también había limpiado los muebles. Parecía lista para alquilar a otro. De hecho, es muy probable que ya lo esté.

—¿Y no has encontrado nada, un papel, alguna fotografía vieja, algo?

—Nada hasta que he corrido la cómoda. He encontrado un panfleto sobre ese tipo, Mosley. Parece que se le coló por detrás del mueble, no que lo hubiera escondido a propósito.

—Sí, tiene toda la pinta por lo que me cuentas. Pero lo de que esté tan ordenado me hace dudar.

—Da canguelo, la verdad.

Maisie suspiró.

—Muy bien, Billy. Vete a casa y llévame el panfleto al despacho mañana, por favor.

—Señorita.

—Dime —dijo Maisie, mirando a los hombres que esperaban a que terminara de hablar.

—He llamado a Wychett Hill antes de llamarla a usted. Resulta que Doreen está descansando, o eso es lo que me han dicho, después de una «intervención».

—¿Te han dicho qué clase de intervención?

—He preguntado, pero la respuesta no me dice nada. Han dicho algo de que estaba agotada y que le habían puesto insulina.

—¿Insulina? —repitió ella consciente de que estaba elevando la voz y de que los tres policías la miraban.

—¿Es algo malo, señorita? Me refiero a que nunca ha sido diabética, por eso me preguntaba.

—No te preocupes. Es que me ha sorprendido, eso es todo, no tienes nada de que preocuparte. Ahora vuelvo al despacho. Seguro que pronto tendré noticias de la doctora del hospital de Clifton a la que he llamado. Mañana te cuento. Vete a casa con tus hijos, Billy. ¿Están con tu madre?

—Sí, señorita. Bueno, nos vemos mañana.

Maisie le devolvió el teléfono a MacFarlane, que lo puso sobre la horquilla.

—¿Ocurre algo? —preguntó Stratton.

—Mm, sí. Bueno, no; no tiene que ver con Jennings. Parece que había planeado su suicidio, o su marcha, como queramos llamarlo. La habitación estaba como si no viviera nadie en ella. Apuesto a que si mandan a sus hombres a comprobar las huellas no encontrarán

ninguna, porque ha limpiado todo. Mi ayudante y el casero han revisado la habitación a fondo y parece que han encontrado algo interesante que se había caído detrás de una cómoda, un panfleto del Partido Nuevo de Mosley.

—Mm, sigo pensando que el suicidio de ese hombre ha sido una distracción —dijo MacFarlane—. Pero no me fío de Mosley. Lleva tiempo codeándose con tipos como el italiano ese, Mussolini, y se habla de que quiere formar un partido fascista aquí. Está claro que anda buscando la manera de sembrar el terror, vaya que sí. Vale, esto es lo que quiero: Stratton y usted vayan al encuentro de esta noche organizado por ese chalado. Acudan bien vestidos, pero no demasiado, tienen que aparentar que son acomodados, pero sin alardear, ya me entienden. Observen, escuchen y averigüen quiénes forman parte de ese círculo interno y lo que planean. Y hay otra cosa que me gustaría que investigara, señorita Dobbs.

—Dígame.

—Hay una asociación de mujeres, un aquelarre, que parecen creer que es suya la responsabilidad de hacer campaña para exigir pensiones para las mujeres.

—Sí, estoy al tanto, señor. Contribuyo a la causa. Sin embargo, me ofende que llame aquelarre a su asociación. ¿Los prejuicios contra las mujeres han llegado hasta el punto de acusarlas de brujería?

—¿Que contribuye a la causa?

Maisie se encogió de hombros.

—¿Por qué no debería recibir una pensión una mujer soltera cuando paga los mismos impuestos que un hombre casado?

—No es que…

—¿No es que qué?

—Da lo mismo. El caso es que nos hemos enterado de que hay un grupo de agitadoras entre ellas que no están dispuestas a esperar, pasa lo mismo en todos los grupos. Siempre se producen escisiones de miembros que creen que si son capaces de demostrar su fuerza obtendrán lo que buscan. Hay empleadas de fábricas en ese grupo que siguen las indicaciones de su líder y apuesto a que algunas tienen los conocimientos necesarios para manipular esos gases.

—Si me permite la osadía, señor, creo que se equivoca, y no podemos permitirnos malgastar recursos siguiendo pistas poco probables.

—Y yo creo que es una pista para usted, señorita Dobbs, puesto que es una mujer. Según parece, las chicas van a reunirse mañana a la hora del almuerzo. Busque la forma de entrar. Esta es la dirección. —Le dio un trozo de papel—. Mientras tanto, Stratton, quiero que se investigue al grupo de Mosley. Y a los sindicatos, Colm. —Siempre se dirigía a este por su nombre de pila en señal de respeto por los años que llevaban trabajando juntos.

—Pero… —comenzó a decir Maisie tratando de disimular su exasperación.

—¿Tiene que pasar por su despacho?

—Sí.

—Stratton, pasen primero por Fitzroy Square y vayan después al piso de la señorita. Señorita Dobbs, tiene el tiempo para vestirse como una mujer acomodada mientras Stratton la espera. Al terminar la llevará de nuevo a su piso. ¿Lo tenemos claro todos?

—Sí, señor —corearon Stratton y Darby.

—¿Señorita Dobbs?

—Sí, señor. Sin embargo, inspector jefe, creo…

Un toque en la puerta la interrumpió. Un sargento entró en el despacho y se acercó al jefe para susurrarle algo al oído. MacFarlane asintió con la cabeza y se levantó mientras el sargento salía. Cogió el abrigo y se volvió para mirar a Maisie, Stratton y Darby.

—Debía ir a ver al comisario general para ponerlo al corriente de los hechos, tal como me pidió el primer ministro, pero la situación se ha agravado. Un agente acaba de informar de que han encontrado una cincuentena de pájaros muertos en un sendero de Hyde Park, cerca de Speaker's Corner. Sospecho que podría tratarse de nuestro hombre y, si estoy en lo cierto, con esta acción acaba de dar un paso más. Como todos ustedes sabrán, el cloro no mataba a los pájaros en la guerra. Pero el cloro mezclado con el fosgeno silenció a las aves del valle del Somme. Ya no estamos ante una situación de riesgo medio, se lo digo por si no lo sabían. Ese hombre sabe lo que hace. Supongo que pronto enviará otra carta. A trabajar.

Y salió del despacho.

Stratton esperó en el Invicta mientras Maisie salía corriendo hacia su despacho y recogía el correo de camino. Había una tarjeta de la doctora Elsbeth Masters. Le complacía que se hubiera puesto en contacto con ella y la emplazaba a reunirse en el Hospital Clifton al día siguiente después de la una. Maisie confiaba en que Doreen pudiera soportar las humillaciones de Wynchett Hill mientras ella buscaba la manera de que la trasladaran a otro centro. Tenía motivos de preocupación tras hablar con Billy por teléfono. Muchas de las terapias y los tratamientos para la depresión y los trastornos mentales que sufrían las mujeres eran infrahumanos. Se había

quedado horrorizada al ver algunos de los tratamientos farádicos —electrochoque— en un intento por parte de los médicos de devolver el habla a pacientes traumatizados o superar el tartamudeo que experimentaban tras haber visto a sus compañeros salir volando en una explosión en el campo de batalla. Pero había otros tipos de terapia de choque, y la terapia con insulina llevaba años utilizándose con mujeres internadas en instituciones mentales. Se administraban cantidades excesivas de insulina a la paciente hasta que se le inducía un coma. Se pensaba que el choque generaba una especie de sobresalto cerebral que fomentaba la reanudación de la conducta normal. En opinión de Maisie era un tratamiento bárbaro, y pensar que Doreen iba a tener que soportar algo tan horroroso le hacía reafirmarse en su convicción de que debía encontrar la forma de trasladarla lo antes posible a un centro donde pudiera recibir un tratamiento más tolerable. Y había depositado sus esperanzas en que la doctora Masters pudiera proporcionarles una solución.

Pero hasta entonces, Maisie sabía que tenía que tragarse una reunión del Partido Nuevo de Mosley. Después, mientras Stratton la esperaba fuera de su piso en el Invicta, se cambió de ropa. Se puso una sencilla falda negra, la chaqueta burdeos, un sombrero negro con una cinta burdeos que le iba perfecto y unos zapatos negros. Le pareció que vestir ropa oscura era lo que se llevaba entre los simpatizantes de Mosley. Le había crecido el pelo desde el verano y, aunque seguía conservando el estilo del corte *bob*, resultaba menos masculino y en eso sí iba con la moda, pese a no tener gran interés en ese tipo de distracciones.

No estaba muy convencida de que dedicar su tiempo a aquella línea de investigación fuera lo mejor, pero no podía descartar la

posibilidad de que el suicida hubiera asistido a alguna de esas reuniones. Al fin y al cabo, era ella la que creía que existía un vínculo entre este y las amenazas que los conduciría hasta el sujeto que ya había cumplido con sus advertencias de ser capaz de matar.

Stratton abrió la puerta del coche al verla salir del bloque de pisos.

—Cree que esto es una pérdida de tiempo absoluta, ¿no es así, señorita Dobbs? —le dijo en cuanto llegó al Invicta.

—Confieso que sí. Pese al panfleto que encontramos en la habitación de Jennings, creo que estamos cogiendo el rábano por las hojas, y no tenemos mucho tiempo para andarnos con equivocaciones. Y voy a hablarle con franqueza: sigo sin entender qué tengo yo que ver en todo esto.

—Es una investigadora de éxito y Scotland Yard le ha pedido colaboración, en parte por su relación con Maurice Blanche. Pensé que le gustaría que MacFarlane la tomara en serio. Es un tipo díscolo, sin duda. Y, en mi opinión, la ha metido en el asunto porque quiere que se replanteen un poco las cosas por aquí, nuestra forma de trabajar, y sugerir métodos nuevos de afrontar las situaciones.

—Entonces, ¿por qué parece que rechaza mis ideas?

—Porque así es como lo hace él. Le gusta que sigamos haciendo preguntas. Y creo recordar que usted me dijo que cuando más fuerza tiene una pregunta es antes de apresurarnos a contestar, cuando sigue haciéndonos pensar, poniéndonos a prueba.

—Sí, por supuesto, lo he dicho muchas veces, en especial cuando me piden que les dé una charla a los nuevos detectives. Tiene razón otra vez, inspector. —Limpió la condensación que se había formado en la ventanilla—. Creo que es aquí.

El salón de actos de la iglesia en el que iba a celebrarse la reunión era una construcción de granito gris. El vestíbulo tenía un tejado a dos aguas y unos aleros tallados que apenas se veían con la niebla. Las puertas, con la misma forma que las de la iglesia contigua, estaban abiertas y dos hombres flanqueaban la entrada. Había otro hombre sentado detrás de una mesa justo antes de entrar al salón de actos. Stratton le dio sus nombres, señor y señora Hutchinson, y Maisie lo tomó del brazo al entrar. Stratton le sonrió y ella se sonrojó. Esperaba que el inspector no se hubiera percatado de su reacción ante la sensación que se apoderó de ella. No sentía nada por Stratton, pero le recordó lo que era tener una relación con alguien, algo que llevaba tiempo sin sentir, desde que terminó su noviazgo con Andrew Dene; aunque incluso cuando estaban juntos, ella siempre notó una especie de desapego. Se preguntaba si la muerte de su gran amor Simon unos meses atrás, la habría liberado en cierto modo.

—Sentémonos aquí antes de que nos quiten el asiento —dijo el inspector, señalando dos sitios al final de una fila de duras sillas de madera—. Aquí atrás podemos largarnos sin llamar la atención antes de que termine.

—Supongo que habrán venido más policías por si nos hicieran falta.

—Sí. Esperan mi señal para detener a los líderes.

Maisie asintió con la cabeza y comenzó a leer el panfleto que les habían entregado al entrar. Tras el mensaje de bienvenida, el panfleto explicaba a grandes rasgos el manifiesto del Partido Nuevo, basado en gran parte en un documento conocido como «Memorándum Mosley», que apoyaba que se le diera más poder al

gobierno y defendía una política nacional fuerte para superar la crisis económica que vivía el país. Aunque Mosley no había obtenido el éxito esperado en las elecciones generales de octubre, el partido se estaba reagrupando y el discurso que se leía en aquel panfleto dejaba entrever un mayor compromiso con los principios fascistas. Maisie lo cerró. Ya había leído suficiente.

Miró a su alrededor evaluando el salón conforme se iba llenando. Muchos de los asistentes al evento iban bien vestidos, por lo que imaginó que les solicitarían algún tipo de contribución económica. Otros llevaban la ropa raída y tenían las mejillas y los ojos hundidos, personas que necesitaban comida y un lugar caliente. Se volvió hacia atrás, e iba a hacer un comentario sobre lo variado que era el público asistente, cuando se montó una trifulca detrás de ellos. Las voces dirigían la atención hacia la entrada, donde varios hombres agarraban a otro y lo tiraron al suelo de un puñetazo.

—Tengo el mismo derecho a estar aquí que cualquiera de estas personas —gritaba el hombre, atrayendo aún más la atención con sus gritos. Y Maisie no fue el único testigo de cómo dos de los seguidores de Mosley lo echaban de allí.

Stratton la miró y de forma tácita convinieron en que era mejor no intervenir. En su lugar siguieron observando. Primero, Maisie echaba un vistazo a la puerta y, después, Stratton miraba a su alrededor sin llamar la atención, como dando la impresión de estar esperando a que comenzara la charla.

—Creo que sé lo que hacen —dijo Maisie.

Stratton asintió con la cabeza.

—Al principio pensé que la orden era quitarse de encima a todo aquel que pudiera resultar conflictivo, pero no era eso, ¿verdad?

—No. Si no me equivoco, no están dejando entrar a nadie que pudiera ser judío. Es espantoso.

Stratton carraspeó y señaló con la cabeza hacia la parte delantera del salón de actos.

—Ya empieza.

Un hombre subió los escalones del pequeño estrado y comenzó a hablar del Partido Nuevo y de su líder, sir Oswald Mosley. Después animó a los presentes a ponerse en pie y, elevando la voz, presentó al político que Maisie había visto una sola vez en su vida y cuyas formas le habían puesto la piel de gallina. Oswald Mosley tenía los ojos tan negros como el pelo, que llevaba peinado hacia atrás y muy pegado al cráneo, lo que acentuaba la alta frente. Tenía un bigote fino, muy recortado, que parecía tan controlado como su ropa. Vestía un traje negro a medida, camisa blanca y corbata negra. No había nada fuera de lugar.

Maisie cerró los ojos cuando el hombre comenzó a hablar y una vez más la invadió una sensación de terror mientras sus palabras atraían a los presentes hacia su causa. Aunque su manifiesto reflejaba lo que muchos querían oír, Maisie sintió que lo que tenía delante era un hombre cuyas ideas para el país podrían conformar, si se lo permitían, no un gobierno, sino un régimen. Observó a los asistentes, con los ojos encendidos ante la retórica de Mosley.

—Debemos reforzar el mercado interior, aislarnos frente a las condiciones actuales en el resto del mundo y construir una Gran Bretaña más fuerte. No se puede construir una civilización superior y un estándar de vida capaz de absorber el impulso de la producción moderna si estamos sujetos a la fluctuación de los precios del resto

del mundo, que trastocan nuestra industria a cada paso, y hemos de competir con las condiciones casi de esclavitud de otros países.

Mosley mantuvo el ritmo del discurso y fue tocando todos los aspectos de la vida, desde la defensa del país y el uso de la fuerza militar, solo para proteger las costas británicas, hasta la centralización del poder y el cierre final.

—Lo que temo mucho más que una súbita crisis es un desmoronamiento largo y lento a lo largo de los años hasta hundirnos al nivel de España, una parálisis gradual bajo la cual sucumbirá todo el vigor y la energía de este país.

Un nuevo alboroto a su espalda llamó la atención de Maisie, y al girarse vio que golpeaban a un hombre mientras su mujer se arrodillaba para ayudarlo y a continuación los echaban del edificio. En el fondo de su alma sabía que en aquel lugar no iban a encontrar ninguna pista sobre la identidad de un hombre que sería capaz de matar con tal de hacerse oír. Pero tampoco había sido una tarde perdida, porque había visto con sus propios ojos a otro hombre que no se detendría ante nada con tal de conseguir el poder. Un hombre al que había que detener a toda costa.

Maisie dio un codazo al inspector.

—Creo que ya he tenido suficiente. A Mosley solo le falta echar espuma por la boca.

—Tiene razón —convino Stratton en un susurro, inclinándose sobre ella—. Creo que aquí no hay nada que nos valga. Demasiado obvio. Ese hombre, o sus adeptos, no recurrirían a amenazas y a matar sin hacer ruido. Les gusta el espectáculo y quieren demostrar su poder, a pesar de toda esa cháchara sobre la inclusión. —Miró hacia atrás—. Vámonos.

Maisie salió de la fila seguida por Stratton y se dirigieron con discreción hacia la cortina que separaba el vestíbulo de entrada del salón de actos principal.

—¿Ya se marchan? —Un hombre situado junto a la puerta se les acercó.

—Me temo que sí —dijo Stratton—. Mi mujer no se encuentra muy bien y hemos creído que era mejor irnos. Una pena, porque es un gran tipo, ¿verdad?

El hombre miró a Maisie, que se sujetaba el estómago con la mano, y se apartó para dejarlos salir.

—Puede que volvamos a vernos, señores Hutchinson.

—Seguro que sí. Buenas noches.

Abandonaron el edificio y se alejaron por la calle cogidos del brazo. No hablaron hasta estar seguros de que los hombres de Mosley que hacían guardia fuera del edificio no los podían oír.

—¿Cree que Mosley ha autorizado lo que acabamos de ver? —preguntó Maisie.

—Dudo que les haya dado su consentimiento, pero a lo mejor es de los que prefieren hacer la vista gorda, ya sabe, ojos que no ven y todo eso —contestó él, negando con la cabeza.

—Pero eso es dar su aprobación igualmente. Yo creo que hacer la vista gorda conducirá a más violencia si sigue permitiendo que esos hombres se comporten como unos matones, y eso le causará problemas.

—Seguro que sí —contestó Stratton, mirando hacia la calzada cuando se encendieron las luces del Invicta—. Ahí está el coche. —Silbó y cuatro hombres emergieron de entre las sombras mientras él

se apartaba de Maisie para hablar con ellos—. Ya sabéis a quiénes tenéis que llevaros, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien. No esperéis al final. Id ya para allá, con cautela. Buckman y Smith están en el otro lado del salón de actos y el furgón está a la vuelta de la esquina. Coged a esos matones de uno en uno y detenedlos por agresiones, y eso solo para empezar. ¿Tenéis los nombres de las víctimas?

—Sí, señor.

—Bien. Nos vemos después en la central.

El primero de los hombres asintió con la cabeza y abrió la puerta del coche. Stratton tomó a Maisie de la mano para ayudarla a subir y se sentó a su lado. Miró por la luna trasera cuando el vehículo se puso en marcha.

—Es hora de volver a casa, señorita Dobbs. Mañana tiene que reunirse con las manifestantes.

—Otro ejemplo de agarrar el rábano por las hojas.

—Seguro que sabe encontrar el camino adecuado.

Maisie sonrió, pero no dijo nada.

Al llegar a Pimlico, Stratton bajó y le tendió la mano para ayudarla a salir. Maisie tuvo la sensación de que el inspector le retenía la mano un poquito más de lo normal y se apartó de él para sacar las llaves del bolso.

—Buenas noches, inspector. Me pondré en contacto con usted mañana.

—Buenas noches, señorita Dobbs.

Maisie se dirigió hacia las puertas de cristal de entrada al bloque y al girarse vio que Stratton seguía de pie fuera del coche mirando, hasta que entró y la puerta se cerró de nuevo. Se despidió de él y se dirigió hacia su piso con las llaves en la mano.

Más tarde, sentada con las piernas cruzadas delante del fuego y la bata encima del pijama suelto, cerró los ojos y meditó sobre lo que había acaecido ese día y vació la mente para el día siguiente. Sabía la identidad del hombre que se había quitado la vida con un explosivo en Nochebuena, pero no sabía nada sobre él, más allá de que amaba los libros y lo habían herido y gaseado en la guerra. Había quedado con un amigo, un hombre bien vestido, en Soho Square, y en las últimas semanas había retomado la amistad con alguien, posiblemente un antiguo colega. ¿Serían dos hombres conectados entre sí? ¿Y qué pasaba con Ian Jennings? ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Quién lo conocía? ¿Lo habría llorado alguien?

Pensar en el duelo le recordó a Simon, su fallecimiento demasiado reciente todavía. Simon Lynch era el médico del ejército al que había amado durante mucho tiempo, aunque ya no era más que la envoltura exterior del hombre que le había robado el corazón. Había sido una muerte extraña; después de tantos años, simplemente se había dejado ir. Ella sentía que llevaba viviendo su duelo desde la guerra, pero solo se había permitido llorarlo los últimos meses. Aparte de eso, estaban los años que no había sido capaz de ir a visitarlo porque no podía enfrentarse a sus recuerdos o al terror de pensar en la explosión en la que ambos habían resultado heridos. Negó con la cabeza mientras los recuerdos del campo de batalla se mezclaban en su mente con la tragedia de Nochebuena.

En algún lugar, Londres muy probablemente, un hombre desesperado estaba planeando un nuevo ataque, de eso estaba segura. Los animales muertos eran solo el comienzo, hasta que se cumplieran sus exigencias o hasta que dieran con él. Y sabía a la perfección que esta última era la única opción posible, porque el gobierno no cedería a las exigencias de un demente. Se acordó de su padre, que tenía una opinión muy clara sobre el tema.

—Ya sabes, Maisie, que cuando miras a un político estás delante de un ladrón, un mentiroso y un asesino, así es como yo lo veo.

—Vamos, papá, eso no es propio de ti.

—Lo digo en serio. Mira, nos quitan el dinero, mienten más que hablan y mandan a nuestros muchachos a la muerte, ¿o no? Mientras que ellos viven a cuerpo de rey, sin correr peligros ni pasar penurias.

8

29 de diciembre de 1931

Maisie ya había estado en Wychett Hill con anterioridad. Al tomar el camino de entrada, miró a Billy sentado en el asiento del copiloto y se percató de lo tenso que estaba por cómo apretaba la mandíbula cuando levantó la vista para mirar la torre del reloj. Pensó que el tiempo no había difuminado el recuerdo que tenía del manicomio ni la realidad que representaba el edificio en sí. Wytchett Hill era un buen ejemplo de construcción victoriana, que resultaba austera y ostentosa al mismo tiempo, como tantos hospitales creados a mediados del siglo xix, entre ellos el Princess Victoria, el territorio de Anthony Lawrence. Pero había algo aún más desasosegante en Wychett Hill, ubicado entre las colinas de North Downs, Surrey, un lugar cubierto siempre de nubes grises que con frecuencia llevaban consigo lluvia y viento frío.

—Este sitio pone los pelos de punta, ¿verdad, señorita?

—Da escalofríos.

Billy se giró hacia ella cuando daban la última curva y se dirigían hacia la zona de aparcamiento.

—Muchas gracias por traerme, señorita. Habría tardado mucho con tanto tren y la caminata desde Tattenham Corner. Habría tenido

que levantarme al alba para que me hubiera dado tiempo.

—Lo sé. Y no tienes por qué dármelas. También a mí me preocupa el bienestar de Doreen, ya lo sabes.

—Ya lo sé, señorita. —Billy se mordió el labio mientras miraba por la ventana y luego observó la base del muro contiguo—. Creo que está usted bien en este lado.

Maisie echó el freno y apagó el contacto.

—Madre mía, cómo llueve. Menos mal que tenemos paraguas. Venga, nos va a tocar correr.

—Espere aquí, señorita.

Billy se subió el cuello del chubasquero, se caló bien la gorra, cogió el paraguas y se bajó. Rodeó el coche y le abrió la puerta a Maisie, que estaba metiéndose el pañuelo por dentro del cuello del chubasquero.

—Gracias, Billy.

Cogió el maletín con la mano izquierda mientras cerraba el coche con llave y le hizo un gesto a Billy. Echaron a correr hacia la entrada del centro, donde los esperaba el conocido olor a desinfectante y orina.

Maisie se quitó el agua que le escurría por los hombros y golpeó el suelo con los pies varias veces. Miró a su alrededor y suspiró. ¿Qué había hecho ella para estar siempre entre hospitales? Pero la profesión que había elegido estaba imbuida de vida y muerte. Y, como no podía ser de otra forma, implicaba visitar el lugar en el que se trataba a las personas cuando sufrían una enfermedad, ya fuera física, mental o ambas.

—Menudo suspiro, señorita.

—Ay, ya lo sé, Billy. Me preguntaba en cuántos hospitales tendré que entrar a lo largo de mi vida. Recuerda que tengo cita con la doctora Elsbeth Masters en el Hospital Clifton esta tarde. —Se encogió de hombros—. Cada uno tiene su propio ambiente y provoca unas sensaciones. Sin embargo, si me metieran con los ojos cerrados en uno, sería capaz de adivinar dónde estoy. Es por el olor, los sonidos, y si tocas los ladrillos del exterior o el yeso del interior siempre tienes la misma sensación. Es como si el sufrimiento, la esperanza y la pena se filtraran a través de las paredes.

—Y no se olvide de la peste a repollo cocido hasta quedar reducido a una pasta empapada.

Maisie se rio.

—Tienes razón, el olor de la verdura pasada de cocción. —Miró a su alrededor—. Y ahora, ¿hacia dónde vamos?

—Es por aquí —dijo Billy. Miró la hora y condujo a Maisie hacia la escalera flanqueada por una barandilla de forja con filigrana, el barrote superior áspero y frío al tacto.

A lo lejos, Maisie oyó un grito seguido de un gemido. Oyó pasos que se movían hacia delante y hacia atrás, y ecos procedentes de varios pabellones que resonaban entre las paredes de ladrillo y bajaban por la barandilla, de tal manera que se tenía la impresión de que el propio edificio se volvía inestable, hasta el punto de que el visitante podría pensar que la escalera iba a ponerse a temblar de un momento a otro. Billy la condujo hasta los pabellones de las mujeres y se detuvo delante de una puerta de doble hoja, con un panel de cristal esmerilado a la altura de los ojos, cerrada con llave. Tiró del cordón que caía a la derecha de la puerta y al poco les abrió una enfermera.

—Soy el señor Beale. Vengo a ver a mi mujer, Doreen Beale.

La enfermera asintió con la cabeza y miró a Maisie de arriba abajo cuando entró.

—Y ella es una muy buena amiga nuestra, la señorita Maisie Dobbs —añadió Billy. Tras las presentaciones, miró de un lado a otro de las filas de camas—. ¿Dónde está mi mujer?

—No se preocupe, señor Beale, está en la sala de recuperación. Está bien dentro de lo que cabe, pero hoy no va a estar para charlar.

Billy se volvió hacia la enfermera. Se le había hinchado la vena de la sien debido a la creciente angustia que sentía.

—¿Cómo que no va a estar para charlar? ¿Qué le pasa?

Maisie le puso una mano en el hombro y sonrió a la enfermera.

—Mi amigo está muy preocupado por su mujer, como podrá imaginar. A lo mejor podría explicarnos un poco mejor la situación mientras vamos hacia el pabellón de recuperación. ¿Está en una habitación ella sola?

La enfermera relajó los hombros y miró a Billy con el ceño fruncido y los labios apretados, pero se mostró más complaciente hablando con Maisie.

—Se la ha sometido a una pequeña intervención y, bueno, después estaba un poco agitada, así que tuvimos que separarla de las demás para no asustarlas.

Maisie caminaba entre las camas mirando a un lado y a otro. «Las demás» parecían catatónicas, con la boca abierta y la mirada perdida. Sospechaba que la calma y la paz se conseguían con píldoras y otros medicamentos. El olor a leche agria indicaba que algunas pacientes seguían una dieta de lácteos, algo que Maisie pensaba que había dejado de hacerse hace diez años. Cerca ya de la

tercera puerta que cruzaban, la enfermera sacó una cadena del bolsillo y seleccionó una llave. La metió en la cerradura, sacudió un poco la hoja de la izquierda, mientras hurgaba con la llave en la cerradura, hasta que abrió la puerta.

—Siempre se atasca.

Maisie asintió con la cabeza, pero no miró a Billy. Percibía que estaba a punto de perder los nervios de nuevo al darse cuenta de que su mujer estaba encerrada bajo llave, presa del férreo control de aquel manicomio.

—Tengo entendido que han sometido a la señora Beale a algún tipo de terapia insulínica —dijo Maisie, como quien no quería la cosa.

—Así es. Ayer tuvo la segunda sesión.

—¿Sabe usted por qué?

—El doctor consideró que la ayudaría a recuperar el control mental, que le daría el empujón que necesita para salir del estado de melancolía que padece.

—¿Y se ha producido algún imprevisto?

—Nada fuera de lo normal. Se puso un poco histérica al salir del coma y por eso la hemos sedado.

—Entiendo. De modo que la terapia insulínica no está teniendo ningún efecto en ella, ¿no es así?

La enfermera no respondió.

Llegaron a otra puerta con una ventanita a través de la cual se veía a Doreen. La enfermera metió la llave en la cerradura y se volvió hacia Billy.

—No conviene que se ponga nerviosa. Tiene que estar tranquila. Y recuerde que no está consciente del todo.

Entró primero ella en la habitación. Doreen estaba tumbada en una cama de hierro con los ojos muy abiertos y el rostro retorcido en una mueca, mientras se golpeaba la cabeza contra la almohada repetidas veces. Le habían atado las manos a la cama a lo largo del cuerpo y también los pies. Maisie pensó en los huesecillos de un gorrión al ver las delgadas muñecas, pálidas contra el cuero oscuro de las correas que se le clavaban en la piel. Doreen había adelgazado tanto que casi no abultaba nada debajo de la sábana y la manta, apenas una leve prominencia señalaba la posición de los pies, las rodillas y las caderas.

—Ay, mi chica, mi chica —dijo Billy, que se acercó corriendo a la cama. Le tocó la frente húmeda y después se agachó y le besó la mejilla.

Doreen dejó de forcejear y se echó a llorar.

—Esto es horrible, Billy, es horrible. Llévame a casa, por favor, Billy. Quiero ver a mis niños, quiero ver a mi Lizzie, llévame a casa.

—Vamos a sacarte de aquí, no te preocupes. Ya no falta nada.

—No dejes que me claven otra vez esas agujas, no dejes que lo hagan.

Doreen respiraba rápida y entrecortadamente, y su pecho subía y bajaba intentando tomar aire.

Una enfermera entró y fue al otro lado de la cama.

—Vamos, señora Beale, no quiere que le pongan más inyecciones, ¿a que no? Inspire profundamente. Muy bien, señora Beale.

—Yo puedo cuidar de mi mujer mientras estoy aquí, enfermera. Déjenos a solas.

—Oiga, aquí…

Maisie se acercó a la enfermera.

—Yo puedo ayudar mientras va usted a hacer otras cosas. Estoy segura de que la señora Beale se tranquilizará enseguida. Trabajé de enfermera en una institución mental, así que entiendo que es importante que la llamemos en caso de que necesitemos ayuda.

Doreen se tranquilizó al escucharlas hablar y el ritmo de su respiración se calmó al notar que Billy le acariciaba la frente.

—Les doy diez minutos —dijo la enfermera, negando con la cabeza mientras salía de la habitación.

—¿Quién se cree que es? ¿Diez minutos? ¡Y una mierda!

—Billy, así no ayudas a Doreen —susurró Maisie, colocándose en el lado contrario de la cama. Sacó un pañuelo de lino limpio del bolsillo y secó la saliva que se acumulaba en las comisuras de la boca de Doreen. A continuación, se dirigió a la mesilla sobre la que había una palangana, una jarra y un paño blanco y limpio de muselina. Echó agua en la palangana, metió el paño y lo escurrió. Después lo sacudió, lo dobló horizontalmente y sonrió a Doreen—. Si Billy levanta la mano un momento, te refrescaremos un poco la frente.

Doreen asintió con la cabeza y miró a Billy, que trataba de aflojarle las correas de las manos. Maisie le limpió la cara con toquecitos suaves, aclaró el paño y siguió con el cuello. Doreen empezó a llorar otra vez.

—Quiero a mis niños, quiero a mi niñita.

—Cariño, Lizzie ya no está, no está. Por eso te han traído a este sitio, para ayudarte a superarlo.

Doreen comenzó a respirar agitadamente de nuevo y Maisie miró a Billy negando con la cabeza.

—No la alteres. Si conseguimos que la trasladen al Hospital Clifton, la doctora Masters decidirá el tipo de tratamiento más adecuado para ella. De momento, tiene que mostrarse tranquila para que le quiten las correas y la lleven de nuevo al pabellón de mujeres.

—No quiero que vuelvan a hacerle esto.

Maisie siguió pasándole el paño húmedo por la frente, y al poco rato los párpados le pesaban, se le suavizó la respiración y empezó a quedarse dormida.

—Pobrecita mía. Mírela, está consumidita. Parece una niña.

Los ojos de Billy se llenaron de lágrimas.

—Llevarán a cabo una serie de tratamientos estandarizados hasta dar con algo que funcione —susurró Maisie—. Estoy segura de que la habrán sometido a algún tipo de tratamiento farádico, y en cuanto al coma insulínico…

No dijo nada más, pero agradeció en silencio que ya no siguieran extirpando los ovarios, un tratamiento que se había puesto de moda para curar la melancolía en las mujeres treinta años atrás.

—¿Qué tratamiento cree usted que le iría bien? —preguntó Billy, posando de nuevo la mano en la frente de su mujer, mientras Maisie le pasaba el paño por los brazos y la palma de las manos para eliminar el sudor pegajoso.

Maisie guardó silencio unos segundos mientras limpiaba el brazo izquierdo de Doreen con lentas pasadas arriba y abajo, la mirada fija en la gruesa correa de cuero y la hebilla que la inmovilizaba.

—El tiempo lo cura todo. Una vez conocí a un médico que decía que él solo se ocupaba de mantener al paciente ocupado mientras el tiempo y la naturaleza hacían su trabajo. La pena que siente Doreen

por la muerte de vuestra hija es tan honda que no piensa en otra cosa. Ha impregnado todas las fibras de su ser, con sus consiguientes alteraciones y consecuencias físicas y mentales. —Calló un momento—. No quiero decir nada porque no soy médico, pero imagino que tendrá que estar un tiempo en el hospital, dar tiempo a que se estabilice su melancolía; es decir, el agotamiento, la ansiedad, la depresión. No cabe duda de que ha sufrido los dolores de cabeza y la neuralgia propios del trastorno que padece, y por eso los médicos querrán estabilizar la situación, aliviar el dolor físico primero para poder tratar la pena por la pérdida, arraigada con profundidad, que la ha llevado hasta este estado de inestabilidad. Tiene que alimentarse bien y tiene que estar tranquila. Y también tiene que hablar, pero no contigo ni conmigo ni con ninguna otra persona cercana. Tiene que desprenderse de la tristeza, como las serpientes mudan la piel, y hacerlo puede ser un proceso inquietante, porque cuando más vulnerables son las serpientes es precisamente cuando mudan la piel.

—Cuando dice que tiene que «hablar», ¿se refiere a lo que hizo el doctor Blanche conmigo en el bache que pasé hace un par de años? ¿O lo que hace usted con las personas que le piden ayuda?

—Más o menos, sí. —Maisie no sabía cómo expresar su frustración sin disgustarlo—. El problema es que siempre son las personas que disfrutan de una posición social más alta que tú o yo los que pueden permitirse el tipo de tratamiento que necesita Doreen. Y para que haya progresos tiene que haber una dirección médica como la que puede proporcionar la doctora Masters.

—Lo típico. Los ricos reciben los mejores tratamientos, mientras que a los demás nos mandan al loquero.

—Podría decirse así. Francamente, el origen está en la creencia de que las clases inferiores, y con eso me refiero tanto a ti como a mí, no piensan ni sienten como las altas. Aunque los tiempos están cambiando.

—Pero no lo bastante rápido, ¿verdad?

—No, no lo bastante rápido.

Permanecieron con Doreen hasta que volvió la enfermera. Cuando entró en la habitación, Maisie se puso un dedo en los labios.

—La señora Beale está descansando —susurró—. ¿Podemos dejar a su marido un rato a solas con ella? —Se levantó y se acercó a la enfermera, a la que cogió por el brazo—. ¿Podríamos hablar un momento las dos fuera mientras se despiden?

La enfermera frunció el ceño, pero accedió y salió detrás de Maisie.

—Esa está como una regadera —dijo la enfermera mientras Maisie cerraba sin hacer ruido.

—No estoy de acuerdo con usted, enfermera. Es una mujer destrozada por el dolor de la pérdida, una mujer que no ha podido soportar la muerte de su hijita. Y ahora tenemos que ayudarla a levantarse, aunque la pérdida la acompañará siempre.

—Pero miles de personas han perdido a alguien, ¿no cree? Y no todos terminan aquí dentro. Son personas hechas de otra pasta, eso es lo que pasa.

La enfermera tensó la mandíbula y Maisie se fijó en cómo se pasaba la mano de un lado a otro del abdomen mientras hablaba.

—El marido de la señora Beale la llevó al médico, y por eso está aquí ahora.

—No sé, a mí me parece que la han mimado mucho, así se lo digo. Cuando yo perdí a mi… —La mujer se calló y entrelazó las manos, pero luego las separó y alargó una hacia la manilla de la puerta—. Tienen que marcharse ya. Si pasa toda la tarde así de tranquila, esta noche la trasladaremos al pabellón general.

Maisie vio que Billy no quería apartarse y, al final, entró y le puso la mano en el hombro.

—Tenemos que irnos.

Billy asintió con la cabeza. Le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación sin volver la vista atrás.

—Espero que pueda sacarla de aquí, señorita. Yo mismo me la llevaría si pudiera.

—Lo sé, Billy, lo sé. No se quedará aquí mucho tiempo.

Maisie pensó en su padre cuando salían a la calle y sus palabras resonaron en su mente una vez más: aquel era otro de esos lugares inhumanos.

Maisie dejó a Billy en el despacho y desde allí fue al Hospital Clifton. Cuando entró en el despacho de la doctora, esta levantó la vista con sus gafas de montura de carey y le sonrió con franqueza mientras le tendía la mano.

—Maisie Dobbs. No te veía desde que trabajaba con nuestro querido Maurice. ¿Qué tal está, por cierto?

—Sigue estando muy bien de cabeza, atareado, pero físicamente va más despacio. Va haciéndose mayor.

La doctora Masters le indicó que tomara asiento e hizo lo mismo, dejando a un lado el historial de un paciente en el mismo

movimiento. Seguidamente, se echó hacia delante para darle la mano mientras intercambiaban los cumplidos de rigor y se interesó por cómo había evolucionado en su carrera desde que empezó como ayudante de Maurice hasta tener su propia agencia. Cuando llegó al Clifton a trabajar, a Maisie no le sorprendió encontrarse con alguien que conociera a Maurice. Con frecuencia se cruzaba con alguien que conocía a su mentor.

—Francamente, Maisie, siempre tuve esperanzas de que te dedicaras al campo clínico. Nos vendrían bien más médicas dedicadas al cuidado de las personas con enfermedades mentales, y las cosas han evolucionado desde que ingresé en el Royal Free. Pero estoy segura de que te sientes muy satisfecha con tu trabajo.

—Pues sí, así es.

—Y cuéntame, ¿qué puedo hacer por ti?

—He venido a verla por dos motivos, el primero tiene que ver con la mujer de mi empleado. Tengo mucha relación con ellos y quiero remediar la difícil situación en que se encuentran.

—Sigue —la animó la doctora, quitándose las gafas e inclinándose hacia delante.

—Su hija pequeña murió de difteria el año pasado. Tienen otros dos hijos, dos niños, pero Lizzie era la niña de sus ojos para la madre, y era una preciosidad de criatura. —Se mordió el labio e hizo una pausa. Sentía una emoción tan honda que le entraron ganas de llorar y tuvo que esforzarse para contener las lágrimas—. Los padres no consiguen asimilar que su pequeña se ha ido, pero Doreen, la madre, ha ido de mal en peor. Estuvo yendo al médico durante varios meses tras la muerte de la niña el pasado febrero, pero al

final decidieron internarla. La llevaron a Wychett Hill hace un par de días con el diagnóstico de melancolía e histeria.

—Ay, madre mía —dijo la doctora, negando con la cabeza.

—Ya han empezado con el tratamiento de insulina y cambios en la dieta. Y hoy, cuando he ido a visitarla, he visto que le han administrado narcóticos para sedarla. La hemos encontrado atada a la cama y aislada en una habitación. Me parece que es un tratamiento excesivo y que estaría mejor en un lugar más cerca de casa y bajo sus cuidados, si fuera posible pedir el traslado.

—Entiendo. —La doctora tamborileó con los largos dedos sobre la mesa, el dorso de las manos cubierto de abultadas venas y manchas de la edad—. Yo también creo que la paciente progresaría más aquí, desde luego. Voy a informarme. ¿Sabes cómo se llama el médico que se hizo cargo de la admisión en el centro?

Maisie metió la mano en el maletín y sacó un papel.

—Aquí tiene toda la información.

—Tan eficiente como siempre, Maisie —dijo la mujer, metiendo la hoja en una carpeta nueva en la que escribió el nombre de Doreen Beale—. Entiendo que la forma de ponerme en contacto con el señor Beale en caso de algo urgente es llamar por teléfono a tu oficina, ¿no es así?

—Exacto. Salimos muchas veces de la oficina al cabo del día por trabajo, de modo que, si no cogemos el teléfono, envíenos un telegrama o una nota, por favor.

—Muy bien. Déjalo en mis manos, a ver qué podemos hacer —dijo la doctora, echando la silla hacia atrás para levantarse.

—Quería comentarle otra cosa, doctora Masters, si me lo permite. No tardaré.

La doctora miró el reloj de la pared.

—Sí, claro, aún tengo unos minutos —contestó, inclinándose hacia delante otra vez y apoyando las manos en la mesa.

—Sé que estuvo en Francia durante la guerra y que trató a hombres con distintos tipos de neurosis de guerra.

—Así es, al final me enviaron a Francia. Al principio dijeron que las médicas deberíamos volver a ocuparnos de la cocina, pero yo me alisté en una unidad médica compuesta solo por mujeres creada por la doctora Elsie Inglis, esa sí que era una mujer indómita, y tuve el privilegio de trabajar con un grupo de enfermeras y médicas totalmente entregadas a su profesión, que sabían muy bien lo que hacían. Los hombres que estaban al mando no tardaron en acudir a mí cuando empezaron a llegar casos de neurosis de guerra, y allí trabajé con ellos. Y sí, era mi formación en neurología y psiquiatría lo que les interesaba.

—Sé que existen distintos niveles en la neurosis de guerra, doctora Masters, y también conozco la distinción entre neurastenia, fatiga de combate, corazón de soldado e histeria. Pero estoy trabajando en un caso que requiere, según creo yo, un mayor conocimiento de la mente de un hombre que ha vivido el combate de cerca y a quien la experiencia le ha afectado mental y emocionalmente.

La doctora tamborileó de nuevo con los dedos.

—Recuerdo que se registraron muchos casos de neurosis de guerra en los que el paciente no había vivido de cerca la explosión de un obús ni había combatido en primera línea. El mero hecho de pensar en la movilización para ir al frente puede provocar este trastorno a algunos hombres. Lamentablemente, pese a todos los

esfuerzos, míos y de otros profesionales con formación específica en este tipo de trastornos, los médicos del ejército, y he de añadir que también los jefazos, querían que quedara bien clara la diferenciación entre heridos y enfermos, entre afectados por neurosis de guerra y fingirse enfermo. A los heridos y a los afectados por neurosis de guerra se les daba un brazalete con la letra «H» y la pensión correspondiente. Estar en el grupo de los «E», enfermo, significaba que te mandaban de nuevo a primera línea de fuego en cuanto podían.

—Entiendo. He estado hablando también con el doctor Anthony Lawrence, no sé si lo recuerda, estuvo aquí un tiempo y luego se fue al Princess Victoria. Me dijo más o menos lo mismo. El caso es que yo solo quería saber si podría hacerme una —hizo una pausa y miró por la ventana, buscando las palabras adecuadas— reflexión personal sobre lo que fue tratar a hombres con ese trastorno.

La doctora se atusó el pelo canoso peinado al estilo *bob*.

—Una pregunta interesante. Creo que nadie me lo había planteado así nunca. —Se recostó en la silla y de nuevo se inclinó hacia delante tras un momento de consideración—. No sé si lo sabrás, pero yo nací y me crie en el África Oriental británica. Mi padre tenía una hacienda cafetera, que ahora dirige mi hermano menor, de modo que nuestra infancia fue muy distinta de la de los jóvenes de nuestra edad y clase social que vivían aquí. Crecimos un poco salvajes, si se me permite decirlo así. Nos mandaron a la escuela a Inglaterra a los once años y, aunque volví durante poco tiempo antes de comenzar los estudios de medicina, aquellos primeros años fueron primordiales para mí porque me sirvieron para comprender lo que podía hacer, pues yo no estaba acostumbrada a

que me dijeran que una niña no podía hacer esto o aquello. Pero me di cuenta de una cosa cuando estuve en Francia. Me acordé de algo que había visto cuando era pequeña.

Elsbeth Masters se levantó, se colocó junto a la ventana que tenía detrás y puso las manos en el radiador de líneas redondeadas, como queriendo sentir un calor de otra época. Se giró hacia Maisie con todo el cuerpo apoyado en el radiador.

—Recuerdo una excursión con mi amigo, un joven de la tribu masai, hijo de uno de nuestros criados. A nadie parecía importarle que jugáramos juntos, que anduviéramos por ahí hasta que se hacía de noche siguiendo a los hombres cuando iban a cazar. En aquella ocasión vimos a un león derribar a una gacela, de cerca quiero decir. Me dejó sin habla. Fue como si algo le ocurriera a la gacela en el momento de la captura, algo abrumadoramente terrible y maravilloso al mismo tiempo; como si al saber que la gacela iba a tener una muerte horrible, desgarrada por las mandíbulas del león, Dios le hubiera permitido un alivio temporal arrebatándole el alma antes de morir para que no sufriera dolor, porque su esencia ya no estaba.

Maisie asintió con la cabeza imaginando a la perfección la escena gracias a la certera descripción de la doctora.

—Volví a ver los ojos de la gacela en Francia y pensé que tal vez un Dios abatido había mirado hacia la tierra y se había llevado el alma del hombre dejando solo la envoltura exterior. —Negó con la cabeza como queriendo borrar el recuerdo y miró de nuevo a Maisie —. A veces pensaba que lo que de verdad hacía con mi trabajo era crear las condiciones en las que poder volver a unir el alma y el

cuerpo de aquellos hombres para que volvieran a ser humanos completos.

Maisie asintió con la cabeza.

—Quizá estarás pensando: «Vaya médica, cúrate tú primero».

—No, en absoluto —respondió ella, sonriendo—. Solo pensaba en el tiempo que estuve trabajando como enfermera en este hospital con hombres aquejados de neurosis de guerra. Recuerdo mirarlos a los ojos y ser consciente de que habían perdido una parte de su ser, una parte que tal vez volviera, o tal vez no.

—¿Quieres preguntarme alguna otra cosa?

—Un par. ¿Conoce bien al doctor Lawrence?

—Es curioso que vuelvas a mencionarlo porque hacía años que no sabía nada de él y esta mañana he recibido una carta suya en la que preguntaba si podríamos vernos. —Se encogió de hombros—. Supongo que querrá que le revise algún artículo antes de mostrarlo a los demás.

—¿Cómo se conocieron?

—Tiene gracia, porque no tuvo que ver con nuestra profesión médica con pacientes que sufren trastornos mentales, sino hace años en algo relacionado con pacientes que habían sufrido ataques con distintos gases.

—Entiendo.

—Sí. Había un equipo de cerebritos, ya sabes, científicos, físicos, cosas así, trabajando en Berkshire en la búsqueda de una cura para los heridos que habían sufrido ataques con gases. Llevaban a cabo lo que llamaríamos experimentos y querían que sus investigaciones contaran con cierto grado de evaluación neurológica y psicológica.

—¿Trabajó usted con ellos?

—Durante un tiempo, pero muy poco. Si te digo la verdad, nunca supe si fue una orden o una solicitud de ayuda, pero no me gustaba lo que sucedía allí. Investigué un poco el asunto y me di cuenta de que, perdona que lo diga así, pero parecía que jugaban con la salud de todos los que trabajaban allí. Cualquier ser vivo podía ser objeto de experimento. Me lo imaginaba tal que así: «Deje la tetera, señora Smith. Respire a través de esta máscara y díganos lo que siente».

—¿Y el doctor Lawrence sí continuó?

—Creo que se quedó un tiempo, sí.

Maisie asintió con la cabeza y miró la hora.

—Muchas gracias por su tiempo y gracias de antemano por todo lo que pueda hacer por la señora Beale. La situación es desesperada.

—Lo entiendo, sí. Llevaré el caso a admisiones. Podríamos efectuar el traslado dentro de cuatro o cinco días si todo va bien.

Maisie se levantó y tendió la mano a la doctora, que rodeó la mesa para estrechársela. En ese momento se dio cuenta de que la mujer estaba descalza.

—No me hagas ningún caso. No he sido capaz de acostumbrarme a llevar zapatos. Fui descalza a todas partes hasta los once años y trato de recuperar aquella sensación de libertad siempre que puedo. Creo que me volvería loca si no pudiera descalzarme varias veces al día.

Maisie se despidió de ella y, cuando ya salía, se fijó en el par de zapatos marrones de cuero totalmente impolutos colocados junto a la puerta, con una media doblada en el interior de cada uno.

9

—A ver, querida, necesito saber si vas a venir para calcular los invitados.

—¿Si voy a ir adónde? —dijo Maisie frunciendo el ceño. Le había sorprendido que sonara el teléfono y Priscilla preguntara a bocajarro nada más cogerlo, sin saludar siquiera.

—A la fiesta de Nochevieja en nuestra casa. Todo el mundo, y me refiero a todo el mundo, va a venir. No me digas que no, Maisie, quiero que conozcas a un hombre muy agradable.

Priscilla era la mejor amiga de Maisie desde que se conocieron en Girton College y, aunque eran muy distintas —la actitud despreocupada de Priscilla hacia el trabajo y el juego le resultó intimidante al principio—, las dos se habían atraído como polos opuestos. Perder en la guerra a sus tres hermanos, a los que quería mucho, y poco después a sus padres por una epidemia de gripe, hicieron que Priscilla huyera a Biarritz, en la costa occidental francesa, poco después de que terminara la guerra. Allí se abandonó a una desenfrenada vida social, ahogando en alcohol la pena de todas aquellas pérdidas. Luego conoció a Douglas Partridge, que había resultado herido en la guerra —habían tenido que amputarle un brazo y caminaba con ayuda de un bastón—, y se enamoraron. Afirmaba que su matrimonio y sus tres hijos la habían salvado de sí

misma. Desde que habían vuelto a Londres, para que sus hijos se educaran allí, Maisie se había fijado en que su amiga no había recuperado su vida en Inglaterra.

—Ay, Pris, creo que no voy a poder soportar otra de tus citas a ciegas con alguien que se supone que es un buen partido, pero que a mí me parece que solo piensan en alternar con cualquiera.

—Pero vas a venir a la fiesta, ¿no? La cena será a las ocho y media, y luego recibiremos el año nuevo bailando. Esperemos que sea mejor que el que termina. No me digas que te lo estás pensando. ¿Desde cuándo somos amigas? Y este es el primer año que vamos a poder pasarlo juntas.

—Eso roza el chantaje, Priscilla.

—Lo sé, para que veas lo que me obligas a hacer. Dime que vas a venir.

Maisie sonrió y suspiró.

—Está bien, iré. De hecho, va a ser maravilloso. Me hace falta un poco de diversión.

—En mi opinión, te hace falta un buen montón de diversión. Pásate por aquí a las siete y media para el aperitivo; una primera ronda para brindar por las fiestas. Y lo mismo hasta te codeas con el primer ministro, quién sabe, aunque no esperamos que se quede, es un tipo más bien avinagrado.

Maisie creyó oír el tintineo del hielo contra el cristal de fondo.

—Ya me he codeado con él, y sí, es bastante aburrido.

—¿Has conocido al primer ministro?

Priscilla lo dijo más alto de lo necesario y Maisie tuvo la seguridad de que estaba bebiendo, pero no dijo nada.

—Sé lo que piensas, Pris: no te explicas cómo ha podido ocurrir teniendo en cuenta a lo que me dedico, ¿a que sí?

—Pues ahora que lo dices… Pero qué más da eso ahora. Nos vemos el día treinta y uno en la fiesta. Ponte algo espectacular. Como no vengas vestida de forma adecuada, te llevaré a rastras a mi vestidor y te vestiré yo misma. ¡Recuerda que es una fiesta, Maisie, no un velatorio!

—Estoy segura de que a nadie le importará cómo me vista o deje de vestir.

—Tonterías. Y ahora te dejo, tengo muchas cosas que hacer. Hasta pronto, querida.

—Adiós, Pris.

Acababa de llegar al despacho cuando llamó Priscilla. Billy estaba fuera y ya pasaba del mediodía. Le preocupaba que Priscilla estuviera bebiendo tan temprano, mucho antes de la hora del aperitivo, popularizado en los últimos años, que se tomaba antes de la comida principal, y veía claramente a su amiga sirviéndose un gin-tonic diciendo: «¡Seguro que ya es de noche en algún lugar del Imperio!», pero temía que, en el caso de Priscilla, el límite entre un agradable aperitivo y estar borracha comenzaba a desdibujarse.

La intención de Maisie era descansar mientras aprovechaba para poner al día sus notas antes de acudir a la reunión para exigir pensiones para las mujeres. No se le ocurría por qué MacFarlane le había insistido en que fuera. Era consciente de que la Rama Especial había empezado a interesarse en las reuniones con fines políticos de grupos formados por mujeres tiempo atrás, con el movimiento sufragista, por la amenaza que suponían para los hombres que gobernaban el país, pero tan difícil veía que esas mujeres estuvieran

involucradas en un asunto relacionado con el uso de gases tóxicos como que una mujer fuera a quitarle el puesto a Ramsay MacDonald. En cualquier caso, si investigar por ahí le acercaba a la amenaza real, tenía que ir.

Se puso a trabajar sin perder de vista el reloj de la repisa de la chimenea, ya que tendría que ir a Scotland Yard justo después del encuentro con las mujeres, pero al cabo de un rato apuntando cosas en el mapa del caso, clavado en la mesa junto a la ventana, Maisie volvió a sentarse recordando la conversación que había tenido con Elsbeth Masters. Siempre le había caído bien la doctora. Encontraba en ella una sabiduría y una forma de hacer las cosas que dejaban entrever conocimiento, competencia y compasión sin necesidad de llamar la atención; rasgo este último que, lamentablemente, sí había visto en otras mujeres de talla profesional similar. Pero sobre todo no conseguía quitarse de la cabeza la imagen de la gacela moribunda, y seguía viendo el delicado rostro y los luminosos ojos negros sin vida abandonando el cuerpo del animal, mientras el león le cortaba la huida clavándole los dientes en el cuello. Empezó a cuestionarse muchas cosas: si su alma habría abandonado su cuerpo cuando el fuego de artillería comenzó a llover sobre la estación de evacuación de heridos; si habría sido incapaz de recuperar esa parte esencial de su persona en su juventud; si explicaría eso su reticencia, la incapacidad emocional que le impedía establecer lazos íntimos.

Se levantó de la mesa y se puso delante del fuego tras agacharse a apagar las salidas de gas. «¿Estaré en proceso de curación?». Se había percatado de una actitud nueva últimamente, la primavera aguardando tras la fría grisura invernal. Había percibido la necesidad de poner color en su vida, y música, porque las canciones

levantaban el ánimo y constituían un canal para la transmisión de la voz del alma, ¿o no? ¿Y no era verdad también que había leído en alguna parte que la danza era una forma de entrar en comunión con lo divino? ¿Abandonarse a todas esas actividades significaba que estaba dando permiso a su alma para volver a casa? Cerró los ojos y pensó en Simon, ausente, nada más ya que un recuerdo y cenizas lanzadas al viento en el campo. Examinar el pasado era como meterse en un largo túnel y comprendió que la tragedia de las heridas sufridas y su muerte ya no le afectaban con la intensidad de antes. Era más un dolor pasajero, como esa brisa que agita el visillo de la ventana de repente y luego vuelve a calmarse. Los recuerdos tristes y dolorosos de Simon eran como esa prenda de ropa que ya no iba a ponerse y por eso la había metido, limpia y planchada, en una caja en la buhardilla. Puede que abriera la caja alguna que otra vez para echar un vistazo, y tal vez acariciar el tejido y acercárselo a la mejilla, pero no volvería a ponerse esa ropa porque ya no le valía. Había cambiado. Era como si su alma, en su regreso vacilante, no esperase menos de ella.

Maisie miró el reloj una vez más. Quizá esa pena implacable con la que se había envuelto como si fuera un pesado abrigo había estado muy cerca de la locura; al fin y al cabo, la había mantenido prisionera en una celda de recuerdos y ella había sido su propia carcelera, paseando con las llaves de su pasado colgándole de la cintura.

El timbre del teléfono le hizo dar un brinco de sorpresa y se llevó la mano al corazón.

—Fitzroy.

—Señorita Dobbs, soy MacFarlane.

—Buenas tardes, inspector jefe. Iba a salir hacia la reunión con las mujeres.

—Me lo he imaginado. Cambio de planes. He enviado un coche a buscarla. Llegará a su despacho en cinco minutos.

—¿Alguna novedad?

—Si considera novedad descubrir al que ha estado manipulando gases y construyendo un alijo de granadas, entonces sí.

—¿Tienen al culpable?

—Culpables. Plural. Stratton está de camino. Nos vemos dentro de un rato.

Se oyó un clic y el tono continuo que indicaba que la señal se había interrumpido cuando MacFarlane colgó el teléfono.

—Adiós, inspector jefe MacFarlane —dijo Maisie al auricular. Después se acercó a la mesa donde tenía el mapa, ordenó los lápices de colores y cogió el maletín.

En ese momento se abrió la puerta y entró Billy.

—Buenas tardes, señorita. Hay un Invicta grande en la puerta. ¿Viene a por usted?

—Eso me temo. Voy a Scotland Yard.

Billy colgó el abrigo en el perchero, descolgó el chubasquero de Maisie y la ayudó a ponérselo.

—¿Alguna novedad?

—Sí, creen haber encontrado a los hombres que están detrás de los ataques con gas.

—Y usted piensa que se equivocan, lo veo escrito en su cara.

—Así es, pero voy a darles el beneficio de la duda. —Calló un segundo—. Ven conmigo. He conseguido implicarte en el asunto, así

que deberías estar presente. Coge el abrigo y vamos. Además, quiero hablar contigo de lo que me ha dicho la doctora Masters.

Billy descolgó el abrigo y abrió la puerta.

—Señorita, lamento molestarla, pero, y espero que no le importe que se lo pregunte, ¿cree que podremos trasladar a Doreen al Clifton?

Maisie le puso la mano en el brazo.

—No es un sí rotundo, pero creo que estamos de suerte. Y después de lo que hemos visto en Wychett Hill, cuanto antes, mejor.

MacFarlane, Stratton y Colm Darby estaban ya reunidos en la sala que solían usar cuando Maisie llegó con Billy. Tras las presentaciones, se sentaron y el jefe los puso al corriente de la situación.

—Gracias a un chivatazo, nuestros hombres interrumpieron —miró al grupo por encima de sus gafas de montura de carey y les guiñó un ojo— la reunión que unos sindicalistas con ganas de causar problemas estaban celebrando en el sótano de una casa en Finchley. Los pillaron infraganti rodeados de los medios para fabricar y activar dispositivos incendiarios a voluntad. Aunque los del laboratorio siguen con ello, tenemos razones para creer que esos delincuentes han fabricado varias bombas de gas y las tienen repartidas por la ciudad, listas para hacerlas estallar.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Maisie sin levantar la cabeza y con el lápiz en la mano, preparada para tomar notas en el taco de fichas.

—Cuatro. Y una mujer.

—¿Y dice que son de algún sindicato?

—Así es. Hemos encontrado literatura contra el gobierno y documentación con detalles sobre posibles objetivos, etcétera, etcétera.

—¿Puede darme detalles sobre esos «etcéteras», jefe? —Y volviéndose hacia Colm Darby añadió—: ¿Ha tenido oportunidad de estudiar la caligrafía de la documentación encontrada, inspector Darby? ¿Han hecho algún tipo de análisis psicológico?

Stratton buscó la mirada de Maisie y negó con la cabeza, como advirtiéndole que no presionara a MacFarlane. Ella apartó la vista y miró al jefe esperando respuesta.

—Percibo dudas por su parte respecto a la integridad de nuestra investigación, señorita Dobbs.

—No, en absoluto. Han actuado en respuesta a una información fiable y han descubierto pruebas de actividad subversiva que podría comprometer la seguridad de los ciudadanos y conducir a una pérdida de vida considerable. No, no cuestiono la integridad de la investigación que ha culminado con la detención de esas personas sospechosas de terrorismo, pero sí me pregunto si tienen algo que ver con las amenazas envidas al primer ministro, el ministro de Interior y el de Pensiones, y si son los responsables de la muerte de esos animales inocentes. Me pregunto si un grupo de sindicalistas no se inclinarían hacía otra forma de actuación. ¿Se les habría ocurrido mostrar lo que son capaces de hacer lanzando un ataque inicial sobre unos perros primero y varios pájaros después? No me parece el tipo de actuación que llevarían a cabo unos activistas sindicales. ¿Qué les parece a ustedes?

MacFarlane alineó una serie de papeles y los dejó bien ordenados sobre la mesa. Después se inclinó por encima de la mesa apoyándose en los nudillos.

—Quiero que baje a ver si identifica a alguno de los miembros de nuestra pequeña banda de guerreros subversivos en una rueda de reconocimiento. —Y a continuación miró a Billy, que observaba la conversación con creciente incomodidad preguntándose si su jefa no estaría yendo demasiado lejos—. Y usted también, señor Beale. Usted estaba en Charlotte Street el día de Nochebuena. Lo mismo le suena alguna cara.

Billy asintió con la cabeza.

—Por supuesto, señor.

—¿Ve? Incluso su hombre aquí presente piensa que tengo razón —dijo MacFarlane, mirando a Maisie.

Ella inclinó la cabeza y se levantó para acompañar a MacFarlane.

—Vamos a ver a los sospechosos entonces.

MacFarlane condujo al grupo hacia una húmeda sala de ladrillo con las paredes sin enlucir, donde los esperaban cuatro hombres y una mujer de pie, con las piernas separadas y las manos a la espalda, tal como les habían ordenado.

—Aquí tienen a nuestra variopinta pandilla —dijo MacFarlane—. Empezamos por Graham Tucker, treinta y cuatro años, activista sindical y delincuente de poca monta, aunque sus colegas aquí presentes probablemente no conozcan sus antecedentes de carterista y receptador de artículos robados, entre otros. Aprendió unas cuantas cosas sobre explosivos en la guerra, gracias al ejército de su majestad. —Pasó al siguiente individuo de la fila—. Tommy Burgess, treinta años. Pertenece al sindicato de mineros y también

cuenta con antecedentes, entre los que se encuentran agresión y robo. —Negó con la cabeza—. Creo que se aprecia un patrón, ¿no? Sigamos con la señorita Catherine Jones. Química, una chica universitaria nada menos, y mira lo que ha conseguido.

Maisie pensó que la mujer iba a escupirle en los zapatos, pero después se lo pensó mejor y bajó la vista al suelo. El inspector jefe presentó a los dos últimos miembros de la banda, Wilfred Knight y Frederick Ovendale, sindicalistas los dos y exsoldados durante la guerra.

—Muy bien, ya hemos visto suficiente. Creo que podemos retomar la reunión —dijo MacFarlane.

Me gustaría preguntarle una cosa a la señorita Jones. ¿Puedo? —preguntó Maisie al inspector jefe.

—Adelante —contestó este poniendo los ojos en blanco, pero acto seguido se volvió hacia un agente uniformado y una auxiliar de policía, a los que pidió que llevaran a Catherine Jones a una sala de interrogatorio, e indicó con un gesto a Maisie que los siguiera.

—¿Serías tan amable de volver a la sala de reuniones y desmontar el mapa del caso, Billy? No tardaré más de diez o quince minutos.

Billy asintió con la cabeza y miró a Stratton, que le indicó con un gesto que lo siguiera.

Cuando entraron en la sala de interrogatorio, poco más que un metro cuadrado con las paredes de color hueso y un ventanuco por el que se colaba un pequeño rayo de luz, Maisie indicó con la mano a la mujer que se sentara y luego se volvió hacia el agente.

—¿Le importa esperar fuera? Con que esté presente la auxiliar Hawkins durante la entrevista es suficiente.

No se quitó el abrigo porque hacía frío y se sentó frente a la mujer.

—Si cree que voy a hacer de Judas, se equivoca —espetó Catherine Jones sin mirarla siquiera, sentada con las piernas hacia un lado, mirando hacia la pared en vez de a Maisie.

—No voy a pedirle que denuncie a sus amigos, pero sí quiero establecer hasta dónde ha prestado sus habilidades y conocimientos a la causa de los agitadores sindicales. Es usted una mujer inteligente y con estudios, señorita Jones, y aun así ha preferido arriesgarlo todo asociándose con esos hombres. —Calló un momento y entrelazó las manos sobre la mesa—. ¿Qué la ha empujado a ello?

La mujer tensó los hombros, tratando de resistir el impulso de responder, pero al momento suspiró y se dejó caer sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre los antebrazos. La policía hizo ademán de acercarse, pero Maisie levantó la mano para impedírselo. Catering Jones levantó la vista, negando con la cabeza.

—Todo esto es una pesadilla.

—Sí que lo es, pero en alguna parte tuvo que empezar, ¿no es así?

La mujer se reclinó en la silla.

—Daría lo que fuera por un pitillo.

—Lo siento, no fumo.

—Ya me parecía, no tiene usted pinta. Una pena.

—Dígame cómo se metió en esto, Catherine.

La otra se encogió de hombros.

—Me quedé sin trabajo. Así de fácil. Despedida y sin ningún tipo de ingresos. Mis padres han muerto, a mi hermano lo hirieron en la guerra y murió de septicemia en un hospital de Southampton. Estoy sola, necesito dinero para vivir. Me afilié al sindicato y terminé

implicándome en política. —Hizo una pausa—. Seguro que usted no tiene ni idea de lo que es no saber de dónde sacará el dinero para comer, ¿verdad?

Maisie quería responder, pero se contuvo y dejó que el silencio empujara a la mujer a seguir hablando.

—No, eso pensaba. No tiene ni idea, no tiene ni puta idea —dijo la mujer, negando con la cabeza de nuevo—. Ya que estoy aquí, por qué no contarlo todo. —Otro suspiro—. Buscaba un lugar adónde ir y me encontré con las personas equivocadas. Así de fácil, ya se lo he dicho. —Chasqueó los dedos en el espacio entre Maisie y ella—. Al poco, nuestro grupo se separó del sindicato y decidimos que la única manera de hacernos notar era con una demostración de fuerza. —Se quedó un rato callada—. Aunque lo cierto es que no le hemos demostrado nada a nadie. Solo estábamos empezando.

—Entonces, ¿tienen un alijo de armas, pero no las han utilizado?

—Nada. Si le digo la verdad, creo que teníamos un poco de miedo. No tardé en comprender que a Tommy Burgess le interesaba más atracar bancos que demostrar a los chicos de Whitehall que los sindicatos podían contarles cosas importantes. Estaba a punto de irme y estaba segura de que Wilf era informante. ¡Puto esquirol!

—¿Conoce a un hombre llamado Ian Jennings?

—¿Debería?

—Responda a la pregunta, por favor, Catherine.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Podría fabricar una bomba de gas tóxico?

—¿Como cuál?

—Cloro. Cloro y fosgeno o gas mostaza.

—La lista de favoritos de la guerra.

—Sí.

—No, no podría. No puedo atribuirme algo así, hay que ser más experto de lo que yo soy. Y tampoco lo haría. Vi lo que el gas le hizo a mi hermano.

—Pero ha estado fabricando bombas.

—No de esas. Con las nuestras se habría montado un buen follón, habríamos provocado algunas lágrimas u obligado a la policía a retirarse en una manifestación, pero no, yo no me dedico a matar de esa manera.

—Pero tengo entendido que se han hallado granadas.

—Puede que las hayan encontrado, señorita Dobbs, pero yo no sabía que las tuviéramos. Mi labor era elaborar mezclas químicas para quitarnos de encima a la policía durante una manifestación, no para matar.

Maisie asintió con la cabeza.

—Eso es todo. Gracias —dijo, levantándose.

—Me lo imaginaba. Le he contado todo lo que sé y aquí me quedo.

—Lo siento, Catherine. Voy a serle sincera, no creo que pueda sacarla de aquí. Como mínimo es culpable de conspirar contra el orden público, y los hombres con los que se ha asociado están en posesión de armas peligrosas. Pero dejaré por escrito en un informe todo lo que me ha contado. Puede que la ayude cuando se presente ante el juez. Y trate de no volver a mezclarse con malas compañías, es una mujer demasiado inteligente para eso. —Hizo un gesto de cabeza a la policía y salió de la sala—. Ya puede acompañar a la señorita Jones a su celda —dijo al agente que se había quedado haciendo guardia junto a la puerta.

Stratton la esperaba al fondo del pasillo y salió a su encuentro para acompañarla en cuanto puso el pie en la escalera.

—¿Qué le parece?

Maisie se detuvo y se giró hacia él.

—¿Qué cree que me parece? Puede que estuvieran planeando algún tipo de actividad subversiva, puede que tuvieran un alijo de armas por las que, sin duda, tendrán que responder ante la justicia, pero ellos no están detrás de las amenazas que investigamos. No sé qué está ocurriendo, pero…

—Están presionando a MacFarlane para que encuentre a un sospechoso.

—Intuyo que lo siguiente será detener a esas mujeres sindicalistas por atreverse siquiera a pedir una pensión.

—No tanto, aunque…

—Vamos, Richard, sabes que se equivoca. Él también sabe que se equivoca. —Continuó subiendo la escalera y se dio cuenta de que había llamado al inspector por su nombre de pila. Se sonrojó.

—Detente. Espera, por favor, Maisie.

—¿Sí? —Se volvió cuando el inspector le puso la mano en el brazo.

—Nosotros dos no tenemos por qué suspender la investigación.

—Lo sé. No tengo intención de hacerlo, aunque sé que aquí concluye mi colaboración con la policía en este caso y que seguiré trabajando en mi tiempo libre —dijo sin intentar ocultar su exasperación—. Lo único que sé es que hay alguien ahí fuera que trabaja solo o con alguien muy cercano y que su situación es precaria. Lo intuyo. Estoy tratando de configurar una imagen mental del tipo de persona que busco y no lo veo reflejado en ninguno de los miembros de esa banda. Puede que Catherine Jones sea una

química con experiencia, puede que sea una mujer inteligente, pero hay algo que no tiene, algo necesario para ser capaz de matar perros, pájaros y, en un momento dado, seres humanos. A ella le falta ese sufrimiento insoportable. Hasta en los tipos más duros, esos que parece que no tienen remedio, se aprecia ese dolor horrible que arraiga en el interior de una persona y se expande hasta apoderarse por completo de ella. Vale que perdió a sus padres y a su hermano, pero no muestra señales de sentir —se mordió el labio buscando la forma de describir una emoción que podía percibir, pero no expresar— una profunda, profundísima melancolía, oscuridad. No es alguien cuya única razón para seguir sea dar su vida por otros en una situación similar. —Se giró para seguir subiendo—. Y eso convierte al hombre que buscamos en alguien muy peligroso, porque no tiene nada que perder, ni siquiera conciencia. Habría que agradecer que haya decidido aumentar el grado de amenaza poco a poco, pero me temo que se le está acabando la paciencia.

—Estoy de acuerdo —dijo el inspector, acompasando el paso al de ella, que se dirigía hacia la sala de reuniones con rapidez.

—Pues dígaselo a Robbie MacFarlane.

—¿Qué tiene que decirle a Robbie MacFarlane? —La voz del inspector jefe retumbó y al momento salió al pasillo desde una sala a la izquierda—. ¿Qué tiene que decirle a Robbie MacFarlane, señorita Dobbs?

Maisie se irguió para responder.

—Señor, no creo que esa banda sea responsable de las amenazas enviadas a Downing Street.

MacFarlane le puso la mano en el hombro.

—Mire, señorita Dobbs, en este momento poco importa lo que usted crea. —Y volviéndose hacia Stratton añadió—: Hablaré más tarde con usted. Tengo que comentar algo con la señorita Dobbs. —Y centrándose en esta de nuevo, la tomó del codo y la condujo a su despacho—. Siéntese, por favor, señorita Dobbs.

Maisie se sentó y dejó el maletín en el suelo al lado de la silla, posó las manos en las rodillas y cruzó los tobillos; todo ello bajo la atenta mirada del inspector jefe, que no le pasó desapercibida.

—Sé que cree que hemos atrapado a la gente equivocada, y puede que tenga razón. No voy a descartar sus observaciones sin más, pero tampoco voy a hacerle perder el tiempo.

Se cruzó de brazos y miró hacia abajo. Maisie se percató de cómo se le tensaba la chaqueta alrededor de los hombros y pensó que tal vez habría comprado la prenda cuando era más joven y con los años no le quedaba igual.

—Señorita Dobbs, la Rama Especial no requiere ya sus servicios. Sus contribuciones han sido meritorias, pero ahora que hemos detenido a los culpables, retenerla aquí más de lo necesario daría lugar a especulaciones incómodas, más aún en estos momentos de estrecha supervisión presupuestaria. Resumiendo, los de contabilidad me vigilan, de modo que queda usted liberada.

—¿Y ya no hace falta que me vigilen al haber aparecido mi nombre en la carta llena de amenazas enviada al primer ministro?

—Creemos que no ha sido más que un palo de ciego, quizá una táctica para despistarnos. Además, su nombre ya había aparecido en la prensa a cuenta de uno o dos casos relacionados con exsoldados. —Soltó una carcajada—. Y dudo que pudiera fabricar usted una bomba, señorita Dobbs.

—En eso tiene razón, las bombas y los gases tóxicos no son lo mío. —Cogió el maletín, se levantó y le tendió la mano—. Gracias por haberme dado la oportunidad de trabajar con usted, inspector jefe MacFarlane. Me alegro de haberle sido útil. —Y tras un carraspeo añadió—: Espero que no tarden en abonar el importe de mi factura.

—Me aseguraré personalmente de que le paguen lo que se le debe.

—Gracias —contestó ella, dándose la vuelta para marcharse, pero el inspector la retuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Espero que volvamos a vernos, señorita Dobbs.

—Sí, por supuesto. Estoy segura de que nuestros caminos volverán a cruzarse —dijo Maisie, poniéndose los guantes—. Tengo que irme ya.

Maisie se dirigió hacia la sala de reuniones y encontró a Billy charlando con Stratton y Darby.

—¿Nos vamos, Billy?

—Sí, señorita —contestó él, levantando un rollo de papel—. Ya tengo el mapa del caso.

Ella estrechó la mano a los policías.

—Ha sido un placer trabajar con ustedes, caballeros. Les deseo suerte.

Nada más salir, Maisie levantó la mano para llamar a un taxi.

—¿Tirando la casa por la ventana, señorita?

—Tengo prisa por llegar, Billy, para poder avanzar con el trabajo de verdad.

Un taxi se detuvo junto a ellos y Billy abrió la puerta para que Maisie entrara antes, le dio la dirección al taxista y subió él también.

—Creía que ya estábamos trabajando, si no le importa que se lo diga.

—Como ha dicho el inspector jefe, no poseo los conocimientos necesarios para fabricar una bomba o cualquier otro artefacto mortífero. Pero hay alguien ahí fuera que sí y nos está dejando claro que tiene toda la intención de poner en práctica esos conocimientos si no se cumplen sus exigencias, y debemos asumir que no se van a cumplir. —Miró por la ventanilla el cielo oscuro de la tarde invernal y después miró a Billy—. De modo que nuestro trabajo es encontrar a la persona que posee esos conocimientos.

—Hay mucha gente así, quiero decir que yo también podría fabricar un artefacto incendiario en caso de necesidad.

Maisie negó con la cabeza.

—Pero a ti te mueve la bondad, Billy. Nuestro hombre ya no sabe lo que es ese sentimiento.

> Siento como si hubiera estado gritándole a alguien que se aleja de mí y no me oye. Siento lo mismo desde la guerra. Y como no quiero gritar más fuerte, doy media vuelta y no me molesto. Pero me oigo a mí mismo gritando dentro de mi cabeza. Oigo mis voces, diciéndome que se equivocan, que han estado equivocadas todo este tiempo. Ya no puedo seguir rezando, suplicando. Escuchadme. Escuchadme. Escuchadme, por favor. Pero nadie me hace caso, porque el hombre que extiende la mano, el hombre que ya no puede andar como antes, ni pensar como antes, no tiene nada interesante que decir, ya no. Así que ahora tengo que gritar. Solo que ya no grito con la voz. No sirve de nada. Solo escuchan cuando paso a la acción. Entonces no tienen más remedio que escuchar. Así que grito con actos y eso significa volver a lo que sé hacer bien.

10

El taxi los dejó en el cruce de Warren y Fitzroy Street. Al tomar el recodo y entrar en la plaza, les llamó la atención el coche negro aparcado sobre los adoquines delante del edificio en el que tenían el despacho. Se detuvieron y se quedaron mirándolo un momento.

—No es un coche de policía, es un coche oficial —dijo Maisie.

—A lo mejor está esperando a alguien.

—Podría ser —contestó ella—, pero no es así. Vamos a ver quién es.

No miraron hacia el interior del vehículo al pasar al lado y subieron los escalones del portal, pero según sacaba Maisie la llave para abrir, oyeron una puerta que se abría y una voz.

—¿Señorita Dobbs? Y usted debe de ser el señor Beale. Me alegro de verles.

Se dieron la vuelta y Maisie se guardó la llave en el bolsillo.

—Gerald Urquhart. ¿Se acuerda de mí? Quería tener una pequeña conversación con ustedes, una pequeña charla, como se suele decir. —Subió los escalones con ligereza y le tendió la mano, aunque había bajado la voz. El fijador con que se peinaba le oscurecía el cabello cobrizo, vestía un traje gris con camisa blanca y corbata negra y llevaba los zapatos relucientes.

—MI5. Vengo en misión oficial. ¿Subimos a su oficina? —Gesticuló hacia la puerta para que pasaran ellos primero y le indicaran el camino—. Me gustaría discutir con ustedes algunas cuestiones. Estoy seguro de que querrá mantener al corriente a los de Inteligencia, ¿verdad? MacFarlane y sus chicos son muy de acciones encubiertas, ¿no le parece?

Maisie abrió la puerta del despacho y se dirigió a su mesa, dejó el maletín en el suelo y guardó el bolso en un cajón.

—Trae una silla para el señor Urquhart y otra para ti, Billy —dijo al tiempo que se sentaba en su silla y esperaba a que hicieran lo mismo. Detrás de Urquhart, Billy hizo un gesto de llevarse la mano a la boca como si tuviera en ella una taza, pero Maisie negó con la cabeza. No quería ofrecerle un té al jefe del MI5.

—Señorita Dobbs —dijo el hombre, dando un tirón de las rodillas del pantalón al sentarse—, tengo entendido que nuestro amigo Robbie MacFarlane ha prescindido de sus servicios en la investigación sobre el origen de las cartas que han recibido el primer ministro y demás.

—El inspector jefe MacFarlane ha detenido al grupo que considera responsable de las amenazas. Son activistas sindicales, y uno de los miembros del grupo estudió química en la universidad, por lo que posee conocimientos sobre sustancias inflamables.

—Entiendo. Y usted cree que se equivoca.

—Creo que habría que continuar con la investigación. Creo que habría que buscar mejor.

—¿Sabe por qué la han despedido?

—Creo que está claro.

—En absoluto —contestó él, cruzando las piernas en una actitud que a Maisie le pareció condescendiente—. La han despedido por culpa de la acostumbrada conducta díscola de Robbie. Llevarla a Downing Street no ha sido uno de sus movimientos estratégicos más inteligentes.

—Considero que me pidió que lo acompañara porque estaba trabajando con ellos en el caso y me encontraba disponible en ese momento. Creo que su intención fue incidir en la urgencia de la situación, mostrar que no pensaba de la manera habitual, digamos, y que estaba dispuesto a tener en cuenta otra información, aparte de la reunida por su equipo de la Rama Especial.

—O que podía hacer lo que le viniera en gana como siempre, en otras palabras.

Maisie no dijo nada. No quería darle la razón a Urquhart ni tampoco lo contrario, aunque entendía el punto de vista del hombre.

—Pero hablemos de un asunto más productivo. Tengo entendido que tiene usted una… ¿cómo lo llamaría su antiguo profesor, el doctor Blanche?

Urquhart se puso el dedo en la barbilla como si estuviera pensando. Maisie no habló, aunque aquel hombre no le gustaba nada. Esperó a que siguiera.

—Ya lo sé, diría que tiene usted un presentimiento sobre el autor de las cartas, ¿verdad? El bueno de Maurice.

Conteniendo las ganas de levantarse, porque no quería dar la impresión de necesitar altura para que sus palabras sonaran más firmes, Maisie respondió con cierta frialdad.

—El doctor Blanche ha sido condecorado por su servicio a este país y, como sabrá, gran parte de ese servicio lo llevó a cabo en el

Departamento de Inteligencia, de modo que preferiría que se dirigiera a él con el respeto que merece por su contribución a la seguridad de este país.

—Le pido disculpas. Sin embargo…

—Sin embargo —lo interrumpió ella, consciente de la posibilidad de que sus palabras hubieran sonado sobreprotectoras—, es cierto que tengo un presentimiento sobre el autor de las cartas.

—¿Y tendría inconveniente en dejarme ver por dónde va ese presentimiento?

Maisie apoyó los antebrazos en la mesa.

—Señor Urquhart, su forma de ser no le ha granjeado mi simpatía, aunque me doy cuenta de que no ha venido hasta aquí buscando mi amistad. Si no fuera porque creo que no nos queda mucho tiempo para dar con el hombre que ha escrito esas cartas, y que ha demostrado que dispone de los medios para causar el tipo de daño que le hiela a uno la sangre, ya habría puesto fin a esta pequeña «charla». Pero no hay tiempo que perder. No voy a ocultarle que no tengo la intención de lavarme las manos en este asunto, aunque es cierto que debo concentrarme en los trabajos que me aportan unos ingresos económicos.

—Le pagaremos a cambio de información.

—Claro que lo harán.

Urquhart inspiró y soltó el aire.

—Señorita Dobbs, dígame lo que sabe sobre el hombre que buscamos. Tenemos ya a nuestros propios especialistas trabajando en el caso, pero nos da la impresión de que puede que usted sepa más al respecto.

Maisie se reclinó en el asiento y miró a Billy, sentado al borde de su silla siguiendo el intercambio de palabras. Se levantó y caminó hasta el centro del despacho, para luego regresar. Continuó yendo de un lado a otro mientras hablaba.

—Es más que probable que el hombre que buscamos haya recibido el alta de algún tipo de institución de seguridad en los últimos dos años, aunque habría que tener en cuenta cierto margen de error. Recuerde que todo esto son especulaciones, no una ciencia exacta. —Hizo una pausa para mirar por la ventana, y después comenzó a moverse de nuevo—. Lo más habitual es que un hombre en esas circunstancias permanezca cerca de la institución que le ha dado el alta en vez de mudarse a otra zona, a menos que tenga familia que pueda hacerse cargo de él, por lo que creo que no es descabellado suponer que ha sido paciente en algún hospital para personas con enfermedades mentales de la ciudad o en algún centro de convalecencia para soldados con algún trastorno psiquiátrico o aflicción emocional. Me atrevería a decir que no se alimenta bien y que tiene pocos o ningún amigo. Demuestra tener problemas de movilidad y destreza, y es muy probable que sufra temblores nocturnos y alucinaciones durante el sueño. Ese hombre vive atormentado.

—¿Cómo puede manipular sustancias químicas volátiles alguien que sufre temblores? —Urquhart estaba tomando notas en una libreta, pero se detuvo y miró a Maisie al preguntar.

—Formación. Diría que este hombre posee algún tipo de formación en química, física o ingeniería. Puede que haya sido médico. Es un hombre instruido, aunque sospecho que proviene de un ambiente humilde y que ha perdido a otros seres queridos. Por

mi experiencia, y estoy segura de que se ha informado bien sobre mi experiencia profesional, muchos de los hombres que sufrían neurosis de guerra habían experimentado dificultades en la infancia, aunque esto no es algo obligatorio.

Se sentó de nuevo cruzándose de brazos y mirando fijamente al hombre.

—Está solo, pero al mismo tiempo está harto de la compañía, no tiene muchas ganas de comunicarse con nadie. Puede que tenga un amigo, alguien de su confianza, pero no estoy segura. Se siente menospreciado. Es posible que haya intentado conseguir trabajo y que lo hayan rechazado; podríamos conjeturar incluso que tenga heridas visibles que no lo hagan atractivo, cicatrices y cosas así. A lo mejor no es capaz de contener la saliva cuando habla. Hay muchas manifestaciones físicas de las heridas psicológicas que no resultan agradables a la vista o que no quieres que vean tus clientes. Si uno ve a un hombre así caminando por la calle, verá también cómo se apartan los que se cruzan con él, como la corriente de un río al llegar a un islote. Por eso le resulta más fácil salir cuando está oscuro.

Urquhart guardó silencio un momento.

—Esto implica revisar un montón de historiales de servicio. ¿Y si viene de otra parte?

Maisie suspiró.

—Yo no he dicho que conozca a la persona en sí. Es un modelo, una idea elaborada a partir de mi propia interpretación sobre los distintos tipos de neurosis de guerra y las conversaciones que he tenido con expertos de dos hospitales.

—¿Y no han reconocido a nadie que encaje en esa descripción? —Urquhart se reclinó en la silla y apoyó el brazo en el respaldo de la silla vacía que había a su lado.

—La descripción que acabo de darle encajaría con cientos de hombres internados en manicomios, pero en respuesta a su pregunta no, no han reconocido a nadie en concreto. De lo contrario, estoy segura de que la persona en cuestión ya estaría entre rejas a estas alturas.

—¿Cree que podría ser miembro de alguna organización insurgente? ¿Algún sindicato? ¿Agrupaciones fascistas? Parece que podría sentirse atraído por ellas.

—Creo que es una persona solitaria, alguien que no sería bien recibida en una de esas organizaciones. Pero es posible que intentara afiliarse cuando buscaba el vehículo para su malestar, su rabia.

—Entonces, ¿podría tener buena relación con una de esas bandas de anarquistas?

—Podría. Tal vez. —Se retiró de su mesa y se apoyó en la silla—. También es posible que tenga el cuerpo desfigurado. Curvatura de la columna, cojera, algo que podría ser transitorio, por lo que también podríamos incluirlo en el grupo de personas con algún tipo de discapacidad física.

—¡Caray, vamos a estar revisando historiales hasta el día del juicio final!

—Así es, puede que lleve tiempo.

Maisie cogió un lápiz de la mesa y se dio golpecitos en la palma de la otra mano.

—¿Alguna otra cosa que añadir? ¿Nombres?

—No tengo ningún nombre. Estoy segura de que tendrá contactos en los hospitales psiquiátricos y sus hombres terminarán antes que si tengo que hacer yo todas esas visitas.

Billy carraspeó.

—Lo acompañaré al portal, señor Urquhart.

El hombre se levantó y le tendió la mano a Maisie, que permaneció sentada.

—Confío en que se pondrá en contacto conmigo si averigua algo que pueda sernos de ayuda.

—Le he prometido lo mismo a MacFarlane, de modo que soy yo la que confía en que él le trasladará toda la información útil que llegue a sus manos.

El hombre se dirigió a la puerta donde lo esperaba Billy para acompañarlo al coche. Se volvió hacia Maisie mientras se ponía el sombrero.

—Tendrá noticias de Robbie MacFarlane, no me cabe duda.

Y salió del despacho sin darle tiempo a contestar siquiera. Billy la miró enarcando las cejas y salió detrás de Urquhart para regresar en cuanto este se marchó en su coche.

—¡Menuda cara más dura! —exclamó Maisie levantándose.

—Seguro que se alegra de que se haya ido, señorita.

—Llega a quedarse un segundo más y habría terminado dándole un mamporro.

—Se tomaba demasiadas confianzas, ¿no? No está bien hablar así del inspector jefe.

—No creo que los de la Rama Especial se lleven bien con los del MI5.

—Le ha dado mucha información, me parece a mí.

Maisie cogió el teléfono.

—No puedo ocultar información, no sería ético. Estamos todos bajo presión, igual que todas las personas que viven en Londres.

—¿Tan grave cree que es?

Con el teléfono en una mano, Maisie hojeó una serie de fichas.

—Sí, lo creo. Tenemos que seguir mirando, aunque no nos paguen.

—Yo creo que sí nos darán algo.

Maisie dejó el auricular sobre la horquilla.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que Urquhart tenía razón. Si no le molesta que lo diga, creo que el inspector jefe le ha tomado simpatía, yo mismo lo he visto. No permitirá que le falte de nada.

—Vale ya de esa clase de especulaciones, Billy. ¿Qué estaba haciendo yo? Ah, sí. —Alargó la mano hacia el teléfono, pero este empezó a sonar antes de que tocara el auricular.

—Fitzroy cinco.

—¿Señorita Dobbs?

Maisie se retiró de Billy.

—Inspector jefe. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Nuestra pequeña Catherine, la química, dice que quiere hablar con usted de nuevo. ¿Podría venir a la central? Enviaré un coche a buscarla.

—No será necesario. Tomaré un taxi ahora mismo.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Billy.

—Me voy a Scotland Yard y no sé cuánto tardaré —dijo sin levantar la cabeza, mientras hojeaba varios documentos.

—¿Qué quiere que haga yo?

Levantó la cabeza ligeramente sonrojada.

—Empieza por revisar todos los casos que tenemos en marcha, mira en qué punto estamos de cada uno y asegúrate de poder informar de algo a nuestros clientes. No podemos permitirnos perder a ninguno. Después, quiero que hagas una lista de todos los hospitales psiquiátricos o centros de convalecencia que hay en Londres. Quiero saber cómo podríamos conseguir una lista de los pacientes que han recibido el alta en los últimos dos años. —Cogió una llave del bolso y abrió el último cajón de la mesa. Sacó unos cuantos billetes de un sobre y se los dio a Billy—. Puede que lo necesites para ayudar a que la información fluya.

—Muy bien, señorita. ¿Nos vemos aquí a la hora de siempre? —preguntó, ofreciéndose a ponerle el abrigo azul de lana.

—Por supuesto. Hasta luego. —Salió con una sonrisa, pero a medio camino de las escaleras añadió—: Si ves que tardo, vete a casa, Billy, no te quedes aquí.

Billy se acercó a la ventana y la vio bajar corriendo los escalones del portal en dirección a la estación de Warren Street, y entonces volvió al archivador de madera donde guardaban las fichas. Había mucho que hacer antes de que volviera su jefa.

Cerca ya de las oficinas centrales de Scotland Yard, Maisie vio salir cuatro coches de policía con un chirrido de neumáticos y haciendo sonar la sirena. Tanto los vehículos motorizados como los carros de caballos se apartaron para dejarlos pasar.

—¿Qué habrá…? —dijo en voz alta echando a correr hacia la entrada principal, donde estuvo a punto de chocar con MacFarlane,

Stratton y Darby, que salían del edificio con rapidez.

—Llega justo a tiempo, señorita Dobbs —dijo el jefe, señalando un coche negro que esperaba con el motor en marcha—. Se ha producido un nuevo ataque. La pondremos al corriente por el camino.

Maisie se sentó junto MacFarlane en el lado de la ventanilla, mientras que Stratton y Darby bajaban los asientos plegables para sentarse frente a ellos.

—¿Ha habido algún muerto? —Maisie sabía que el hombre subiría un poco la apuesta con el consiguiente riesgo de vidas humanas.

—Sí. El subsecretario del ministerio de Interior, en su piso en Gower Street. Están acordonando la calle en estos momentos y he dado instrucciones de que no toquen el cuerpo. Hemos llamado a sir Bernard Spilsbury y su séquito.

—¿Sabemos la causa de la muerte?

—Lo encontró el ama de llaves y a juzgar por la descripción… ¡Que Dios nos ayude! —MacFarlane cerró los ojos y apretó los labios como si estuviera rezando. Los otros dos policías apartaron la vista con idéntica expresión de malestar en el rostro.

—¿Qué ha utilizado esta vez, jefe? —Maisie creyó saber la respuesta antes de que le dijera nada.

—No consigo entender cómo lo ha hecho, pero por la descripción que nos han dado tiene toda la pinta de ser gas mostaza.

Maisie notó que se ponía pálida y que las manos se le cubrían de un sudor frío, pero se recuperó rápidamente, dada la urgencia de la situación.

—No solo no debemos tocar el cuerpo, sino que es necesario evacuar a la gente hasta que sepamos el alcance de la posible

exposición. Y nadie más debería entrar en el edificio sin ropa de protección: bata, guantes y mascarilla.

—No se preocupe, me pondré con ello en cuanto lleguemos —dijo Stratton—. Pediré que nos lleven batas y todo lo necesario del hospital.

MacFarlane seguía sumido en sus pensamientos y hablando tanto para sí como para el resto.

—¿Podría alguien, una persona normal y corriente, no solo desarrollar dicha sustancia, sino llevarla hasta la residencia privada de una persona y matarla con ella?

—Sería complicado, pero no imposible, y más para alguien con la formación necesaria para manipular materiales volátiles —contestó Maisie—. Hasta que no lo analicen en el laboratorio no sabremos si es gas mostaza. Podría ser algo totalmente nuevo o podrían haberse utilizado ciertos compuestos para dejar pistas con la intención de engañar al sistema olfativo y que crea que es algo conocido.

—Pero ahora ni siquiera nos está dando el tiempo que pidió en su última carta: ahora son cuarenta y ocho horas por aquí, un día por allí, y da la impresión de que cada día nos deja más pruebas de que nos da mil vueltas. ¿Cómo lo hace? Tiene que haber una banda, un grupo de personas. Un hombre no podría llevar a cabo un asesinato de este tipo, porque eso es lo que es, asesinato.

—Puede que no tenga noción del tiempo. Escribe en las cartas los plazos según se le ocurren. —Maisie se giró hacia MacFarlane—. Para este hombre solo existe su vida diaria. Es posible que no sea consciente del paso del tiempo fuera del vacío que es su mundo. Lo único que es capaz de controlar es su capacidad de trabajar con productos químicos.

—Y aquí no estamos hablando de la pequeña Catherine Jones, ¿verdad, señorita Dobbs?

—No, a menos que haya podido fugarse del calabozo en pleno día.

—Le pido disculpas por…

Maisie se dio cuenta de las miradas que se echaron Stratton y Darby, y dirigió su siguiente pregunta a los tres.

—¿Está de acuerdo con mi teoría sobre nuestro hombre, inspector Darby?

El hombre se miró las manos mientras contestaba.

—Como usted, yo también creo que está muy alterado. Puede que solo dispongamos de unas horas antes de que vuelva a atacar. Sin embargo, puede que esté exhausto. Esta excursión ha tenido que agotarlo físicamente, de modo que puede que se oculte un tiempo para aprovechar unas horas de sueño irregular, sobre todo si tenemos en cuenta que, como usted sugiere, no se alimenta bien. Puede que no tengamos noticias suyas de momento, pero puede que la situación cambie mañana.

Los frenos chirriaron cuando llegaron a una casa adosada de estilo georgiano en Gower Street, cerca de Bedford Square, y MacFarlane abrió la puerta y se bajó sin esperar a que el coche se detuviera por completo.

—Saque a toda esta gente de la calle, agente.

Stratton permaneció en el coche para seguir camino hacia el hospital universitario.

—Inspector Stratton —dijo Maisie antes de salir—, es muy importante que el ama de llaves permanezca en una zona aislada en el hospital y que pongan en cuarentena a todos aquellos que hayan estado en contacto con ella. Dígaselo a los médicos. Tienen que

saber que es muy probable que estén tratando con una sustancia muy peligrosa. A lo mejor no hay de qué preocuparse, y no quiero que cunda el pánico, pero el instinto me dice que debemos tener cuidado.

—Mandaré al chófer con las prendas de protección y me aseguraré de que se informe de todo esto al médico interno.

Maisie y Darby salieron del coche, que prosiguió hacia el hospital con la sirena puesta. Se dirigieron hacia el jefe, que estaba hablando con un agente uniformado señalando al grupo de personas que se habían congregado frente a la casa.

—Quiero que bloqueen toda la zona, desde Great Rusell Street hasta EustonRoad, y que corten todas las calles, desde Tottenham Court Road hasta Woburn Place. No quiero ver por aquí más que agentes de uniforme.

—No te pases, Robbie. —Gerald Urquhart pasó el control de otro agente y se colocó junto a Maisie—. Me alegra que haya vuelto al redil, señorita Dobbs.

—Déjate de cumplidos, Gerry —dijo MacFarlane, dirigiéndose a la casa.

—¡Espere! —Maisie lo agarró de la manga—. Inspector jefe, le recalco lo importante que es esperar a que nos traigan la ropa de protección antes de entrar en el edificio. —Y volviéndose hacia el agente añadió—: ¿Hay alguien dentro?

—El fotógrafo y otro agente entraron hace un rato. Ya deberían haber salido.

—¡Me cago en todo! —Maisie sacó dos mascarillas de tela del maletín y le dio una a Darby—. Vamos, será mejor que entremos. —Y a continuación sacó un par de guantes de goma del bolso y se

volvió hacia MacFarlane y Urquhart cuando se los puso—. Lo siento, no tengo material para todos, solo para mí. Creo que lo mejor es que esperen a que vuelva el chófer. No creo que tarde mucho. ¿Le parece bien que nos adelantemos, jefe? He creído que lo más apropiado era darle la mascarilla al inspector Darby, puesto que tiene conocimientos forenses.

Lo cierto era que Maisie no quería entrar sin un testigo, y dado que un rato antes Urquhart le había dejado caer que MacFarlane le había echado el ojo, no pensaba dejar que los viera entrar juntos.

—Adelante. Yo entraré en cuanto pueda.

Maisie y Darby entraron y cerraron la puerta. El vestíbulo era como el de tantas otras casas adosadas construidas desde la época georgiana: largo y estrecho, del que partía una escalera de acceso a las plantas superiores. A lo largo de la pared se extendía un friso decorativo de madera pintada de verde, de un metro de alto aproximadamente, rematado por una moldura pasante y, sobre esta, la pared pintada de color crudo. A la derecha había unas puertas por las que se accedía a diferentes salas para recibir a las visitas, y, si siguieran hacia el fondo, habría una escalera que bajaba a la cocina y un acceso, una puerta cristalera lo más probable, a un pequeño jardín rodeado por una tapia.

Maisie notó que le lloraban los ojos. Miró a Darby y lo vio sacarse el pañuelo del bolsillo para secarse los suyos.

—Sea lo que sea es muy desagradable.

Maisie asintió con la cabeza.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Oyeron un gemido procedente de una habitación a la derecha del vestíbulo.

Maisie y Darby echaron a correr y encontraron al fotógrafo y al agente de policía tirados en el suelo, y el cuerpo del subsecretario cubierto parcialmente por una sábana blanca.

—Tenemos que sacarlos de aquí. Por allí, la puerta de atrás. Hay un pequeño jardín trasero. —Miró a su alrededor—. Envuélvase las manos con algo antes de tocarlos.

Darby empezó a abrir puertas hasta dar con el aseo y agarró la toalla colgada junto al lavabo. Entre los dos sacaron a los hombres a rastras a la fría tarde invernal que ya empezaba a decaer. Estaba todo en silencio, ya que habían cortado el tráfico en Gower Street.

—Cierre la puerta de la salita y tráigame una palangana o un cubo con agua para limpiarles la piel. Lávese usted también las manos y la cara, todo lo que haya quedado expuesto al aire del interior de la casa.

Aunque estaba en el jardín, oyó el portazo al cerrarse la puerta delantera.

—¿Qué diablos pasa aquí? —gritó MacFarlane al entrar, seguido de cerca por Urquhart, los dos con batas de médico, mascarillas y guantes de goma.

—Exposición a la sustancia empleada para matar al subsecretario —explicó Maisie cuando los hombres llegaron al jardín—. Se pondrán bien, pero hay que llevarlos al hospital y tendrán que guardar cuarentena, como el ama de llaves.

—Hay que informar al primer ministro —dijo Urquhart con tono dictatorial.

—Que le jodan al primer ministro ahora, Gerry. Te juro que un día de estos voy a partirte la crisma, estás avisado.

—Mira, Robbie, no sé quién te crees que eres, pero…

—No me vengas con «no sé quién te crees que eres», señorito universitario de Cambridge. Este es mi asesinato, mi caso, y yo soy la persona que está al cargo hasta que el comisario general decida lo contrario. Bien. Y ahora que tenemos nuestros trajes protectores a juego, si quieres quedarte a mirar, cierra el pico y ven conmigo.

Urquhart no miró a Maisie, que se había girado hacia Darby y ambos habían elevado las cejas. Ella se levantó y cogió la bata que le tendía el inspector jefe.

—Gracias, jefe. Les enseñaré dónde está el cadáver. —Y salió hacia la salita, instruyéndolos por el camino sobre las precauciones que debían tomar—. No se quiten la mascarilla en ningún momento y no lo toquen con las manos descubiertas bajo ningún concepto.

—Creo que yo ya he visto de todo a estas alturas, muchacha, no me hacen falta advertencias, aunque nuestro amigo Gerry, aquí presente, lo mismo se desmaya.

—Ándate con ojo, Robbie —replicó el aludido con tono ácido y rojo de vergüenza aún.

El subsecretario tendría unos cuarenta años y vestía camisa, corbata y pantalones de paño de lana en el momento del ataque. La chaqueta estaba colgada en el respaldo de una silla y había una caja abierta y papeles tirados por toda la mesa. La carne de los pómulos se le había desintegrado y la piel del cuello parecía dada de sí, como si se la hubiera estirado mientras trataba desesperadamente de respirar, por lo poco que le quedaba de nariz y la masa espumosa en que se había convertido lo que antes era la boca. Con los guantes puestos, Maisie presionó el dorso de las manos del muerto, la piel arrugada como cuando se apartaba la capa superior de las natillas

con la cuchara de servir. Tenía las venas rotas y la sangre rezumaba formando pequeños coágulos.

—Yo diría que invitó a entrar al atacante y lo condujo hasta esta salita —dijo Maisie, señalando la mesa—. La víctima fue a coger unos papeles, buscando algo sobre lo que escribir tal vez, y cuando se dio la vuelta le rociaron encima la sustancia; quizá con algún tipo de pulverizador neumático, por cómo se ha dispersado. El dolor fue inmediato y cayó hacia atrás cegado por completo. La lengua quedó convertida en líquido cuando abrió la boca para gritar, sin duda. Y como podrán apreciar, los pulmones han arrojado espuma al licuarse. Las manos se llevaron la peor parte cuando lo rociaron por segunda vez.

Urquhart empezó a toser y abandonó la sala. Lo oyeron vomitar en el jardín donde varios agentes uniformados protegidos con mono, mascarilla y guantes blancos ayudaban al fotógrafo y al primer agente a entrar en la ambulancia.

—¿Cree que esto lo ha provocado un gas? —preguntó en voz baja MacFarlane, frotándose la frente.

—Tenemos que salir —dijo Maisie. En ese momento, apareció el patólogo forense de la policía con dos ayudantes, todos vestidos como si fueran a pintar más que a retirar un cadáver.

Media hora después evacuaban a todos los presentes en la casa, vivos y muertos. Tras quitarse el equipo hospitalario para su posterior incineración, Maisie regresaba a Scotland Yard con MacFarlane, Stratton y Darby.

—¿Qué opina, señorita Dobbs? —preguntó el inspector jefe, dirigiéndose a Maisie una vez más.

—Opino que en alguna parte de esta ciudad hay un hombre muy listo que se siente marginado por la sociedad. Puede que haya creado una sustancia nueva y extremadamente peligrosa. A primera vista podría parecer gas mostaza, pero estoy convencida de que es otra cosa. Para empezar, no me gusta el aspecto del residuo pulverulento de color blanco que deja, pero los del laboratorio averiguarán la estructura química de lo que quiera que sea, seguro. —Miró a su alrededor negando con la cabeza—. Lo que tenemos que asumir es que un hombre capaz de matar a una persona puede utilizar la misma sustancia para matar a muchas.

—Y por cómo se están intensificando los ataques, podría matar y herir gravemente a toda una calle, o a toda la ciudad, mañana mismo —añadió Stratton.

—Urquhart habrá alertado al primer ministro a estas alturas —opinó el jefe, mirando por la ventana.

—¿Qué implica eso para la investigación, señor? —preguntó Stratton.

—Implica que va a convertirse en un circo de tres pistas: los de Inteligencia, la Rama Especial y la gente de Mulberry Point, sin olvidar a los profesores locos. Lo que me faltaba, tener que aguantar a un montón de cerebritos.

Maisie reflexionaba en silencio sobre la mañana —¿solo había pasado un día?— que fue a la estación de Paddington para tomar el tren hacia Oxford y vio a Anthony Lawrence esperando el tren de Penzance, un tren que casualmente hacía parada en Berkshire, muy cerca del pueblo de Little Mulberry.

11

30 de diciembre de 1931

A veces parece que todo es un sueño. Nada que hacer, ningún sitio adónde ir y, a menos que venga Croucher, nadie con quien hablar, ningún sonido humano aparte de las voces dentro de mi cabeza. Ian era otra voz, pero ya no está. Si hubiera esperado un poco más. Si hubiera logrado sobrevivir a la Navidad, los habríamos doblegado, a ellos, a esos que están bien cómodos con la barriga llena, al calor de la chimenea, y se preguntan por qué no podemos trabajar.

El hombre se dirigió hacia la cama de hierro y retiró la manta enmohecida, húmeda al tacto, la lana áspera como el alambre. Se hizo un ovillo bajo la raída cobertura y siguió escribiendo.

He quitado la vida a un ser vivo. Una vida más. Tendrían que haberme creído cuando vieron lo que les pasó a los perros y a los pájaros. Se lo dije. Y ahora ya lo saben. Me descartaron, me dieron de lado, no me querían. Ahora se van a acordar de mí y van a enterarse cuando esos hombrecillos, con sus pequeños microscopios, descubran que lo que tienen en esos platitos de muestras es algo que no han visto hasta ahora. Entonces sí que van a saber lo que tengo en mi poder. Y nuestra situación cambiará. Habrá algo más para nosotros, para todos esos hombres que siguen esperando su armisticio.

Cuando los párpados empezaron a pesarle de agotamiento y el frío empezó a filtrarse en su cuerpo, una capa tras otra, sintió que hasta la sangre que le corría por las venas se movía más despacio para llevarlo al borde de la muerte, un lugar donde permanecer, un lugar que no pertenecía a este mundo ni tampoco al más allá, hasta que abriera los ojos de nuevo, todavía recubiertos de sueño.

Maisie le había dado el día libre a Billy para que fuera a visitar a Doreen a Wychett Hill y estaba esperando a que el reloj de la repisa de la chimenea diera las nueve para llamar al doctor Anthony Lawrence. Volvía a formar parte de manera oficial del equipo de MacFarlane hasta que cerraran el caso, y tenían mucho que hacer.

Inmersa en sus notas como estaba, se sobresaltó cuando oyó el timbre que avisaba de que había alguien en el portal de abajo. Se asomó a la ventana, pero no veía más que la espalda del abrigo de la mujer que esperaba a que le abrieran. Echó un vistazo a la plaza y ya iba a apartarse de la ventana cuando le pareció ver un destello de algo azul a lo lejos y el característico morro de un Bugatti aparcado en el lateral más alejado de la plaza, en la confluencia con Conway Street.

—¿Priscilla? —se dijo Maisie echando a correr escaleras abajo.

—¡Ya creía que no ibas a bajar! —exclamó Priscilla, lanzando la colilla con el pulgar sobre los adoquines antes de entrar. Se detuvo un segundo a besar a su amiga en las mejillas y luego extendió la mano—. Detrás de ti, Maisie, enséñame ese lugar donde estás siempre trabajando.

—¿Qué haces aquí, Pris? —preguntó Maisie mientras subían. La invitó a entrar en el despacho, colocó dos sillas delante de la estufa y abrió más las salidas de gas.

—Así que aquí es donde trabajas con empeño día tras día en tu búsqueda de justicia o lo que quiera que hagas aquí, ya sabes, perseguir criminales y eso.

—¿Te apetece un té?

—No tendrás café por casualidad, ¿verdad?

—Lo siento, Pris.

Priscilla hizo un gesto con la mano enguantada restándole importancia. Siempre elegante, vestía un traje gris claro de falda ajustada hasta media pierna y chaqueta hasta el muslo, ceñida a la cintura con un cinturón estrecho. Y, sobre el traje, una capa negra de piel a juego con los zapatos y el bolso, del que sacó una cajetilla de cigarrillos.

—¿Te importa que fume?

—Pues preferiría que no lo hicieras o me pasaré el día tosiendo —contestó Maisie, frotándose los brazos, fríos a pesar del calor de la estufa—. ¿Va todo bien, Priscilla?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pues no, nada va bien. Pensé que… Oye, ¿podemos salir a comer algo a algún sitio donde pueda encenderme un cigarrillo?

—Puedes aguantar un poco. Venga, dime, ¿qué ocurre?

Maisie miró a su vieja amiga, la que ni en sus peores momentos perdía la elegancia, recostada en la silla como si le fallaran las fuerzas, arrebujándose en la capa en busca de consuelo.

—Pero Pris. —Maisie se arrodilló a los pies de su amiga y la abrazó —. Dime qué te ocurre.

—Es que… es que no sé qué me pasa. Mírame. Tengo una casa preciosa, tres hijos estupendos, un marido al que adoro y que me adora, y aquí estoy haciendo aspavientos como si me estuviera ahogando. —Priscilla no se apartó, sino que se dejó abrazar, acurrucándose como una niña contra el pecho de su madre, para sentir el calor y la fuerza de su amiga—. Soy una idiota. Llevo días sintiendo un nudo aquí dentro que se va tensando más y más, cuando se supone que estoy deseando dar una fiesta.

Maisie dejó que el silencio envolviera los sollozos de Priscilla y no trató de impedirle que llorase. Al ratito, su amiga recuperó la posición erguida en la silla, pero sin soltarle la mano.

—No sé qué haría si tú no estuvieras. Te eché mucho de menos todo el tiempo que viví en Biarritz, ¿sabes? —Apretó los labios y continuó—: Pero también me siento muy perdida aquí.

—Ha sido un gran cambio, Priscilla, no le quites importancia. La vida en Londres es muy diferente.

Esta asintió con la cabeza.

—Es que no me siento… No me siento en casa.

Maisie asintió con la cabeza y, sin soltarle la mano, alargó el otro brazo para coger un cojín de su silla y sentarse encima.

Priscilla se sorbió la nariz, sacó un pañuelo del bolso y se secó los ojos y la nariz con delicadeza.

—Quiero volver a Biarritz. Pero ahora, después de las complicaciones iniciales, los niños están disfrutando de veras de Londres, y a Douglas le está yendo muy bien, así que no tiene ninguna gana de volver. —Suspiró—. No sé, parece que no termino de adaptarme.

—En Biarritz sí lo hiciste.

Priscilla asintió con la cabeza y volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.

—¿Qué me pasa, Maisie? Tú sabes mucho de estas cosas. ¿Qué me pasa?

Maisie se apoyó en la silla.

—Solo puedo decirte lo que me parece que te ocurre, Pris, aunque puedo estar equivocada.

—No, por favor, dímelo. Dime qué es lo que crees que me ocurre. Me paso el día llorando desde que doy un beso a mis hijos por la mañana cuando se van al colegio hasta que vuelven a casa. Y tengo que morderme el labio para poner buena cara cuando estamos con otras personas. —Se secó los ojos de nuevo—. Siento que estoy siendo muy egoísta, Maisie. A ver, el país está hasta arriba de gente que no tiene para comer, hombres que no pueden trabajar, gente que sueña con tener las comodidades de las que yo disfruto. Y aquí me tienes, llorando todo el día.

—Cuando fui a Biarritz el año pasado, me hablaste de la vida que llevabas allí. Fuiste sincera y me ayudaste a comprender que yo no había sido capaz de plantar cara al dragón de mi pasado, el dragón del pasado de todos nosotros, hombres y mujeres como nosotras, que vimos la guerra desde la primera fila. Recuerdo que me contaste cómo te recuperaste después de haber estado al borde del precipicio, cómo reconstruiste tu vida, me hablaste de tu familia y de lo que significan para ti. Encontraste un lugar en el que poder curarte, un lugar que se convirtió en tu hogar. Eso es lo que todos buscamos, ¿no? Un hogar. Todos queremos encontrar ese lugar que sea nuestro.

—Pero mi lugar está con mi familia y ellos están aquí.

—Sí, por supuesto que sí, pero no subestimes el dolor de abandonar el lugar que te devolvió la vida, Priscilla.

—Y he vuelto al lugar donde la muerte me estuvo acechando. —Miró la mano entrelazada con la de Maisie—. Estaba deseando irme de aquí, ¿sabes? Inglaterra fue mi hogar un día. No lo sabía antes de la guerra, pero mi familia era mi capullo protector. Fui tan feliz aquí, Maisie, tan feliz. Tenía a mis hermanos, a mis padres, y una vida que era una fiesta continua o eso me parecía, y luego todo se esfumó. Así, sin más —dijo chasqueando los dedos—. Y me da pánico volver a perderlo todo.

—No vas a perderlo, Priscilla.

—Claro que sí, ya lo estoy perdiendo. Mis hijos están creciendo, son unos hombrecitos. Y me preocupa. —Calló un momento—. ¿Te acuerdas de aquel verano antes de la guerra? Nadie lo vio venir, esa es la verdad. Pienso en aquel verano todo el tiempo, pienso en mis hermanos, pienso en el pasado. Y me aterra que todo se derrumbe de nuevo y perderlos.

Maisie le tomó las manos entre las suyas.

—Nadie puede garantizarnos el futuro. Tus hijos van a crecer igual estéis donde estéis. Corren el mismo riesgo aquí que nadando en el Atlántico en Biarritz, lo sabes, ¿verdad? Te estás torturando con todas esas cosas que piensas, Priscilla.

—¿Qué puedo hacer? A veces pienso que me va a explotar la cabeza.

—Pues deja de pensar y actúa. Haz algo, deja de dar vueltas a todo. No sirve de nada instalarte en el futuro, tienes que volver al presente.

—¿Cómo, demonios?

—Vete al campo en ese coche tuyo y busca un sitio en el que puedas cabalgar. Antes te encantaba montar a caballo. O participa en algún tipo de acción de voluntariado. Sé que todo eso de los comités te resulta insoportable, pero nunca se sabe, a lo mejor encuentras la forma de hacer algo bueno por los demás. Preocúpate por los problemas de los demás, hay de sobra.

—Tienes razón, estoy siendo demasiado superficial —dijo Priscilla con una sonrisa tensa, los labios formando una curva ascendente intentando mostrar determinación.

—No, superficial no, lo que sientes es legítimo y surge del amor por tu familia, pero no dejes que ese sentimiento te impida pasar tiempo con ellos. Sé que tus hijos crecen muy deprisa, pero recuerda que cada día se tejen nuevos recuerdos. Intenta no contemplar esos momentos con lágrimas en los ojos.

Priscilla asintió con la cabeza y cogió el bolso.

—Pero ¡mira qué hora es! He quedado en Fortnum's con la tía viuda de Douglas —comentó mientras se ponía los guantes negros de piel—. Es una mujer un poco aguafiestas, sinceramente, así que me lo tomaré como una señal de advertencia: ¡no convertirme en la tía Gertrude!

Maisie la acompañó a la salida y se quedó en el portal hasta que se montó en el Bugatti, y después subió de nuevo al despacho. Se sentó junto al fuego y cerró un poco las salidas de gas para ahorrar. Pensaba en su querida amiga, que disfrutaba de muchas ventajas en la vida, al menos en apariencia. Sin embargo, pese a tener dinero, posición, una familia feliz y una magnífica casa, seguía buscando un

asidero, esa parte de su alma que parecía haber perdido. Aun viviendo en la abundancia, Priscilla no se sentía segura.

Con todo eso en la cabeza, Maisie cogió su libreta y fue bajando con el dedo por una lista de nombres. Cogió el teléfono y se dispuso a hacer la llamada que la llegada de Priscilla había interrumpido.

—¿Puedo hablar con el doctor Anthony Lawrence, por favor? —Esperó un momento.

—No se encuentra en este momento, pero esperamos que venga mañana.

—Entiendo. Dígale que le ha llamado la señorita Dobbs y que le gustaría concertar una cita con él lo antes posible. —Nueva pausa—. Ya, y ¿podría preguntarle si sería tan amable de llamarme a mi despacho? Muchas gracias. —Le dio el número y dejó el auricular en la horquilla otra vez.

No era raro que el doctor Lawrence no pudiera atenderla, dado que atendía pacientes en más de un hospital, pero la persona con la que había hablado por teléfono no sabía decirle cuándo iba a volver, y eso sí era raro. Iba a levantar el teléfono de nuevo cuando este sonó.

—Fiztroy.

—Señorita Dobbs —dijo MacFarlane en voz baja como si no quisiera que lo oyeran—, me gustaría que viniera a la central. Un coche pasará a buscarla dentro de diez minutos, la carroza para traerla hasta aquí como viene siendo habitual.

—¿Alguna novedad?

—Lo hablamos cuando llegue, mejor que hacerlo por esta línea.

—Muy bien, inspector jefe.

Maisie colocó el auricular sobre la horquilla, consultó la hora en el reloj de la repisa y volvió a levantarlo para marcar un número en Oxford. Se aclaró la voz antes de hablar.

—Sí, hola. ¿Podría dejar un mensaje para el profesor Gale? —preguntó enrollándose el cordón del teléfono entre los dedos—. Gracias. Dígale que ha llamado la señorita Dobbs y que me gustaría hablar con él tan pronto como le sea posible.

Deletreó su nombre y dio su número de teléfono. No le cabía duda de que no iba a estar en el despacho cuando la llamaran y que tendría que volver a llamar ella hasta coincidir con ambos. Eso si decidía esperar tanto.

Mientras el coche de policía se abría camino por las calles de la ciudad, Maisie se preguntó, y no era la primera vez, por qué un hombre al que no conocía la habría mencionado en aquella carta. ¿O sí la conocía? ¿Sería un paciente de cuando trabajó como enfermera, uno de aquellos heridos que sufrían alguna enfermedad mental? Eran muchos los hombres que se habían quedado así al terminar el conflicto, olvidados con el tiempo que borraba los recuerdos igual que el sol se comía el color de la tapicería de un sillón situado junto a una ventana. ¿Y si se habían conocido cuando trabajaba con Maurice? Aquellas preguntas no la llevaban a ninguna parte. Había estudiado el historial de todos los hombres a los que había cuidado y ni uno solo tenía los conocimientos necesarios para fabricar un arma letal. Entre aquellos hombres había empleados de banca y carpinteros, estibadores y empleados de correos, hombres que trabajaban en el campo, en fábricas y en los canales. Y aunque la guerra pudiera haber supuesto un peligro para su vida y la de otros,

no había ninguno tan calculador como el hombre que había matado al subsecretario.

—¿Qué opina, señorita Dobbs? —preguntó MacFarlane deslizando hacia ella un expediente de papel manila por encima de la mesa.

Esta se inclinó hacia delante y cogió el expediente, lo abrió y empezó a leer. El jefe del servicio de patología forense era Bernard Spilsbury, afamado forense. Las anotaciones que había hecho eran muy precisas. La muerte había tenido lugar a los tres minutos de la exposición a una sustancia con la que el departamento no estaba familiarizado. Tres minutos. Ella llevaba sentada en el despacho de MacFarlane tres minutos aproximadamente y le parecía que llevaba allí media hora. Tres minutos en los que una de las figuras emergentes del gobierno había sido consciente de que se estaba muriendo, había sentido cómo se le descomponía la carne al entrar en contacto con ¿qué sustancia exactamente? El informe concluía que el veneno se había administrado en forma de polvo, quizá arrojado a la cara de la víctima cuando esta se giró hacia el asesino. Un polvo desconocido hasta ese momento.

—Veo que han enviado una muestra del polvo en cuestión al laboratorio para que sigan haciendo pruebas.

—Así es. Están trabajando con ella en el Departamento de Química del University College.

—¿Hay alguna copia del informe?

El inspector le sostuvo la mirada y frunció los labios antes de responder.

—¿Quiere enseñárselo a alguien?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. Y también la muestra del polvo.

MacFarlane negó con la cabeza.

—Puede quedarse aquí y tomar todas las notas que quiera, pero no puedo darle la muestra. Puede que esa cosa esté en forma de polvo y no de gas, pero no queremos arriesgarnos a que se disperse por el aire, aunque solo sea una pizca.

—Le aseguro que tendré mucho cuidado. Solo quiero una pequeña muestra, unas pocas partículas.

—¿A quién quiere enseñársela?

—Al profesor John Gale. Es científico en la Universidad de Oxford y trabaja también en Mulberry Point. A lo mejor puede decirnos si ya se ha empleado antes, aunque solo haya sido dentro de un laboratorio.

—Si alguien se entera, esto me costará el puesto.

—Nadie se enterará.

El hombre golpeó la silla contra la pared al levantarse.

—Lo pensaré. Mientras tanto, recuerde que Catherine, la química, quería hablar con usted. Van a trasladarla a Holloway a la espera de juicio.

Maisie asintió con la cabeza.

—Entonces, será mejor que vaya a verla.

Catherine estaba sentada en la misma mesa que la otra vez. Había dejado claro que solo hablaría si la dejaban a solas con Maisie, aunque le habían explicado que una mujer policía estaría presente en la sala durante la entrevista.

—¿Quería verme, Catherine?

La mujer asintió con la cabeza. Se percibía cierta fragilidad en ella y los nervios la traicionaban en la forma que movía la cabeza al terminar cada frase, como si la experiencia de estar detenida pudiera pasarse por alto. Se abrazó y empujó el suelo varias veces seguidas primero con un pie y después con el otro.

—¿Qué quería contarme?

—No sé si le interesará —respondió, encogiéndose de hombros.

—Has dejado claro que querías verme, con eso ya has despertado mi interés.

La mujer asintió con la cabeza y se frotó los muslos varias veces.

—Me he acordado de alguien. Una persona que vino una vez a una reunión.

—¿Un hombre?

—Sí. Dijo que quería pasar a la acción, que había demasiada gente sin empleo, que estaba muy bien que los políticos quisieran que te alistaras en el ejército cuando había que librar una guerra, pero al volver ya no querían saber nada de ti.

—Seguro que hay muchos hombres y mujeres que son de la misma opinión.

La mujer la miró, y Maisie le sostuvo la mirada.

—No tiene la menor idea de lo que es no tener trabajo, lo que es para tantos hombres y mujeres tener que patearse la ciudad a diario buscando empleo. Los hay que llevan años sin trabajar. Años. Año tras año buscando, suplicando que les den trabajo día tras día. Excepto cuando ya no tienen ganas de caminar, cuando las tripas les hacen tanto ruido del hambre que tienen que parece que se van a comer a sí mismos por dentro. Entonces te entra sueño. No puedes

hacer otra cosa. Dormir hasta que te despiertas y sales a patear la ciudad de nuevo.

—Sé lo que es, Catherine.

La mujer se frotó los brazos de nuevo y se recolocó en la silla para ponerse de lado.

—¿Puede decirme algo más sobre ese hombre? ¿Recuerda su nombre?

—Pensé que no le interesaría.

—Claro que me interesa.

Suspiró una vez y luego continuó con su historia.

—Me acuerdo de él porque me pareció que no estaba bien.

—¿Que no estaba bien?

—No que fuera medio bobo, no era como muchos de los que vienen a las reuniones. —Hizo una pausa—. Era un tipo inteligente. Muy agudo. Habló de cuando estuvo en Francia, en la guerra, de lo que vio allí. Daba la impresión de que le temblaba todo el cuerpo cuando lo contaba. Y dijo que no había sido capaz de encontrar trabajo después de perder el último.

—¿Dijo dónde había trabajado?

—Dijo que no podía decirlo, que era secreto.

—¿Qué más dijo? ¿Y qué fue lo que te hizo dudar de él?

—Yo no he dicho que dudara de él, señorita Dobbs. No dudé de él porque hablamos unas cuantas veces de trabajo, de lo que hacía yo antes, que ya no hago porque estoy desempleada. Aquel hombre sabía lo que decía. Mejor que yo incluso.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere decirme?

—Señorita Dobbs, no sé si es usted consciente del esfuerzo que supone para uno estudiar en la universidad, especialmente si eres

mujer, y más aún si no eres rica.

Maisie no se movió ni permitió que su expresión delatara lo que sentía.

—Soy consciente de lo que hay que hacer para entrar, sobre todo si quieres estudiar ciencias.

—¿Y sabe el coste económico que supone?

—Lo sé.

—Bien. Pues ese hombre dijo un día que era inclusero. «Puede que hubiera tenido más oportunidades en la vida si no hubiera sido un niño expósito». Me sonó arcaico eso de decir «expósito». Me pareció que eso era pasarse, que nos estaba mintiendo para llamar la atención. A ver, puede que creciera en uno de los orfanatos de Barnardo, no digo que no. Pero ¿cuántos de esos chicos van a la universidad?

—¿Creyó que decía la verdad cuando se paró a pensar en ello después?

—No sabía qué pensar, sinceramente. Lo mismo era alguien con un don para inventarse cuentos, pero estaba claro que le faltaba un tornillo.

—¿Tenía alguna lesión visible?

—A veces cojeaba y otras no, como si no fuera permanente. Pero cuando cojeaba, se notaba que era de verdad. Me dio la impresión de que venía por la compañía. Y, como ya he dicho, vino solo unas pocas veces.

—¿Sintió miedo de él?

Catherine guardó silencio un momento valorando la pregunta.

—Es curioso que lo pregunte porque sí que me dio miedo. Cuando hablabas con él era como estar en una habitación que no tiene el

suelo nivelado, como pasa en las casas viejas en las que los suelos han ido asentándose y si dejas una canica sale rodando porque está inclinado. Con él daba la sensación de que no pisabas suelo firme.

—¿Le parece suficiente para acusar a alguien?

—Probablemente no, señorita Dobbs, pero la última vez que lo vi me dijo que doblegaría a la ciudad antes de que se terminara el año.

—¿Cómo se llamaba?

—Oliver. Oliver a secas. Como en Oliver Twist, supongo.

12

Maisie miró la hora cuando salía de Scotland Yard. Pasaba de las doce del mediodía. Había puesto a MacFarlane al corriente de lo que le había contado Catherine Jones y le pareció que el inspector lo recibió con escepticismo, por no decir otra cosa.

—¿Oliver Twist? ¿Lo dice en serio? Nos ha salido bromista. Pues si piensa que va a librarse de…

—Seguiré la pista de todos modos, jefe. No tenemos nada más ahora mismo. A lo mejor es la pista que estamos buscando.

—Stratton está comprobando otro soplo, así que no tengo a nadie más para que vaya con usted.

—No se preocupe, trabajo mejor sola o con mi ayudante.

—Llámeme por teléfono si necesita alguna cosa.

—Lo haré.

—Mañana por la mañana tendrá su muestra. Soy hombre muerto si alguien se entera, señorita Dobbs.

—No se enterará nadie, inspector jefe. Y gracias por su confianza. Dudo que sepan decirle algo sobre las propiedades de ese nuevo compuesto, a menos que sea un laboratorio especializado, y creo que conozco a la persona que está en el lugar adecuado para hacerlo.

Maisie pidió al chófer que la llevara directamente a su piso. Después cogió su coche, llenó el depósito de gasolina y fue al manicomio, donde confiaba ver a Anthony Lawrence. Por el camino trató de encontrar algún sentido a la maraña de pistas que iba dejando tras de sí un hombre dispuesto a matar con tal de hacerse oír.

Siguió por Embankment hacia la City y, conforme se alejaba del río por Gray's Inn Road, se acordó de que había hecho esa misma ruta un par de años atrás para ir hacia Mecklenburg Square. Recordó que preguntó qué harían con los escombros tras el derribo del antiguo hospital construido allí doscientos años antes, una institución que había sido muy innovadora en su época. En ella no se practicaba la medicina, aunque podría decirse que sí se salvaban vidas. Era un lugar donde dejaban a los niños no deseados, algunos con tan solo unas horas de vida, para que se ocuparan de ellos. El centro, que ya no estaba en funcionamiento y del cual solo quedaba en pie parte del edificio original, languidecía en mitad de la depresión económica que sufría el país. Maisie notó una sensación extraña en la nuca, como la delicada caricia de las alas de una mariposa. Acababa de acordarse del nombre: Hospital de Niños Expósitos. En sus inicios, dio cobijo a muchos niños, que si no habrían muerto en las calles, gracias a su ubicación entre campos y jardines. Actualmente, quedaba dentro de una ruidosa metrópolis donde los caballos iban cediendo el sitio a los vehículos motorizados, los trenes se abrían camino por encima y por debajo de la superficie entre nubes de humo, y los tranvías traqueteaban arriba y abajo. Si no recordaba mal, el Hospital de Niños Expósitos no se había clausurado, sino que

lo habían sacado de la ciudad para poder cumplir el propósito inicial de que los niños se criaran en el campo.

Expósito. Una palabra que solo utilizaban personas de una determinada generación, una palabra que hacía referencia a la época de construcción del hospital, época en la que la vida de los pobres no valía prácticamente nada y los recién nacidos se dejaban morir en la calle. *Expósito*. Un niño abandonado al nacer, desamparado, no deseado. Siguió dándole vueltas a la palabra en la cabeza. ¿Era posible que ese hombre con poder para matar a miles de personas hubiera crecido huérfano? Y, en ese caso, ¿cómo había podido estudiar? ¿Cómo alguien de esa posición social…? Maisie se detuvo en seco. Aunque nadie podía saber lo que estaba pensando, se sonrojó de vergüenza. Ella también había nacido dentro de una clase social inferior y si no hubiera sido por la buena suerte y el descubrimiento fortuito de la señora para quien trabajaba, tampoco podría haber estudiado ni ahora tendría una profesión. Su mentor, Maurice Blanche, había financiado la educación de otros niños igualmente talentosos con orígenes humildes, aunque no era una situación habitual. Ella estaría eternamente agradecida por la oportunidad recibida. Pero partiendo de la orfandad, ascender era aún más difícil. Y un niño capaz de semejante hazaña, sería conocido y recordado. A menos, claro está, que fuera una persona camaleónica. Como ella misma.

Redujo la marcha al llegar al Hospital Princess Victoria. Aparcó fuera y subió los escalones que llevaban a la entrada principal, abrió la puerta de roble y se dirigió al celador.

—Me temo que el doctor acaba de llegar y está haciendo la ronda de pacientes. Ha estado toda la mañana en el Queen Elizabeth y está muy ocupado.

El hombre comprobó una lista de personal y verificó varias veces el horario de las rondas que tenía colgado en la pared detrás del mostrador.

—No lo dudo. ¿Sabría decirme cuándo podría hablar con él?

El celador se sacó el reloj del bolsillo del chaleco y frunció el ceño, pero siguió con el dedo la línea del horario encabezada por el nombre del doctor Lawrence.

—Pues no creo que sea antes de las dos.

—¿Puedo esperar aquí?

—Como usted quiera, señora, pero ya le digo que lo mismo tiene que esperar una hora por lo menos.

—Muy bien, señor…

—Croucher.

—Muy bien, señor Croucher, lo esperaré aquí si no le importa. Si pudiera avisarme cuando se quede libre el doctor, se lo agradecería.

El hombre se enderezó y volvió a mirar la hora en el reloj de bolsillo primero y después en el reloj de pared colgado encima del banco en el que se había sentado Maisie. Frunció los labios y se encogió de hombros.

—Bueno, pero luego no me eche a mí la culpa por haber tenido que esperar.

Maisie sacó la libreta del bolso y le sonrió.

—No se preocupe, no lo haré.

Le llamó la atención que el hombre no tuviera ni muchos modales ni mucha altura. Era fornido, pero de movimientos precisos. Mientras

lo observaba detrás del mostrador, se fijó en que comprobaba dos veces todo lo que hacía, ya fuera colocar el correo en los casilleros correspondientes o dar instrucciones a sus compañeros. Decía las cosas dos veces, verificaba cualquier operación dos veces y luego se alisaba el pelo hacia atrás y volvía. Maisie pensó que era un hábito que tenía desde siempre a juzgar por sus entradas. ¿Qué edad tendría? Calculó que rondaría los cuarenta.

Maisie siguió con sus notas y, cuando llevaba allí casi una hora, se percató de que Croucher cogió el teléfono y llamó al despacho del doctor Lawrence para saber si ya había terminado con los pacientes. Media hora después, sonó el timbre del teléfono una sola vez y, tras responder, el portero llamó a Maisie de viva voz y haciéndole un gesto con el dedo para que se acercara al mostrador.

—El doctor Lawrence está en su despacho y puede verla. —Se sacó una cadena del bolsillo con una anilla de gran tamaño de la que colgaban llaves de varios tamaños—. Tendré que acompañarla.

—Por supuesto, lo entiendo. Trabajé un tiempo con el doctor Lawrence, hace muchos años, cuando era enfermera.

El hombre abrió mucho los ojos al oírlo, aunque lo único que dijo fue:

—Entonces sabrá lo ocupado que está siempre.

—Gracias, Croucher —dijo Anthony Lawrence cuando Maisie entró en el despacho—. Le avisaré cuando termine de hablar con la señorita Dobbs. —Y volviéndose hacia esta, le indicó con la mano la silla para las visitas y se sentó tras su escritorio—. No esperaba volver a verla tan pronto, señorita Dobbs.

—Me alegra que haya podido recibirme, doctor Lawrence.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Tengo entendido que trabajó usted en Mulberry Point, el laboratorio de pruebas de armamento que el gobierno tiene en Berkshire.

El médico se encogió de hombros de una forma muy similar a como lo había hecho Croucher un rato antes.

—Fue hace tiempo, cuando terminó la guerra. No estuve mucho, fue algo puntual.

—Y su labor consistía en hacer un seguimiento de los efectos psicológicos de las pruebas y cómo afectaban a los empleados las labores que allí se llevaban a cabo.

—¿Cómo lo sabe?

—Fui a ver a la doctora Elsbeth Masters hace unos días, por otro asunto he de decir, y quiso la casualidad que mencionara que había coincidido con usted en los laboratorios.

—Entiendo. Sí, fue hace mucho tiempo, como ya le he dicho.

—¿Puedo hacerle unas preguntas sobre el trabajo que realizó allí, doctor Lawrence?

El médico colocó las manos a ambos lados de un montón de papeles para alinearlos. Después los dejó a un lado, volvió a acercárselos y de nuevo los movió.

—Lo que allí hacíamos era estrictamente confidencial. No sé qué cree que hace la doctora Masters contándoselo todo.

—Creo que sintió que podía confiar en mí.

El doctor Lawrence alineó las plumas y los lapiceros por tamaño junto a los expedientes. Después cambió el orden y colocó en fila varios artículos de escritura de colores similares. Maisie,

acostumbrada ya al hábito, observaba sus movimientos esperando a que le respondiera.

—Está claro que conoce el trabajo que se lleva a cabo en Mulberry Point, por lo que no veo qué daño puede hacer que le cuente lo siguiente. La naturaleza de los experimentos que se realizan en el laboratorio es tal que es necesario hacer un seguimiento de las reacciones físicas y psicológicas a varias sustancias. Las pruebas que pueden hacerse con perros, gatos, aves y ratones tienen un límite, y parece que a la gente le preocupa más el bienestar de los animales que el de los seres humanos, de manera que varios empleados se ofrecieron voluntariamente a realizar en carne propia los experimentos con el fin de servir a su país.

—Parece bastante peligroso.

—Hasta cierto punto lo fue, sí.

—¿Eran conscientes de las consecuencias en todo momento?

El hombre comenzó a mover los artículos por la mesa.

—Recuérdeme el motivo de todas estas preguntas, señorita Dobbs —dijo el doctor con una risa nerviosa—. Me cuesta conciliar el recuerdo de aquella hábil enfermera con la mujer que me está interrogando.

Maisie dejó reposar el comentario y continuó con el interrogatorio.

—¿Los experimentos tenían que ver con armas que pudieran emplearse contra los nuestros o con armas que nuestros científicos estaban desarrollando?

—Lo uno conlleva lo otro —respondió él y Maisie se percató de la franqueza del médico, que siguió hablándole como si fuera una niña incapaz de entender conceptos básicos—. Hay que ir un paso por delante del enemigo. Como ya le he dicho, mi trabajo consistía en

estudiar la reacción de la mente hacia armas que no pueden verse, cuyo ataque solo puede sentirse, experimentarse.

—Entiendo.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el doctor, removiéndose en el asiento como si quisiera irse de allí.

—No, creo que eso es todo. Ah, no, una cosa más —dijo Maisie, cogiendo el maletín y levantándose a continuación—. ¿Llegó a conocer a los hombres, o a las mujeres, supongo, que trabajaban en Mulberry Point?

El doctor negó con la cabeza al tiempo que miraba el reloj.

—No, mi trabajo no consistía en trabar amistad con mis pacientes. —Señaló la puerta—. Le acompaño. Supongo que Croucher estará en el pasillo. Él la llevará hasta la salida.

—Entonces supongo que no conocería a un hombre llamado Oliver, ¿verdad?

—Pero ¿qué dice? Nada de nombres, solo números. De hecho, no conozco a ningún Oliver, aparte de Oliver Twist, claro. —Abrió la puerta y dio una voz a Croucher, que llegó al instante.

Maisie tenía claro que tanto Anthony Lawrence como el celador, de nombre Croucher, se alegraron de que se fuera. Al primero le importaban un bledo sus preguntas y al segundo parecía que no le gustaba que hubiera gente en el vestíbulo de entrada, como si fuera su reino. Estaba segura de que Lawrence ocultaba algo. ¿O habría que atribuir su comportamiento al hecho de que era médico y no estaba acostumbrado a que nadie cuestionara su palabra, y menos aún una antigua enfermera? Le molestaban sus pesquisas porque

insinuaban que dudaba de él; y, en su experiencia, para un médico su diagnóstico no admitía discusión. La palabra de un médico era ley. Nadie cuestionaba la decisión del médico.

Miró el reloj al salir y se dirigió al coche a buen paso para volver a Fitzroy Square. Aparcó en Warren Street y cruzó la plaza justo cuando Billy abría el portal para subir al despacho.

—¡Espera, Billy! —gritó, echando a correr los últimos metros.

—Buenas tardes, señorita. Lamento llegar un poco tarde, pero el tren venía con retraso. Según el jefe de estación, esta mañana había un poco de hielo en la línea que viene de Epsom y se han retrasado todos los trenes.

—No te preocupes. Ven, vamos a tomarnos una taza de té antes de ponernos a trabajar.

—¿Ha pasado algo?

Al llegar arriba, Maisie abrió la puerta del despacho y, acostumbrados como estaban a su ritual, se quitaron el abrigo y lo colgaron detrás de la puerta. Después Maisie encendió el fuego y Billy salió a llenar el hervidor para el té. Como no había parado a comer, Maisie tenía hambre, pero la comida tendría que esperar porque había mucho que hacer. Al poco estaban sentados a la mesa de la ventana con el mapa del caso desplegado delante de ellos.

—¿Te acuerdas del Hospital de Niños Expósitos?

—¿El de Mecklenburg Square?

—Sí. Cerró en 1926 o 1927, creo. ¿Recuerdas adónde llevaron a los niños? Creo que no cesó la actividad, pero me suena que se instalaron en otra parte, fuera de la ciudad, en el campo.

—Recuerdo que leí algo, señorita. Recuerdo que lo hablé con Doreen. Nos parecía triste que esos niños, a los que nadie quería,

tuvieran que vivir en orfanatos y crecer…

—Pero ¿adónde fueron?

—Juraría que fue hacia Surrey. Algo así como Dorking o Reigate. ¿O era Redhill? Ahora que lo pienso, sí, era en Redhill.

—Averígualo lo antes posible. Quiero la dirección y el nombre del director o el gerente, o como se llame la persona a cargo. Tengo que hacerles una visita. —Miró la hora—. Tú tienes que estar pronto en casa, así que iré yo sola.

—Hoy ya no le va a dar tiempo a llegar a una hora decente, señorita. No se lo tome a mal, pero no creo que vayan a recibirla.

Maisie soltó una risita.

—Aquí me vendría bien un coche negro con sirena y un uniforme azul. O las palabras «inspector jefe» delante de mi nombre. —Guardó silencio un momento—. De hecho…

Fue al teléfono que tenía en su mesa y llamó a Scotland Yard.

—¿Puedo hablar con el inspector jefe Robert MacFarlane, por favor? —Guardó silencio—. ¿Está el inspector Stratton? —Nueva pausa—. ¿El inspector Darby? Todos fuera. Entiendo. ¿Puede decirle al jefe MacFarlane que me llame cuando regrese? —Maisie dio su nombre y su número y colgó.

—¿Y ahora qué?

—En cuanto tengas la información sobre el Hospital de Niños Expósitos, concertaré una cita para ir mañana por la mañana.

—¿Qué va a decirles?

—Cualquier cosa, lo que sea necesario para que me reciba alguien que me permita ver los historiales.

Billy asintió con la cabeza mientras se levantaba y se acercaba al archivador de madera dispuesto contra la pared junto a su mesa.

Maisie se fijó en la palidez de la piel y en las arrugas de los ojos, que parecían más pronunciadas que el día anterior.

—Billy, lo siento. Estaba tan concentrada en subir al despacho que no te he preguntado por Doreen, y eso que no dejo de pensar en ella. ¿Cómo sigue?

Billy se mordió el labio.

—No quiero que esté en ese sitio, señorita. Ojalá hubiera podido traérmela a casa, pero ya no sé qué es lo que está bien y lo que no. No sé si sacarla es peor que dejarla allí, pero es que si la viera… No sé qué hacen la mitad del tiempo. Me da que siguen con el asunto ese de los sustos mentales a ver si vuelve a estar como antes, a ver si con una sacudida lo bastante grande termina aceptando lo que le pasó a nuestra Lizzie. Ella sigue aferrándose con todas sus fuerzas a nuestra niñita, no quiere dejarla ir. Pero Lizzie ya no está y yo la echo tanto de menos como ella. Tenemos que pensar en los chicos también, en el futuro, y a este paso…

—Ven, vamos a sentarnos, Billy —dijo tomándolo del brazo—. Voy a llamar a la doctora Masters ahora mismo para ver cómo va el asunto del traslado y le preguntaré si puede acelerar el papeleo.

—Tengo la sensación de que no puedo más. Parece que nada nos sale bien. Justo cuando creíamos que empezábamos a remontar, viene una ola inmensa y nos da un viaje que nos deja para el arrastre. Y los niños se dan cuenta, esto está afectándoles también a ellos, se lo aseguro. —Suspiró y después tomó aire tan profundo que sonó como si tuviera tos agarrada al pecho, pero no, y siguió hablando—. Hubo un tiempo en que veía a esos pobres hombres recorriendo la ciudad en busca de trabajo y haciendo cola para subsistir y pensaba: «Menos mal que nosotros no estamos en la

misma situación». Pero ahora no me siento mucho mejor que ellos, ya no, porque las cartas que nos han tocado a Doreen y a mí han sido horribles.

—Todo se arreglará, Billy, te lo prometo. Prepara otra tetera, anda, mientras yo llamo a la doctora Masters.

El hombre asintió con la cabeza y puso todo lo necesario en la bandeja. Nada más salir del despacho, Maisie cogió el teléfono. No quería que la oyera, por si la doctora no le daba buenas noticias.

—¿Doctora Masters?

—Sí. Ay, Dios mío, eres tú, Maisie. Llevo queriendo hablar contigo desde ayer, pero estoy al borde de un ataque de nervios. Siempre hay muchas más admisiones en esta época del año. Navidad y Año Nuevo vuelven loca a la gente. Me llamas por la señora Doreen Beale, ¿verdad?

—Así es. ¿Ha podido hacer algún avance?

—Tengo buenas noticias. Podemos admitirla a principios de año, pero tenemos que esperar a que baje un poco la afluencia estacional de pacientes —dijo y Maisie oyó movimiento de documentos—. Aquí lo tengo: hemos programado la admisión para el día cuatro de enero. Una ambulancia irá a buscarla a Wychett Hill. Tengo que rellenar unos documentos y el Departamento de Admisiones dará curso al traslado.

—Muchas gracias, doctora Masters.

—No hay por qué darlas. Tengo la impresión de que la pobre mujer estaba muy mal, ¿no es así?

—Sí, y desde que fuimos a verla han seguido con esas terapias que usan allí.

—Yo misma la valoraré en cuanto llegue. Cuidaremos de ella, no te preocupes.

—Gracias otra vez, doctora.

—Nada más oír tu voz, he sabido que me llamabas, o bien para preguntarme el traslado de la señora Beale o por el asunto de Anthony Lawrence.

—¿Tiene alguna otra cosa que contarme sobre el doctor Lawrence?

La médica parecía distraída, como si estuviera ocupándose de otros asuntos más apremiantes.

—Pues sí. Cuando hablamos te dije que hacía años que no sabía nada de él y que me llamó hace poco, ¿no es así?

—Eso es.

—No me dijo mucho en realidad. Que estaba escribiendo un libro sobre los efectos de agentes nerviosos y otras sustancias en la psiquis humana. Como es lógico, quiere hacer uso de investigaciones de hace años y me pidió permiso para utilizar material de varios artículos que escribimos en conjunto.

—Entiendo. ¿Le preocupaba que pudiera adelantársele en la publicación?

La doctora se rio.

—Si le preocupaba, seguro que ahora estará tranquilo. No siento la necesidad de dejar más legado que el trabajo que llevo a cabo con mis pacientes. Cuando he presentado artículos para su revisión por pares lo he hecho para promocionar el trabajo de todos. Tengo que irme dentro de nada. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Este campo está en constante cambio. En los próximos años se reirán de nosotros y, aunque no me gusta decirlo, creo que cualquier libro escrito hasta

ahora sobre este tema y sobre eso que la gente llama «neurosis de guerra» está teñido de intereses políticos.

—¿Incluso tratándose de una eminencia como el doctor Lawrence? Cuando trabajé con él me pareció que era uno de los mejores en su campo.

—Y lo era. Y sigue siéndolo. Pero cuando has dedicado tu vida a tu trabajo, cuando has vivido más de lo que te queda por delante, empiezas a pensar en buscar la forma de que tu reputación sobreviva cuando tú ya no estés.

—Ya, lo entiendo.

—Francamente, cuando yo ya no esté, me habré ido, y ya está. Y ahora tengo que dejarte, pero si el señor Beale está ahí contigo me gustaría hablar un momento con él.

Billy entró en el despacho en ese momento y Maisie le tendió el auricular articulando en silencio el nombre de la doctora Masters.

Billy dejó la bandeja en la mesa y cogió el teléfono. Maisie se acercó al mapa del caso, clavado con chinchetas a la mesa al lado de la ventana. Miró a su ayudante y juraría que las arrugas que le rodeaban los ojos se difuminaban.

—No sé cómo darle las gracias, doctora Masters, de verdad —dijo Billy, frotándose la frente para disimular las lágrimas mientras hablaba. Después se despidió y cortó la llamada.

—Ya falta menos, Billy —dijo Maisie al oír que dejaba el auricular en la horquilla.

—Señorita Dobbs, ya pensaba que no iba a salir nunca de Wychett Hill. —Le acercó la taza—. No sé cómo agradecerle.

—No tienes que agradecerme nada, Billy. Pero lo que sí que necesito es el número de teléfono y la dirección de la Casa de Niños

Expósitos.

Diez minutos más tarde, Maisie llamaba al doctor Rigby, encargado de la Casa de Niños Expósitos en su nueva ubicación en Redhill. Quedó en reunirse con él al día siguiente, a las nueve de la mañana.

Ante la insistencia de Maisie, Billy se fue pronto a casa. Aunque iban a trasladar a Doreen, gracias a su recomendación, a un centro en el que ella creía que daban un trato más humano a sus pacientes, no dejaba de ser un psiquiátrico. Confiaba en que su instinto estaba en lo cierto y Doreen haría progresos y saldría poco a poco del pozo de inestabilidad emocional hasta recuperarse por completo.

Metió en su gastado maletín dos carpetas de papel manila con documentos, se puso el abrigo azul marino de lana, el sombrero cloche y los guantes, y completó el atuendo con el chal azul claro de cachemir que le había regalado Priscilla cuando fue a verla a Francia. Echó un último vistazo al despacho, apagó las luces, cerró la puerta con llave y salió del edificio.

Una niebla sucia de color ocre la envolvió en la oscura tarde invernal mientras iba andando hacia su coche. Parecía como si el denso ambiente elevara el golpeteo de los zapatos sobre los adoquines y le devolviera el eco, dando la impresión de que la estuvieran siguiendo. En otro momento, el sonido la habría desconcertado, se habría detenido a escuchar con atención, puede que hasta hubiera preguntado: «¿Quién anda ahí?». Pero ahora se sentía más segura en la zona, conocía las calles, a los comerciantes,

y, en caso de preocupación, siempre podía entrar en el pub de la esquina a pedir ayuda.

Abrió la puerta del coche, dejó sus cosas en el asiento del copiloto y arrancó el motor. Estaba a punto de sentarse cuando vio a un hombre cojo que emergía entre la niebla sucia y pasaba a su lado arrastrando los pies con pesadez. No llevaba gorra, y Maisie no lo veía con todo detalle, pero se movía con lentitud y prudencia, como temiendo perder el equilibrio. Dejó un olor agrio al pasar, el olor a moho y humedad que solían desprender las personas que vivían en la calle, y se le pasó por la cabeza ir detrás de él y darle unas monedas, porque no le cabía duda de que aquel hombre había luchado en la guerra y era lo menos que podía hacer por él. Pero este continuó caminando y Maisie oyó el entrechocar metálico del bastón contra el suelo conforme se internaba en aquel manto tóxico, mezcla de niebla y humo.

> No creo que pueda soportar un año más de invisibilidad, un año más integrando esa masa que nadie ve. Recorremos las calles y la gente pasa a nuestro lado como si no ocupáramos un espacio, como si no tuviéramos valor ni mereciéramos respeto. Ian ya no podía seguir viviendo así. Tenía solo dos amigos: el hombre de la librería, que pensaba que no sabía de él ni siquiera su apellido, aunque lo escribía en el registro cada vez que se llevaba un libro, y yo. También conocía a Croucher, claro, que hacía lo que podía. Y ahora sé que Ian tenía razón. Nadie quiere ver a esos hombres deshechos, física y anímicamente. Es mejor que no se nos vea, encerrarnos en pabellones fríos y estériles con enfermeras eficientes y médicos que solo te conocen por las anotaciones hechas en la ficha que dejan al pie de tu cama. O, mejor aún, que estemos muertos.

Pensé que después de enviar las cartas vería alguna señal de que me habían escuchado. No quería matar a nadie. Ya he visto

demasiada muerte. Pero parece que tengo una oportunidad más de alzar la voz. De hacerme oír. El final del año está casi encima. Solo me queda una cosa por hacer. Nochevieja en la catedral de St. Paul. «Auld Lang Syne», amigos. Por los viejos tiempos.

13

Eran casi las ocho de la noche cuando Maisie llegó a casa. Aunque tenía ganas de prepararse una cena ligera y acompañarla tal vez con una copita de jerez para entrar en calor, tenía la impresión de que no iba a estar sola esa noche.

—¿Señorita Dobbs?

Oyó la voz de Robbie MacFarlane, aun antes de que su enorme figura emergiera de la niebla justo cuando salía del coche.

—¿Inspector jefe?

—Espero que no le importe que haya venido a verla a su casa.

—En absoluto. ¿Ha ocurrido algo? —Miró por encima de él entrecerrando los ojos, tratando de vislumbrar en la oscuridad el coche policial que esperaba al inspector. Estaba solo.

—No, no, aún no —contestó él con inseguridad, casi tartamudeando—. Me han dicho que llamó a Scotland Yard y solo quería asegurarme de que estaba usted bien.

—Sí. ¿Le apetece entrar? No hace una noche muy agradable para hablar aquí fuera, ¿no cree?

—Gracias. No quiero abusar de su hospitalidad.

—Vamos —dijo Maisie, dirigiéndose hacia el portal acristalado por el que se accedía al vestíbulo. En verano, la luz del sol se colaba por las ventanas e iluminaba la escalera central. Una vez dentro, fue

hacia la izquierda, a la puerta del bajo—. No es gran cosa, pero es mi hogar.

El inspector cerró la puerta tras de sí y la siguió por el pasillo, mientras Maisie encendía las luces y entraba en la sala de estar. Encendió el fuego, bajó las venecianas y dejó el maletín y el bolso sobre la mesa, tras lo cual se ofreció a coger el abrigo y el sombrero del policía.

—Lo dejaré en el cuartito que tengo al final del pasillo. La tubería principal de la calefacción sube por esa pared, por eso siempre hace calor ahí dentro, esté o no encendido el radiador.

—Un piso muy bonito, si me lo permite, señorita Dobbs.

—Gracias. Soy feliz aquí. Siéntese.

El policía se sentó en uno de los sillones junto al fuego y miró a su alrededor. Sobre la repisa de la chimenea había una acuarela de una mujer paseando por la playa y mirando el mar, una mujer que se parecía a Maisie, y en la pared del fondo, detrás de la mesa de comedor, colgaba un sencillo tapiz tejido a mano, que exhibía una vibrante mezcla de rojos, dorados, malvas, azules, amarillos y verdes reunidos superponiendo capas de color que representaba un atardecer estival en el campo.

—Un gusto artístico interesante, señorita Dobbs.

—La acuarela fue un regalo y el tapiz lo he hecho yo misma. Es muy sencillo, no soy ninguna experta.

—Pero es usted una artista.

—No, no, qué va. —Guardó silencio un momento—. Jefe, voy a serle sincera. No he comido nada en todo el día y me muero de hambre. He preparado una buena sopa y tengo pan y queso. ¿Le apetece acompañarme?

El hombre se giró hacia ella y se sonrojó.

—Sí, gracias, yo también tengo ganas de comer algo.

—Muy bien. Hay una botella de jerez y copas en el aparador. Sirva una para cada uno, la mía no la llene. Y antes de que me lo pregunte, no tengo nada más fuerte. De hecho, no tengo nada más, así que no encontrará whisky de malta en el fondo.

—El jerez está bien.

Maisie fue a la cocina y se apoyó contra los fogones. ¿En qué diantres estaba pensando? ¿Acababa de invitar al inspector a cenar? ¿Qué iba a pensar de ella? ¿Qué pensaría cualquiera? Sobre los fogones estaba la olla con la sopa que había preparado el día anterior. Lo colocó sobre el más grande y encendió el gas. Acercó una cerilla a las salidas de gas del horno. El pan no era reciente, así que esperaba que calentándolo se ablandara un poco. Sacó los cuchillos y las cucharas de un cajón, el mantel y las servilletas de otro, y preparó la mesa para los dos.

—Aquí tiene, señorita Dobbs —dijo MacFarlane, tendiéndole la copa de jerez.

—Gracias, inspector —dijo ella, tomando la copa y alzándola para brindar—. Por el Año Nuevo.

—Sí, ya no queda nada. Por 1932.

—Siéntese delante del fuego. La cena no tardará: rabo de buey guisado con zanahorias, patatas y cebollas.

Volvió a la cocina, sacó dos platos grandes, probó el guiso y lo sirvió. Puso el pan caliente en una tabla de madera junto con el queso y la llevó a la mesa. Después volvió a la cocina, abrió la puerta trasera y sacó un plato de porcelana con mantequilla del

cubo cubierto, en el que también tenía una botella de leche ya mediada.

Cuando le indicó que tomara asiento, MacFarlane sonrió y le dio las gracias de nuevo.

—Es usted muy amable, señorita Dobbs.

—Empiece a comer, inspector, si no quiere que se enfríe.

Llevaban unos minutos comiendo en silencio cuando el inspector dejó la cuchara en la mesa.

—Hacía tiempo que no comía comida casera.

—¿Mucho trabajo?

—Sobre todo, sí.

—Quería saber el motivo de mi llamada de esta mañana, ¿no? —dijo Maisie una vez saciado el hambre inicial.

—Sí. De hecho, por eso he venido a verla —contestó el inspector, metiendo la cuchara en el guiso.

Maisie pensó en lo que le había dicho Billy y se preguntó si el inspector tendría algún otro motivo. Seguro que la preocupación por cerrar el caso era lo que le había llevado a querer saber por qué lo había llamado, de ahí que se hubiera presentado en su casa. Aunque también podía haber ido a su oficina, pero su piso estaba más cerca de Scotland Yard, por lo que tenía sentido que hubiera optado por esperarla allí.

—Todavía no sé si mis pesquisas me llevarán a algún lado, pero no quería desechar de primeras lo que me ha contado hoy Catherine Jones sobre un hombre que fue a algunas de sus reuniones.

—Estoy seguro de que hay muchos chiflados por ahí con ganas de unirse a las filas de esos agitadores. Es la necesidad de formar parte de un grupo. No es la primera vez que lo veo y ya ha oído a Darby.

Chavales y hombres que nunca se habían metido en líos, pero que llevan un tiempo viviendo en condiciones precarias y han encontrado algo parecido a una familia entre hombres que se aprovechan de ellos. Están cansados, se sienten solos e incomprendidos (algunos son unos inadaptados en cierto modo), y de repente un día descubren que la gente que los rodea les brinda afecto y amistad. Y cuando se quieren dar cuenta están hasta las cejas en un mundo de delincuencia. El hombre descrito por Catherine Jones se acerca a ese perfil: alguien que no está bien del todo, que se siente rechazado y por eso intenta unirse a ellos, pero no congenian y vuelve a quedarse solo. Admito que hay posibilidades de que sea nuestro hombre, pero también es muy probable que la ingeniosa Catherine esté tratando de congraciarse con nosotros para que lo tengamos en cuenta cuando se celebre su juicio. Me temo que eso también lo he visto muchas veces.

—Prefiero indagar un poco de todos modos.

—De acuerdo. —Cogió el cuchillo del pan, cortó dos gruesas rebanadas y alargó una hacia el plato de Maisie.

—Gracias. —Maisie untó mantequilla en él y encima colocó un trozo de queso—. Según parece, el hombre dijo que era un niño expósito. Es un término un poco anticuado, y eso fue lo que despertó mi curiosidad. Me acordé del Hospital de Niños Expósitos que construyó Thomas Coram en el siglo xviii. Se lo llevaron del centro de Londres hace solo cuatro o cinco años a su ubicación actual en Redhill. Voy mañana a ver si me dejan echar un vistazo a los historiales. Hay un par de empleados que llevan trabajando en el hospital más de treinta años. —Guardó silencio un momento—. Y sí, sé que a lo mejor es mucho suponer, pero si doy por hecho que

nuestro hombre tendrá unos treinta y cinco años, a lo mejor puedo delimitar la época que vivió allí. Y si es verdad que se llama Oliver, me da una pista de por dónde seguir.

—¿Y si no descubre nada? —preguntó él, rebañando el plato con un trozo de pan.

—He pedido a mi ayudante que me haga una lista de orfanatos, como los hogares infantiles que fundó el doctor Barnardo. —Miró al inspector rebañar el plato—. ¿Le apetece un poco más?

—Está muy rico este guiso. Si queda más, estaré encantado de repetir —dijo él sonriendo.

Maisie cogió el plato y fue a la cocina a rellenarlo. Lo dejó delante del jefe y siguió exponiéndole su plan de trabajo.

—He visitado de nuevo a uno de los médicos con los que trabajé hace años, cuando era enfermera, ya se lo conté. Es un experto en el cuidado de hombres con neurosis de guerra, y también ha trabajado con hombres y mujeres que han estado expuestos a armas, gases, agentes nerviosos, etcétera, tanto en el campo de batalla como en el laboratorio.

—¿Y qué le ha dicho?

—Me ha sorprendido lo poco que me ha contado. En este momento está escribiendo un libro, lo que podría explicar su reticencia. Pero lo curioso es que se mostró muy servicial al principio, al darme una información que resultó ser decisiva para dibujar el perfil de la persona que buscamos.

—Ah, sí, el perfil.

—Ya sé que cree que estoy perdiendo el tiempo.

—Todos hemos perdido el tiempo, señorita Dobbs. Cuando uno no sabe por dónde tirar, al principio da muchas vueltas en círculos,

agitando los matorrales a ver si salta la liebre. Se trata de buscar todas las pistas posibles que nos muestren una tendencia, en vez de trazar un perfil específico. ¿Cómo? Azuzando a todos los canallas que se han cruzado en tu camino a ver si alguno sabe algo.

Las palabras reverberaron en la salita y después se produjo un silencio. Maisie lo miró coger de nuevo la cuchara y evaluó hasta dónde debería confiar en él, si decirle que de verdad creía que iba a encontrar una pista válida en el Hospital de Niños Expósitos al día siguiente. Ella poseía un sentido que la avisaba, una especie de efervescencia interior, cuando se acercaba a una delgada hebra de información valiosa, que después se convertiría en un riachuelo, que a su vez terminaría siendo un río abundante. Y en ese momento estaba notando la sensación. Dejó la cuchara en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Inspector jefe.

El policía acababa de levantar la cuchara para llevársela a la boca, pero se detuvo al oírla.

—¿Sí, señorita Dobbs?

—Creo que la cita que tengo mañana va a ser fructífera.

—Sé que lo cree.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que estoy cerca, muy cerca.

—Puede ser, pero todos tenemos que continuar con la búsqueda, y por eso Stratton tiene vigilados a los fascistas y Colm Darby sigue husmeando cualquier posible indicio entre los irlandeses. Hemos pedido a dos de las investigadoras de Dorothy Peto que no pierdan de vista a nuestras modernas sufragistas y también nos hemos infiltrado en los sindicatos. Nuestro amigo Urquhart nos ha avisado

de la presencia de agentes alemanes en la ciudad tratando de poner a prueba sus propios gases nerviosos en la red de metro. Es un milagro que me lo haya contado, pero no es momento de replegarnos cada uno a nuestra esquina, aunque tengamos que aguantarnos las ganas de hacer un corrillo y discutir en secreto lo que tenemos. Y usted tiene a sus huérfanos, sus médicos y sus profesores universitarios. Todos estamos esperando el golpecito en la espalda, ¿verdad? La emoción cuando sabemos que estamos sobre la pista correcta.

Maisie asintió con la cabeza.

El tono de voz del inspector había adquirido una suavidad que no había notado antes.

—Así que siga usted por ese lado y manténgame informado. Y si pica algún pez, no piense que puede sacarlo usted sola. He visto su determinación, he visto lo que ha logrado, recuerde que mi trabajo era investigarla, pero detener a ese sujeto puede costar más de lo que imagina. —Tras dar cuenta del segundo plato de guiso, se limpió la boca con la servilleta y se reclinó en la silla—. Pero no quiero abusar de su hospitalidad. Estoy orgulloso de usted.

—He disfrutado de su compañía, jefe —dijo Maisie, levantándose —. Voy a buscar el abrigo y el sombrero.

Tras cerrar la puerta del portal, después de que saliera Robbie MacFarlane y verlo desaparecer en la oscuridad de la noche, Maisie regresó a su piso y echó la llave. Mientras recogía la mesa y fregaba, se dio cuenta de que era verdad que había disfrutado de la compañía. Aunque de vez en cuando salía a cenar, la mayoría de las veces estaba sola en casa y su dieta básica era el guiso que cocinaba a principios de la semana. Más tarde, mientras se ponía el

pijama de franela, echaba en el suelo una almohada de la cama y se sentaba encima con las piernas cruzadas a meditar antes de dormir, reconoció que el inspector jefe no concedía más importancia a sus pesquisas que a las líneas de investigación en las que se estaban centrando los compañeros de la Rama Especial o los agentes del MI5. Pero le había hecho sentirse aceptada, incluida en su grupo. Le había dicho, en cierto modo, que no estaba sola.

31 de diciembre de 1931

Maisie se puso en camino antes de las siete de la mañana. A pesar de estar muy cerca del río y de la niebla que se arremolinaba entre los coches, los caballos y las embarcaciones fluviales, hacía una mañana fría y despejada, y la hierba que bordeaba el bloque de pisos estaba cubierta de escarcha. Habría hielo en la carretera con toda seguridad, por lo que supuso que el viaje le llevaría más de lo normal.

Cruzó el Albert Bridge y se dirigió hacia la carretera de Brighton, que la sacaría de la ciudad pasando por Streatham y Coulsden, y desde allí la llevaría a Redhill. Aprovechó el trayecto en el coche para reflexionar sobre el caso, como era su costumbre, y pensó en su última reunión con Anthony Lawrence. Algo había cambiado en él. No sabía si sería cierta desilusión con su trabajo. En otro tiempo había demostrado ser poseedor de un pensamiento innovador, pero ahora, aunque no parecía menos entregado a su trabajo, su comportamiento dejaba traslucir su hastío. Puede que escribir un libro formara parte de un intento de reavivar esa vieja energía. Recordó también que, a pesar de habérselo prometido, no le había facilitado el acceso a los historiales médicos para que pudiera examinar con detenimiento los listados de hombres que habían recibido el alta en los últimos años. Pero no había querido insistir

porque ya conocían la identidad del suicida de Nochebuena. Se recordó que, aunque parecía que habían pasado varios meses del día de Navidad, en realidad solo habían sido unos días, y el Año Nuevo estaba a la vuelta de la esquina, no era el momento más indicado para intentar desbaratar las maquinaciones de los departamentos administrativos de un hospital. Además, sabía que esa era la tarea de los hombres de Urquhart, y confiaba en que informarían en caso de encontrar algo relevante.

Miró el reloj de la iglesia al pasar por Purley y se preguntó si le daría tiempo a ir a Oxford antes de su reunión con el doctor Rigby. Quería hacerle algunas preguntas más al profesor Gale, pero recordó que antes tendría que ir a ver a MacFarlane para recoger la muestra.

El sol empezaba a asomar cerca de Merstham, donde se detuvo a comprobar de nuevo la dirección del hospital antes de continuar hacia Redhill, que era la siguiente población. Numerosos comercios se alineaban a ambos lados de la calle principal, muy concurrida ya a las ocho y media de la mañana, y al final se alzaba un gran edificio de ladrillo que albergaba el ayuntamiento, en un ejemplo más de ostentación victoriana. Poco después llegó al hospital, alojado en un antiguo convento, un edificio casi tan sombrío y gótico como el manicomio de Wychett Hill.

El doctor Rigby la recibió con la eficiencia que Maisie había observado antes en las personas que dirigían algún tipo de institución. El hombre miró la hora cuando la saludó y se recolocó el monóculo que le hacía parecer más mayor, aunque rondaría los sesenta años. Maisie pensó que aquel hombre con el ceño fruncido, para darse más importancia, se parecía a las fotografías que había visto en los periódicos de Rudyard Kipling y su mujer visitando los

campos de batalla del norte de Francia, buscando el lugar donde reposaban los restos de su único hijo.

—Gracias por recibirme, doctor Rigby.

—No hay de qué, señorita Dobbs. Tengo entendido que se trata de un asunto policial.

—En efecto. Colaboro con Scotland Yard. He traído una carta de presentación, por si quiere verla.

—Si no le importa.

Le indicó con la mano una silla y esperó a que tomara asiento para sentarse frente a ella, junto a una ventana que daba al patio de juegos.

Maisie sacó el sobre del maletín y se lo entregó al director, que se ajustó el monóculo varias veces mientras leía la carta.

—Inspector jefe. Rama Especial. —Enarcó las cejas, movimiento que lo obligó a recolocarse el monóculo, y le devolvió la carta—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Busco a un hombre que podría haber vivido aquí de niño hace treinta y cinco años, más o menos. No tengo muchos más datos, aparte de que sospecho que podría tener esa edad ahora mismo.

—¿Conoce el nombre?

—Oliver.

—¿Puedo preguntar qué ha hecho ese hombre para que lo busque la policía?

—Lo siento, doctor Rigby, pero no puedo darle esa información. Sí puedo decirle que, en mi opinión, es un hombre inteligente y con formación académica.

El hombre negó con la cabeza.

—Entonces no lo encontrará aquí. —Se reclinó en el asiento y después volvió a echarse hacia delante, entrelazó los dedos y comenzó a trazar círculos con un pulgar sobre el otro, como si necesitara que alguna parte de su cuerpo estuviera siempre en movimiento—. Desde el principio, nuestros chicos se preparan para el servicio militar, un buen lugar para un joven que no cuenta con las oportunidades de aquellos que gozan de una posición más alta.

Señaló las fotografías de la pared en las que se veían jóvenes con uniforme militar y chicas con uniforme de servicio doméstico.

—Preparamos a las niñas para el servicio doméstico, trabajo que les proporcionará un techo, inculcándoles un firme sentido de la moral para que no repitan los errores de sus madres.

—¿Y qué ocurre cuando un niño demuestra que tiene inclinaciones académicas?

Rigby se acercó varios cuadernillos de ejercicios.

—Esto es lo que tengo que corregir esta mañana. Eche un vistazo al trabajo de los chicos.

Maisie cogió varios cuadernillos y empezó a hojearlos. La caligrafía era perfecta, las líneas definidas y las curvas precisas. Y aunque la parte de ejercicios de matemáticas no ponían de manifiesto ninguna excelencia académica, sí se apreciaba un nivel de competencia que resultaría útil a cualquier niño.

—Cuando los chicos se van, son capaces de cuidar de sí mismos. Saben leer y escribir, entienden la importancia de la higiene personal y de la férrea disciplina individual. Además, tienen contacto con las artes, la música y un nivel saludable de esparcimiento. Pero no hay milagros académicos, ningún caso de niño nacido en la indigencia que termine con estudios universitarios.

—Gracias, doctor Rigby —dijo ella, colocando los cuadernillos en la pila—. Aun así, ¿me permitiría echar un vistazo a los historiales desde 1892 hasta comienzos del presente siglo? Por si acaso encontrara algo.

El director se encogió de hombros.

—Como quiera. Los historiales están metidos en cajas. Imaginamos que volveremos a mudarnos dentro de unos años a unas instalaciones nuevas en Hertfordshire. Estamos en este viejo convento de forma provisional. Pero es verdad que nuestros historiales están todos catalogados. Pediré que los suban.

Menos de una hora después, Maisie cerraba el último libro de registro y lo guardaba de nuevo en su caja. Comprobó que cada historial, libro y documento estaba tal como lo había encontrado, y se levantó frotándose la zona lumbar. No había encontrado nada. Nada entre los chicos de nombre Thomas, Frederick, Arthur, Albert y William. Muchos de ellos se habían alistado en el ejército y era muy probable que, a esas alturas, la mayoría hubiera muerto. Tal como le había indicado el doctor Rigby, al salir del despacho para dejarla a solas revisando los documentos, tiró del cordón que colgaba de la pared y un secretario del colegio entró en el despacho.

—Ya he terminado. ¿Podría informar al doctor Rigby?

El director volvió para acompañarla a la salida. Maisie se detuvo a observar a los niños que jugaban un partido en el campo anejo al edificio.

—Son felices aquí, señorita Dobbs.

—Ya lo veo.

—Respiran aire limpio, tienen comida, reciben educación y el personal es hoy tan entregado como lo era sir Thomas Coram

cuando fundó el hospital. —Bajó los escalones y se giró hacia ella—. Le confieso que no lamento que se vaya con las manos vacías. Me entristecería que los actos de uno de nuestros muchachos atrajera la atención de Scotland Yard. Siempre sale alguno desobediente, pero que esté usted colaborando con la Rama Especial en una investigación policial no presagia nada bueno.

Maisie asintió con la cabeza y sonrió.

—Le doy las gracias por su tiempo y su ayuda.

Condujo despacio por el sendero de grava de la entrada, atenta por si le salía al paso algún niño corriendo detrás del balón. Finalmente, atravesó la verja y se incorporó a la carretera negando con la cabeza. Estaba segura, estaba absolutamente convencida de que iba a encontrar la pista que buscaba. Había salido de allí sin nada y este hecho la acompañó en el trayecto de vuelta, a través de Merstham, Purley, Coulsden, Streatham y Londres en dirección a Lambeth; y, desde allí, a Scotland Yard. Quería informar al inspector jefe y ver qué cara ponía al ver su decepción. Robbie MacFarlane entendería cómo se sentía. Llamaría a Billy para que le diera la lista de orfanatos, era muy probable que el inspector le preguntara si tenía alguna otra idea que pudiera resultar más fructífera. Aparcó, entró en la central y un agente la llevó directamente a las oficinas de la Rama Especial.

—¡Aquí la tenemos! —La voz de MacFarlane retumbó en el pasillo cuando la oyó hablar con Darby, que también acababa de llegar—. Ha llamado un hombre por teléfono preguntando por la señorita Dobbs.

—¿Por mí?

—Sí. Un tal Rigby. No ha querido hablar conmigo ni con nadie que no fuera la señorita Dobbs, «si es usted tan amable», así que sea usted tan amable y llámelo, por favor. —El inspector le indicó su despacho—. Adelante. Y cuando termine, tengo que darle una cosa para que la lleve a Oxford.

Maisie entró en el despacho del jefe y cogió el teléfono, mientras sacaba una ficha del maletín.

—¿Podría ponerme con un número en Redhill? Sí, gracias. —Le dio el número y esperó.

—Rigby.

—¿Doctor Rigby?

—Ah, señorita Dobbs. Después de que se fuera me acordé de una cosa. Es extraño, no se me había ocurrido antes. Intenté alcanzarla y mandé a un chico corriendo detrás del coche, pero ya había desaparecido.

—¿De qué se trata? ¿Se ha acordado de un chico que concuerda con los datos?

—En cierto modo, aunque no era uno de ellos estrictamente hablando.

—Continúe.

—Quizá, Sydney Oliver pasará a la historia como uno de los profesores más entregados que hemos tenido aquí. Dedicaba todo su tiempo al colegio, su vida era su trabajo.

—¿Cuántos años tiene?

—Sydney y su esposa, Amelia, ya no están entre nosotros. Amelia falleció hace un tiempo y Sydney nos dejó un par de años después.

Se oyeron interferencias.

—¿Oiga?

—Sigo aquí. El caso es que no es Sydney quien pensé que podría interesarle, aunque es un caso de estudio interesante. Era un matemático brillante, pero decidió dedicarse a enseñar a los niños en vez de construir una carrera académica. Amelia era la encargada de la residencia de las niñas, a quienes enseñaba todo sobre las tareas domésticas. Pero es de su hijo de quien quería hablarle. Sydney y Amelia llegaron antes de que naciera Stephen, pues habían acordado dedicar su vida a ayudar a los niños que nadie quería. De hecho, su hijo nació cuando ya eran mayores, y los dos trabajaban en el hospital.

—¿Y cuántos años tendría Stephen Oliver ahora?

—Treinta y seis, si no me equivoco. Pero hay algo más que quiero decirle.

—Dígame.

—Lo consideraban una especie de genio, era un estudiante sobresaliente.

—¿Dónde estudió?

—Pues ahí está la cosa. Sydney y Amelia estimaron conveniente mandarlo a un internado en cuanto tuvo la edad suficiente. A los seis años fue a Eastbourne a un colegio donde recibió preparación especializada para entrar después en el Kings College de Canterbury a los once.

—¿Y eso le ha parecido extraño?

—Confieso que sí. Perdone, estaba tan centrado hoy en lo que tenía que hacer con los niños que no se me ocurrió que pudiera interesarle. —Guardó silencio y volvieron a sonar interferencias en la línea—. Deseaban mucho tener hijos, ¿sabe? Por eso me sorprendió que lo enviaran a estudiar fuera a una edad tan temprana. Hay

colegios muy buenos en Londres y, aunque puedo entender que lo mandaran a estudiar a los once o doce, con seis años me parece que es un poco pronto, y se disgustó mucho. Aquí tratamos de evitar que los niños sufran demasiado por tener que vivir en un hogar de acogida, y Sydney era de los que más cuidado tenía con los niños, sentía una gran empatía hacia ellos. Imaginará lo extraño de que ellos mandaran a su propio hijo a estudiar lejos.

—Me parece entender por sus palabras que, a su juicio, Sydney Oliver no mostraba la misma empatía hacia Stephen.

—Le exigía mucho, tanto en los logros intelectuales como en su conducta. Le ponían un tutor particular durante las vacaciones y todo, el pobre no salía casi a la calle. Entró en Oxford con diecisiete, si no recuerdo mal. Confieso que le perdí la pista después de eso. Parece que al llegar a una determinada edad los chicos se hacen adultos de repente y sin darte cuenta los padres se convierten en abuelos. Solo que eso no ocurrió con Stephen.

—¿No se casó?

—No es eso. Lo mataron en la guerra.

Maisie notó que la emoción del hallazgo se desvanecía.

—Entiendo.

—Pero era un chico brillante, que en un momento se pensó que conseguiría grandes cosas en su campo. Era científico.

—Me ha resultado muy útil todo esto, doctor Rigby. ¿Alguna otra cosa que crea que puede servirme?

—Creo que no. Pero si quiere, puedo revisar el historial de su padre durante el tiempo que estuvo trabajando aquí, y si encuentro alguna otra cosa que pueda ser de su interés volveré a llamarla.

—Se lo agradezco. Me temo que debo recordarle que el asunto es confidencial.

—Sí, no se preocupe. Soy responsable de la vida de todos esos niños que llegan aquí desamparados. Estoy acostumbrado a guardar secretos.

Maisie se despidió de él y dejó el teléfono en la horquilla.

—Parecía entusiasmada, pero de repente se la ve como si le hubiera caído una bomba encima —dijo el inspector al entrar en el despacho.

Maisie suspiró y se derrumbó en la silla del jefe sin pensar en lo que hacía.

—Tenía a mi hombre y se me ha escapado de las manos —contestó ella, atusándose el pelo—. Y encima, casi no oía al director Rigby.

—¿Por qué dice que se le ha escapado de las manos?

—Lo mataron en la guerra.

—¿Está segura?

—Es lo que me ha dicho —respondió ella, mordiéndose el labio mientras jugueteaba con el cordón del teléfono.

MacFarlane sonrió y entornó los ojos.

—Pero no se lo cree del todo, ¿verdad?

Maisie negó con la cabeza.

—Tiene razón, no me lo creo. He trabajado en suficientes casos como para dudar de la versión oficial en lo que a muertos y desaparecidos se refiere.

El inspector apoyó los nudillos en la mesa y se inclinó hacia ella.

—Pues siga por ahí, Maisie Dobbs. Me da en la nariz que está sobre la pista de algo importante. Y ahora, si no le importa, está

sentada en la silla de un inspector jefe de policía.

Maisie le pidió disculpas y se levantó. Después le dio las gracias y fue hacia la puerta.

—Y gracias otra vez por el guiso de anoche.

Stratton pasó por delante de la puerta abierta justo cuando ella salía y siguieron caminando juntos.

—¿Qué guiso?

14

Maisie salió de Scotland Yard llevando consigo un vial de polvo extraído de la ropa del subsecretario asesinado. Los patólogos forenses lo habían tapado con un corcho, sellado después con cera y, por último, lo habían envuelto en algodón antes de meterlo en una cajita metálica, parecida a las que se usaban para guardar el tabaco, cuya tapa estaba sellada también con cera. Maisie metió la cajita en una bolsa de papel marrón y la guardó en el maletín. MacFarlane le había advertido que tuviera cuidado, aunque habían acordado que lo mejor sería que fuera sola y sin escolta policial, por si la estuvieran observando.

—Incumple todas las normas que dicta el protocolo de manipulación de este tipo de cosas —dijo Stratton, abriéndole la puerta para ir al coche—. El traslado de esa cosa debería hacerse con custodia armada.

—¿Y llamar la atención de la prensa, los anarquistas y puede que también del hombre que ha matado a un miembro del gobierno de su majestad?

—Debería acompañarla —dijo Stratton con tono casi lacónico.

Maisie se paró y lo miró.

—No se preocupe. Conduciré hasta Oxford sin hacer ninguna parada e iré directa a ver al profesor Gale. Sé que estará en su

despacho porque comprobé su horario de clases y tutorías la última vez que estuve allí, y estoy segura de que Billy habrá contactado con él a estas horas para avisar de mi llegada.

—Me gustaría que me dejara acompañarla —insistió Stratton.

Maisie negó con la cabeza y continuaron hablando mientras caminaban hacia el coche.

—Tenemos a todos nuestros hombres en este caso —dijo Stratton —, pero si me libero y puedo ponerme con la pista de ese tal Oliver, lo haré, aunque solo sea para que se quede tranquila. No hay nada peor que seguir la pista hasta un sospechoso y descubrir que está muerto.

Maisie dejó el maletín en el coche y se acercó al motor para ponerlo en marcha.

—Tenga cuidado, ¿de acuerdo? —dijo el inspector.

—Lo tendré. Y ahora será mejor que vuelva. Seguro que MacFarlane estará llamándolo a gritos por todo Scotland Yard.

La grisura del mediodía prometía una noche gélida que cualquiera preferiría pasar en casa junto a la chimenea en vez de ir a una fiesta. Aunque llevaba guantes y se había envuelto los hombros y el cuello con el chal, Maisie seguía teniendo frío cuando tomó la A40 en dirección a Oxford. Condujo despacio al principio, pero en cuanto pudo coger velocidad, al llegar a las afueras de la ciudad, se dio cuenta de que la seguía un coche negro a cierta distancia, la justa para no perderla de vista, pero sin llamar la atención. Al principio no hizo caso, pero cuando tuvo que adelantar a otros vehículos o tuvo que frenar o acelerar confirmó que la estaban siguiendo. Se

concentró en mantener la velocidad del tráfico y acelerar cuando un vehículo tomaba un desvío o se hacía a un lado para detenerse delante de algún establecimiento. Comenzó a pensar en cómo saldría del coche una vez en Oxford, pues su intención era llegar al despacho del profesor antes de que salieran a su encuentro los ocupantes del coche negro, que le pareció que era un Wolseley Straight Eight, un vehículo mucho más rápido que el suyo.

Tuvo la mala suerte de que el tráfico fue disipándose y, sin más coches por delante o por detrás, el Wolseley ganó velocidad, la adelantó y frenó, dejándole el espacio justo para frenar y no chocar con él. Cerró las puertas por dentro y esperó mientras un hombre salía del coche negro. Era Urquhart. Se acercó al MG sin prisa, se inclinó hasta casi pegar el rostro a la ventanilla y sonrió. Ella abrió la ventanilla y giró la cabeza para mirarlo de frente.

—Tengo un poco de prisa, señor Urquhart. ¿En qué puedo ayudarlo?

El hombre volvió a sonreír.

—Oh, vamos, señorita Dobbs, inténtelo de nuevo. Sinceramente, me sorprende que esté usted tan tranquila teniendo en cuenta que lleva ahí dentro una sustancia volátil que podría hacernos mucho daño a todos. —Se puso la mano en la boca y carraspeó—. ¿Adónde cree que va con tan preciada carga?

—Voy a ver a un eminente científico que estoy segura de que podrá identificar las propiedades de esta sustancia. No nos dirá quién asesinó al subsecretario, pero podría señalarnos el camino a seguir.

—Sí, ya sé todo eso.

Maisie no dio muestras de sorpresa, sino que se limitó a mirar hacia delante.

—¿Puedo seguir?

—No. Bueno, no puede en la dirección que llevaba hasta ahora. —Urquhart levantó la cabeza al ver que un vehículo reducía la velocidad para rodearlos, y el conductor los increpaba y amenazaba levantando el puño—. En primer lugar, abra la puerta si es usted tan amable, porque voy a acompañarla.

Maisie se inclinó sobre el asiento del copiloto para abrir la puerta. Urquhart se subió y siguió hablando mientras se acomodaba.

—Qué pequeño es esto, ¿no?

—Para mí está bien, gracias.

—No hace falta ponerse así. Bien, siga al Wolseley, por favor. El conductor se detendrá en cuanto encontremos un lugar adecuado para que aparque usted y proseguiremos el camino con algo más de comodidad.

—¿Y puedo preguntar adónde vamos?

—Mulberry Point. Y no se preocupe en exceso por su cita. El profesor Gale se reunirá allí con nosotros.

Maisie no dijo nada y continuaron. Se detuvieron solo una vez, como bien le había indicado Urquhart, para que aparcara el coche junto a una oficina de correos. Maisie se acomodó en el asiento trasero del Wolseley y siguieron el viaje en silencio, mientras el conductor pisaba a fondo el acelerador y atravesaban Reading en dirección a Little Mulberry. Estaba cansada. Desde Navidad, los días habían sido largos y tenía la impresión de que habían pasado horas desde la visita al Hospital de Niños Expósitos. Se le caía la cabeza a un lado y a otro en una vigilia intermitente, y no se dio cuenta de

que se había quedado dormida hasta que oyó que Urquhart le hablaba.

—Ya hemos llegado, señorita Dobbs.

—Sí, sí, muy bien.

El hombre miró a su alrededor y sonrió.

—Oiga, no entiendo muy bien qué le preocupa de nosotros. Todos estamos en el mismo bando, ¿sabe?, solo que trabajamos de manera diferente. El Gran Robbie hace las cosas a su manera y nosotros a la nuestra. Y no conseguiremos nada si andamos con secretos.

—El inspector jefe MacFarlane dice lo mismo.

—Mmm. Y por eso se dirigía a Oxford con una valiosa muestra, de vaya usted a saber qué cosa, y nadie me había dicho nada.

Maisie se mordió la lengua, aunque se le ocurrían varias respuestas.

Un soldado salió de una garita cuando el coche se aproximó a la barrera. Echó un vistazo al interior mientras Urquhart sacaba la cartera del bolsillo de la chaqueta y la abría para mostrarle su identificación.

—Venimos a ver al profesor John Gale.

El soldado comprobó las credenciales y leyó la carta que le entregó Urquhart, con sello del MI5.

—¿Y ella es la señorita Dobbs, señor?

—Así es.

El soldado miró hacia el asiento trasero. Maisie sonrió y, aunque estaba nublado, le pareció que el hombre se sonrojaba.

—Muy bien, señor. ¿Conoce el camino?

—Sí, cabo, gracias.

El coche se puso de nuevo en marcha y, con la ventana aún bajada, Maisie pudo oler el aroma fresco del campo, el aire frío que azotaba los terrenos yermos, y oyó a lo lejos el balido de una oveja.

—Ya estamos.

Nada más detener el coche, el conductor bajó y lo rodeó para abrirle la puerta.

—Sígame —ordenó Urquhart en dirección a una hilera de edificios bajos con forma de barracones que Maisie vio que estaban bien iluminados y vigilados.

Urquhart la condujo al primero de ellos, donde un soldado le pidió la documentación. Tras comprobar que estaba en orden, hizo un saludo militar y les permitió el paso. Un hombre con mono blanco y una máscara que le cubría el cuello salió a su encuentro en la improvisada zona de recepción. A lo lejos, procedentes de otro de los barracones, Maisie oyó ladridos.

—John está en el laboratorio —dijo el hombre—. Lo acompañan otros dos científicos que trabajan bajo sus órdenes, Christopher Anton y Walter Mason.

—Muy bien —dijo Urquhart.

Los acompañó hasta una antesala contigua al laboratorio y el profesor Gale fue a su encuentro.

—Señorita Dobbs —dijo, tendiéndole la mano con una sonrisa—. Todo esto es muy de operaciones encubiertas, ¿no cree? Perdón —añadió y se volvió hacia Urquhart, a quien saludó llamándolo por el apellido y un gesto de cabeza, para dirigirse de nuevo hacia Maisie —. Me ha traído usted algo, ¿no es así, señorita Dobbs? Mis colegas y yo estamos deseando ponernos a trabajar.

Maisie sacó la bolsa de papel marrón del maletín y se la entregó.

—El vial con la muestra está dentro.

—Muy bien —dijo el hombre dándose la vuelta para ir al laboratorio, pero volvió a girarse—. ¿Le gustaría observar el procedimiento? Usted ha trabajado en laboratorios cuando era estudiante, por lo que está acostumbrada al entorno. Tenemos equipo de protección para usted.

Entre las pocas ganas que tenía de charlar con Urquhart y que sabía que este rechazaría la invitación —seguía sorprendiéndole la cantidad de hombres en puestos como el suyo que no soportaban estar en un laboratorio—, Maisie asintió con la cabeza.

—Me gustaría mucho, sí.

Urquhart negó con la cabeza.

—Yo prefiero ir a por un té y algo de comer mientras tanto. No se preocupen por mí, sé por dónde se va a la cafetería.

Maisie siguió al profesor por un pasillo que unía dos barracones. Tenía la impresión de que el resto de los edificios estaban unidos entre sí de la misma forma.

—Aquí es. Póngase el mono primero, ahí tiene un vestuario. Procure que las mangas le tapen bien las muñecas. Las mascarillas y todo lo demás está ahí. —Señaló un mueble y después hizo un gesto con la cabeza hacia otra puerta—. Estamos en el laboratorio.

Tras tomar las precauciones necesarias, Maisie entró en el laboratorio y el profesor le presentó a los otros dos científicos. Se quedó a un lado observando cómo sacaban el vial y colocaban la muestra en un tanque de cristal que parecía diseñado para albergar peces. Tenía dos agujeros por los que introdujeron las manos para repartir el polvo en varios portaobjetos de cristal y estabilizarlo después con una sustancia transparente. Maisie no interrumpió su

trabajo con preguntas, sino que continuó observando cómo cada uno tomaba dos portaobjetos y empezaba a estudiar la muestra al microscopio.

Gale la llamó.

—Lo primero que queremos averiguar es qué tipo de sustancia es. Y ver si podemos identificar las partículas que la forman. Observar cómo se comporta y si hay movimiento. Y tras recopilar una serie de notas, llevamos las muestras a la sala de experimentación.

—¿Sala de experimentación?

—Sí, querida. A lo mejor prefiere no verlo. Exponemos a los animales a la sustancia para ver el efecto que tiene en ellos. Tenemos suficiente aquí, y queda más en el tanque de cristal para replicar el efecto que experimentó el hombre que murió tras la exposición, aunque él recibiera una dosis mayor.

Maisie asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Puede hablar conmigo mientras trabajo si quiere, señorita Dobbs. De hecho, he comprobado que a veces soy capaz de descubrir más cosas mientras hablo. Creo que tiene que ver con dejar que haga el trabajo el lado del cerebro que está entrenado para ello, mientras que el lado crítico está entretenido con preguntas sobre el tema de estudio. —Frunció el ceño mientras miraba por el microscopio—. Mmm, nos enfrentamos a algo muy sofisticado.

Maisie carraspeó antes de hablar.

—Me estaba preguntando si el nombre de Stephen Oliver le suena de algo, profesor Gale.

A la potente luz blanca del laboratorio, Maisie vio palidecer al profesor. Se preguntó qué sabría y si pensaba contárselo.

—¿Stephen Oliver? —Dejó el portaobjetos a un lado y Maisie se fijó en que le temblaban las manos—. Pues sí, me acuerdo de él a la perfección. Un joven muy brillante. Uno de los que fueron a Francia, ya se lo conté. Tras los ataques con gases necesitaban gente para identificar las sustancias y desarrollar antídotos. Un trabajo inestimable el suyo.

—Me han dicho que murió en Francia.

Gale asintió con la cabeza y dejó los portaobjetos y el vial con el resto del polvo en una batea esmaltada.

—Si no recuerdo mal, fue uno de los primeros en hacer pruebas prácticas. Habíamos pedido voluntarios que examinaran a los hombres que estuvieron expuestos a los gases, con el fin de averiguar más cosas sobre los síntomas en el momento del ataque. En realidad, le estábamos pidiendo que fuera al campo de batalla. Se le entregó un arma de fuego incluso.

—¿Fue entonces cuando lo mataron?

—Perdone, señorita Dobbs, pero tengo que seguir con esto —dijo señalando el pequeño recipiente—. Cuanto antes sepamos a qué nos enfrentamos, antes podremos prepararnos en caso de un nuevo ataque sobre un número mayor de personas.

Llamó a sus compañeros, que tomaron nota de dónde procedía y adónde llevaban la sustancia, y salieron del laboratorio en dirección a los ladridos. Maisie los siguió hasta una serie de barracones en los que tenían animales, a juzgar por los sonidos y los olores que salían de ellos. Entraron en un laboratorio contiguo. Cuando introdujeron al perro, Maisie decidió que tal vez tuviera razón el profesor: quizá fuera mejor no verlo. Salió del laboratorio y esperó en el pasillo.

Oía a los hombres hablar entre sí y a uno susurrando palabras tranquilizadoras al animal. Después se hizo el silencio y, al cabo de unos segundos, oyó un chillido estridente, seguido por un lloriqueo. Maisie se tapó los oídos y se alejó hasta que el ruido cesó por completo. Oyó un timbre fuera y se acercó a la ventana a mirar la desapacible tarde invernal. Vio a dos hombres con mono de protección acercarse a una puerta lateral por la que se accedía al laboratorio. Minutos después salieron, llevando entre ambos al animal muerto, envuelto en un saco y cubierto con una recia tela plastificada.

El profesor Gale fue hasta Maisie y la guio por el pasillo.

—Estimamos que tendremos más datos mañana por la mañana. Hasta el momento, creemos haber identificado las propiedades del polvo y seremos capaces de reproducirlo y hacer pruebas con él en el laboratorio. Después, trabajaremos en la fabricación de un antídoto. Pero todo eso lleva tiempo, varios meses normalmente. Aunque estamos acostumbrados a responder a peticiones gubernamentales con rapidez, de modo que hacemos suposiciones que, como científicos, tal vez no haríamos hasta avanzar mucho más en nuestras investigaciones. A veces se produce un golpe de suerte. Es un poco como jugar a los dardos. Tienes que plantar bien los pies en el suelo y calcular bien el tiro, pero si el otro equipo no para de gritarte que te des prisa, al final lanzas el dardo y esperas que dé en el blanco.

—¿Conoce a alguien que tenga los conocimientos para desarrollar algo así?

Gale se detuvo delante de un fregadero, abrió el grifo y empezó a lavarse las manos. Después cogió un cepillo y se frotó con cuidado

hasta el último milímetro de piel. Y entonces la miró.

—Lo hemos comentado en el laboratorio y, por lo que hemos deducido, las características de esta arma en particular, porque es un arma, no hay otra forma de llamarlo, sugieren que solo puede crearla alguien innovador y con capacidades avanzadas. Un genio diría yo.

—Y la línea que hay entre la genialidad y la locura es muy fina, ¿verdad?

Gale asintió con la cabeza y se secó con una toalla, que echó en un cesto de ropa sucia que tenía al lado.

—¿Es así como habría descrito a Stephen Oliver?

—Era brillante, pero…

—¿Lo habría descrito así?

El hombre se tocó el mentón y se frotó la mandíbula. Más que un académico despistado, John Gale tenía el aspecto de un hombre que llevaba a cuestas una pesada carga. Se cruzó de brazos y miró el suelo antes de volver a hablar.

—Vamos a mi despacho, señorita Dobbs, si no le parece mal. Aunque antes tenemos que lavarnos como es debido. En el vestuario hay un receptáculo donde dejar el mono, el gorro, los guantes y las mascarillas, y en la pared tiene las instrucciones que debe seguir. Nos vemos fuera, en el pasillo. Esperemos que ese Urquhart siga en la cafetería.

Maisie siguió las instrucciones al pie de la letra. Cuando salió, el profesor ya la estaba esperando en el pasillo. Mientras que el despacho que tenía en Oxford era un lugar agradable y estaba abarrotado de cosas, el que tenía ahí era austero y solo se veían unos pocos papeles en la mesa y varios archivadores cerrados con

un candado en la parte superior. Gale sacó dos llaves para abrir la puerta, le ofreció una silla y encendió un calentador eléctrico antes de sentarse él también en su lado de la mesa. Retomó la conversación donde la habían dejado.

—Stephen Oliver era un tipo interesante ya antes de la guerra. Llegó a Oxford con diecisiete años. No había visto un historial académico tan intachable en mis años de docente y científico. Sin embargo, carecía de lo que podríamos denominar «habilidades sociales», aunque yo diría que era una persona compasiva.

—¿A qué se refiere con que carecía de habilidades sociales?

El hombre se encogió de hombros.

—Mostraba una delicadeza absoluta cuando trabajaba en el laboratorio y se conducía con soltura cuando entregaba un artículo o cuando se dirigía a un grupo de estudiantes, incluso a la hora de defender su postura en un determinado estudio. Pero si le preguntabas si quería ir al pub a tomar una cerveza, cualquiera diría que no había salido nunca por ahí. Se veía que se sentía incómodo con las mujeres. Imagino a su profesor diciendo: «Este chico no sabe jugar» cuando era niño.

—Entonces, ¿hacía tiempo que lo conocía?

—Sí, fue alumno mío. Después empezó a trabajar en el laboratorio como investigador, y ya era un científico consumado cuando el gobierno nos reclutó a todos para colaborar durante la crisis a cuenta del uso de armas químicas por parte del enemigo.

—Cuénteme algo más sobre su muerte.

—Ahí es donde se complica.

—¿En qué sentido?

—Stephen perdió la cabeza en aquellas trincheras. Yo creo que no estaba sobrellevando la situación tan bien como otros ya antes de ir al campo de batalla.

—¿A qué se refiere?

—La percusión afectaba a mucha gente, incluso el ruido en la distancia, el estruendo constante, las bombas que sonaban como si te cayeran al lado. Intenté rechazar su ofrecimiento de ir al frente, pero la situación era verdaderamente caótica, señorita Dobbs.

—Lo sé —contestó ella—. El caso es que era otro cuando volvió de las trincheras.

—Neurosis de guerra. Repatriación inmediata a Inglaterra, donde lo internaron en un manicomio.

—¿No lo llevaron a un hospital para hombres que sufrían neurastenia?

—Él no era militar en el sentido estricto de la palabra. Ya le digo que era muy caótico todo. Lo metieron en un manicomio.

—¿Y su familia?

—Ah, sí, la familia.

—¿Qué quiere decir?

—La familia, su padre y su madre, se quedaron estupefactos cuando lo vieron. Un hombre joven, babeando todo el rato, incapaz de controlar muchas de las funciones humanas básicas. Temblaba y era muy sensible a los sonidos.

Maisie asintió con la cabeza.

—Ya, lo entiendo. ¿Y sus padres intentaron que lo trasladaran a otro centro? ¿Volvió a casa en algún momento?

—No. De hecho, sus padres dijeron que no podían con aquello. Según decía todo el mundo, estaban volcados en su trabajo con los

huérfanos. Demasiado diría yo.

Maisie se reclinó en la silla al comprender de repente.

—Dijeron a todo el mundo que su hijo había muerto, ¿verdad? Era una vergüenza, una humillación recibir a su hijo discapacitado, el hijo que en otro tiempo había sido un joven brillante.

—Sí —dijo el profesor, levantando la cabeza—. Pero luego mejoró durante un tiempo.

—¿Hasta qué punto?

—Hasta el punto de que encontró alojamiento en Oxford y pudo continuar investigando en la universidad. De hecho, parecía que la rutina le sentaba bien: el orden, la disciplina propia del científico le brindaban el control que necesitaba. Y cortó toda relación con sus padres, que yo sepa.

—¿Qué le ocurrió?

—Sufrió una recaída. Lo trajimos a trabajar aquí. —Levantó una mano—. Lo sé, lo sé, tal vez le resulte cuestionable la integridad de tal decisión, pero entienda que era un hombre brillante, un genio. Lo necesitábamos. Estábamos probando antídotos para todos los gases que utilizaron los alemanes y estábamos analizando otros que sabíamos que habían desarrollado, aunque no habían llegado a utilizar. Y aparte de eso, estábamos desarrollando nuestras propias armas, desde agentes biológicos para arrasar los cultivos en Alemania —el gobierno pensó que una manera de someterlos era matarlos de hambre— hasta gases y otros agentes nerviosos.

—Pero fue demasiado para él y sufrió una crisis nerviosa —especuló Maisie.

—Sí. Viéndolo en retrospectiva, era de esperar. Estaba haciendo pruebas con perros por entonces, y cuando quisimos darnos cuenta

había perdido la cabeza de nuevo. Por suerte uno de nuestros psiquiatras estaba aquí y se hizo cargo de la situación.

—Y lo internó en un centro, ¿no?

El profesor frunció el ceño.

—¿Cómo lo ha…? Lo sabe, ¿verdad?

Maisie suspiró. Se levantó y comenzó a moverse de un lado para otro.

—Era el doctor Anthony Lawrence, ¿verdad? Él se hizo cargo de la situación llevándose a Stephen Oliver de aquí para meterlo en uno de los hospitales en los que trabajaba.

—Así es.

Maisie retomó el movimiento y se detuvo delante de la mesa.

—Y si no me equivoco, Stephen Oliver volvió a recuperarse, ¿no es así?

—Sí.

—Pero lo necesitaban, de modo que volvió una vez más. Hasta la siguiente recaída.

El profesor asintió con la cabeza.

—El pobre sigue encerrado.

Maisie negó con la cabeza.

—Al contrario, sospecho que le dieron el alta hace tiempo, entre seis meses y dos años.

El hombre apoyó la cabeza en las manos.

—Entonces ha sido él. La terrible sustancia que ha matado a un perro hace un momento es obra de Stephen.

—No puedo asegurarlo, pero creo que podría ser.

Sin avisar y sin intención de llamar siquiera, la puerta del despacho se abrió de golpe.

—Lamento interrumpir esta reunión de mentes científicas, pero la necesito —dijo Urquhart, señalando a Maisie.

—Gracias, profesor Gale —dijo ella, tendiéndole la mano. Luego se dio media vuelta para seguir a Urquhart, pero aún giró la cabeza al llegar a la puerta—. Usted sabía que podía tratarse de él antes de que le trajera la muestra. ¿Por qué no dijo nada?

—Yo no quería creerlo. Sabía que estaba desequilibrado, pero te encuentras con muchas personas en este trabajo, muchas bastante excéntricas, y él es un hombre brillante.

—Y muy peligroso.

Maisie salió al pasillo mientras Urquhart, que no había oído la conversación que habían mantenido Maisie y el profesor, entró de nuevo en el despacho y le dijo que se pondrían en contacto con él al día siguiente para ver si habían hecho algún progreso. El personal de Mulberry Point iba a tener que trabajar a contrarreloj.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maisie, acercándose a toda prisa hacia el Wolseley que los esperaba.

—En defensa de Robbie he de decir, porque no es de los que juegan limpio con nuestro departamento, que acaba de llamar por teléfono. Sus informantes han debido de decirle que estábamos aquí, señorita Dobbs. Parece que el primer ministro acaba de recibir otra carta. Y esta vez podríamos estar enfrentándonos a algo gordo.

—¿Qué dice la carta?

—Que será un Año Nuevo más feliz para algunos, o algo así. Su jefe no ha especificado más.

—Él no es mi jefe —dijo Maisie, subiéndose al asiento trasero del coche.

—Bueno, lo que sea. El caso es que vamos ahora mismo a verlo. Pasaremos a recoger su patinete y nos seguirá hasta Scotland Yard.

El Wolseley arrancó y, según se levantaba la barrera para que salieran, Maisie se preguntó si debería contarle a Urquhart que creía conocer la identidad del autor de las cartas. Estaba a punto de tocarle el hombro, pero se lo pensó mejor. Algo le impedía hacer tal afirmación. Aunque parecía más que probable que Stephen Oliver fuera su hombre, una vocecilla en su interior le decía que esperase, que no mostrara aún su baza. Se reclinó en el asiento cuando el coche aceleró, mientras se planteaba si no sería más un sentimiento de lealtad, que por el hecho de haber trabajado con MacFarlane debería ser él el primero en saberlo.

> Siempre supe, siempre, que moriría solo. Que no tendría ningún pariente cariñoso ni esposa ni madre ni amor de quien despedirme. Así que tendré que llevarme a algunos compañeros. Por los viejos tiempos. Esta noche iré hacia la muerte como si fuera a una fiesta. Me pregunto si la mujer que trató de salvar a Ian, esa tal Maisie Dobbs, irá a alguna fiesta. Ya la había visto antes, caminando por la estación o cruzando la plaza. Sé a lo que se dedica. Pensé que ya habría dado conmigo a estas alturas. No es tan lista esa mujer que tan lista es. Siempre le da algo a la gente que pide en la calle; siempre tiene una moneda para los niños, los mendigos, los locos. Sí, me gustaría llevármela. A lo mejor es buena compañía. Pero Croucher no, aunque lamente mi suerte. Aunque sienta lástima por mí. Lástima. «Qué lástima», dijo una mujer al pasar a mi lado. No volví a verla. No volví a ver a mi madre tampoco después de que creyera que su hijo estaba loco. Aunque habría dado lo mismo. Apenas me conocía.

El lápiz empezó a arañar el papel, así que cogió el cuchillo y lo afiló hasta que se vio la mina de nuevo. La chupó y anotó una serie de números y letras. John Gale, u otro científico, entendería aquellas anotaciones. Sacaba la lengua mientras escribía, de modo que gotas de saliva acompañaban los números y las letras de la nueva fórmula, esa a la que llevaba días dando vueltas.

15

Maisie cogió el papel por una esquina y lo acercó a la luz.

—Escrita a lápiz como las otras. Y mire aquí, señales de humedad también como en las otras.

Darby asintió con la cabeza y añadió:

—Está claro que es el mismo hombre.

—Sí —confirmó Maisie reflexiva.

> Yo ya no tengo nada que hacer en esta vida, con este cuerpo ni con esta mente. Pero antes de irme, antes de rehusar la oportunidad de entrar en un nuevo año de miradas de reojo y lástima, dejaré la huella de mi paso. Van a lamentar no haberme hecho caso, ya lo creo. Yo solo quería que me escucharan, que me escucharan en nombre de aquellos que ya no pueden hablar, hombres a los que la guerra mutiló y la pobreza silenció. No habrá fiestas ni reuniones de anhelada felicidad para nosotros, los olvidados. Así que pondré fin a la gran fiesta. Por «Auld Lang Syne». Por los viejos tiempos.

—¿Y ahora qué hacemos, vigilar todas las fiestas de borrachos que se organicen en la ciudad en Nochevieja? —MacFarlane se movía de un lado para otro delante de Stratton, Darby, Urquhart y Maisie.

—Podemos cancelar los eventos públicos: los escalones de la catedral estarán hasta los topes esta noche y yo diría que ese va a ser el objetivo de este sujeto —opinó Urquhart, encogiéndose de hombros.

—Puede ser —dijo Stratton—. Se supone que está prohibido reunirse en los escalones de la catedral, pero sigue siendo lugar de encuentro para cientos de personas. Aunque sí podemos poner policías que dispersen a la gente. —Miró a MacFarlane como preguntando.

—Dispersar a los borrachos en Nochevieja nunca ha salido bien. —MacFarlane guardó silencio un momento—. Pero es un punto de partida —dijo y entrelazó las manos—. Muy bien, quiero que se cierren todos los lugares en los que vayan a celebrarse encuentros públicos esta noche. Que dispersen a todos y los manden a casa.

—Se va a montar una buena, jefe —dijo Darby.

—Mejor eso que la prensa nos despierte mañana diciendo que han matado a un grupo de juerguistas en Londres con una sustancia misteriosa, un gas nervioso, si es eso lo que va a utilizar. Podemos justificar unos cuantos disturbios si con eso evitamos un desastre mucho peor.

—Yo me voy ya al cuartel general, Robbie —dijo Urquhart—. Tengo hombres vigilando la ciudad desde hace días y quiero ver qué han averiguado. Estamos en contacto.

—Seguiremos dándonos por saco, Gerry.

—Lo sé, pero lo prefiero a correr el riesgo de que se nos pase algo.

—Eso es verdad. Estamos en contacto.

Urquhart salió y, nada más oír el clic de la puerta, Maisie carraspeó.

—Puede que tenga una pista sobre el autor de las cartas. No estoy segura al cien por ciento, pero sería negligente por mi parte no ponerlos al corriente, aunque tenga que confirmar la información.

—Siga, señorita Dobbs —dijo MacFarlane, volviéndose hacia ella. Stratton y Darby lo imitaron.

Maisie les contó los detalles de la visita a Mulberry Point y de su conversación con John Gale. El inspector jefe, que estaba de pie delante de la mesa, se cruzó de brazos y se apoyó en esta, moviendo varios documentos hacia un lado. Pero en vez de volver a ponerlos en su sitio, siguió la exposición de Maisie asintiendo con la cabeza y enarcando la ceja en un momento dado. Esperó a que terminara antes de hablar.

—De haber podido, le habría advertido de que Urquhart la estaba siguiendo. Pero, aunque me saque de quicio, cuenta con unos recursos que yo no tengo, y, nos guste o no, nuestros objetivos se cruzan en ocasiones. Así que no nos queda otra que intentar trabajar en tándem, y eso significa pedalear en diferente dirección la mayoría de las veces. Pero a lo que vamos —guardó silencio un momento, frotándose la barbilla y mirando el suelo—, quiero que se reúna con ese Anthony Lawrence a ver qué saca, señorita Dobbs. —Miró la hora—. ¡Caray, qué rápido pasa el tiempo! Quedan menos de seis horas para que el Big Ben dé las doce y medio Londres haya ido a casa.

—Me voy entonces —dijo Maisie, levantándose.

—Su ayudante debería estar aquí. Beale. ¿Dónde está?

Ella negó con la cabeza.

—Espero que esté camino de su casa. Prefiero que pase la Nochevieja con su familia.

—¿No es usted muy blanda con su empleado?

Maisie dejó pasar el comentario mientras recogía el sombrero y los guantes.

—Me pondré en contacto con usted en cuanto tenga algo. Quiero pillar al doctor Lawrence antes de que se vaya a casa.

Y salió de Scotland Yard a toda prisa en dirección al hospital.

Maisie se alegró de encontrar al señor Croucher en la conserjería del hospital. Aunque nunca se hubiera mostrado especialmente amable con ella, era una cara familiar.

—Ah, señor Croucher, ¿sabe si está el doctor Lawrence?

—No, señora, se ha tomado dos días de permiso.

—Vaya. Escuche, tengo que ver el historial de un antiguo paciente. Es un asunto urgente.

Croucher negó con la cabeza.

—No puedo dárselo si no está el doctor.

—¿Puedo hablar con la enfermera jefe?

El hombre negó de nuevo.

—Lo siento, señora, tendrá que volver después de Año Nuevo.

—Es un asunto de vida o muerte, señor Croucher. ¿Puedo hablar con la señora Kennedy, por favor?

—Ya se lo he dicho, señora. —Pareció ablandarse un poco, como reconsiderando su actitud obstruccionista—. Lo siento, es Nochevieja y la señora Kennedy tampoco está, es tarde. En condiciones normales está aquí a todas horas, pero…

Maisie notó que se le hacía un nudo en el estómago. Faltaba poco para medianoche.

—Señor Croucher, le pido que me ayude. ¿Sabe si un hombre de apellido Oliver estuvo ingresado aquí? ¿Stephen Oliver? Hace tiempo.

Croucher suspiró, miró el registro y negó con la cabeza.

—No me suena de nada, jamás he oído ese nombre, y veo a todo el que entra y sale de aquí, así que lo sabría.

Maisie lo miró, el poco pelo que tenía, los mofletes caídos. Le daba la impresión de que el trabajo era la única forma que tenía aquel hombre de hacerse valer.

—Gracias, señor Croucher, ha sido usted de gran ayuda.

Se dio media vuelta, pero al abrir la puerta del edificio, se giró de nuevo y miró hacia las puertas acristaladas de la conserjería. Vio al hombre poniéndose el abrigo y el sombrero detrás del mostrador. Se comportaba como si tuviera prisa y le pareció que le indicaba a otro celador lo que tenía que hacer en su ausencia: lo vio señalar con el dedo índice el horario que tenía clavado en la pared haciendo énfasis en sus palabras. Maisie sabía, por la manera en que se movía, que la decisión de salir había sido repentina, parecía nervioso y seguía dando órdenes cuando abrió la puerta de la conserjería y salió al vestíbulo. Se dirigió a la puerta con rapidez. Maisie se echó a un lado y se escondió detrás de un arbusto cercano entre las sombras. Croucher tenía prisa. Se detuvo en la puerta a subirse el cuello del abrigo para protegerse del frío antes de bajar los escalones. Y en un abrir y cerrar de ojos desapareció entre la niebla cada vez más densa.

Maisie salió corriendo hacia el coche y siguió por la calle hasta que lo vio, avanzando con pesadez hacia el autobús y subirse a este justo cuando ya salía de la parada. Siguió al autobús a cierta distancia y se detuvo cuando el hombre se bajó y tomó otro en dirección a Marylebone Road. Estaba segura de que Croucher iba a conducirla hasta el sujeto que había escrito las cartas, el mismo que

había acabado con la vida de seres inocentes, un hombre y varios animales. ¿Qué clase de persona era? ¿Alguien que había sido abandonado y se sentía tan alejado de la vida que le parecía fácil de quitar? Recordó hablar con Maurice sobre la naturaleza de los asesinos, sobre que algunos llevaban un secreto muy dentro, como la semilla que se introduce profundamente en la tierra a esperar el momento perfecto para germinar, el momento de dejarse ver. Había secretos que podían permanecer ocultos años, y también había personas que anhelaban que se descubriera su secreto, su crimen, ya fuera pasional o premeditado. Quedaban a la espera de que la verdad saliera a la luz. Caso tras caso había visto el momento en que el autor de un crimen instigaba el descubrimiento: la equivocación torpe, el error flagrante o la confesión hecha a alguien que podría contarlo. Redujo la marcha al ver que el autobús se detenía de nuevo, preguntándose si ese sería de los asesinos que quería que los descubrieran, que se fijaran en ellos, que los reconocieran. A lo mejor quería que lo detuvieran antes de que volviera a matar.

Croucher se bajó y caminó unos cuatrocientos metros hasta la siguiente parada. Aquel tipo de trayecto no era algo inusual. Sabía que si Billy no caminara un buen rato para ahorrar dinero, tomaría tres autobuses en vez de uno. Observándolo desde el coche al ralentí, se preguntó si el caminar de un lado para otro en la parada del autobús y mirar constantemente la hora en el reloj de una iglesia cercana se debería a los nervios o al frío. Estudió con atención sus movimientos y se fijó en que su modo de andar revelaba nerviosismo. Reconoció el miedo. «Va a avisarle. Va a decirle que lo hemos descubierto. ¿Será Stephen Oliver la persona a quien va a

ver?». Miró a su alrededor buscando una cabina de teléfono y vio una iluminada a unos metros del coche. Salió corriendo hacia ella sin apagar el contacto. Abrió la puerta, levantó el auricular y marcó el número de Scotland Yard sin perder de vista al hombre, mientras preguntaba por MacFarlane.

—¡Sí!

—Soy Maisie Dobbs.

—¿Tiene algo?

—Lo llamo desde una cabina en Marylebone Road, en dirección a Euston Road. Estoy siguiendo a un tal Croucher, es celador en el hospital. Creo que va a hacerle una visita a nuestro hombre.

—¿Y qué le hace pensar tal cosa?

Maisie guardó silencio sopesando si ganaría algo contestándole con toda sinceridad.

—Lo percibo. ¿Es suficiente para usted?

—Tiene mucho más sentido que estar aquí esperando, sabiendo que algo malo va a pasar. Vamos a buscarla. No corra ningún riesgo.

Y colgó.

Maisie regresó al coche justo cuando llegaba el autobús y vio a Croucher subirse. Salió detrás del autobús siguiendo por Marylebone Road. Empezó a repasar los acontecimientos de la última hora, desde su llegada al hospital, y su conversación con el celador. ¿Se debía su apresurada marcha del hospital simplemente a que lo había entretenido con sus preguntas? ¿Lo había obligado a salir corriendo para llegar a la parada del autobús a la que solía ir caminando tranquilamente al terminar la jornada? Se preguntó si había hecho una conjetura equivocada, pero negó con la cabeza. No, sabía adónde iba.

Casi no veía lo que tenía delante en aquella densa niebla, y si no fuera por el autobús y las sombras emborronadas que creaba la luz de las farolas a su alrededor y delante de ella, puede que no lo hubiera visto bajar de un salto de la plataforma trasera del autobús y caminar por Euston Road, para tomar después Warren Street. En ese momento sintió un roce gélido en el cuello, una sensación que ella sabía que era una advertencia, la indicación de que algo no iba bien, que no era como debería. No era la primera vez que la alertaba de un peligro. La sensación se convirtió en un dolor que irradiaba desde el foco de origen y se preguntó si no habría tenido al autor de las cartas, ese hombre demente, delante de las narices todo el tiempo y no lo había visto.

Siguió a Croucher por Warren Street y, como había bastante movimiento de gente que entraba y salía de los pubs, puede que un poco más bulliciosos de lo normal por ser la última noche del año, aparcó en un lugar donde la policía pudiera verlo bien y continuó a pie, sin perder de vista al hombre. ¿Dónde estaba MacFarlane? ¿Estarían vigilándola sin que ella lo supiera? Croucher siguió caminando, lo que hizo que Maisie se preguntara por qué no había bajado antes del autobús, cuando había tenido oportunidad, justo enfrente de la estación de metro de Great Portland Street. Solo habría tenido que cruzar la calle. Dejó más espacio entre el hombre y ella. Se le ocurrió que lo mismo sabía que lo estaba siguiendo y estaba dando más vuelta para comprobarlo. Con cada paso que la alejaba de la zona más concurrida de la calle, sabía que estaba sola.

Croucher giró de nuevo por la parte de arriba de Cleveland Street y siguió zigzagueando entre las calles adyacentes hasta detenerse ante unos escalones que conducían a un bajo. Se ocultó entre las

sombras cuando el hombre se volvió a mirar hacia atrás. Aunque para ella no era más que una figura gris en la oscuridad, estaba segura de que no bajó hasta mirar a un lado y otro. Entonces se aproximó con cautela al edificio y evaluó la zona.

Solía decirse de los alrededores de Fitzroy Square, y no estaban lejos de allí, que podían sentarse a la misma mesa un par del reino y un fontanero, y ninguno se extrañaría. Había casas bien amuebladas junto a bloques de pisos, y edificaciones pulcras junto a otras en estado ruinoso. Había mansiones en las que dos personas vivían cómodamente y habitaciones amuebladas para alquilar donde el casero no hacía preguntas, siempre y cuando le pagaran el alquiler. Algunas daban a una pared cubierta de hollín y otras contaban con compactos jardines rodeados por una tapia, un derroche de color frente a la grisura de los edificios castigados por el humo y la humedad. Vio que Croucher había ido a visitar a alguien que vivía en un apartamento sin agua caliente, un alojamiento barato para alguien en la miseria, un lugar feo para alguien que no podía permitirse otra cosa, cuyos moradores se fundían en la noche y eran invisibles de día. Era un lugar en el que las actividades de alguien que se sentía menospreciado pasarían desapercibidas y en el que la decepción y el desánimo eran compañeros de cama, un lugar en el que la humedad fría helaba la sangre y succionaba la calidez y la esperanza.

Maisie miró por encima de la barandilla de hierro y vio la pálida luz que brotaba de una lámpara de aceite, como si el morador viviera en la oscuridad y hubiera encendido la luz para recibir a la visita. Calmó la respiración colocándose los dedos de la mano derecha sobre el abrigo unos cinco centímetros por debajo de la cintura, buscando el

equilibrio para respirar con facilidad y moverse con soltura. Miró a su alrededor por si los hombres de MacFarlane hubieran descubierto su paradero y fueran en su ayuda, pero no podía esperar más. Bajó los escalones y se pegó a la pared junto a la ventana.

Los hombres hablaban en voz baja, casi no se entendía lo que decían. Pasaron varios segundos y oyó movimiento cerca de la ventana, y la voz del hombre que sabía que era el sujeto que estaban buscando. Era una voz pastosa, como si se le formara mucosidad en el esófago. Lo oyó carraspear primero, resollar y toser antes de volver a hablar.

—No necesito tu protección, Croucher. Puedo cuidarme solo. Has sido muy amable al traerme comida.

—Tiene que cuidarse, señor. Necesita alimentarse bien y yo siempre puedo conseguir comida.

—No te preocupes. Pronto terminará todo.

—¿Qué quiere decir, señor? ¿A qué se refiere? —preguntó Croucher, elevando el tono de voz para terminar en un sollozo quejumbroso, la voz de alguien frente a lo inevitable. Maisie frunció el ceño. Por su tono se diría que el celador trataba de controlar al otro hombre, pero no podía luchar contra la voluntad de este.

—Quiero decir que falta poco. A medianoche. Se van a enterar.

—No puede hacerlo. No lo haga, por favor. No puedo seguir encubriéndole. Esa tal Dobbs ha vuelto a venir al hospital esta tarde a ver a Lawrence, sin concertar cita ni nada, se ha presentado sin más. Sé que lo está buscando y sé que dará con usted. La he visto: no se detiene ante nada.

—Cierra la boca y vete de aquí. Vete ya —susurró en la oscuridad de la noche, consciente de que Croucher estaba jugando con fuego

—. No digas una sola palabra y vete.

—Creo que será mejor que se tumbe, señor. Le prepararé una sopa o un té. Mire, he traído algo de comer. No ha habido muchas sobras hoy, pero le darán fuerzas.

Maisie se estremeció al oír el golpe de algo contra el suelo, un tarro o una lata y dos o tres cosas más. ¿Habría tirado al suelo las cosas que le llevaba Croucher? Contuvo la respiración de nuevo mientras el tipo hablaba.

—No quiero tu lástima y no quiero que me digas lo que tengo que hacer.

El hombre sorbía ruidosamente al hablar.

«Es él, lo sé, ¡es él!», pensó Maisie.

—Pero yo solo quiero ayudar.

Un golpe seco la hizo estremecer de nuevo. ¿Y si el hombre se había excedido? ¿Y si había agredido a Croucher con un fuerte bastón tal vez, uno de esos con la punta de acero o con empuñadura de latón? Cerró los ojos e imaginó que lo golpeaba en la cabeza con el bastón en un determinado ángulo, descargando el peso sobre él, y supo que el celador estaría en el suelo, probablemente inconsciente. Puede que muerto incluso.

Cerró los ojos y pidió consejo, pidió ayuda a ese Dios de cuya existencia había dudado en más de una ocasión, porque sabía, lo intuía, que cuando aquel hombre saliera de allí lo haría con la intención de matar, y no mataría a una sola persona. Oyó las campanas de un reloj a lo lejos. Pasaban de las ocho. La multitud se dirigiría hacia los escalones de la catedral. La gente estaba ya en los pubs; bastaba con acercarse a Charlotte Street para ver que ricos y pobres estaban de juerga. Subió a la altura de la calle sin hacer

ruido y miró a un lado y a otro. Nada. No se veía por ninguna parte a los hombres de la Rama Especial. Confiaba en que la policía hubiera visto su reconocible MG y que estuvieran inspeccionando todas las calles del vecindario. Si aquel hombre salía de su habitación, no podría esperarlos, tendría que detenerlo antes de que pusiera el pie en la calle. Tenía que impedir que saliera, aunque le fuera la vida en ello.

El hombre echó la silla hacia atrás y vio que la sangre que salía de la cabeza de Croucher empezaba a formar un charco en el suelo. Sintió la frialdad que se apoderaba de su cuerpo. No era frío en el sentido de lo opuesto a calor. En cualquier caso, ya se había acostumbrado al frío y la humedad; aunque a veces podía con él y lo dejaba tan destrozado que no tenía fuerzas ni para salir de la cama. Aquella era otra clase de entumecimiento cortante. Era el hilo de insensibilidad que lo recorría por dentro como el mercurio dentro de un termómetro, el peso de la materia encauzada a lo largo de los túneles de la vida, arrebatándole la sensibilidad, la capacidad de horrorizarse, hasta el punto de que aun viendo que el cuerpo de Croucher iba enfriándose y poniéndose rígido no sentía nada. Ni vergüenza ni tristeza ni miedo. Nada. Si todavía tenía alma, ya no la sentía.

Miró a Croucher como si estuviera delante de un experimento, observó la sangre coagulándose en un charco y espesándose, de manera que si la tocaba con el dedo se formarían estrías. Nunca había golpeado a una persona. No era propio de él. Pero ya no importaba. «¿Qué importa nadie al final?». Cogió el cuaderno de

piel, soltó la cuerda que sujetaba las tapas y sacó el lápiz. Comprobó el tacto de la mina con el pulgar y puso una mueca al notar una astilla de madera. Se dirigió cojeando a un cajón, del que sacó un cuchillo y una chaira para afilarlo, y volvió a sentarse de un modo que sugería que le faltaba el equilibrio. Comenzó a deslizar la hoja de un extremo a otro del utensilio alargado, semejante a un atizador, frunciendo el ceño por el esfuerzo de concentración que le exigía la tarea. Comprobó la hoja de nuevo y, satisfecho con el resultado, dejó la chaira y se puso a afilar el lápiz hasta dejar tres milímetros de mina a la vista. Dejó el cuchillo en la mesa y comenzó a escribir.

> Esta es la última anotación que hago. No volveré a escribir, porque ya no estaré. Y nadie me echará de menos. Pero no me iré solo. Y puede, puede que entonces sí que se den cuenta. Conozco mis limitaciones, sé hasta dónde puedo llegar, y si pudiera llevarme al primer ministro o a sus egoístas cómplices lo haría. Pero no puedo, así que tendré que llevarme a alguien a quien sí pueda acceder, entonces sabrán esos imbéciles de Westminster lo que es ser invisible. Ser uno de los olvidados, uno de los perdidos.

Cruzó la página con una línea irregular. Cerró el diario, lo ató con la cuerda y se lo metió en un bolsillo interior del raído gabán.

Maisie miraba por la ventana, con tan poca luz que casi no se proyectaban las sombras, y lo vio subir un poco la mecha y dirigirse a un armario. Sacó un tarro, pero ni forzando la vista consiguió distinguir si lo que contenía era un líquido viscoso o un polvo denso. El hombre cogió unas cerillas y un vial. Observando desde la calle, Maisie sabía que no podía dejar que saliera de la casa para hacer lo

que pensaba hacer. No podía dejar que volviera a matar. Se apartó de la ventana, dio un paso a un lado y llamó a la puerta con los nudillos.

16

—¿Quién es? ¿Quién llama a estas horas?

—¿Señor Oliver?

—Aquí no vive nadie con ese nombre.

Maisie se mordió el labio y volvió a intentarlo.

—Señor, creo que sabe quién soy. Me llamo Maisie Dobbs. Según tengo entendido mencionó mi nombre en una carta que envió el día de Navidad.

Silencio.

—¿Señor?

—¿Qué quiere?

Maisie se aclaró la garganta.

—Me gustaría hablar con usted si me lo permite.

—¿De qué?

—Pues… —Pausa—. Podríamos empezar hablando de Ian Jennings. Creo que lo conocía usted, y también al señor Croucher. Eran amigos suyos los dos, ¿no es así?

—¿Eran? —repitió el hombre entornando los ojos.

Maisie se dio cuenta de su error: se había referido a Croucher en pasado. «Eran amigos suyos los dos». Acababa de decirle que lo había visto golpear a Croucher. Oyó la vibración metálica de una

cadena, seguida por el sonido de la llave al girar en la cerradura y el de un cerrojo al descorrerlo. Y abrió la puerta.

Maisie no mostró emoción alguna al ver el rostro lleno de cicatrices, la línea amoratada que le bajaba desde la frente pasaba por encima del ojo y llegaba hasta la mandíbula. La espalda se le curvaba como si tuviera chepa y un pie se le abría hacia el lado. Un hombro quedaba más alto que el otro y tenía los puños cerrados ante el torso. Maisie imaginó que había sido un hombre alto, un metro ochenta o más. Sin embargo, las circunstancias vividas lo habían menguado bastante. Solo podía hacer suposiciones acerca de lo que le había sucedido, pero sabía que había visto antes a aquel hombre.

—Yo lo he visto antes, en Charlotte Street.

Sin previo aviso, el hombre la apresó del cuello de la chaqueta con una mano curva como una garra, tiró de ella hacia el interior y cerró la puerta con brusquedad.

—He venido a ayudarlo, señor.

—¡Ya es tarde, maldita sea!

Con la escasa iluminación que proporcionaba la lámpara de aceite, cuya mecha se consumía a gran velocidad, Maisie contuvo la necesidad de bajar la vista y mirar el cadáver del otro hombre, un taciturno celador de hospital para ella. Al mirar al asesino a los ojos oscuros e inexpresivos, comprendió que no iba a conseguir con empatía. Le había sorprendido su fuerza y sabía que en ese momento ya no había conexión alguna entre sus actos y el pensamiento racional.

—Creo que entiendo por qué ha acabado con la vida de hombres y animales. Y entiendo el enorme peso.

—¡Hágame un favor, se lo ruego!

Estaban el uno frente al otro y Maisie se preguntó qué palabras, qué actos conseguirían aplacar a un hombre para quien ninguna forma de comunicación humana parecía significar nada. Allí mismo, mirándola como estaba, puso los ojos en blanco mientras se le caía la baba.

—Ha cometido usted asesinatos y creo que tiene intención de volver a hacerlo, solo que esta vez pretende acabar con la vida de muchas más víctimas inocentes.

—¿Inocentes? ¿Inocentes? ¿Inocentes de qué? ¿Inocentes de estar ciegos ante la grave situación de otras personas cuando salta a la vista lo que han tenido que soportar? Eso es algo terrible, señorita Maisie Dobbs. Yo no veo ahí la inocencia, no la veo por ninguna parte.

Maisie recobró el dominio de sí misma confiando en ganar algo de tiempo, el que necesitaba la policía para registrar cada calle y cada casa, porque estaba segura de que a esas alturas ya habrían encontrado su coche.

—Lo vi. Lo vi en la calle y le di lo que podía.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, y trató de darle algo a Ian.

—Entonces era usted el hombre que me vigilaba.

—Sí, era yo. Me acordaba de usted. Solo que desconocía cómo se llamaba hasta que oí a ese tipo gritar a voz en cuello: «¡Maisie Dobbs! ¡Señorita Maisie Dobbs!». Pero ahora trabaja con ellos, ¿no es así? Forma usted parte de la rueda. Usted y los que son como usted no saben lo que es ser como nosotros, lo que es estar solo, lo que es saber que nadie te conoce.

—Entonces, ¿cómo conoció a Jennings? ¿Y a Croucher?

El hombre miró al suelo.

—Sí, pobre gorrión Croucher.

Maisie frunció el ceño sin entender. Tenía la impresión de caminar sobre una placa de hielo que podía romperse de un momento a otro. Sentía que su mundo podía darse la vuelta en un abrir y cerrar de ojos. Aun así, no miró a Croucher, aunque olía ya la muerte que lo envolvía, olía el tiempo absorbiendo el calor del cuerpo, endureciéndolo y enfriándolo.

—Conocí a Ian por ahí. No sé dónde. No me acuerdo, puede que tuviera alguna relación con Croucher. —Parecía distraído, como si se sintiera fatigado de repente—. Puede que lo conociera hace años. Y que tratara de ayudarme, aunque era él quien necesitaba ayuda. —Miró la lámpara, que cada vez iluminaba menos, y suspiró—. Le defraudaron, sabe, los de las pensiones para los soldados. Lo convocaron y tres sabiondos le dijeron que podía trabajar, que tenía bien la cabeza y podía moverse. —Dirigió la atención de nuevo hacia Maisie y puso los ojos en blanco intentando concentrarse. Negó con la cabeza y retomó la palabra—. Pero el pobre Ian no consiguió trabajo, claro. Si ya es difícil para alguien con todas las partes de su ser intactas, imagínese, ¿no le parece, señorita Dobbs?

Ella asintió con la cabeza deseando apaciguarlo.

—Fueron momentos difíciles.

—Y Croucher, pobre.

—¿Qué quiere decir?

—Es una de esas personas que siempre están ayudando a los demás. No sé por qué, pero me vio, no recuerdo dónde fue, pero me vio. Y puede que también viera a Ian, mendigando en distintas

partes de la ciudad. Y trató de ayudarnos. —Movió la cabeza de un lado a otro como tratando de despejar la vista cuando lo ves todo borroso—. Ah, sí, fue ahí donde conocí a Ian. Creo que Croucher lo trajo para que lo conociera, para que nos hiciéramos amigos. Creo que pensaba que ya nos conocíamos.

—¿Y eran amigos Jennings y usted?

Se encogió de hombros.

—Tendría que haber esperado. —Se señaló la cabeza—. Jennings no estaba bien de aquí. Le conté que tenía un plan, que ya me había cansado de esperar y que podía hacer que el país se doblegara. Pero el chico perdió la cabeza, pobre necio. —Se encogió de hombros de nuevo—. No sé por qué siempre le decía chico. Ni siquiera sé si era más joven que yo.

—¿Y cuántos años tiene usted, señor?

El hombre hizo una mueca de dolor y se agarró las sienes.

—Debo de tener casi cuarenta, treinta y ocho. —La miró de nuevo —. No quiero seguir hablando. Tengo que seguir con lo mío. De hecho, tengo que hacer algo con usted. No quiero que me detenga, no quiero que…

Oyeron a lo lejos la sirena de un coche de policía acercándose. Y al momento les llegó otra desde la dirección contraria. El hombre movió la cabeza a un lado y a otro, como tratando de determinar la procedencia del sonido. Maisie aprovechó para retroceder, pero el hombre se lanzó sobre ella con rapidez y le rodeó el cuello con el brazo izquierdo desde atrás. Pese a su discapacidad, tenía más fuerza que ella.

—De eso nada, ya ha visto demasiado.

—No puede escapar, señor. Sé lo que ha planeado, sé lo que va a hacer con ese tarro. —No sabía si jugar ya su mejor baza, pero no tenía margen para correr riesgos. Casi no podía hablar, pues le estaba apretando la garganta con el brazo—. La policía y el servicio secreto también lo saben. No tiene ninguna posibilidad. No salga. Seguro que…

Maisie se atragantó y tosió, y trató de quitarse el brazo del hombre de la garganta. Empezaba a marearse y a ver puntos luminosos de colores en la visión periférica. Se estaba ahogando. Con toda la fuerza que pudo reunir, empujó hacia atrás y le clavó el codo en las costillas. Notó que el hombre perdía el equilibrio. Le soltó el cuello y cayó contra la mesa. Las sirenas sonaban más cerca. Oyó voces amortiguadas a lo lejos, hombres que corrían en todas direcciones, acercándose y alejándose.

Jadeando, Maisie se volvió a mirar a un hombre que sabía que estaba loco, un hombre con unos pensamientos que las restricciones que situaban su conducta dentro de los límites considerados normales no eran capaces de moderar. Como necesitó de toda su fuerza para recuperar algo de equilibrio, el tarro cayó hacia un lado de la mesa y rodó hacia delante y hacia atrás. El hombre siguió el movimiento con mirada aturdida, como si lo que veían sus ojos no tuviera relación con las visiones que había dentro de su cabeza. Maisie se lanzó a por el tarro y sintió el peso en las manos, pero cuando miró hacia atrás se encontró con los ojos de un asesino, que la amenazaba con un cuchillo.

—Démelo.

—Señor, esta sustancia es peligrosa. La policía no tardará en llegar y si se entrega es posible que se muestren indulgentes con usted,

recibirá los cuidados necesarios.

—Me encerrarán en el lugar que me corresponde, ¿no es así? Me encerrarán en un lugar donde nadie pueda verme y donde no constituya un peligro para mí mismo. Siempre quieren encerrarte, hasta que vuelvan a necesitarte, hasta que «tu país te necesite» —dijo esto último imitando el tono de los mensajes que se veían en los carteles de reclutamiento en tiempos de guerra, mientras agitaba el cuchillo delante de ella, pero Maisie sujetó bien el tarro contra su cuerpo—. Y quieren lo que hay en ese tarro, ¿verdad? —Se señaló el lado de la cabeza por segunda vez—. Pero yo…

Las voces sonaron más cerca. Cuando el hombre se volvió siguiendo el sonido, Maisie aprovechó y le dio una patada con todas sus fuerzas. El hombre cayó de nuevo hacia atrás y se sujetó en la pared. Maisie se tambaleó al resbalar cuando pisó la sangre que salía de la cabeza de Croucher. Agarró el tarro con una mano y se apoyó en la mesa con la otra para levantarse. Le sudaba la frente cuando el hombre arremetió de nuevo contra ella. Pero de pronto se detuvo y miró por la ventana, levantando bien la cabeza para alcanzar a ver la calle. Las pisadas apresuradas resonaban en los adoquines húmedos, pero Maisie sabía que aunque gritara no la oirían allí abajo.

El hombre centró de nuevo la atención en ella, como si acabara de despertar de un sueño profundo. El lento movimiento de sus ojos le recordó a Maisie a un paciente después de una operación, aún bajo los efectos del éter, antes de recuperar la conciencia por completo.

—Ya se ha terminado todo, ¿verdad?

—Sí —dijo ella con suavidad—. Ya se ha terminado.

—No me llevarán a ninguna parte.

Maisie sintió las lágrimas en las comisuras de los ojos. Se acordó de Ian Jennings. Lo vio delante de ella, se vio a sí misma alargando la mano para intentar evitar lo que sabía que iba a pasar y volvió a sentirlo: la seguridad de que ese hombre iba a quitarse la vida.

—Lo sé —dijo ella, asintiendo con la cabeza.

—¿Cree usted que el cielo existe, señorita Dobbs?

Maisie carraspeó antes de contestar.

—Creo que existe un lugar mejor que este.

El hombre se encogió de hombros, levantó el cuchillo y, sin emitir un solo ruido, se hizo un profundo corte en las muñecas. Se derrumbó en el suelo mientras la sangre salía a borbotones, y Maisie empezó a llorar. El hombre aprovechó la última gota de energía que le quedaba para sujetar con firmeza el cuchillo con la hoja hacia arriba y rodar sobre él, de forma que se le clavara en el corazón.

Maisie gritó y, asiendo el tarro contra el pecho, rodeó el cuerpo, abrió la puerta y salió corriendo a la calle.

—¡MacFarlane! ¿Dónde está? ¡MacFarlane!

Dos policías emergieron de entre la niebla corriendo hacia ella haciendo sonar los silbatos. Un minuto después, un Invicta negro dobló la esquina y, antes de que se detuviera por completo, la puerta trasera se abrió y Robert MacFarlane salió corriendo hacia ella. La rodeó con los brazos y le habló con una dulzura que nunca antes le había oído, aunque de eso Maisie se dio cuenta después.

—Ya está, ya pasó, ahora estamos aquí, estamos aquí. Se acabó.

Maisie se dejó tranquilizar, se permitió llorar en el hombro de MacFarlane. Siguieron llegando coches de policía y MacFarlane la metió en el Invicta, mientras gritaba órdenes a los agentes. Stratton y Darby llegaron a los pocos minutos y, mientras ella buscaba el

silencio reclinada sobre la blanda tapicería de cuero, precintaron la escena donde había tenido lugar un asesinato y un suicidio, y llamaron al forense.

La puerta del copiloto se abrió y levantó la vista, esperando encontrarse con MacFarlane o Stratton. Era Urquhart.

—Buen trabajo, señorita Dobbs. Dos muertos y nadie a quien interrogar. Ah, creo que eso es para mí —añadió extendiendo el brazo hacia el tarro, pero ella no lo soltó.

—Señor Urquhart. Dos muertos, no doscientos. Un asesinato. Puedo contarle lo sucedido, si quiere, o puede esperar a leer la declaración que haré a Scotland Yard. Puedo hablarle también del suicidio, que iba a tener lugar igualmente, porque eso era lo que había planeado el hombre. Solo que no se llevó a más gente por delante, aparte de Croucher.

Urquhart negó con la cabeza.

—Lo siento. Tiene muy mal aspecto.

—Es el aspecto que tiene la gente que ha visto el sufrimiento reflejado en los ojos de otra persona.

—¿Me permite? —preguntó él, tendiendo la mano hacia el tarro.

Maisie esperó un momento y, finalmente, se lo entregó.

—Tenga cuidado, señor Urquhart. Creo que aquí dentro está la mitad de otro agente destructivo. Y si entra en el apartamento encontrará un vial que contiene lo que creo que es una sustancia catalizadora capaz de convertir lo que quiera que haya dentro de ese tarro en un arma letal.

—Lo llevaré directamente a Mulberry Point.

—Me da igual adónde lo lleve, señor Urquhart, lo importante es que esté lejos de seres humanos inocentes.

—Gracias, señorita Dobbs. Sé que no hemos tenido una relación laboral agradable, dado que es usted una civil que colabora con la Rama Especial, pero ha hecho un buen trabajo.

Maisie asintió con la cabeza y cerró los ojos.

—Cierre la puerta con cuidado, si no le importa.

Maisie estuvo declarando durante más de una hora en Scotland Yard, tras lo cual se reunió con MacFarlane, Stratton y Darby en el despacho del primero. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche y había sido un día muy largo para todos.

—Tendremos que venir otra vez mañana a primera hora.

—Pero… —Stratton se detuvo antes de decir nada más.

—¿Algún problema, Stratton? —MacFarlane levantó la vista de las notas que había tomado durante el registro del apartamento.

—No, señor, ningún problema.

Miró de reojo a Maisie, que sabía que Stratton tenía un hijo al que sin duda había prometido que pasarían juntos el primer día del año.

—Muy bien —continuó el jefe—. Esto es lo que tenemos. —Miró a Maisie primero y luego a sus hombres—. Seguiremos investigando. Pero de momento puedo decir que no había nada en el apartamento que nos permita identificar al hombre que mató al señor Edwin Croucher, celador de hospital y residente en Catford. No había cartas ni facturas, nada.

—¿Y qué dice el casero? —preguntó Maisie inclinándose hacia delante en la silla.

—Según el casero, el hombre pagaba el alquiler por adelantado, todas las semanas, y nunca se retrasaba. No dio ningún nombre

cuando llegó, hace año y medio. Y al casero solo le interesaba cobrar, de modo que no hacía preguntas. Pagaba el alquiler siempre con monedas: un penique, tres peniques, medio penique, florines. Pagaba con lo que sacaba pidiendo en la calle.

—¿Quiere decir que no había absolutamente nada en el apartamento que nos sirva para identificar a ese hombre? —Darby lo miró, frunciendo el ceño.

El inspector jefe cogió un paquete envuelto en un trozo de muselina y lo destapó.

—Nada más que esto, su diario. Los desvaríos de un hombre que estaba más *p'allá* que *p'acá*.

—¿Lo ha leído, inspector? —preguntó Maisie.

—Le he echado un vistazo por encima.

—¿Me permite? —preguntó, alargando el brazo hacia él, que le entregó el diario envuelto.

—Tenga cuidado, señorita Dobbs, hay que llevárselo a los chicos del laboratorio.

—Lo comprendo. ¿Puedo leerlo?

—Puede, pero he pensado que podríamos brindar todos juntos antes.

—¿Brindar? —preguntó Darby.

—Colm, muchacho, no nos hemos comportado como deberíamos.

El hombre se levantó, abrió un archivador y sacó una botella de whisky y cuatro vasos del último cajón. Los colocó en fila en su mesa y sirvió la cantidad exacta del líquido ambarino en cada uno. Sin soltar la botella, cogió un vaso y lo entrechocó con fuerza contra los otros tres uno por uno, y todos, Maisie incluida, tuvieron que darse prisa en coger su whisky.

—Feliz Año Nuevo a todos. *Slainte*! —MacFarlane se bebió el suyo de un trago y dejó el vaso con un sonoro golpe para rellenarlo, justo cuando el Big Ben daba las campanadas que marcaban el comienzo del año nuevo.

Los hombres imitaron a su jefe y se bebieron el whisky de un trago, mientras que Maisie cerraba los ojos, echaba la cabeza hacia atrás y daba un sorbo tratando de no toser.

—Así se hace, muchacha, de una vez. Te limpia por dentro y duermes como un bebé. ¿Alguien más quiere otro? —invitó, agitando la botella, y sirviendo otro chupito para Stratton y Darby.

Maisie se aclaró la garganta, que le ardía.

—¿Me permite usar el teléfono, inspector?

—Stratton, acompaña a la señorita al despacho de al lado, para darle un poco de intimidad. Si alguien quiere hacer una llamada cuando el año nuevo está todavía en pañales, tiene que ser algo personal.

—Puedo ir yo sola. Enseguida vuelvo.

Cerró la puerta del despacho y se acercó al teléfono que había en la mesa para llamar a Priscilla. El ama de llaves de Holland Park contestó y le pidió que esperase mientras iba a buscar a la señora Partridge.

—Espero que tengas una buena excusa —dijo Priscilla con sequedad y enfado, tal como esperaba.

—Lo cierto es que tengo una excusa más que buena, Priscilla, solo que este no es momento de hablarlo.

—Pareces agotada, Maisie —dijo Priscilla, suavizando el tono.

—Un poco. ¿Cómo te encuentras tú? ¿Qué tal la fiesta?

—La fiesta, fantástica. Todavía estamos con el champán, bailando, celebrando el Año Nuevo con toda la alegría posible.

Ya fuera por el whisky, o por los acontecimientos que habían tenido lugar ese día, Maisie sintió que se emocionaba.

—Te he echado de menos, Priscilla.

—Cariño, yo también te he echado de menos, amiga mía. ¿Seguro que no puedes venir? Hay fiesta para rato y el desayuno no se servirá hasta las cuatro y media para que nos dé tiempo a celebrar bien. Después, cada uno a su casa.

Al oír la ilusión en la voz de Priscilla, Maisie no quiso disgustarla otra vez.

—Pris, déjame que llegue a mi casa a ver cómo me siento. Pero no cuentes con ello.

Le pareció oírla sollozar y guardar silencio un momento antes de volver a hablar.

—Supongo que estoy siendo muy egoísta, ¿verdad? Es que empezar otro año se me hace muy duro. Eso de mirar hacia el futuro y desear feliz año a la gente cuando yo estoy aquí, preguntándome qué pasará de aquí al próximo treinta y uno de diciembre. Me siento acorralada.

—Shh, Pris, no te preocupes. Vuelve a tu fiesta, reparte esa sonrisa tan luminosa entre tus invitados. No te prometo nada, pero a lo mejor recobro un poco las fuerzas cuando llegue a casa.

—Feliz Año Nuevo, Maisie.

—Igualmente, Pris, igualmente.

Regresó al despacho de MacFarlane, donde los hombres seguían discutiendo sobre el caso. Con un oído puesto en la conversación, cogió el diario y empezó a leer.

> Ya no tiene importancia cómo me llamo. No soy una persona, no soy la persona que era, y tampoco me acuerdo de quién era esa persona, así que da igual. Hice lo que mi país me pidió que hiciera, cumplí con mi deber, y, después, cuando volví a casa, ya no me querían, bueno, mi cerebro sí lo querían. Nadie me quería, nadie quería verme, ni hablar conmigo. Querían arrinconarme en un lugar donde no tuvieran que volver a verme. Soy el hombre que mandaron a la guerra, el hombre que escuchó la llamada y allá que fue. Igual que otros muchos miles, cientos de ellos, que volvieron, pero no a casa. Ya no tenemos casa siquiera.

—No puede quedarse aquí sentada leyendo toda la noche —dijo MacFarlane tendiendo la mano para que le devolviera el diario, tras lo cual ordenó a Stratton que la acompañara a su coche, que un agente había llevado a la comisaría.

—¿Necesita que venga mañana, inspector jefe?

—Creo que no —respondió él, negando con la cabeza. La miró y sonrió—. Ha hecho un trabajo excelente, señorita Dobbs. Puede que no sepamos cómo se llama ese hombre, pero sí sabemos que es el autor de las cartas y que es nuestro asesino. Y usted sola lo ha doblegado antes de que volviera a matar; no quiero ni pensar en cómo lo ha hecho. Debería irse a casa a descansar.

Maisie les estrechó la mano a Darby y a él, que tal vez se la retuvo un poco más de lo necesario.

—Un día largo, ¿no? —dijo Stratton de camino al MG de Maisie.

—Sí, pero tenemos a nuestro hombre.

—No se equivocaba cuando dijo que había que seguir esa pista, señorita Dobbs.

—Y ustedes no se equivocaban al decir que había que seguir otras. MacFarlane no podía dedicar todos sus recursos a una sola línea de investigación. No podía poner todos los huevos en la misma cesta. No se sabe si alguno de esos grupos optará por métodos más violentos para llamar la atención, aunque dudo que las mujeres que luchan por la igualdad en el tema de las pensiones vayan a recurrir a la dinamita o a las armas químicas.

En ese momento llegaron al coche.

—Bueno, feliz y seguro Año Nuevo, señorita Dobbs. Supongo que volveremos a ponernos en contacto con usted a su debido tiempo. Todavía queda mucho que hacer en este caso. Para empezar, mañana le pediremos al doctor Anthony Lawrence que venga a identificar el cadáver.

—Por supuesto. —Calló un segundo antes de seguir—. Siento que no vaya a poder pasar el día con su hijo.

El inspector se encogió de hombros.

—Así son las cosas, señorita Dobbs. Ya se lo compensaré.

Maisie sonrió mientras se sentaba en el asiento del conductor y lo miró.

—Feliz Año Nuevo, inspector.

Stratton se apartó para dejarla maniobrar. Maisie condujo por las calles vacías mientras las campanas seguían repicando por toda la ciudad, y aquellos que podían permitirse la frivolidad alzaban la copa para brindar por 1932.

Maisie estaba metida en un relajante baño caliente pensando en la fiesta de Priscilla y las ganas que tenía su amiga de que fuera. Por su parte, lo último que quería que pasara era que Priscilla recurriera otra vez al alcohol para atenuar el miedo que albergaba en el corazón. Pero Priscilla era su mejor amiga y para Maisie las relaciones cercanas siempre eran importantes. Suspiró, cerró los ojos y pensó en todo lo que había ocurrido ese día, desde el principio hasta el final; vio de nuevo a Croucher corriendo para coger el autobús y su último encuentro con el hombre del que se había hecho amigo tal vez al percatarse de lo solo que estaba. Hombres como Jennings y Oliver —daba por hecho que era Oliver, aunque todavía tenían que encontrar alguna carta o documento que corroborase su identidad— vivían aprisionados por sus heridas, y en el caso del segundo, se trataba de un hombre que había perdido toda capacidad de pensamiento racional y en cuya cabeza la batalla proseguía con la misma intensidad, día tras día. Había sido un hombre inteligente, un hombre brillante en opinión de todos sus colegas, que aun así había retomado las armas para luchar en nombre de todos aquellos que recorrían las calles, olvidados una vez que se terminó la guerra.

Cuando el agua empezó a enfriarse, Maisie redirigió los pensamientos hacia la mujer de Billy y se le ocurrió que lo que Doreen y Priscilla padecían eran variantes de la misma aflicción. Pero mientras que Doreen estaba inmersa en las arenas movedizas del pasado, atrapada en un mundo en el que echaba en falta tremendamente a su hijita muerta, Priscilla temía el futuro. Había sobrellevado el golpe de la pena viviendo en Biarritz, un lugar apartado de todo lo que la vinculaba con su niñez, en el que sus

primeros recuerdos eran los momentos felices de las vacaciones con su familia. Al contrario que Inglaterra, Biarritz no le recordaba el horror de sus padres al enterarse de la muerte de sus hijos o su propio dolor al recibir la noticia de que sus hermanos habían muerto. Pero ahora estaba de vuelta en el país que había visto marchar a sus hermanos a la guerra y era por sus hijos por los que temía, sobre todo el mayor, que sería un hombre antes de que terminara la década. Y sus miedos la estaban arrastrando al pasado, a una época en la que el alcohol le había servido para mitigar el dolor.

Priscilla había estado a salvo en el mundo que controlaba desde Biarritz, segura como un paciente en un hospital. Pero ahora había vuelto a meterse en el meollo de la vida social londinense y era evidente que le estaba costando mantener el equilibrio. Y necesitaba una amiga.

Maisie salió de la bañera, se secó y se puso el vestido negro de día que también servía para ir a una fiesta. No tenía nada muy elegante para salir por la noche, pero estaba segura de que a Priscilla no le importaría. Y si le importaba, la llevaría a rastras a su vestidor y le daría lo que considerase más adecuado. Y Maisie la dejaría hacer, le permitiría darse el capricho de que todos sus invitados vistieran trajes de noche. Tras arreglarse el pelo y maquillarse mínimamente —khol en los ojos, un poco de colorete y pintarse los labios de rojo—, se puso los zapatos negros de piel con una tira que se abrochaba a un lado, el abrigo y el sombrero. Metió un pañuelo, dinero y el pintalabios en una cartera de mano negra, cogió las llaves y salió. Eran las dos menos cuarto de la mañana cuando se dirigía hacia Holland Park.

—¡Maisie, querida, sabía que vendrías! ¡Lo sabía! —Los ojos de Priscilla se llenaron de lágrimas mientras la conducía a la salita entre la multitud de invitados que se habían congregado en el vestíbulo de entrada. Llamó a su marido agitando el cigarrillo en el aire—. Douglas, Douglas, mira quién ha venido. Es Maisie.

Douglas Partridge atravesó el gentío en dirección a ellas, cogiendo por el camino una copa de champán de la bandeja que llevaba una camarera. Priscilla se volvió hacia su amiga de nuevo, enlazando el brazo con el de Maisie al tiempo que la miraba a los ojos.

—Sé que debes de estar agotadísima, te lo veo en los ojos, pero… —Empezó a llorar y le soltó el brazo para pellizcarse el puente de la nariz y contener las lágrimas.

—Ay, Priscilla, no llores. Esta es tu fiesta, tu momento de celebrar que estás en Londres con tu familia. Vamos, Pris, vamos. Mira, por ahí viene Douglas.

El hombre se detuvo junto a su mujer y se apoyó el bastón en el muslo para poder abrazarla.

—Son lágrimas de felicidad, ¿verdad que sí, querida? —Le rodeó los hombros con un brazo mientras le guiñaba un ojo a Maisie y se inclinaba para darle un beso en cada mejilla—. Nos alegramos de que hayas venido. Priscilla llevaba semanas esperando que llegara este día. Y menudo fiestón, ¿verdad, cariño? —Miró a su mujer a los ojos y le besó la nariz—. Te dejo aquí con tu amiga mientras voy a buscar a Raymond Grasslyn. Tengo que hablar con él.

Priscilla inspiró profundamente para controlar las emociones y miró a Maisie de arriba abajo con fingido despotismo.

—Vamos cinco minutos a mi vestidor. Quiero que te pongas un vestido de noche. No estás en la morgue de Scotland Yard. ¡Esto es

una fiesta!

Si se lo hubiera dicho cualquier otra persona, Maisie se habría ofendido, pero era Priscilla, así que asintió con la cabeza y se rio.

—Vale, vale, acabemos con esto.

Un cuarto de hora y cuatro propuestas de vestido más tarde, Maisie bajó y volvió a entrar en la fiesta enfundada en un vestido morado de seda que le resaltaba el color de los ojos. El borde del escote barco y el bajo estaban guarnecidos con una tira de lentejuelas, al igual que los puños, terminados en pico sobre el dorso de la mano. El vestido era estrecho hasta la cadera, marcada por una costura rematada con lentejuelas, y a partir de ahí se abría el vuelo de la falda, que caía hasta el suelo formando delicados pliegues. Priscilla le había dejado también unos pendientes lágrima de diamantes y, gracias a que las dos tenían el mismo número de pie, unos zapatos negros de raso de tacón bajo.

—Muy bien —dijo Priscilla—, y ahora vamos a que conozcas a los invitados.

Maisie pasó la siguiente hora hablando con los invitados, siempre con Priscilla a su lado, que la presentaba como «mi querida amiga Maisie» o «esta es mi compañera del alma, Maisie Dobbs».

El baile continuó y, pese al cansancio, Maisie salió a bailar varias veces y descubrió que el cansancio desaparecía con la música. Tras dar las gracias al caballero que la había sacado a bailar, el que esperaba que fuera el último baile de la noche, fue a buscar a Priscilla otra vez, atravesando la riada de gente hasta llegar al bar. Siempre sabía que la encontraría cerca de la barra de las bebidas.

—¿Podría darme un vaso de agua grande, por favor? Con hielo, si queda.

El camarero llenó un vaso de agua de una jarra de cristal y se lo dio. Maisie se bebió la mitad de golpe y miró a la izquierda. De espaldas a ella, Priscilla entretenía a uno de sus invitados con alguna historia de cuando vivía en Biarritz. Le dio unos golpecitos en el hombro.

—Hola, Maisie, ¿te lo estás pasando bien?

—Pues sí. Creo que estoy aguantando bien el sueño.

—Así me gusta. Ya no queda nada para que sirvan el desayuno. En estos momentos están preparando el banquete en el salón.

—¿Qué propósitos tienes para Año Nuevo, Pris? —preguntó Maisie, terminando el agua y dejando el vaso en la barra.

—Qué repentino.

—Venga, dime.

Priscilla le hizo una señal con la cabeza al camarero, que le llevó una copa de champán.

—No lo sé. Ya lo pensaré mañana —contestó, bebiendo un sorbo —. Pero parece que vas a decirme cuáles deberían ser.

—Ven conmigo, Pris —dijo ella, quitándole la copa y dejándola en la bandeja de un camarero que pasaba por allí.

—¿Adónde vamos?

—Arriba.

—¿Arriba?

Maisie se había quedado a dormir en la casa en otras ocasiones, por lo que sabía moverse por el hogar de los Partridge. Se dirigió hacia el dormitorio de gran tamaño en el que dormían los hijos de su amiga y abrió la puerta con cuidado. Había una lamparita encendida en una mesa auxiliar en un lado de la habitación, y las dos se asomaron a mirarlos mientras dormían. El más pequeño, Tarquin, se

había destapado y dormía a los pies de la cama con una pierna asomando por un lado. El mayor, Timothy, estaba bocarriba con un brazo doblado sobre los ojos. El mediano, Thomas, estaba tapado hasta las orejas, su cuerpo era un bulto bajo el edredón que recordaba a un animal en mitad de la hibernación.

Priscilla empezó a sollozar otra vez.

—Míralos, están aquí —dijo Maisie—. Y están a salvo. No puedes retenerlos a tu lado toda la vida, porque un día serán hombres, y sé que los tres serán hombres admirables. Pero de momento están a salvo, están bien y son unos niños muy queridos. No tienes que hacer nada más, ni nada menos, por ellos.

—Pero yo…

Maisie cerró sin hacer ruido.

—Pero lo que sí puedes hacer es intentar no aliviar tus miedos con el alcohol. Tú sabes mejor que nadie que eso no hace desaparecer el dolor de la pérdida o el miedo, que lo único que hace es impedir que vivas el presente.

Priscilla asintió con la cabeza.

—Supongo que ya sé cuál debería ser mi propósito para este año.

—¿Querida? ¿Estás ahí arriba? —La voz de Douglas llegaba de las escaleras—. Tenía que haber imaginado que te encontraría aquí con «*tante* Maisie». Venga, están a punto de servir el desayuno. Lo creas o no, me muero de hambre, y eso después de una cena que parecía que no iba a terminar nunca.

—¡Ya bajamos! —Priscilla se giró hacia Maisie y le cogió la mano —. Gracias, Maisie. Gracias por venir esta noche. Sé que estabas exhausta, pero tenerte aquí significa mucho para mí.

—Me alegro de haber venido —dijo Maisie. Y subiendo la voz añadió—: ¿Sabes? Me muero de hambre. Douglas tiene razón. Vamos a desayunar.

17

1 de enero de 1932

Maisie se levantó tarde, pero llegó a tiempo para comer con su padre conejo guisado con puré de patatas. Padre e hija se sentaron en la mesa de la cocina con la puerta de la estufa de hierro abierta para sentir el calor del fuego, pese a las brillantes nubes de tormenta grises en el cielo, de esas que anunciaban nieve.

—Tendré que sacar a *Chuquel* antes, por si acaso se cierra el día.

Maisie pinchó un poco de puré con el tenedor y miró por la ventana.

—Puedo hacerlo yo si quieres, papá. Tú quédate aquí, que hace calor —dijo ella, mirándolo mientras seguía comiendo.

—Iremos juntos, bajaremos por el prado hasta el campo de más allá y regresaremos por el bosque hasta la fachada delantera de la mansión. Quiero ir a ver cómo están los caballos. Un descenso de la temperatura como este puede provocarles un cólico.

—Entonces, será mejor que te abrigues bien, papá, no vayas a enfermar tú también.

Nada más terminar de comer, Maisie se puso unos pantalones de pana gruesa, más propios de alguien que trabajaba en una granja, camisa de franela y un jersey gordo para no pasar frío. Calcetines de

lana y botas de agua para no mojarse y, con suerte, evitar que se le quedaran los pies fríos. Y por último se puso su cloche viejo para mantener el calor; si no se lo ponía, su padre le recordaría que el calor se escapaba por la cabeza. Poco después atravesaban el prado seguidos de cerca por *Chuquel*, atenta para echar a correr detrás de un conejo llegado el caso. Maisie caminaba más despacio de lo que lo haría si fuera sola, porque su padre ya no tenía la agilidad de antes, y al llegar al final del prado tuvo que pararse a recuperar el aliento. Casi no se oía ruido. Con el frío que hacía ni los pájaros cantaban. A lo lejos, vieron un zorro atravesar sigilosamente la cima de un campo cubierto por una fina capa de nieve. La perra no se movió, tan solo levantó la cabeza para mirar a Frankie a los ojos, atenta a cualquier movimiento de su dueño.

Frankie giró la cabeza al oír algo, un sonido que no pertenecía a la naturaleza.

—Viene un coche. Acaba de detenerse junto a la casa de la viuda.

—¿Espera visita lady Rowan? ¿O Maurice?

—No tenían planeado que viniera nadie, que yo sepa. Y siempre sé quién va y viene.

Maisie miró hacia la cabaña de su padre y se volvió hacia él.

—Ya nos enteraremos cuando demos la vuelta. ¿Seguimos?

Retomaron la caminata, aunque Maisie no podía dejar de pensar en el crujido de la grava bajo los neumáticos, un sonido que reverberaba en el silencio invernal a medida que el coche entraba en la finca. No había muchos coches en el pueblo y nunca se veía ninguno en domingo o festivo. Y como los Compton ya no celebraban tantas fiestas como antes, todos los habitantes de la

casa sabían cuándo esperaban visita, y las visitas inesperadas les hacían tan poca gracia a los señores como al personal del servicio.

Las hojas, todavía duras por la escarcha de la noche anterior, crujían bajo sus pies, rompiendo el silencio del bosque invernal. Cruzaron el arroyo por la parte donde se estrechaba y Maisie le dio la mano a su padre para ayudarlo a subir por el banco hasta el camino. *Chuquel* caminaba delante de ellos, con la cabeza baja, el hocico pegado al suelo, avanzando con pasos largos y tan livianos que apenas dejaba marca donde pisaba. Padre e hija cruzaron por encima del paso escalonado e iniciaron la última parte del paseo, que los llevaría a la fachada delantera de la mansión, desde donde regresarían por el jardín de césped y doblarían en dirección a la cabaña del mozo de cuadras, el hogar de Frankie.

Según se aproximaban al recodo que debían tomar hacia la derecha, ya se veía el humo que salía de las dos chimeneas de la cabaña elevándose despacio, y pensar en sentarse cómodamente en el sillón delante del fuego crepitante hizo que avivaran el paso.

—Entre el guiso caliente y el paseo, creo que en cuanto me siente me voy a quedar como un tronco. Ya les echaré un vistazo a los caballos luego.

—Es lo que tienes que hacer, papá, te sentará bien.

Maisie estaba cansada y la idea de una siestecita después de comer era lo que necesitaba después de los acontecimientos de la semana y la noche anterior.

—¿Quién es ese? —preguntó Frankie deteniéndose en lo alto del sendero que llevaba a la cabaña a mirar. A su lado, la perra empezó a gruñir.

—Ay, no, ¿qué habrá pasado? —Maisie enlazó el brazo con el de su padre—. No tienen derecho a venir aquí.

—¿Son los tipos de Scotland Yard?

Maisie asintió con la cabeza.

—Reconocería ese Invicta negro en cualquier parte, papá. Son ellos.

Cuando ya estaban al lado de la cabaña, Stratton y MacFarlane salieron del coche.

—Lamentamos molestarla el día de Año Nuevo, señorita Dobbs.

A Maisie no le pareció que el jefe estuviera consternado.

—Confío en que no vendrían hasta la casa de mi padre si no fuera algo urgente.

—Es importante —dijo Stratton, tendiendo la mano a Frankie—. Un placer verlo, señor Dobbs. Lamento presentarnos así en su casa.

Frankie Dobbs les estrechó la mano a ambos y se dirigió a la puerta de su cabaña.

—Vamos dentro mejor, aquí hace un frío que pela.

Maisie preparó el té y lo sirvió en la sala de estar, junto al fuego. Su padre dijo que quería leer la sección de las carreras en el periódico y se sentó en su sitio habitual junto a la estufa de la cocina.

Maisie le dio una taza a MacFarlane.

—¿Qué ha pasado?

—Me temo que tenemos un problemilla. Hemos llevado a Anthony Lawrence a la comisaría para que identificara el cuerpo. —MacFarlane bebió un sorbo del té caliente y puso una mueca al tragárselo. Después dejó la taza en la mesita que había junto al sillón y enlazó las manos en el regazo—. Anthony Lawrence dice que

no había visto a ese hombre en su vida, y que no es Stephen Oliver, porque Stephen Oliver está en un ala segura en el Hospital Princess Victoria, ¿o debería decir casa de locos?

—¿No es Oliver?

—No.

Maisie guardó silencio un momento.

—Pero sabemos que nuestro hombre fue quien escribió las cartas y quien mató a los perros, a los pájaros y al subsecretario, y que tenía intención de volver a matar, en las escaleras de la catedral muy probablemente.

—Eso es —dijo Stratton—. El hombre de la morgue es sin duda el hombre que estábamos buscando. Pero no sabemos quién es.

MacFarlane continuó con la explicación.

—Dos datos han salido a la luz durante el examen forense —dijo al tiempo que entregaba un sobre a Maisie—. Como verá, presentaba zonas con profundas cicatrices en las piernas y un examen más detallado ha revelado que seguía teniendo gran cantidad de metralla incrustada en la carne. Sin olvidar la cicatriz de la cara y la mandíbula. Todo ello indica que se trata de un hombre que sirvió en la guerra y dada su edad no fue la guerra de los Boers. Era británico, de eso estamos seguros. Claro que es posible que saliera del país antes de la guerra, junto con miles de muchachos que emigraron en busca de fortuna, por lo que podría haber servido en varios ejércitos: el canadiense, el sudafricano, el australiano y neozelandés o en la infantería estadounidense. Recordemos también que se presionó a miembros de la armada para que se pasaran a los cuerpos de artillería e infantería, porque era donde más hombres se necesitaban.

Maisie, que había leído los documentos del sobre mientras el inspector jefe hablaba, los metió de nuevo en su interior y sacó el diario, que también iba dentro. Lo hojeó deteniéndose aquí y allí, y al cabo lo cerró y lo guardó. Después le devolvió el sobre a MacFarlane.

—Está usted muy callada, señorita Dobbs. ¿Qué piensa? ¿Quién cree que podría ser ese hombre?

—No lo sé, inspector jefe MacFarlane. La investigación me hizo pensar que se trataba de Stephen Oliver, pero con lugar para la duda. De hecho, creo que siempre cabe la duda. Sabemos que tenemos a nuestro hombre y estamos bastante seguros de que actuaba solo, aunque tenía un amigo, Ian Jennings. Y sobre ese tema, no estoy tan segura de que ese fuera su verdadero nombre. Se nos dio a entender que recibía una pensión, pero en ningún momento hemos visto ningún documento oficial con su nombre que lo avale, ¿no?

MacFarlane y Stratton se miraron, y este carraspeó.

—¿Qué quiere decirnos, señorita Dobbs?

Maisie valoró cómo responder, cómo expresar lo que la intuición le decía.

—Digo que existe la posibilidad de que no lleguen a descubrir la verdadera identidad de ese hombre. Podría ser cualquiera. Destruyó o no conservaba ningún documento de identidad, y no puso su nombre en el diario ni tampoco me lo dijo cuando estuve con él en su alojamiento. Si Croucher lo sabía, ya es demasiado tarde, pues se habrá llevado la información a la tumba, igual que Jennings.

—Hemos registrado la vivienda de Croucher y tampoco había nada, aunque parece que tenía la costumbre de tratar de ayudar a

hombres sin hogar que sirvieron en la guerra. Mañana tendremos más datos en todo caso. —MacFarlane suspiró—. Bueno, por lo menos sabemos que hay un asesino menos en las calles y que estamos a salvo, ¿no? —Apoyó las manos en los reposabrazos del sillón como para levantarse.

—No creo que podamos confiarnos.

—¿A qué se refiere? —MacFarlane volvió a sentarse y la miró primero a ella, luego a Stratton y otra vez a Maisie.

—Inspector jefe, hemos visto que nuestro hombre presentaba síntomas de enfermedad. Lo hirieron física y mentalmente en la guerra, lo hirieron en el alma de hecho. Y a su regreso tuvo que soportar mucho dolor, sintió que se había vuelto invisible, inexistente para todos. Solo tiene que leer su diario, ahí lo dice. Ahora bien, según el doctor Lawrence, entre sesenta y ochenta mil hombres sufrieron algún tipo de neurosis de guerra, con síntomas más o menos graves. Y si lo escucha hablar el tiempo suficiente, le dirá que se han estado maquillando las cifras desde 1915; en primer lugar para ocultar un trastorno que pocos entendían y en segundo para minimizar los daños que sufriría Hacienda al tener que hacerse responsable de pagar un chorreo interminable de pensiones. Lawrence dice que actualmente viven en este país unos doscientos mil hombres con neurosis de guerra, y si estamos de acuerdo en que todo aquel que ha servido en la guerra sufrió heridas psicológicas de alguna clase, nos deja ante un buen montón de bombas de relojería con patas.

—¿Me está diciendo que es probable que todos esos hombres estallen y se pongan a fabricar agentes nerviosos o a tramar algún otro tipo de daño?

Maisie negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Está claro que nuestro hombre sabía manejarse en un laboratorio y poseía la habilidad y la inventiva suficientes para crear las condiciones necesarias en un pequeño alojamiento que solo tenía agua corriente fría. Podría encontrar a alguien basándose en esa habilidad, pero no cuente con ello. —Maisie consideró sus palabras con cuidado—. Muchos de esos hombres fueron recibidos por una familia que los quería. Durante el tiempo que trabajé como enfermera en el Hospital Clifton vi a muchos padres que trataban a sus hijos con el mismo amor y el mismo cuidado que cuando eran niños, y a otros que no podían ver a su hijo lisiado. También vi a alguna novia, o una esposa joven tal vez, incapaz de soportar que su amado no la reconociera, incapaz de imaginarse compartiendo un hogar con un hombre que no era el que había aceptado como esposo. Muchos de esos hombres recibieron el alta del hospital a la menor oportunidad, les permitieron abandonar los centros médicos en los que se ocupaban de ellos y les dijeron que buscaran trabajo y llevaran una vida normal. Pero la vida no volverá a ser normal cuando te has asomado al abismo de la muerte, basta con haber oído los bombardeos de lejos para que no vuelvas a tener una vida normal. El chirrido de unos neumáticos en la calle o el petardeo de un tubo de escape puede hacer que uno de esos hombres salga corriendo a refugiarse o hacer que pierda el control de sus movimientos o del habla. Y la gente mira hacia otro lado, ¿verdad? Todos conocemos a alguien que no está bien del todo y por lo general forma parte de nuestra naturaleza no querer estar cerca de aquellos a los que no consideramos «normales».

—¿Qué es lo que nos está diciendo, señorita Dobbs?

—Que hay más hombres como él. La mayoría no llegará nunca a esos extremos, pero otros encontrarán la motivación para hacer algo. Puede que se aíslen de sus seres queridos o que sus familiares los echen de casa y terminen viviendo en las calles o es posible que estén solos, tan solos como lo han estado siempre. También es posible que algunos se quiten la vida porque ya no puedan seguir soportando los pensamientos que se suceden dentro de su cabeza y que otros hagan desgraciados a sus familiares con sus bruscos cambios de humor, todo el día con el alma en vilo tratando de aplacar la ira del demonio que habita dentro del hombre. Es posible que sufran accesos de cólera seguidos de arrepentimiento o muestras de afecto extremas. Puede que se den a la bebida o que recurran a los narcóticos en un intento de mitigar la angustia física y mental. O puede que se limiten a existir, sin más, hasta que mueran.

—Pero en algún lugar hay un hombre que es como una bomba de relojería, deseoso de que lo vean y lo escuchen —dijo MacFarlane.

—Sí.

—Y tarde o temprano ese hombre puede causar daños a gran escala.

Los tres guardaron silencio un momento, centrado cada uno en sus pensamientos.

MacFarlane se dio una palmada en las rodillas y se levantó.

—Bueno, aquí sentados no vamos a llegar a ninguna parte. Vamos, Stratton, volvemos a la central.

Maisie también se levantó.

—¿Han venido hasta tan lejos para una reunión tan corta?

—Nos pareció mejor venir a informarla en persona —contestó el jefe—. Queríamos comentar con usted el resultado del examen en

vez de hacerlo por teléfono.

—Y en mi opinión ahora tenemos más elementos que debemos tener en cuenta —dijo Stratton, encogiéndose de hombros.

Maisie asintió con la cabeza.

—Estoy pensando en otra cosa.

—¿De qué se trata? —preguntó MacFarlane enarcando las cejas.

—Pidan a Catherine Jones que identifique el cuerpo para asegurarnos. Ya sé que cuentan con la respuesta de una fuente muy fiable, pero me interesa saber si el hombre que está en la morgue es el mismo hombre que vio y con quien habló la señorita Jones en una de las reuniones de su grupo, el hombre del que me habló.

—No perdemos nada. Me ocuparé de organizarlo. Gracias, señorita Dobbs.

—Gracias a ustedes por venir, inspector jefe, inspector Stratton. Les acompaño a la puerta.

Frankie Dobbs pasó a la sala de estar mientras su hija abría la puerta y los policías se despedían. Tanto Stratton como MacFarlane volvieron a estrecharle la mano. Cuando ya salía, MacFarlane le dijo a Maisie que se pondrían en contacto con ella si tenían que consultarle alguna otra cosa, aunque aún requerirían su presencia en el caso.

Maisie se quedó mirando cómo las luces traseras del Invicta se hacían más y más pequeñas según el coche se alejaba hacia la verja de entrada de la propiedad.

—Vamos a sentarnos un rato al fuego, cariño —dijo su padre con tono solícito al tiempo que le ponía la mano en el hombro con ternura, como si pudiera hacerle daño si apretaba más.

—No pasa nada, papá. No te preocupes, estoy bien.

Pero él se acordaba de los primeros días de recuperación de su hija cuando volvió de Francia en 1917. Y seguía estando fresca en su mente la recaída que había tenido durante un viaje posterior a Francia hacía quince meses. Aunque últimamente la veía más en paz consigo misma, muchas veces sentía que era mejor ir con cuidado, como cuando andas a oscuras por un lugar desconocido.

18

3 de enero de 1932

Como le ocurría a veces tras una visita a Kent, notaba en Londres una frialdad que iba más allá de la temperatura exterior. Aunque le encantaba su piso de Pimlico, había una calidez en la cabaña de su padre, en el hecho de estar en Chelstone, que la hacía sentirse protegida y segura, querida. El piso era suyo y podía hacer lo que quisiera, pero a veces notaba que todavía se respiraba en él ese aroma un poco inhóspito de recién estrenado que marcaba la diferencia entre una casa y un hogar. También había que tener en cuenta que aún no había terminado de amueblarlo y que no tenía ningún adorno, ni un jarrón que despertara las alabanzas de las visitas, a lo que la anfitriona respondería: «Me lo regalaron. Fue cuando…». No había historias vinculadas a aquel piso, cómo iba a haberlas si siempre estaba sola. No había fotos de familia ni retratos enmarcados en la repisa de la chimenea del salón como había en casa de su padre. Pensó que a su piso no le vendrían mal unas cuantas fotografías, no solo para acordarse de las personas a las que quería o para pensar en los momentos felices que habían pasado juntos, sino para que le sirvieran de espejo donde ver reflejado el

cariño que esas personas tan importantes sentían por ella. Un espejo en el que poder ver el mapa de sus relaciones.

Fue a la cocina a poner agua a hervir. No solía tener mucha comida por miedo a que se le echara a perder con sus largas jornadas de trabajo. El guiso que preparaba el domingo por la noche le daba para cenar unas cuantas noches, y a veces compraba algo de pescado frito con patatas que se comía directamente en el papel de periódico con el que lo envolvían, pues no le veía sentido a poner la mesa para ella sola. Y a excepción de cuando iba a cenar con Priscilla y su familia, siempre estaba sola. Sin embargo, la mayoría de las veces no acusaba la soledad por el hecho de vivir sola, de ser una mujer soltera independiente económicamente, ni siquiera cuando la solvencia económica, o la falta de ella más bien, le robaba el sueño. Sabía que las preocupaciones que cobraban importancia por la noche eran las que merecían su atención, porque nublaban el razonamiento, impedían considerar una determinada situación con claridad y podían llevar a uno a dar vueltas en círculos sin conseguir nada más que cansarse y ponerse de mal humor. Y si no se tenía a nadie cercano con quien hablar de ello, las preocupaciones se hacían más y más grandes en la imaginación, tuvieran un sentido lógico o no.

Tras tomarse el té, sentada en el suelo delante del fuego con el periódico, Maisie reconoció su inquietud. Una vez más la cabeza empezó a dar vueltas al caso del hombre que no era Stephen Oliver. Hasta cierto punto había aceptado que tal vez no llegaran a identificarlo. De hecho, tal como estaban las cosas, había bastantes posibilidades de que no pudieran rematar el caso. Pero no estaba segura y tampoco podía ignorar la curiosidad que le provocaba el

estado de ánimo del hombre y cómo tenía que haberse sentido en los últimos meses para atacar a esos perros. Pero sobre todo quería saber si alguien podía llegar a perder el juicio, aunque no hubiera mostrado síntomas de incapacidad mental con anterioridad, solo por vivir aislado de los demás. ¿Era eso lo que había llevado a ese hombre al límite de todo pensamiento razonado? ¿Tanto había mermado sus pensamientos el no contar con el efecto calibrador de una vida normal con otros seres humanos que ya no distinguía entre lo correcto y lo reprensible, entre el bien y el mal, entre tener voz y dejar de tenerla? Y, en ese caso, ¿podría una mujer normal y corriente que vivía sola con sus recuerdos, con su trabajo y entre las cuatro paredes de su piso correr el riesgo de dejar de ver el mundo como era en realidad?

Negó con la cabeza, se levantó y empezó a caminar de un lado para otro delante del fuego. De repente, y sin pensárselo mucho, fue corriendo al vestíbulo, se puso el abrigo y el sombrero, cogió las llaves y salió a la cabina de teléfono que había cerca de su edificio. Entró, cogió el auricular, echó varias monedas y marcó un número. Limpió la condensación que se había formado en los cristales con el dorso de la mano enguantada mientras esperaba a que le pasaran. No le importaba estar en un espacio tan reducido sin poder ver lo que sucedía en el exterior, aunque estuviera todo oscuro.

—Residencia de los Partridge.

—¿Puedo hablar con la señora Partridge?

—Un momento, por favor. ¿De parte de quién?

Maisie dio su nombre sospechando que al ama de llaves solo le había faltado decir: «A esta hora de la noche».

—Maisie, querida, ¿a qué debo el placer?

—Priscilla, acabo de llegar a mi piso y me he puesto a pensar en tu fiesta y en lo poco que nos vemos últimamente, y en que tampoco nos dio mucho tiempo a hablar en la fiesta, ¿no te parece? Quería saber si estarás en casa mañana. Podría pasar por ahí a eso de las once y tomamos un té. ¿Qué te parece?

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, no me pasa nada. ¿A las once entonces?

Maisie creyó oír sonreír a su amiga. Priscilla era dada a hacer pausas dramáticas en mitad de una conversación, también por teléfono. Maisie había mantenido siempre que la persona que llamaba podía oír la expresión que su amiga tenía en el rostro.

—Por supuesto, qué espléndida noticia. Ven, claro que sí. Me siento como un perrillo esperando a las migajas que caen de la mesa cada vez que vienes de visita. No cambiarás de opinión, ¿verdad?

—¿Tan mala soy?

—Digamos que te dejas llevar por el entusiasmo en ese trabajo tuyo. Pero me alegra que vengas. Podemos ir de compras. Son las rebajas de enero. ¿Tienes tiempo?

—Sí, creo que tengo tiempo. Hasta mañana, Priscilla.

Maisie dejó el auricular en la horquilla, se subió el cuello del abrigo y salió a la oscuridad de la noche, pero esta vez con una sensación de calidez en el pecho al pensar en que iba a ver a Priscilla al día siguiente.

4 de enero de 1932

—Muy bien, Billy, tienes que irte de aquí a las once para llegar al Clifton. ¿No dijeron que Doreen llegaría al hospital en torno a las doce?

—Eso pensaban, sí. —Billy hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Está segura, señorita? Me refiero a que me he tomado muchas horas libres últimamente; supongo que me lo descontará del sueldo.

Maisie negó con la cabeza.

—Ha sido un buen mes y la factura de Scotland Yard nos va a venir muy bien. Hemos empezado bien el año, desde el punto de vista económico al menos. Y ahora que Doreen va a estar en el Clifton te resultará más fácil ir a visitarla por las tardes, aunque estoy segura de que la doctora Masters va a decirte que no conviene que se agote.

—Hoy hablaré con ella sobre eso, señorita.

—Muy bien. Entonces…

El timbre del teléfono la interrumpió.

—Fitzroy.

—Señorita Dobbs.

—Inspector jefe MacFarlane.

—Hoy vamos a tener una pequeña reunión, algo así como hacer la autopsia a la investigación en la que nos ha prestado una ayuda

inestimable. ¿Le apetece acompañarnos a eso de las once?

—Lo siento, jefe, pero tengo algo que hacer a esa hora. ¿Le viene bien a las dos?

Billy la miró desde su sitio.

—Lo dejamos para media tarde entonces. Hasta las dos.

—Muy bien. Hasta luego.

Maisie puso los ojos en blanco mientras dejaba el auricular en su sitio.

—Está claro que ese hombre estaba siendo sarcástico. «En la que nos ha prestado una ayuda inestimable».

Y le contó lo que habían hablado.

—Parece que lo ha puesto usted en su sitio, señorita.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo una cita importante esta mañana y no pienso cancelarla ni por MacFarlane ni por ningún otro cliente. Esta vez no.

Maisie se sentó en el extremo del sofá de la salita de Priscilla, que lo hizo en el otro. Parecían un par de sujetalibros, las dos descalzas y con las piernas dobladas a un lado.

—Y antes de que llegaras, nos echamos unas risas con Tinker Osborne. ¿Lo conoces? Es un poco payaso, te digo, aunque si lees sus columnas en *Punch*[*] no se entiende cómo no se lo ha quitado de encima el gobierno. Bueno, lo que estaba diciendo, estuvo gracioso porque decía que podía mantener una botella de champán en equilibrio en la nariz. Esas cosas me aburren mortalmente por norma general, pero tendrías que haberlo visto tambalearse de un lado para otro, sobre todo porque vino con Judith Burton, ya sabes, la

hija del arquitecto. ¿Cómo se llama? Ah, sí, Otto Burton. Qué mujer más soporífera.

Maisie sonrió, aunque Tinker Osborne no le hacía ni pizca de gracia.

—Fue un inicio de año maravilloso, Priscilla.

—En general, no estuvo mal. Al mirar hacia la planta de arriba cuando ya se iba acercando la hora, y como era de esperar, por otro lado, vi a mis tres demonios en pijama, sentados en la escalera, observándolo todo entre los balaustres de la barandilla. Le di un codazo a Douglas, que les hizo una seña con la mano para que bajaran y se unieran a nosotros en la celebración. Bebieron una chispita y todo, no les harán daño unas gotas de champán. No me extraña que estuvieran dormidos como troncos cuando llegaste.

Maisie asintió con la cabeza mientras la observaba apurar el café, dejar la taza con su platillo en la mesita y mirar hacia el mueble bar.

—¿Cómo te sientes? Me dejaste preocupada cuando fuiste a verme al despacho.

—A ratos —contestó—, pero son más los malos. No soy feliz aquí, no como lo era en Biarritz, y me preocupa porque soy la única de la familia que no se ha adaptado, por unas cosas o por otras.

—Pero estabas siempre muy ocupada en Biarritz, ¿no es así? Ibas con los niños a la playa, bajabas en coche a la ciudad, veías a tus amigos, y hasta cuando ibas de visita a París varias veces al año estabas rodeada de personas a las que conocías y que te conocían. La mayoría fuisteis a Biarritz a lameros las heridas después de la guerra.

Priscilla guardó silencio un momento y se puso a acariciar el reposabrazos del sofá, como si fuera un animal asustado.

—Es verdad que aquí me estoy apoltronando un poco. Esto es tan limitado. O tal vez opresivo se ajuste más. Puede que un poco las dos cosas. Y es rematadamente deprimente, qué quieres que te diga.

—Se me ha ocurrido una cosa. ¿Recuerdas cuando me dijiste que estabas pensando en volver a abrir la casa de tu familia, la casa en la que creciste? ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no te centras en crear ahí vuestro hogar, salir al campo y empezar a disfrutar de la vida en Inglaterra? A lo mejor te ayuda a recuperar parte de la libertad que tenías en Biarritz.

—Pero, Maisie, los chicos van al colegio aquí, les encanta la ciudad, y Douglas…

—No está tan lejos, una o dos horas en coche. Podríais iros el viernes cuando los chicos salgan del colegio y volver el domingo por la noche o el lunes por la mañana. Ellos pueden llevar a sus amigos y tú tendrás lo mejor de los dos mundos. Y seguro que tendrás visita a todas horas. —Maisie le puso la mano en el brazo—. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando fui a verte a Biarritz? Me dijiste que tenía que aprender a vivir con mis dragones. Dentro de esa casa están encerrados tus recuerdos, pero piensa en los recuerdos nuevos que puedes construir en ella.

Priscilla se mordió el labio y se acercó al mueble bar.

—Creo que tienes razón. Tenía un montón de ideas para la casa cuando llegamos a Inglaterra. —Se giró a mirar a su amiga y cambió de tema—. Por cierto, ¿te he enseñado las fotos que hice cuando estuviste con nosotros el año pasado? Las encontré el otro día desembalando cajas y las saqué para enseñártelas —dijo, cogiendo un sobre.

Priscilla fue pasándole fotos de una en una recordándole cuándo y dónde había tomado cada una.

—Aquí estás con Tarquin, mira qué sonrisa. Es igual que la de mi hermano. Está claro que es un Evernden. No hay ninguna duda.

—¿Puedo quedármela?

—Sí, claro. ¿Quieres esta también? Estamos las dos en el jardín. Y aquí estás con los tres. ¡Los chicos quieren mucho a su *tante* Maisie!

Maisie salió de Holland Park después de comer, consciente de que había sembrado la semilla de la posibilidad en la cabeza de su querida amiga. Se quedó un rato sentada en el coche antes de volver a Scotland Yard. Quería mirar las fotos una vez más, fotos para las que compraría un marco en cuanto tuviera ocasión.

—Muy bien, caballeros, y dama —dijo MacFarlane, hojeando unos documentos que tenía en una carpeta hasta que encontró el que buscaba. Darby, Stratton y Maisie estaban sentados frente a él. La miró y sonrió al decir «dama»—. Hora de la autopsia. —Carraspeó—. Como todos saben, no hemos identificado a nuestro hombre. Anthony Lawrence no lo conocía y, gracias a usted, señorita Dobbs, hemos hecho venir a Catherine, la química. La pobre chica empezó a marearse nada más ver el cuerpo y, aunque dudó al principio, al final dijo que no era, porque el hombre que fue a sus reuniones no tenía una cicatriz en la cara.

Maisie negó con la cabeza.

—¿Alguna idea, señorita Dobbs?

—Lo cierto es que no. Pero es extraño. Si no hubiera hablado con ella y no hubiera salido la palabra *expósito* en la conversación, no

habría dado con el asesino.

—Claro que sí lo habría hecho —dijo el inspector dando golpecitos con un lápiz sobre la carpeta que tenía delante—. Encontró a nuestro hombre porque sospechó de Edwin Croucher. Vio algo raro en ese hombre y decidió seguirlo. En eso consiste el buen trabajo policial: hacer caso a tu intuición y andar mucho.

—Pero no habría ido al hospital si no hubiera querido hablar con Anthony Lawrence antes de que se fuera a casa, y ya se había ido.

—Entonces tuvo suerte. Y sé que el doctor Maurice Blanche da importancia a los golpes de suerte.

—¿Sabemos algo más del forense? —preguntó Stratton.

MacFarlane siguió hojeando documentos.

—Interesante. Nuestro hombre es cojo, una cadera más alta que la otra, y presentaba la misma asimetría en el hombro, lo que sugiere algún tipo de lesión grave en la columna. Presentaba cicatrices y fragmentos de metralla incrustados en las piernas, pero el doctor dice que no había razón física que le impidiera caminar erguido, quizá con una leve cojera.

—Fatiga de combate —dijo Maisie.

—¿Fatiga de combate? —repitió Stratton mirándola.

—Sí, fatiga de combate. Lo que describe es otro síntoma de un profundo trauma psicológico, la manifestación externa de las cicatrices mentales. —Hizo una pausa, seguida por un suspiro—. Cuando estuve trabajando en el Clifton, observé a hombres con una aflicción similar que, bajo los efectos de la hipnosis, olvidaban la discapacidad que los inmovilizaba y caminaban erguidos como si fueran a desfilar, para encogerse de nuevo cuando salían del trance. —Miró a los tres hombres uno por uno—. Y antes de que digan o se

les pase por la cabeza lo contrario, les diré que esos hombres eran buenos soldados con un historial militar ejemplar, hombres que habían sido repatriados tras mostrar cierto grado de neurosis o histeria que los incapacitaba para llevar a cabo su labor militar. No eran cobardes, sino hombres rotos.

Los policías guardaron silencio un momento y fue Darby el primero en romperlo.

—¿Y ahora qué hacemos, jefe? ¿Seguimos tratando de identificarlo? ¿Qué ocurrirá con el cadáver?

—Estamos bastante seguros de que trabajaba solo, por lo que no nos corre prisa identificarlo. Sin embargo —miró a Maisie y después a sus hombres—, he estado pensando en lo que nos ha dicho, señorita Dobbs, sobre el tipo de persona, y está claro que puede que no sea el último. De modo que nos pondremos con algo que a usted se le da muy bien: crear un perfil de la persona. De momento, entregaremos el cadáver al doctor Lawrence en cuanto terminemos de atar los últimos cabos de la investigación.

—¿Al doctor Lawrence? —repitió Maisie, inclinándose hacia delante.

—Ha hecho una petición especial. Dijo que el cadáver resultaría muy útil para llevar a cabo investigaciones médicas en el campo de… —consultó un documento y la miró de nuevo— de la neurocirugía y la psiquiatría. Quieren ver lo que tiene en el cerebro. Pensé que lo habría entendido, señorita Dobbs. Seguro que habrá abierto algún que otro cadáver usted misma.

—Sí, claro, pero… —Maisie calló al caer en la cuenta de que aquel hombre no tenía ningún familiar que quisiera recibir el cuerpo. Pero aun así, aquello la desconcertó.

—¿Algo más, señorita Dobbs?

—¿Qué pasa con Croucher?

—Ah, sí, Croucher. —El inspector jefe se puso a hojear de nuevo sus notas—. Otro que vivía solo y no había nada en su alojamiento que pudiera darnos una pista sobre la identidad de nuestro asesino, aunque no llevaba una vida tan espartana como sus dos amigos. En su caso sí había papeles y objetos para identificarlo.

—¿Y no había nada que pudiera relacionarlo con nuestro hombre de algún modo? ¿Algo que indique que se conocían desde hace un tiempo?

—Lo único extraño sobre Edwin Croucher, aparte de su relación con un hombre que pretendía matar a media ciudad en los escalones de la catedral, es que tenía problemas de memoria. Resulta que escribía cuándo tenía que ir a los sitios, hacía listas de cosas que necesitaba. En el trabajo solía comprobar todo dos veces y aún volvía a echar otro vistazo para asegurarse de que había hecho la tarea que fuera. Pero no hemos encontrado nada en su habitación que lleve el nombre de Ian Jennings o de nuestro hombre misterioso.

—Sí que es extraño.

—El forense dice que la naturaleza de los olvidos probablemente se limitara a ciertas tareas relacionadas con el trabajo diario. No afectaba a su capacidad para relacionarse socialmente, aunque sí entiendo por qué vivía solo. Imagine estar casado con alguien que no para de preguntar dónde ha puesto esto o lo otro, o qué hay para cenar por décima vez. Había un sitio para cada cosa en su habitación, todos marcados con una etiqueta.

—Era afortunado de tener trabajo, supongo —dijo Stratton, como queriendo recordar a su jefe que Darby y él también estaban presentes.

—Pues parece que se le ha terminado la suerte —bromeó el otro.

Maisie cortó por lo sano las risas de los hombres, pues seguía teniendo preguntas.

—¿Cree usted que podría hablar con Catherine Jones, inspector jefe? Sigo teniendo curiosidad por el hombre que dice que fue a la reunión de los activistas sindicales. Me gustaría preguntarle un par de cosas, si no le parece mal.

El policía negó con la cabeza.

—Me temo que ya es demasiado tarde. La hemos soltado. El procurador revisó la documentación que le proporcionamos y concluyó que no había pruebas suficientes para llevarla a juicio.

—¿Que no había pruebas suficientes? Pero yo pensaba que…

El policía se encogió de hombros y contestó sin mirarla mientras cerraba los expedientes.

—Siempre hacemos todo lo que podemos, señorita Dobbs. Reunimos la información y luego enviamos el caso al procurador. Sus compañeros anarquistas irán a la cárcel, pero ella no. El procurador ha concluido que lo suyo fue un caso de encontrarse en lugar equivocado en el momento equivocado.

—Entiendo —dijo Maisie, asintiendo con la cabeza—. Lugar equivocado en el momento equivocado. Qué afortunada Catherine.

—No podemos atraparlos a todos, señorita Dobbs.

Maisie recogió su maletín y su bolso.

—Si hemos terminado ya, inspector MacFarlane, me voy. Ya conoce el dicho de que el tiempo no se detiene y no espera a nadie.

—Muy bien, una cosa antes de que se vaya —dijo el inspector levantándose, al igual que Darby y Stratton—. He decidido celebrar la Noche de Burns* en Londres con mis colaboradores más estrechos. He comprado entradas para todos para un espectáculo que dan en el Palladium, y cenar después en el salón de arriba del Cuillins of Skye*, un pub cerca de Covent Garden. El veinticinco de enero. Espero que pueda acompañarnos.

Maisie lo miró primero a él y después a los otros dos inspectores, como preguntando si ellos iban a ir.

—No será la única mujer, señorita Dobbs —añadió el inspector jefe.

—¿Puedo confirmárselo en una semana, inspector? Gracias por la invitación. Y ahora tengo que irme.

MacFarlane le agradeció de nuevo su colaboración en el caso y le entregó un sobre con un cheque. Ella le estrechó la mano confiando en haberle dejado claro con su actitud que sus flirteos, aunque ocasionales, no habían tenido éxito.

—Me alegro de que todo haya terminado —dijo Stratton.

—¿Sí?

—Por supuesto. ¿Se imagina lo que sería que ese hombre siguiera suelto?

Maisie abrió la boca para responder, pero optó por callarse y preguntar por la invitación del jefe.

—¿Qué es eso de la Noche de Burns? ¿No es un poco inusual que el jefe nos invite a una fiesta?

—Ya. Darby dice que no es la primera vez que lo hace, lo de sacar por ahí a todo el grupo. Según parece, cree que es positivo para la moral del equipo unirnos a todos.

Maisie sacó las llaves cuando llegaron a su coche.

—Creo que hay algo más, inspector Stratton. Creo que se siente un poco solo. ¿No me dijo que su mujer lo abandonó?

El otro asintió con la cabeza.

—Hace unos años. Es difícil estar casado con un hombre que está casado con su trabajo. Pasaba mucho tiempo sola y, por lo que yo sé, conoció a otro y se fue con él.

—Y ahora es él el que está solo. Por eso ha invitado a todos a celebrar con él la Noche de Burns —dijo ella, inclinando la cabeza—. Y ahora tengo que irme, tengo prisa.

—¿Va a algún sitio interesante?

—Al Hospital Princess Victoria, pero no se lo diga a MacFarlane, ¿de acuerdo?

—No diré ni una palabra —contestó él, poniéndose el índice en los labios—. ¿Cree usted que…?

—Lo mantendré al tanto.

Un celador le informó de que tendría que esperar al doctor Lawrence, eso si llegaba a recibirla, ya que se había pasado dos horas con sus alumnos y había empezado tarde con la ronda de pacientes.

—Esperaré —dijo ella, sentándose en el banco que había frente a la conserjería.

Al cabo de una hora, salió un celador y fue a hablar con ella.

—Sigue con los pacientes, señorita. ¿Quiere una taza de té mientras espera?

Maisie abrió la boca para responder, pero la interrumpió el propio doctor Lawrence, que llegó al vestíbulo desde el pasillo a espaldas de ella.

—¡Señorita Dobbs! No esperaba verla hoy. ¡Qué sorpresa! ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Podemos ir a su despacho, doctor Lawrence? Me gustaría hablar con usted en privado.

—Sí, sí, por supuesto. Déjeme que haga una llamada desde la conserjería. Es solo un momento.

El médico fue a llamar y volvió enseguida para acompañarla hacia la planta de arriba y cruzar todas aquellas puertas cerradas con llave, que conducían a más puertas cerradas con llave, antes de llegar a la planta donde se encontraban los despachos.

—Muy bien —dijo al llegar, mirando el reloj—. No tengo mucho tiempo, así que le…

—No lo entretendré mucho, doctor Lawrence. Solo quería saber si podría ver a Stephen Oliver. He descubierto muchas cosas sobre él durante la investigación, ya sabe, y me apena que esté aquí y no reciba visitas.

El hombre empezó a alinear los expedientes de la mesa a cinco centímetros del extremo de la derecha y a cinco del borde superior, como se pegaría el sello en un sobre.

—Señorita Dobbs, no puedo permitirlo. Al fin y al cabo, no es usted familiar suyo y comprenderá que el doctor Oliver se encuentra en un estado muy delicado.

—Sí, comprendo que cuando a uno lo ven solo como un cadáver con el que experimentar debe de ser muy delicado, ¿no?

—Escúcheme bien, señorita Dobbs.

—El hombre que escribió las cartas, que mató a un grupo de perros y de aves, y a un subsecretario del ministerio, y que planeaba asesinar a una legión de juerguistas celebrando la Nochevieja era Stephen Oliver, ¿verdad?

—Le aseguro rotundamente que…

—Cuénteme lo que ocurrió.

—No ocurrió nada. Stephen era un científico brillante.

—Sé lo brillante que era. Ya me lo han contado dos personas. Y sé que no tienen a Stephen Oliver ingresado en este hospital.

—Y yo le aseguro que sí lo tenemos. Y ahora si me disculpa.

Maisie cogió el auricular del teléfono.

—Si me disculpa usted, creo que preferiría que me lo dijera Sheila Kennedy. Por cierto, ¿sabe de qué nos conocemos la señora Kennedy y yo? Era la enfermera que estaba al cargo de la estación de evacuación de heridos a la que me destinaron durante la guerra. No sé si se acordará de mí, pero nunca se sabe —dijo y marcó el número de la operadora.

Lawrence se inclinó hacia delante y presionó la horquilla para cortar la comunicación.

—No lo haga.

Maisie dejó el auricular en su sitio.

—¿Va a contarme qué es lo que ocurre?

Lawrence arrastró la silla hacia atrás, se levantó y empezó a caminar de un lado para otro, y luego volvió a sentarse.

—Será mejor que deje de dar vueltas al caso, señorita Dobbs, porque este asunto excede sus capacidades.

—Sé perfectamente lo que digo, doctor Lawrence, pero si decirme la verdad le supone un problema, yo le diré lo que creo que ha

ocurrido. Corríjame si me equivoco.

El médico entrelazó las manos sobre la mesa.

—No tengo mucho tiempo, señorita Dobbs.

Maisie no se dejó amilanar.

—Stephen Oliver ingresó en este hospital al menos en dos ocasiones después de salir del manicomio en el que estuvo encerrado durante la guerra. Sé que presenció usted al menos una de las recaídas que tuvo en Mulberry Point, y sé que era un hombre muy valioso para el trabajo que se llevaba a cabo en los laboratorios del gobierno. Pero, además, era un espécimen muy interesante, ¿no es así? Un hombre que no solo había sufrido neurosis de guerra, sino que estaba tan decidido a encontrar la respuesta a las preguntas que lo perseguían en su trabajo que se convirtió en su propio conejillo de Indias.

—Todos experimentaban consigo mismos, todos. No en vano los llaman profesores locos.

—Pero la locura no terminó ahí, ¿verdad? Usted consideró a Oliver su experimento propio. Después de todo, el tiempo corría y usted tenía que pensar en su legado para las generaciones futuras: un libro sobre los efectos psicológicos de los experimentos químicos y biológicos en las personas expuestas a los agentes contaminantes. Y cada vez que Oliver parecía recuperar un mínimo de normalidad, llegaba usted con que lo necesitaban en Mulberry Point, porque Stephen Oliver seguía teniendo la misma agudeza mental en lo relativo al trabajo. Una lástima que no tuviera la base emocional necesaria para soportar tanto experimento, ¿verdad?

Lawrence asintió con la cabeza, pero escuchaba en silencio. Solo se movió para coger un utensilio de la mesa, mirarlo y volver a

dejarlo.

—Aún no tengo todos los detalles, pero en algún momento recibió el alta. ¿Un descuido en el Departamento de Pensiones, tal vez? ¿Un empleado joven que escribió un nombre en la lista que nunca debió estar, quizá? ¿O sería usted quien, ante la necesidad de quitarse pacientes de encima para economizar, decidió darle el alta porque era capaz de cuidar de sí mismo? Por otro lado, puede que darle el alta formara parte de su experimento. Y luego Oliver consiguió darle esquinazo.

Maisie se mordió el labio. El comportamiento del doctor era inquietante y se preguntó si sus especulaciones estarían muy lejos de la verdad.

—Sea como sea, lo perdió, perdió a un hombre valioso que solo podía controlarse física y mentalmente durante cortos períodos de tiempo, mientras realizaba el mismo tipo de trabajo que llevó a cabo cuando lo hirieron por primera vez en el campo de batalla, heridas que no fueron solo físicas, sino también mentales. El trabajo trataba de desarrollar armas que jamás deberían haber visto la luz. Y él solo podía concentrarse durante un tiempo en algo que le requería tanto esfuerzo, hasta que volvían a producirse los bombardeos en su cabeza o entraba en un estado de postración nerviosa.

Maisie se reclinó en la silla y miró por la ventana la nieve que había empezado a caer, los copos ensombrecidos a través de los barrotes de hierro. Barrotes incluso en los despachos de un médico por el que había sentido el mayor de los respetos. Iba a retomar la palabra cuando llamaron a la puerta y la persona entró sin esperar a que le dieran permiso.

—Lo siento, Lawrence, he tardado en llegar. —Gerald Urquhart se quitó el sombrero y la miró—. Un placer volver a verla, señorita Dobbs. Me pregunto qué la habrá traído a ver al doctor Lawrence. Al fin y al cabo, ya no está trabajando con la Rama Especial, ¿no es así?

Maisie lo miró primero a él y después al médico.

—¿Era a esto a lo que se refería al decirme que el caso excedía mis capacidades?

—Pues sí.

—De modo que Stephen Oliver era más que un experimento para usted. Lo era también para el servicio secreto. Aunque existiera riesgo para la población, sabía que continuaría con su trabajo como fuera. —Maisie negó con la cabeza mientras los pensamientos se agolpaban en su mente—. ¿O tal vez le dieron el alta a propósito para ver si aparecía alguien que lo reclamara y tratara de sacarle hasta la última gota para después abandonarlo? —Volvió a mirar a Urquhart—. Ahora comprendo que se pusiera tan nervioso cuando lo perdió. Sabía a quién buscaba desde que recibieron la primera carta, pero no conseguían dar con él, a pesar de todos los recursos con los que cuenta. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa pensando antes de continuar—. Y apuesto a que no le enseñó sus cartas a MacFarlane hasta que detuvieron a Catherine Jones. O puede que ustedes llegaran antes a ella y después intervino el comisario general para poner fin a las especulaciones y anunciar el cierre del caso.

—Es que el caso está cerrado, señorita Dobbs. Usted es la única que sigue interesándose por el hombre que intentó matar a un montón de personas inocentes.

—Creo que ya va siendo hora de que me vaya. —Se levantó, recogió sus cosas y se dirigió a la puerta, pero antes de salir le habló directamente al doctor Lawrence—. Estoy segura de que escribirá un libro muy bueno, pero es muy probable que le falte una cosa.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Hable con la doctora Elsbeth Masters. Pregúntele qué ocurre cuando la gacela se convierte en la presa del león.

Maisie abandonó el despacho, pero cuando llegó a la primera puerta cerrada se dio cuenta de que no tenía las llaves.

—¡Maldita sea!

—Si que ha salido usted deprisa, señorita Dobbs —dijo Urquhart, dirigiéndose hacia ella con un manojo de llaves —. Permítame que la acompañe.

—No voy a preguntarle cómo es que tiene usted las llaves.

—Mejor.

Bajaron las escaleras y cruzaron varias puertas más en silencio hasta que llegaron al vestíbulo desierto.

—Lamento no poder contarle más, señorita Dobbs.

—Creo que ya he captado lo esencial —contestó ella, mirando hacia la conserjería y después a Urquhart—. Me da la impresión de que Edwin Croucher trabajó también como celador o vigilante en Mulberry Point, donde, como ya sabemos, todo el personal fue objeto de algún experimento en un momento u otro. Sospecho que fue así como perdió la memoria reciente, posiblemente por exposición excesiva a algún tipo de agente nervioso. Pero nunca se olvidó de Stephen Oliver. Puede que este se mostrara amable con él, de manera que cuando se enteró de que lo habían ingresado en este hospital solicitó trabajo de celador aquí. Aunque también puede que

fuera una de esas casualidades de la vida. ¿Me estoy acercando, señor Urquhart? —Maisie levantó una mano—. No me responda, pero déjeme intentar resolverlo. Lawrence no sabía dónde había trabajado Croucher antes, porque las personas como él no se fijan en quienes no son más que lacayos. Entrevistó a los científicos y a otras personas de cierto nivel que habían trabajado en los laboratorios, pero no pensó en el personal auxiliar.

—Tiene usted una imaginación admirable, señorita Dobbs.

—Y no he terminado aún. Croucher era un hombre amable, un hombre que daba la impresión de ser brusco, cuando en realidad solo trataba de mantener el orden en su vida para no perder el trabajo. Pero siempre intentaba ayudar a los excombatientes que pedían en la calle. No cabe duda de que él también fue soldado. Y entonces conoció a Jennings, vio que era un hombre educado y pensó que Stephen Oliver y él podrían hacerse compañía. Croucher debió de preguntarse qué había hecho cuando Oliver empezó a planear cómo vengarse de los que para él eran los responsables de toda esa penuria.

Urquhart asintió con la cabeza con complicidad, haciendo que aquel pequeño gesto oliera a sarcasmo.

—Teniendo en cuenta que no posee usted formación específica en recogida de información, lo hace muy bien, señorita Dobbs, se lo aseguro.

—En eso se equivoca, señor Urquhart. Sí he recibido formación y de todo un experto en esa área. Lo que ocurre es que no trabajo para usted.

—Bueno, nunca se sabe.

Maisie se dio media vuelta, pero el hombre la retuvo agarrándola de un brazo.

—Señorita Dobbs, antes de irse, no le cuente a nadie más esta bonita historia que acaba de contarme a mí.

Maisie se soltó de él y se alejó.

Condujo hasta Pimlico entre la aguanieve. Solo tenía ganas de cerrar la puerta y encerrarse entre las cuatro paredes de su piso. Le daba lo mismo lo que sucediera en el mundo fuera de ellas. Aparcó y se dirigía al portal cuando vio el coche de MacFarlane aparcado fuera.

—¡Otra vez no! —exclamó ella en voz baja.

El inspector salió del coche.

—Me alegro de verla, señorita Dobbs.

—No tengo guiso preparado, inspector jefe.

—Hoy ceno fuera, así que esta vez tendré que rechazar su amable invitación.

—He sido muy grosera, perdóneme —dijo ella, apartando la mirada.

El inspector se quedó mirándola un momento y le puso la mano en el hombro.

—Es difícil, pero a veces nos encontramos con muros que no podemos derribar a mazazos.

—Lo sé, pero ¿no está enfadado? ¿No le enfurece lo que han hecho, lo que siguen haciendo, y que el experimento se les fuera de las manos? ¿Que un hombre…?

—Con el tiempo he aprendido a escoger las batallas que me merece la pena luchar y a saber cuándo es mejor no dejarme los

nudillos golpeando puertas que no se van a abrir. Urquhart tenía que hacer su trabajo y Lawrence el suyo. Y si habla con el profesor Gale descubrirá que también él sabía lo que estaba pasando, si no todo, parte. Cuando uno entra en el campo de la seguridad nacional, comprende que la mano derecha nunca sabe lo que hace la izquierda. Y ahora los dos debemos seguir con nuestro trabajo, señorita Dobbs, y dar este caso por cerrado. ¿De acuerdo?

Maisie asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Ya lo sé, lo sé. No es la primera vez que me pelo los nudillos contra ese muro. Y como todos dicen, es mejor dejarlo estar, porque el tiempo no se detiene y no espera a nadie.

—Lo siento, pero va a tener que explicarse un poco mejor.

—Es un decir. Uno de esos refranes que repite la gente. Se lo he oído decir a John Gale, Stephen Oliver lo anotó en su diario. Pero no se preocupe, no volveré a pronunciar su nombre. Anthony Lawrence también lo dijo. Es un dicho común, pero es normal que lo repitan personas que viven o trabajan juntas. Basta una persona para poner algo en marcha.

MacFarlane se echó a reír y negó con la cabeza.

—Eso es algo en lo que Blanche se habría fijado. Y sobre lo de poner algo en marcha, espero verla el veinticinco.

—¿Qué espectáculo dan en el Palladium? —preguntó Maisie cuando el hombre ya se alejaba.

—Le gustará. Han actuado varias veces en los últimos meses, salen todos esos tipos tan graciosos, ya sabe, Flanagan y Allen, Jimmy Nervo y Teddy Knox, Charlie Naughton y Jimmy Gold*. Es la Semana de los Chiflados.

19

5 de enero de 1932

Maisie tenía ganas de que se acabara la semana para coger la bolsa de viaje e ir a Kent. Estaba harta de Londres y sentía una mezcla de frustración, rabia y profunda tristeza cada vez que pensaba en Stephen Oliver y en otros hombres como él, condenados a ver la vida a través del cristal de la inestabilidad. La raíz de su aflicción había sido la guerra, algo que seguía obsesionando a muchos de los que habían estado allí y habían vuelto a casa, como Priscilla o ella misma. Y poco o nada podía hacer ella para ayudar, como no fuera retomar la enfermería, pero eso ya había quedado atrás. Siempre había sentido que, en su papel de psicóloga e investigadora, ella contribuía a la curación de aquellos que habían sufrido algún tipo de crimen o injusticia. Maurice Blanche la había formado para lo que él denominaba «ciencia forense de la persona en su totalidad», un escrutinio que iba más allá de una disección de un cuerpo y exigía comprometerse a llevar a cabo una investigación más profunda de la vida de un ser humano, que podía ser la víctima o el autor de un crimen. Cada vez que pensaba en Stephen Oliver no podía evitar preguntarse cuánto sufrimiento podría habérsele evitado y cuánto se lo habían causado unos hombres ansiosos por saber lo que él sabía,

dispuestos a extraerle todo ese conocimiento hasta que no quedara nada de él, hasta que se volviera invisible.

Pero lo cierto era que el martes estaba muy lejos aún del fin de semana. De manera que se sentó con Billy a trabajar un poco en otros casos que tenían abiertos y revisar un par de solicitudes de información sobre sus servicios que habían llegado en lo que llevaban de año, sabía que había llegado el momento de «rematar el trabajo», como a ella le gustaba decir. Este remate final no tenía nada que ver con añadir o quitar filas de números de la factura, sino que se refería más bien a echar la vista atrás y reflexionar sobre lo sucedido en el caso, sobre cada una de las personas y los acontecimientos, y poder así cerrarlo definitivamente para asumir otros encargos con energías renovadas. En realidad, se parecía un poco a terminar el año, momento que uno aprovecha para hacer inventario y empezar el nuevo año con determinación y mirando hacia el futuro.

Tras dar la debida consideración a Anthony Lawrence, comprendió que no podía dejar que la opinión que tenía de su trabajo quedara embarrada por culpa de los últimos acontecimientos. Desconocía qué había ocurrido entre Lawrence, Gale y los hombres del MI5, pero sí sabía que no podía quemar todos los puentes. Sin duda había actuado de esa forma empujado por la ambición y la curiosidad profesional, porque además de médico era científico, especializado en la geografía de la mente humana.

Cogió la pluma y comenzó a escribir una carta para el doctor Lawrence. No era muy larga, pero hablaba de la opinión que tenía sobre su trabajo, el aprecio que sentía por lo que había tratado de hacer con los hombres que habían estado bajo sus cuidados y que

esperaba que su libro recibiera los elogios que merecía. No le dijo que, a su juicio, debía haber aprendido mucho de Stephen Oliver, y que siempre estaría en deuda con él. Tampoco comentó lo insensata que le parecía su colaboración con Urquhart, aunque sospechaba que no había tenido alternativa. Llegando al final de la carta, se preguntó cómo mencionar la acalorada conversación del día anterior sin pedir disculpas. No lamentaba sus palabras ni sus acusaciones, de modo que tuvo que dar varias vueltas a cómo escribirlo de manera que sus palabras reflejaran tristeza por la confrontación que se había producido entre ellos y, a la vez, expresaran el poso de traición por los pretextos que se había buscado, que pasaban por encima de la máxima: ante todo, no hacer daño. Dio unos golpecitos con la pluma sobre la mesa y, al final, retomó la carta.

> Seguro que los dos recordaremos con pesar los acontecimientos de las últimas semanas y nos preguntaremos con preocupación si no habría sido posible un final más feliz. Por mi parte, considero que puedo aprender mucho de lo sucedido. Recuerdo que era usted un hombre que se preocupaba mucho por sus pacientes, y que siempre buscaba la manera de actuar en esto o lo otro, y creo que el caso de Stephen Oliver nos ha dado a los dos un motivo para detenernos a pensar en si podríamos haber actuado de otro modo, de un modo que hubiera sido acertado para todos los implicados.

Maisie dio golpecitos con la pluma en la superficie de la mesa otra vez y luego concluyó la carta diciendo que esperaba que, cuando terminaran de hacer lo que considerasen oportuno con el cadáver de Stephen Oliver, dieran un honroso destino final a sus restos, y que le gustaría pasar a presentar sus respetos cuando llegara el momento. Le pidió que informara cuando tuviera lugar la incineración o el entierro.

Cerró el sobre y decidió ir caminando hasta la oficina de correos a echar la carta. Después de lo que le había costado encontrar las palabras apropiadas, le pareció que lo mejor era enviarla antes de que terminara abriendo el sobre y haciendo pedazos la carta para volver a escribirla después. A la mitad de Warren Street, se sintió atraída por las tres esferas doradas que colgaban sobre la tienda de empeños y decidió pasar a ver si veía algún marco que no fuera muy caro. Los últimos meses habían sido una época de mucha actividad para las tiendas de empeño, que no paraban de vender todo tipo de objetos a precios regalados. Se asomó al escaparate y, finalmente, abrió la puerta y entró haciendo sonar la campanilla que avisaba de la llegada de un nuevo cliente.

—¿Qué tal está, señorita Dobbs?

—Muy bien, señor Lombard. Qué fresquito hace hoy, ¿no? —dijo quitándose los guantes y desatándose la bufanda.

—Pues si mi artrosis no se equivoca, el tiempo no va a mejorar —dijo, y acto seguido se puso a limpiar las gafas con un pañuelo—. ¿Busca algo en particular o solo está echando un vistazo?

Maisie se echó a reír.

—No soy su mejor cliente, ¿verdad? Siempre estoy curioseando y nunca compro nada.

—No cobro nada por mirar.

—La verdad es que estaba buscando unos marcos no muy grandes para unas fotografías.

El hombre salió de detrás del mostrador y se puso a mover una serie de artículos expuestos en una librería —unos prismáticos, un set de geometría, una colección de cepillos para la ropa, una horma

para guantes, una cámara— hasta dar con un juego de tres marcos de plata.

—Espere un momento —dijo Maisie, situándose a su lado y señalando la cámara—. ¿Es fácil de usar?

—Está casi nueva. El dueño la compró en Nueva York y luego volvió a Londres y se arruinó. ¿Se lo puede creer?

—Me lo creo.

Maisie cogió la cámara y la examinó con cuidado, mirándola de un lado y de otro.

—Trae un cuadernillo con instrucciones y varios carretes de película. Está todo en su caja. Es el modelo Nº 2C Autographic. Trae esto también, una cosa llamada telémetro, para ayudar al fotógrafo cuando la gente se encuentra a poca distancia. —Miró hacia el estante de arriba, entrecerrando los ojos detrás de sus gafitas de media luna, y alcanzó una caja—. Mire, la fábrica Eastman Kodak Company. Es una maravilla de aparato.

—Pero ¿cree usted que sabré utilizarla?

—Échele un vistazo al cuadernillo de instrucciones. A mí me ha parecido bastante sencillo.

Maisie lo hizo y después abrió la cámara y sacó el fuelle.

—¿Cuánto cuesta?

—Supongo que tuvo que costar lo suyo cuando la compraron nueva. Déjeme consultar el registro.

El señor Lombard se metió detrás del mostrador, abrió un grueso libro de registro y fue bajando con el dedo índice por la columna de las entradas.

—¿Qué número aparece en la etiqueta?

—Setecientos cincuenta y tres.

—Aquí está. Vamos a ver. Sí, puedo dejársela en treinta chelines.

—¿Una libra y diez chelines? —Extendió la mano para dejar la cámara en su sitio—. Creo que no puedo permitírmelo.

—¿Qué tal una guinea?

—¿Quince chelines?

—Puff, demasiado poco, ¿no? ¿Una libra?

—Diecisiete chelines y seis peniques, y me llevo también los marcos.

—Voy a arruinarme con usted, señorita Dobbs.

Ella sonrió y miró a su alrededor.

—No lo creo, señor Lombard. Esta tienda es muy rentable.

El vendedor se echó a reír mientras Maisie sacaba un billete de una libra del monedero y lo dejaba sobre el mostrador. El hombre guardó la cámara, los seis carretes de película en sus correspondientes cajas de color rojo y amarillo, y el cuadernillo de instrucciones. Colocó encima los marcos y le dio el cambio.

—¿Vendrá a por más marcos entonces?

—Se lo aseguro. Adiós, señor Lombard.

Nada más llegar al despacho, Maisie redactó una segunda carta, dirigida esta vez a John Gale. No le hacía falta ver al profesor de nuevo, pero era amigo de Maurice y había sido con ella todo lo razonable que había podido, por lo que merecía un reconocimiento por el tiempo y los conocimientos prestados. Le parecía que su trabajo era perturbador, pero le agradecía que la hubiera recibido y su buena disposición a ayudarla.

Cuando terminó con la carta y otras tareas pendientes, recogió el maletín, el bolso y la caja en la que iba su cámara nueva, sujetando los marcos encima de esta. Después salió del despacho y entró en su coche, aparcado en Fitzroy Street. Pero no fue a su piso. Pese a la realidad con la que se había encontrado en sus visitas a Lawrence y a Gale, había otro lugar que quería ver de nuevo, observar a cierta distancia, antes de volver a casa. Puso el motor en marcha y se dirigió a Reading.

Aparcó en lo alto de una colina desde la que se veía Mulberry Point a lo lejos, pegado a una señal de prohibido el paso que informaba de que los terrenos que se abrían tras la alambrada de espino eran propiedad del gobierno y que no solo se llevaría a los intrusos ante el juez, sino que también podían recibir un disparo. El viento soplaba con fuerza cuando se bajó del coche. Contó diez o más barracones muy juntos abajo, en el valle, y se fijó en que estaban edificando a la izquierda del complejo. Más edificios, más laboratorios en los que inventar y hacer pruebas con armas para la guerra. Permaneció allí un rato observando el complejo militar y preguntándose si hasta la primavera se detendría en aquel lugar. ¿Volarían los pájaros por encima de las altas hierbas? ¿Podrían florecer las flores en los alrededores de un lugar en el que unas personas ponían el cerebro a disposición del negocio de armas que causaban la muerte? ¿Estarían trabajando en la invención de un arma invisible a simple vista que no produjera sonido alguno, sin contar los gritos de las pobres almas que recibieran el ataque?

6 de enero de 1932

—¿Qué tal se está adaptando Doreen en el Clifton, Billy?

Maisie se daba cuenta de que la primera pregunta que se hacía por las mañanas tenía que ver con la familia de Billy, y cada vez más.

Billy depositó la taza esmaltada de té caliente en la mesa de Maisie y se sirvió otra para él. Respondió de pie, de espaldas al fuego.

—No está mal, señorita. La durmieron para el trayecto en ambulancia, así que lleva unos días un poco floja, las piernas no la sujetan. Solo la he visto una vez, pero vuelvo el sábado.

—¿Con los niños?

—No, la doctora Masters dice que es mejor que no los lleve todavía, a lo mejor el fin de semana que viene.

—¿Te ha dicho algo sobre el tratamiento?

—Me ha dicho que lo primero que tienen que hacer es estabilizar su dieta. Nada de la tontuna esa de que solo coma productos lácteos. Y nada de intervenciones, o al menos no hasta que lleve más tiempo, ya se verá entonces.

Maisie asintió con la cabeza.

—Hoy voy a ir a ver a la doctora, pero no tiene nada que ver con Doreen. Estoy rematando el trabajo y quería verla para poder dar el

caso por cerrado.

—Me pregunto si le dirá algo de Doreen —dijo él, girándose para mirarla.

—No me dirá nada que no te diría a ti, Billy. No te preocupes, Doreen está en muy buenas manos ahora.

—Ya lo sé, lo sé, pero verla en aquel otro sitio, atada a la cama, y las cosas que le hicieron nada más llegar…

—Pero ya no está en Wychett Hill, así que ahora lo que tienes que hacer es no pensar más en ese sitio. —Bebió un sorbo—. ¿Cómo están los niños?

—Por un lado, echan de menos a su madre, pero por otro creo que les asusta que vuelva. Mi madre se ha portado de maravilla, me está ayudando mucho, y los niños se han acostumbrado a la calma, ya me entiende. Pero me preocupa, porque, aunque vive cerca y puede ir andando a nuestra casa, se está haciendo mayor.

—¿Sigue teniendo problemas Bobby?

—Ya no tanto. He hecho lo que me dijo, no decirle nada sobre el tema y tenerlo siempre seco, aunque no crea que es fácil con este tiempo.

Maisie miró por la ventana y vio que estaba nevando otra vez.

—No ayuda, ya lo sé. —Se giró hacia Billy—. No te preocupes, estás haciendo todo lo que puedes. Ya verás como todo sale bien.

Elsbeth Masters estaba sentada de lado junto a su mesa, descalza y con los pies apoyados en un lado del radiador cuando Maisie llegó a su despacho.

—Pasa, pasa. Discúlpame, pero no puedo con este frío. Se me mete en los huesos.

—A mí me sucede lo mismo desde que estuve en Francia en la guerra. Una amiga me preguntó una vez cómo podía tener tanto frío y no estar muerta.

La doctora se echó a reír.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Es por la señora Beale?

—No, vengo a darle las gracias de nuevo por su tiempo. No solo por ayudar a los Beale, sino también por responder a todas mis preguntas la última vez que vine.

La doctora hizo girar la silla para mirarla y puso los pies en el suelo.

—¿Ha sido uno de esos casos en los que bien está lo que bien acaba?

Maisie asintió con la cabeza.

—Hasta donde ha podido ser, dadas las circunstancias.

La doctora apretó los labios como calibrando si seguir preguntando.

—Lawrence ha pisado terreno peligroso, ¿no es así?

Las dos mujeres se miraron unos segundos antes de que Maisie respondiera.

—Podría decirse que ha corrido algunos riesgos con sus investigaciones.

—¿Ha habido algún herido?

—No tantos como podría haber sido.

—Entonces has conseguido controlar los daños.

—Por los pelos, pero que quede entre nosotras.

La doctora cogió un lápiz y se puso a dar golpecitos con él en la mesa.

—No soy de las que va por ahí contando chismes. Como ya te dije, no tengo ninguna necesidad de construir un legado a base de publicaciones para impresionar a mis colegas. El mero hecho de que me aceptaran en la facultad de medicina para enseñar habla lo suficiente de mí.

Maisie sonrió.

—Ya lo sé. Pero sus consejos me han ayudado muchísimo.

—Me alegro. —Suspiró—. Sigo pensando que ojalá te hubieras decidido por la práctica clínica.

—Me encanta lo que hago.

—Tu país te necesita, ¿lo sabes?

—Oh, lo dudo mucho.

—Sea como sea, me parece que ni la salud ni la confidencialidad de mi paciente corren peligro por decirte que creo que la señora Beale va a recuperarse por completo. No lo hará de la noche a la mañana, pero lo hará. Lo primero es estabilizarla y después decidiremos la forma de ayudarla a dejar atrás el pasado. Espero que pueda ir a casa los fines de semana dentro de un mes, y luego empezaremos a trabajar a partir de ahí. Dentro de un par de semanas sus hijos podrán venir a verla, un ratito al principio, claro está. Aunque todo puede cambiar si no reacciona bien al tratamiento.

—¿Se lo ha dicho a su marido?

—Aún no.

—Dígaselo cuanto antes, por favor. Le dará esperanza a la que agarrarse, algo en lo que pensar con ilusión. Creo que se siente muy

solo. Su mundo gira en torno a su trabajo y su familia, y tiene muchos planes para el futuro.

—¿Canadá?

Maisie asintió con la cabeza.

—Tendrá que esperar un año como mínimo, diría yo.

—Eso pensaba yo —dijo Maisie, levantándose—. Va siendo hora de que me vaya. Me ha alegrado mucho volver a verla, doctora Masters.

—Lo mismo digo, enfer… señorita Dobbs —respondió ella, negando con la cabeza y sonriendo—. La costumbre. Casi te llamo enfermera Dobbs. El tiempo no se detiene y no espera a nadie.

La visita a Battersea fue breve. El señor Hodges no estaba en el refugio, de modo que Maisie le dejó una breve nota y regresó a su piso. Sacó la cámara de la caja y el libro de instrucciones. No había utilizado nunca una cámara, y mucho menos había tenido una como aquella. En la caja había dos ejemplares de una revista llamada *Kodakery*, prueba definitiva de la seriedad de las intenciones de su anterior dueño respecto a la fotografía como pasatiempo cuando la ruina lo obligó a cambiar de planes. Y el fin de semana siguiente Priscilla le dio la oportunidad de probar su nueva adquisición al invitarla a pasarlo con ellos en la casa de campo de su familia; había decidido redecorarla.

—Los chicos y Douglas llegarán el sábado por la tarde. He quedado con varias personas para que vayan a ver qué arreglos necesita la casa, ya sabes, pintura, algo de carpintería, reparaciones de albañilería, esas cosas, para poder pedir presupuestos. Elinor

también vendrá, para ocuparse de los tres demonios mientras nosotras nos divertimos. Di que vendrás.

—Sí, claro que iré. Y llevaré mi cámara nueva. Estoy deseando utilizarla.

Priscilla soltó una carcajada y le advirtió que no la dejara cerca de los niños.

—Te lo digo porque lo rompen todo.

Maisie seguía sonriendo cuando sonó el teléfono. Era Robbie MacFarlane.

—Quedó en confirmarme si vendría a la Noche de Burns. ¿Y bien?

—Lo siento, he estado muy ocupada, y por eso no…

—Será mejor que me diga que sí, señorita Dobbs. No puedo controlar a todos esos yo solo después de todo lo que nos ha ayudado con el asunto de las cartas.

—Sí, sí, claro que iré. Primero al Palladium a ver la Semana de los Chiflados.

—Eso es. Y después iremos todos juntos al Cuillins of Skye.

6-24 de enero de 1932

Una vez actualizadas y archivadas todas las notas y cerrado el caso, Maisie se alegró de poder concentrarse en ayudar a otros clientes que acudían a ella para contratar sus servicios. Tenía trabajo suficiente como para atreverse a pensar que su negocio gozaba de una buena salud financiera.

Doreen Beale seguía en el Clifton. Progresaba despacio, pero Billy le contaba que cada vez que iba a verla la encontraba un poquito mejor, señal para él de que la vida empezaba a sonreírles.

Al mismo tiempo, Maisie pasaba cada vez más tiempo con Priscilla en la casa de campo de esta, donde disfrutaban de la conversación y las risas. De hecho, pese a la tristeza que se respiraba en el país, Maisie sentía, por primera vez en mucho tiempo, un optimismo y una libertad que había disminuido drásticamente tras servir en la guerra, y que había tratado de recuperar desde entonces.

25 de enero de 1932

Stratton, Darby y Maisie seguían riéndose a carcajadas cuando llegaron al salón de arriba del Cuillins of Skye, mientras Robbie MacFarlane entretenía a una de las detectives del equipo con la historia del tartán de su familia.

—Yo creo que él también está un poco chiflado, pero lo suyo no es solo durante una semana —dijo Stratton.

Maisie negó con la cabeza.

—No, él tiene la cabeza perfectamente en su sitio, no se le escapa una, aunque no tenía ni idea de que Scotland Yard celebrara una noche de fiesta como esta.

—Ni yo —convino Stratton, alcanzando el vaso de whisky, que, según parecía, era la única bebida que se servía.

MacFarlane se aclaró la garganta mientras servían el tradicional caldo de pollo y puerros.

—Ahora, bendeciré la mesa a la manera tradicional, que para vuestra información, panda de *sassenachs*, se conoce como bendición de Selkirk. —Se aclaró la garganta de nuevo antes de continuar con la bendición en su dialecto natal—. Unos tienen carne y no pueden comer, y otros comerían, pero no tienen nada. Nosotros tenemos carne y podemos comer, demos gracias al Señor.

A los discursos iniciales siguió la comida, y a esta varios brindis y más bebida. En un momento dado, Maisie se despidió de los inspectores. Cuando se metió por fin en el taxi, empezaba a amanecer. Regresó a su piso, contenta de haber bebido solo un vaso del líquido ambarino en las últimas horas. Nada más abrir la puerta del vestíbulo y encender la luz, vio un sobre marrón sin membrete; según parecía, se lo habían metido por debajo de la puerta. Reconoció la letra en cuanto lo cogió y se dirigió a toda prisa a la mesa del salón, encendiendo todas las luces de camino. Por casualidad se había enterado de que uno de los vecinos del bloque de pisos era fotógrafo y se sacaba un dinero extra revelando carretes para amigos y conocidos, de modo que le había dado uno nada más volver del fin de semana en el campo con Priscilla y su familia.

Esparció las fotografías sobre la mesa y fue cogiendo una tras otra. En las primeras se notaba que no estaba familiarizada con la cámara, pero las siguientes demostraban que había ido aprendiendo a enfocar y a utilizar el telémetro. Las contempló de nuevo con una sonrisa, y aunque hacía frío en el piso, notó que se reavivaba la calidez de la velada que acababa de vivir. Como no tenía ganas de esperar a tener más marcos, cogió una cajita de chinchetas de la cocina y empezó a clavar las fotos en la pared. Al poco, las fotografías llegaban hasta el cuadro de la mujer que paseaba sola por la playa azotada por el viento. Volvió a mirarlas. Había una foto de los niños Partridge sentados en el capó del MG y otra de Priscilla y ella recibiendo una paliza en una guerra de bolas de nieve; le había pasado la cámara a Douglas, que había demostrado ser mucho mejor fotógrafo. Habían hecho fotos mientras paseaban y fotos de

los niños en el jardín. Y conforme las miraba, sintió como si los ojos que habían observado el paisaje a través de la lente la estuvieran observando a ella en ese momento, y comprendió que su sitio estaba allí.

Pronto tendría más fotos. De Frankie y *Chuquel*, y de Maurice. Tendría fotos de todas las personas a las que amaba. Pero, típico de Maisie, no pudo evitar acordarse de nuevo de Stephen Oliver y de Ian Jennings y de tantos otros como ellos. Pensó en todos esos desahuciados que solo se fijaban en que la gente se apartaba cuando pasaban ellos con su andar cansino, gente que bajaba la vista cuando se cruzaban con ellos para no ver su desesperación, no se la fueran a contagiar, como si fuera algo que podían pillar si no iban con cuidado. Le daba mucha pena lo que les había ocurrido a los dos hombres, pese a sus crímenes. Le daba pena lo que podrían haber sido, hombres completos en cuerpo y alma. Y le daban pena las víctimas inocentes.

Miró otra vez las fotografías y se fijó en una de ella, sola esta vez. Observó la imagen de cerca, concentrándose en sus propios ojos. Y sonrió, porque al fin supo que había recuperado su alma.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a amigos y colegas que se han convertido en mi «equipo de boxes» mientras escribía *Entre los olvidados*. Gracias a Holly Rose por ser la primera y la mejor compañera de escritura y lectora. Gracias a mi documentalista jefe, al que no se puede nombrar, por conseguirme toda esa valiosísima información sobre la historia y el funcionamiento interno de la Rama Especial. Gracias a mis padres, Joyce y Albert Winspear, como siempre, por darme todo ese contexto sobre un Londres que vosotros conocisteis y amasteis en los buenos y en los malos tiempos.

Una vez más, mi más profundo agradecimiento al equipo maravilloso de Henry Holt, en especial a John Sterling, Maggie Richards y Kelly Lignos.

Nunca podré agradecérselo bastante a Amy Rennert, agente sin igual, amiga y mentora.

Y al *bluesman*, mi marido, John Morell, gracias otra vez por apoyarme incansablemente. Lo es todo para mí.

Título original: *Among the mad*

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791387664060
Conversión a formato digital: www.acatia.es

* *Punch* fue una revista ilustrada satírica fundada en 1841. En sus páginas apareció por primera vez, en 1843, el término *cartoon* en el sentido moderno de dibujo humorístico y crítico dirigida a retratar la actualidad social y política de la época. (Todas las notas son de la traductora)

* La noche de Burns es una celebración escocesa en la que se recuerda la vida y obra del poeta Robert Burns, autor de poemas como el famoso «Auld Lang Syne» (Por los viejos tiempos), en la fecha de su nacimiento, el veinticinco de enero. Las cartas del asesino hacen referencia a este poema.

* Las Cuillins son una cadena montañosa situada en la isla de Skye (Escocia).

* Dúos cómicos integrantes todos ellos de la Crazy Gang («Banda de los chiflados») formada a principios de la década de los treinta.